

**Barbara Trapido**

El hermano del famoso Jack

se



En el Londres de los setenta todo parece posible para una chica elegante y moderna como Katherine, quien al poco tiempo de comenzar sus estudios universitarios entra en contacto con Jacob Goldman, un carismático profesor de filosofía que no tardará en presentarle a su estafalaria familia. Cuando Katherine conozca a la mujer de Jacob, la encantadora y ácida Jane, y a sus dos hijos mayores, el descarado Jonathan y el perfecto Roger, no sospechará hasta qué punto esas personas serán importantes en su vida. Su aprecio por los Goldman y por todo aquello que representan terminará condicionando su entrada en la edad adulta, que no será para Katherine todo lo plácida que había imaginado.



Barbara Trapido

# **El hermano del famoso Jack**

**ePub r1.1**  
**Titivillus** 24.03.18

Título original: *Brother of the More Famous Jack*

Barbara Trapido, 1982

Traducción: José Manuel Álvarez Flórez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Para Stan, Elaine y Susan*

## Uno

Como no tengo otro, escojo de prefacio el que escribió Jacob, y que leí a escondidas hace quince años, cuando lo encontré sobre la mesa de desayuno de los Goldman, junto a los cereales:

«En conciencia, no puedo dar las gracias reglamentarias a mi esposa por sus valiosos comentarios sobre el manuscrito, su lectura paciente de borradores o sus correcciones de pruebas, porque Jane no hizo ninguna de esas cosas. Raras veces lee, y cuando lo hace nunca es algo mío. A juzgar por los pródigos agradecimientos a las esposas que veo en los prefacios de los libros de otros, me considero particularmente insensato por haberme casado con una mujer que se niega a doblar turno como ayudante editorial de alto nivel. Considerando que la costumbre exige que le dé las gracias por algo, se las doy en vez de por eso por su continua y agradable compañía, algo que no me hubiera atrevido a esperar en estos veinte años».

Era un matrimonio que se caracterizaba, entre otras cosas, por el cambiante ánimo de Jacob, alternativamente enfurecido o encantado con Jane en el papel de tenaz esposa rural. No cabe duda de que eso influyó en los caminos que decidí recorrer yo.

Conocí a Jacob Goldman cuando me entrevistó para una plaza universitaria en Londres, durante mi último año en un elegante colegio privado del norte de la ciudad al que mi madre me había mandado. Mi madre, viuda de un verdulero local modestamente acomodado, lo había hecho con cierto sacrificio y con la esperanza de que yo adquiriese el acento apropiado y estuviese en condiciones de participar en los círculos apropiados. Y dado que los padres están destinados a que sus hijos les decepcionen, creo que a ella le decepcionó que la consecuencia de su decisión fuera, en cambio, que yo sacara siempre buenas notas y que Jacob se convirtiera en mi profesor. Jacob (un impresionante y corpulento filósofo de izquierdas procedente del East End) nos hablaba con maravillosa y convincente fluidez sobre la dialéctica trascendental, en un tono de voz formidable y barriobajero plagado de oclusiones glóticas, como de ayudante de fontanero. Era el catedrático de filosofía en aquel laberíntico edificio victoriano y enseguida se convirtió en mi figura paterna y mi referente cultural. Yo había leído las alusiones de lord David Cecil a sus «habitaciones» de Oxford, pero Jacob no me entrevistó en ningún lugar que pudiese dignificarse con esa palabra. Me entrevistó en lo que parecía ser apenas un recoveco ventilado.

—Te seré sincero —dijo—. Te he hecho venir hasta aquí porque el informe del director de tu

colegio es tan negativo que me induce a sospechar que quizá seas más lista que él. Puede que no seas, claro, más que una rebelde testaruda. ¿Qué crees tú que eres?

Me traspasó desde debajo de unas cejas de negra crin con una mirada de indisimulada antipatía. Eso fue, claro está, mucho antes del día en que le vi mandar pasar a su cocina a un grupo de testigos de Jehová empapados por la lluvia y ofrecerles tazas de té, porque era la persona más buena del mundo. Como si del relleno de un cojín se tratara, del cuello de su camisa abierta salía pelo a juego con las cejas. Yo debí de encogerme de hombros con algo de desdén. ¿Cómo podía transmitirle mi situación? ¿Hasta qué punto estaba impulsada timoratamente por un deseo de complacer y en cambio me sentía obstinadamente incapaz de hacerlo obedeciendo a valores que no fuesen los míos? Dado que mis valores no eran compartidos por quienes me rodeaban, estaba destinada al fracaso. Creo que la falta de reconocimiento me hacía mostrarme presuntuosa, en un intento de forzar el interés de aquellos que ejercían sobre mí su autoridad.

—A veces presumo —contesté.

—Yo también —dijo Jacob.

En el colegio era rebelde a un nivel modesto, siempre correcta, culpable de poco más que de leer a James Joyce por debajo de la mesa en las clases de religión, de faltar a todos los acontecimientos deportivos y de no llevar el uniforme del colegio con la delicadeza con que otras lo hacían. De rechazar, en suma, aquellos aspectos del colegio que me parecían periféricos respecto al proceso educativo. La educación, de acuerdo con lo que siempre había esperado de ella, es lo que recibí de Jacob. Jacob tenía cierta afinidad con los más inconformistas, entre otras cosas porque, según supe más tarde, en su rebelde juventud hubo de vérselas con un bondadoso juez conservador. Y creo que el conservadurismo del juez le había enseñado a Jacob (respecto al conservadurismo y a otras formas de villanía) a odiar el pecado y no al pecador. Algo que se le daba muy bien.

—Dices que te gusta leer.

Encendió uno de sus repugnantes cigarrillos proletarios con una cerilla de cocina que sacó de una caja enorme y me cedió la palabra. Recuerdo retrospectivamente con cierto rubor que le conté, entre otras cosas, que pensaba que Wordsworth tenía «posibilidades», que creía que Jesucristo había sido un socialista utópico y que no me gustaba el sexo en D. H. Lawrence. Es una costumbre que tengo, ahora bajo control, la de compensar mi timidez natural con estrafalarios fogonazos de prepotencia.

—A mi mujer tampoco le gusta —dijo él, lo que me sorprendió en gran medida—. Ella considera que más que sexo es exhibición impúdica indecente. Pero ¿no hay, y perdona, porque no es mi huerto de coles, no hay en eso algo del entusiasmo propio del pionero? ¿No hay una cierta ingratitud en lo de trepar hasta los hombros del pasado y burlarse?

—No lo sé. Pero no me gusta tener que estar agradecida por algo.

Jacob se tomó eso con una alentadora sonrisa contenida.

—Por supuesto, a mí nunca han llegado a golpearme con jade chino —dijo—. Me han tirado a la cabeza una lata de rabo de buey Heinz y no han acertado, pero eso no tiene ni por asomo el mismo poder simbólico.

Después pasé a complicarme la vida hablando del único libro de filosofía que había llegado a leer, una edición de bolsillo de un libro de Bertrand Russell publicado por la Home University Library que había comprado en el mercado de Camden Town, sospecho que para fastidiar a mi

madre, que creía que me estaba convirtiendo en una marisabidilla que ahuyentaba a pretendientes estupendos. La que huía de los hombres era yo, claro, pero el asunto operaba en ambas direcciones. Como dice Robert Frost: «No hay nada que me dé tanto miedo como la gente asustada». Luego le conté a Jacob que mi novela preferida era *Emma*. Él comentó con ironía que al menos en ella no había nada de sexo. Yo aún lo ignoraba, pero el sexo era uno de los temas favoritos de Jacob. Me ruboricé y dije con pasión para defenderme: «Claro que hay sexo en *Emma*. La señora Weston tiene un bebé. Al que se le quedan pequeños los gorritos, ¿no se acuerda? No se tienen bebés sin sexo, ¿a que no?». Jacob lanzó una sonora carcajada rabelesiana y propuso ir a tomar un café, que compramos en una máquina expendedora que había al final del pasillo.

—Mira, preciosa —me dijo cuando ya me marchaba—, la gente que viene aquí lo hace a costa del contribuyente británico. Y yo lo que exijo es que esa gente se esfuerce. Si no se esfuerzan hago todo lo que está en mi mano para que los echen.

Durante las vacaciones de verano recibí la notificación (el último cumplido que me dirigiría Jacob) de que el departamento me admitiría sin importarles mis notas finales.



## Dos

Poco después conocí a un tal John Millet en la librería Dillon's.

—¿Solo mermelada y poesía? —me dijo al oído.

No sabía quién era. Se acercó a mí mientras yo echaba un vistazo a los libros de las estanterías. Hablaba un inglés de la BBC y me miraba con una sonrisa torcida y vagamente petulante. Mi bolsa de malla, que llevaba al hombro, contenía un tarro de mermelada de fresa y una edición de bolsillo de John Donne. Me ruboricé mucho, desconcertada por su belleza de manual, porque John Millet parecía el modelo de un anuncio de camisas Austin Reed. Vestía de elegante lino pálido y del bolsillo de la camisa le asomaba un paquete aplastado de cigarrillos franceses.

—Intentaré no volver a sonrojarte —continuó, disfrutando con mi desconcierto—. No hace juego con la ropa que llevas.

Ese día yo iba vestida con una camiseta de fútbol *oversize* de color morado, la misma que había llevado en mi entrevista con Jacob. Me llegaba hasta la mitad del muslo, que era lo que dictaba la moda por entonces. Ladeado hacia un ojo llevaba un gorro de ganchillo que me había hecho yo misma. Lo mío con la ropa es una auténtica historia de amor. Para mí es esencial, y a menudo consigo unos *looks* tipo *Vogue*. Una vez, mientras cruzaba Tottenham Court Road, un grupo de fotógrafos japoneses empezó a disparar sus cámaras. Me sentí más que satisfecha de que hubiesen desafiado el tráfico para captar mi imagen. Me gustan sobre todo las prendas artesanales. Me gustan los blusones de pastor y las intrincadas labores de punto. Soy capaz de tejer paisajes prodigiosos en mis jerséis. Puedo hacer ribetes acordonados en las costuras y bordado de cuentas. Me gusta hacer puños y corpiños acolchados.

Ese verano, John Millet vestía su mediana edad con una gracia despreocupada. Aquella tarde me llevó por el Embankment hasta la Tate Gallery en su Alfa Romeo blanco. Era arquitecto y acababa de regresar después de cuatro años en Roma. Moreno y con arrugas, destacaba entre los Henry Moores lisos y blanco guijarro. En el café de la planta baja, con sus preciosos murales, me ofreció donuts y habló sobre la Vasija de Portland. Cercada como estaba por el rústico idilio de aquellas paredes, el humo de su Gauloise al elevarse me hizo pensar en un paisaje romántico con un pastorcillo tocando la flauta. Tres días más tarde le explicó a una estilista de Sloane Square cómo tenía que cortarme el pelo.

—Así. Así —decía.

Yo observaba cómo mi pelo caía al suelo en pálidos terrones. El resultado, tuve que admitirlo, fue asombroso. Con mis pechos casi inexistentes y mis estrechas caderas, resultaba atractivamente andrógina. Salí manteniendo la cabeza alta y buscando con la mano el gallardo alfanje que sentía sobre el muslo<sup>[1]</sup>.

—Así está mejor —dijo él, recorriendo con el pulgar el surco de mi nuca recién expuesto al aire. John era siempre muy contenido en sus caricias. Comimos en un restaurante italiano donde él devoró ante mis ojos un intimidatorio plato de caracoles con zumo de limón mientras yo me peleaba con la pasta. Mis conocimientos de cocina extranjera en aquella época se limitaban a la certeza de que algo de paprika en el guiso lo convertía en húngaro y si utilizabas frutas en conserva se volvía caribeño.

—Así —me mostraba él, utilizando la cuchara y el tenedor, a la romana.

Cuando, imitando su técnica, conseguí enrollar algo del tamaño de una pelota de críquet en la punta del tenedor, se mostró entusiasmado, como si en ello viera un síntoma de mi inocencia.

—No está mal —concedió con una sonrisa que le llegaba hasta los ojos—. Los florentinos lo consiguen usando solo el tenedor. Voy a pasar un par de días con unos amigos en el campo —añadió—. ¿Por qué no te vienes?

El aceite de oliva que me manchaba la barbilla fue suficiente para hacerme sentir osadamente báquica.

—Sí —dije—. Sí, sí.

Telefoné a sus amigos desde las oficinas desiertas de su estudio de arquitectura en Hampstead.

—Jane —dijo con aire de galán—. Mi dulce y querida Jane, ¿puedo llevar acompañante?

Yo estaba encaramada en una mesa a su lado y lo escuchaba todo. Su amiga hablaba de un modo confuso y contestó con precaución tras una pausa.

—Sabes que no me gusta la gente, John —dijo—. ¿Me gustará tu acompañante? ¿Tú qué crees?

—Sin ninguna duda —replicó él—. Eso te lo garantizo.

—Y dime una cosa, John, si me permites el atrevimiento, ¿tú y tu «acompañante» venís juntos o separados?

John me sonrió tranquilizadamente al verme resplandecer con la emoción de que no hubiera retirada posible.

—Juntos —respondió.

Mi madre coincidió solo una vez con John Millet. El día antes de que nos fuésemos a Sussex. Le causó el consiguiente arrebató de indignación.

—Es marica —sentenció, orgullosa de su instinto para detectar la desviación sexual—. El mundo está lleno de jóvenes estupendos ¿y tú tienes que salir con un viejo marica?

## Tres

La casa, tal y como se ve desde la carretera, cubierta estacionalmente por altas malvas, recuerda a las que aparecen en las cajas de los puzzles, esos que armas en una bandeja de té mientras te recuperas del sarampión. Estamos en el campo, en Sussex, cerca de Glyndebourne. Estamos en el país de Virginia Woolf. La señora Goldman está en el huerto, pero interrumpe su labor cuando nos ve y se acerca hacia nosotros. Deja en el suelo un cedazo de jardinero que contiene patatas y una lechuga y estrecha cálidamente las manos de John entre las suyas.

—Querido John. Qué alegría me da verte. Estás tan guapo como siempre, aunque he de decirte que te están saliendo canas.

Su voz es una elegante combinación de vocales propias de la clase alta y sibilantes mudas.

—Estás embarazada —reprueba John, sin soltarle aún las manos—. Estabas embarazada cuando me fui.

Ella le sonrío.

—Pero no tan embarazada como ahora, ¿verdad? Jane Goldman muestra esa protuberancia indiscreta propia del final del embarazo, cuando la cabeza del feto ha encajado. Se pone de pie, inmensa, firme sobre unas gruesas botas de agua de campesino en las que ha embutido las perneras de unos pantalones de pana muy viejos. Los lleva sujetos bajo una camisa de hombre, atados con los cordones de un pijama porque la cremallera ya no cierra por culpa de la barriga. De la trenza de pelo castaño oscuro se le escapan pequeños mechones. Parece una *madonna*. Sonríe de un modo contenido e irónico que hace que se le formen hoyuelos en las mejillas, y tiene los ojos más azules que he visto jamás. Es una Burne-Jones olvidada con botas de agua.

—Los recién nacidos tienen unas piernas tan bonitas —dice en defensa propia—. Llevas un jersey precioso, John. Siempre nos vienes de lo más elegante.

John Millet ha vestido su torso con una impecable prenda de mangas de terciopelo azul que se ablusan en unos puños acanalados.

—Esta es Katherine —dice. Jane Goldman entorna sus ojos azules y miopes para protegerse del sol y me mira detenidamente.

—¿Cómo estás? —me saluda, cogiéndome la mano y dirigiéndome una sonrisa.

—¿Por qué te has dejado el pelo tan largo? —dice John posesivamente—. Ese peinado teutónico es horrible. No me gusta.

Jane se ríe.

—No es un peinado. Es dejadez. Mira, fijate en mi hija. Allí está Rosie. ¿A que es preciosa?

Con un gesto, señala a su hija de nueve años, patilarga y morena, que está con una amiga levantando una tienda de campaña con un banco de jardín y unas cuantas alfombras persas polvorientas.

—Tu hija está arrastrando por el barro las reliquias de la familia —dice John. Jane contempla sus bienes mundanos con admirable indiferencia.

—Cualquier reliquia que veas es lo que mi madre saca a escondidas del cobertizo —dice—. ¿Cómo estás, John? ¿Lo has pasado bien?

John no habla de sí mismo. Prefiere las formas y los objetos.

—Nunca viniste a verme a Roma —dice. Ella le sonrío con afecto.

—¿Te has parado a pensar lo que cuesta viajar a Roma con la familia Goldman al completo? Además, a Jake le gustan las excursiones de un día a Worthing. No le gustan las vacaciones en el extranjero.

—Worthing huele a algas —dice John—. Tu marido está loco. Podrías haberlo dejado en casa.

—Ya te hubiera gustado. ¿No están locos los genios, los mejores? ¿Y no te parece que las mejores personas son siempre las más locas?

—Tienes el jardín mejor que nunca —dice él, contemplando la selva de encantadoras flores silvestres.

—No le presto ninguna atención. Últimamente me paso todo el día con las coles. Precisamente Jake y yo hemos discutido sobre eso esta mañana. Dice que les dedico demasiado tiempo —se ríe un instante—. Lo que en realidad quiere decirme es que quiere una esposa como Dios manda, que le mecanografie sus manuscritos y le escuché despotricar sobre la prensa dominical.

John sonrío.

—¿Cómo está Jake?

—No podría estar mejor —responde ella con un tono sibilino—. Yo diría que las cosas le van bastante bien. Él no te lo dirá, claro. Es un maldito viejo teatrero. Le gusta sufrir en público. Lleva todo el fin de semana peleándose con las pruebas. Mañana va a Londres a entregar el nuevo libro.

Está claro que a John le tranquiliza que sus amigos actúen como siempre. Necesita que sigan como siempre.

—Entremos —dice ella—. Se alegrará mucho de verte.

—¿Y vuestros hijos? —pregunta John mientras nos dirigimos lentamente hacia la casa.

—Los niños son encantadores. Roger y Jont son ya dos gigantes de voz grave y pies grandes. Roger anda por ahí. Jonathan está pescando, para variar, pero vendrá a la hora de comer. Están como siempre. Roger bellísimo y Jonathan dando guerra. También muy guapo, pero está insoportable. Rosie es una niña encantadora, aunque algo perezosa y consentida. Me parece que tiene una habilidad especial para caer bien a los hombres —añade—. En cualquier caso, Jacob parece que está hechizado por ella. Está todo el día nadando y dando volteretas. Los dos pequeños son para comérselos. No dan problema alguno. Aún no saben contar hasta diez. John, ¿te acuerdas de Roger con cuatro años, cuando descubrió el infinito contando coches MG desde la ventana? De repente se dio cuenta de que los números podían continuar eternamente. ¿Te acuerdas que Jacob nos exigió salir a comprar pasteles con el dinero de la leche para celebrarlo? Qué tontos éramos, ¿eh?

—Siempre me he sentido en deuda con Roger —dice John, en un tono de burla amable y cortés—. Cuando tenía tres años me contó que de vez en cuando los cachalotes se comen tiburones pequeños como aperitivo y jamás lo he olvidado.

—Leía todos aquellos libros tan curiosos de dinosaurios —dice Jane.

Al parecer, Roger Goldman ha ganado recientemente un concurso del *Observer* con un falso ensayo de historia natural en el que demuestra que la tierra es plana. John hace una alusión a esto, lo que complace a su madre. Lo ha leído en el *Observer*, al que por supuesto tenía acceso en Roma. John Millet pronuncia su apellido a la inglesa, no a la francesa. Es algo que muestra a las claras su bien educada sutileza. Es evidente que durante estos veinte años ha manifestado su amor por Jane mediante finos homenajes.

## Cuatro

En el cuarto de estar, junto a dos niños de pelo oscuro y rizado y rodeado de prensa dominical, está mi profesor de filosofía: una coincidencia que hace que me sienta más que embarazosamente marginal en esa reunión de viejos amigos de mediana edad. Lleva la camisa desabotonada y me doy cuenta de que el pelo le crece como una manta hasta el ombligo. Doy por supuesto que se trata de una deformidad menor que él sobrelleva con entereza. Da una calurosa bienvenida a John y se levanta, abotonándose la camisa.

—¡Te han salido canas! —dice, inspeccionándole jovialmente—. Pareces una eminencia. Dios mío, John, pareces el presidente del Consejo Nacional del Carbón.

Le abraza efusivamente, como a una estrella de fútbol. John habla más bajo, pero no menos entusiasmado por el encuentro.

—He oído rumores de que sales en la BBC últimamente —contraataca él—. ¿Qué tal va todo, Jake? Tienes una pinta estupenda.

—Tirando. Vamos tirando.

—Te he traído a una jovencita —explica John.

Decir que me ofrece a Jacob en algún sentido real sería engañoso, por supuesto. Actúa como si quisiera sugerir más de lo que hay. En cualquier caso, Jacob es un monógamo recalcitrante, está demasiado unido a Jane para prestar atención a otras mujeres y es demasiado leal con los afectos. Quizá lo diga para comprometernos a ambos o para crearse una justificación que legitime su flirteo con la esposa de Jacob.

—Esta es Katherine —dice Jane Goldman. Mi presencia no parece incomodarle.

—Bien, bien —dice él enigmáticamente—. Katherine, ¿eh? Estos son mis maravillosos niños, Sam y Annie.

Sus gemelos han hecho una montaña amontonando todos los cojines de la casa y la pisotean alegremente. A uno de los cojines se le han roto las costuras y va dejando trozos de espuma por la alfombra, que está llena de polvo y manchas de café.

—¿Has visto lo grandes que están? —dice él—. Demasiado tarde para aspirar a que vayan a Eton.

—Uno de ellos parece una niña —dice John—. Oye, Jake, tu mujer está embarazada. ¿Qué es lo que os pasa?

—Que nos gusta follar —responde Jacob.

La palabra cae como una bomba en mi inexperta sensibilidad, pero no altera lo más mínimo la compostura de su esposa, ni la de John.

—No te vayas por las ramas —dice John—. Quiero saber qué os pasa. Acepto que cuatro hijos quizá no sea un número tan extraño y soy consciente de que nadie podría haber predicho que tendríais gemelos, pero ¿seis? ¿Para qué seis?

Jacob no se deja arrastrar, percibiendo quizá cierto grado de lascivia involuntaria en la insistencia de John.

—Me gusta bajarle las bragas —dice—. Me gusta ella, joder. Es mi legítima esposa.

—Pero aún no os habéis hecho católicos, ¿verdad? —pregunta John.

—¿Qué quieres, que tome la píldora y se pille un cáncer? —contesta Jacob—. ¿O te gustan más los ganchos de cobre en el cérvix?

Hasta ese momento ignoraba que existiera algo llamado cérvix, y al saberlo tuve por primera vez una premonición que señalaba mi zona pélvica como una potencial zona catastrófica.

—Hace cien años las mujeres se destrozaban tomando píldoras de plomo —sigue diciendo— y clavándose agujas de ganchillo. Ahora se destrozán con hormonas y metiéndose ganchos de cobre en el cuello del útero. Llámalo progreso si quieres.

Es la primera vez que escucho hablar en público de las partes pudendas. Me quedo de piedra.

—El parto también es peligroso, según tengo entendido —dice John Millet.

—Claro que sí —replica Jacob—. Pero el parto es natural. Es mejor que las pastillas y los ganchos.

—Pareces Malcolm Muggeridge —dice John.

Ofrece uno de sus cigarrillos a Jane, que lo acepta. Se lo enciende y observa cómo inhala con deleite. Se muestra tranquila todo el rato y parece que estuviese conteniendo algún chiste inocente e irónico.

—Si quieres saber la verdad, John —dice ella—, no será Jake quien te la cuente. Estoy embarazada porque, el pasado invierno, después de gastarnos el dinero del cumpleaños de los gemelos en una comida en la que acabamos borrachos, a los dos nos pareció una idea estupenda. Supongo que el alcohol nos nubló el juicio. Nos miramos con ternura por encima de las langostas al grill y decidimos prescindir de nuestros humildes artículos de goma. Estoy de acuerdo con Jake en lo de las píldoras y demás. A lo mejor tú no lo estás, pero, claro, nunca te has visto en la mesa de operaciones de la clínica de planificación familiar. De todos modos, la cuestión es que en breve volveremos a pasarlas canutas. Mi querido Jake sostendrá cubos en mitad de la noche mientras vomito en pleno parto y hago una chapuza con los ejercicios de respiración, como suelo hacer. Luego se pasará los siguientes tres años insomne cada vez que lo despierten en mitad de la noche. Y tendrá que aguantar que se hagan pis en nuestra cama y que le llenen de garabatos sus manuscritos. Jonathan lo despertó casi todas las noches durante cuatro años. Roger y él no se soportan. Rosie le provocó una hernia de disco el verano pasado. Tuvo que gastarse todo lo que le devolvió hacienda en lo que aquí Sammy llama su chispeante viejo terapeuta. Vamos, John, si no fueran siempre tan encantadores no sería tan tentador.

John sonríe.

—Estáis locos —dice—. Por cierto, os he traído un vino muy especial, de un viñedo cerca de Amalfi. Lo tengo en el coche.

En ese momento está sentado en una silla pequeña y muy bonita con el respaldo en forma de lira. El asiento está suelto y las patas se desvían hacia fuera en las juntas. Cualquier amiga de mi madre la habría restaurado hace años con la siempre apropiada tela de Dralon.

—Necesita un poco de cola aquí —dice John sin levantar mucho la voz mientras inspecciona las juntas—. Si queréis me encargo yo.

—Sí, por favor —dice Jane—. Antes de que mi madre venga a vernos la semana que viene. Tiene algo especial con esa silla. Se la dio lady Gregory a su madre. Cree que Yeats podría haberse sentado en ella alguna vez.

Jane viene de una acomodada familia angloirlandesa. Para disgusto de los suyos, se ha casado con un judío de Mile End.

—Yeats, William Butler —dice Jacob—. El hermano del famoso Jack, por supuesto.

Se vuelve hacia mí, que estoy sentada al lado de los niños, en la pila de cojines.

—Katherine, Jane fue una vez a una subasta local —me explica—. El tipo le dice su apellido al subastador. «Yeats», dice. «¿Gates?» pregunta el subastador. «No, no», dice el amigo de Jane, «Yeats, como el poeta». ¿No te parece gracioso? —dice. Es evidente que me lo parece, porque se me escapa la risa.

De repente, la hija pequeña de Jacob ha comenzado a hablar con John.

—El bebé de Jane va a nacer pasando por un agujero muy elástico. Y solo lo tenemos las chicas. Si eres chico o chica sigues siendo siempre chico o chica, ¿sabes?

Casi hay más educación sexual en eso de la que he recibido yo a lo largo de mi vida.

—Desde luego que sí —dice John con sobrio convencimiento.

—Y cuando el bebé está dentro, puede chuparle los pezones a ella desde ahí, ¿verdad? —continúa ella.

—Puede que en eso estés equivocada —dice él sin la menor muestra de burla—. Creo que dentro las cosas funcionan de otra forma.

—Algo para beber —dice Jacob resueltamente—. Acompáñame, Katherine. Vamos a buscar al niño y así lo ves.

Intenta protegerme de la fantasía que John Millet me está haciendo creer: que soy uno de ellos, de los adultos. En el pasillo, junto a la puerta de la cocina, hay un cesto de la ropa enorme, donde cabría hasta Falstaff, con un montón de botas de agua. Todas las que están a la vista lucen en tinta indeleble R. J. GOLDMAN, seguramente porque su hijo mayor es el que las usa primero. Eso destaca la gloriosa predominancia de Roger. En la mesa de la cocina Roger Goldman lee concentrado las críticas de teatro del *Observer*, con las largas piernas, enfundadas en unos vaqueros, extendidas ante sí. Sobre la atractiva cabeza oscura lleva una gorra negra que le hace parecer un recién llegado de Wittenburg. Se sacude despreocupadamente la caspa del pelo que le sobresale por la parte trasera de la gorra.

—Te voy a regalar ese sombrero, ¿qué te parece? —dice afablemente Jacob.

—Gracias —contesta Roger, sin dejar de leer y de rascarse. Jacob le tira de la gorra hacia abajo y le tapa los ojos.

—Deja de leer aunque sea un momento, ¿no? Es la misma papilla dominical de siempre para la *lumpenintelligentsia*.

—No me jodas, Jake —replica Roger, tenso y alterado. Levanta la vista y me ve. Tiene los mismos ojos azules y deslumbrantes de su madre, y un rostro delicado y atractivo.



—Te presento a Katherine —le dice Jacob—. Es alumna mía. Hazte cargo de ella.  
Me ofrece una silla. Una silla de cocina Windsor con el respaldo medio roto.

—Joder —dice—, no es normal que haya tantas sillas rotas en esta casa. ¿Nos ha hecho una visita Ricitos de Oro? Lleva esta al cobertizo, Rogg. Puedes hacer palos y travesaños y *stumps* para el críquet si te da la gana.

Pero cuando Roger se dispone a levantarse, Jacob cambia de opinión.

—Mejor no —dice—. ¿Cuántos palos y travesaños necesita una familia normal?

Me ofrece otra silla.

—Usa esta, Katherine. La otra la vamos a guardar para los invitados que no sean bienvenidos.  
Pon algo de beber, Roger.

Le planta delante una botella de vino blanco medio vacía que saca de la nevera y dos vasos. Luego se lleva la bebida fuerte al salón.

Pese a su distinguida belleza y al atractivo de la iconoclastia radical de sus padres, Roger es tan torpe y tímido conmigo como podría serlo cualquier otro preuniversitario. Salpicamos embarazosos silencios con comentarios sobre la actualidad y buscamos refugio en el periódico. Roger parte con ventaja en eso, aunque a mí nunca me ha resultado demasiado difícil leer al revés. Me dice que se va a Kenia un año con el Servicio Voluntario de Ultramar antes de empezar a estudiar matemáticas en Oxford el verano que viene. Me atrevo incluso a decirle que me gusta su gorra.

—Es una gorra de estudiante alemán —dice—. Era del padre de Jake.

Por culpa de Hitler, la familia de Jacob se arruinó, aunque luego se recuperó. De alguna forma, quizá un tanto obsequiosa, admiro para mis adentros la impresionante mezcla étnica de sus orígenes.

—Pruébatela —me dice. Me la pone unos segundos en la cabeza y yo me ruborizo y pienso en la caspa—. Te sienta muy bien —añade tímidamente mientras la recupera, desviando la mirada. Alguien ha empezado a gruñir fuera mientras se quita unas botas de agua.

—¿Roggs? —dice la voz—. Ese mariquita de Millet se ha traído a una tía. ¿La has visto ya?

Roger se tensa avergonzado.

—No grites —contesta mojigato.

—Mira, imbécil —dice la voz—, esa tía sí que merece que le prestemos atención, y no el mensaje de Navidad de la reina.

Entra después de arrojar con tosquedad las botas en el cesto. Los inmensos pies están descalzos y no hay duda de que llevaba las botas sin calcetines. Sorprendido, abre mucho los ojos al verme, pero no se muestra ni la mitad de azorado que Roger y se le escapa la risa.

—Bueno, ¿me das tu teléfono? —bromea.

—No seas descarado, Jont —salta Roger—. Es alumna de Jake.

Jonathan se sienta.

—¿Eso quiere decir que es verdad que pagas por escucharle? —me pregunta—. Roggs y yo pagaríamos por cerrarle la boca, ¿verdad, Rogsie? Un silencio patrocinado, como los que tienen en las *brownies*<sup>[2]</sup>.

Jonathan Goldman, que tiene dieciséis años, es más alto que su hermano y su aspecto es más tosco. Tiene un pelo rizado poco favorecedor, y tras la fachada de un carácter bravucón late una rebeldía adolescente ligeramente amenazante. Si lo pienso bien, no es demasiado diferente a

Jacob o, como diría mi madre (que no carece de mis remilgos liberales), «parece judío».

—El Millet ese tiene a los padres de los nervios —dice alegremente—. ¿Crees que a Jane le hace tilín?

—Siempre están de los nervios —contesta Roger con disgusto, posando la vista en algún punto más allá del reloj de cocina—. Todos. Dentro de una semana, más o menos a esta hora, estaré en otro continente.

La cocina es grande y está increíblemente sucia. Hay un envase de judías Heinz lleno de desperdicios junto a un cubo de basura a rebosar. En el lugar donde las patas de la mesa se apoyan en el suelo hay comida de bebé incrustada. Unos trocitos de verduras del huerto se marchitan en la encimera junto a unas bolsas de té usadas y chorreantes y cuencos con cereales del desayuno a medio terminar. Me queda también claro que los Goldman tienen la costumbre de escribir los mensajes telefónicos en la pared. La que hay junto al teléfono parece un muro grafitero de una ciudad cualquiera. Rosie ha garabateado un mensaje para su padre con rotulador negro de punta gruesa. «Que Jake yame a criss», dice. Debajo, Jacob ha escrito: «Si criss yama otra vez dile que se valla a la mierda».

## Cinco

Salgo de la cocina y me encuentro a Jane Goldman sola en el huerto enristrando cebollas. Cuando me acerco me pide que la ayude, cosa que hago. Puede que la cosa parezca un poco William Morris, comenta en tono de disculpa, pero es necesario hacerlo si no quieres que se pudran. A mí, que procedo de las últimas paradas de la Northern Line, el asunto me parece más bien propio de Robinson Crusoe, y así se lo hago saber.

—Pero se me da bien coser —añado fanfarroneando. La señora Goldman me devuelve una sonrisa amistosa.

—Jake también es muy urbanita —me dice—. Si le hablas de la Northern Line se queda extasiado. Le gusta ver latas de Coca-Cola en los desagües. Le gusta estar a cinco minutos andando del Hampstead Everyman. Esto a él le resulta insoportablemente rural.

—Esto es muy bonito —digo yo—. Vuestra casa. Es muy bonita.

—Y muy sucia. ¿Te molesta la suciedad?

Me sorprende la pregunta. Me exige una respuesta rápida y, con un súbito instinto de emulación, me contradigo y defiendo las virtudes de la mugre.

—Me gusta la suciedad —digo. Alza la vista hacia mí, intentando ver de qué voy.

—Nos protege de los demás, y esta casa lo hace, sí —dice—. Le tengo mucho cariño. Cuéntame cómo conociste a John.

—En la librería Dillon.

—Vaya, qué intelectual. Yo le conocí en Woolworths cuando tenía más o menos tu edad. Deberías sentirte halagada por que se haya fijado en ti. Dice que le gustan los perfiles a lo *Quattrocento*.

Jacob, que se ha aproximado sorteando cuidadosamente una hilera de tarros de mermelada colocados boca abajo, está allí, detrás de ella.

—Un cuerno el *Quattrocento* —dice—. Le gustan las mujeres sin tetas.

Desde luego ninguna de nosotras está particularmente bien dotada en ese aspecto.

—Cuéntame cómo nos vamos a organizar para dormir —dice Jacob—. ¿Dónde van a planchar la oreja estos amigos nuestros?

—En la habitación de invitados —contesta Jane—. Roger ya se ha encargado de prepararla. Le pedí que lo hiciera.

—Esta muchacha es una de mis jóvenes promesas del primer curso —dice él. Se miran con complicidad.

—¿En serio? —dice Jane—. Entonces tenemos un problema.

Me sentí incómoda, así expuesta.

—Lo siento muchísimo —digo—. No sabía que veníamos aquí, si no no habría aceptado.

—Ves, mira lo que has conseguido, Jane —reprueba él—. Por tu culpa esta chica no se siente bienvenida. Un poco de tacto y delicadeza, por favor.

Jane Goldman me mira con una tierna sonrisa cómplice que hace que me sienta muchísimo mejor.

—Comprendo —dice con tranquilo sarcasmo—. Bueno, entonces suéltalo ya, habla. Espero que no estés pensando en montar un numerito.

—La cuestión es esta —dice él—. Todos conocemos y estimamos a John y lo consideramos un buen amigo, ¿no es así?

—Claro —dice ella.

—Y todos somos conscientes de que incluso nuestros mejores amigos pueden incurrir en sodomía, mariconería, abuso de menores, lo que se tercié.

—No seas malo, Jacob, sobra la licencia poética.

—El tema es muy sencillo. No voy a consentir que ese viejo marica venga aquí a mi casa a darse un capricho con una cría. No con una de mis alumnas. No con Katherine. ¿Os ha quedado claro?

No exagero si digo que aquella noche me sentí conmocionada. El día que mi madre llamó marica a John Millet lloré toda la noche, pero de ahí a que su amigo Jacob le llamara viejo marica mediaba un abismo. Además, lo decía bien alto, sin ningún complejo. No tenía nada que ver con la puritana censura moral de mi madre. Pero yo me había sentido atraída por la idea de la iniciación sexual. Si me había planchado el camisón de batista de Liberty, si me había puesto las medias pálidas y los zapatos de tacón alto, era por John Millet. Con su forma avasalladora de ir al meollo de cualquier tema, Jacob no solo le daba la razón a mi madre, sino que invadía mi intimidad y me hacía sentir como una novia árabe que debe dejar sus sábanas colgadas en público la noche de bodas para que los aldeanos encuentren las manchas de sangre.

—A lo mejor Katherine te hace el favor y no le importa quedarse en el dormitorio de Roger —dice Jane—. Y Roggs puede irse con Jonathan. ¿Te parece bien, Katherine? Aunque me temo que hay un lío mortal de cables.

—Por supuesto —digo yo, sin querer dar más importancia a aquel asunto, siendo además cortés y acomodaticia como era.

—¿No te habrás enamorado de ese personaje, no? —me pregunta Jacob—. ¿Supongo que es solo un *Sehnsucht* indulgente? ¿No?

—Sí, sí —contesto cruzando los dedos, preguntándome qué querrá decir *Sehnsucht*. Jacob usa muchas palabras alemanas. Pasó sus primeros años en la Alemania de antes de la guerra, de modo que no tiene ninguna dificultad a la hora de pronunciar con su acento londinense palabras como *Wirtschaftsgeschichte* y *Weltanschauung*.

—¡Claro que sí, eso es! —añade—. Dile que para esas cosas use su casa, y no se te ocurra meterte en una habitación con él si no es armada con una llave inglesa.

Aún hoy no sé qué me quiso decir con aquello, pero me hizo gracia y me sentí más tranquila.

Se vuelve hacia Jane.

—¿Y qué pasa con la comida, Janie? ¿Te has olvidado de nosotros, aquí entre cebollas? Son casi las dos y media, cariño.

Parece sentirse más fuerte apoyándose en la supuesta incompetencia de su esposa.

—Yo nunca me olvido de ti —le responde ella con ternura—. Pero, mi querido esposo, aquí viene nuestro denigrado amigo. Procura ser delicado, ¿vale?

John sube caminando hacia nosotros, dándose golpecitos en el muslo con el suplemento dominical satinado del periódico.

—Creí que estabas encerrado revisando pruebas —le dice a Jacob. Y añade, dirigiéndose a Jane y cortejándola descaradamente, aunque en apariencia, sin ninguna intención—: Hueles muy francés.

Los dos se ríen con complicidad y afecto.

—Tonterías, John —responde ella—, son las cebollas.

—Estoy viendo cómo nos organizamos para dormir —interrumpe Jacob, cortante—. Te hemos asignado la habitación de invitados, como corresponde a tu condición de invitado de más edad, y a Katherine la mandamos con los niños. ¿Te parece bien?

—¿Cómo, cómo? —dice John confuso, mirándonos a todos, uno tras otro—. ¿De qué vais?

—Katherine es mi alumna —dice Jacob.

—Ya lo sé —dice John Millet.

Qué hijo de puta, pienso, desconsolada. Lo sabía desde el principio. ¿Lo ha preparado todo para que le vean? Con lo inteligente y moderno que es, no se lo ha pensado dos veces. ¿Acaso buscaba darle celos a Jane Goldman al exigirle compartir un lecho en su gineceo?

—No tengo ninguna gana de que se me acuse de corromper a la juventud de Atenas —dice fríamente Jacob—. No echemos a perder nuestro domingo por esto, ¿eh? A otra cosa.

No obstante, John puede resultar muy insistente, y ahora todos vuelven a sentir, tras su alejamiento momentáneo, el regreso de la tolerancia hacia sus respectivas particularidades.

—¿Tu marido habla en serio, Jane? —pregunta John—. ¿Acaso se ha unido al Comité para la Reforma Moral de la Iglesia Anglicana?

A Jacob le indigna el uso desdeñoso que hace de Jane como intermediaria. De pronto, parece muy grande.

—Yo soy el Comité para la puta Reforma Moral de la Iglesia Anglicana —dice amenazador—. Y mucho más que eso, como verás también si me pones a prueba.

Jane agarra a John por el brazo.

—No le hagas caso, por favor, John —dice—. No merece la pena. Ambos sabemos lo exagerado e histérico que se pone. Déjalo correr, porque si no Jake y yo acabaremos chillándonos, ya lo sabes. Sería horrible para los niños y para Katherine. Haz una cosa, trae ese vino tan especial que tienes en el coche y nos lo bebemos almorzando. Me he volcado en esta comida. De verdad, aunque Jake no se haya dado ni cuenta. Los niños te han preparado una tarta de mora con un montón de nata. Por favor, John. Sabes de sobra que no hacen falta enemigos teniendo amigos como Jake.

Estas palabras surten efecto en John, pero a Jacob no le hacen ni pizca de gracia.

—Por Dios, Janie —dice furioso—. No hables así de mí. «Síguele la corriente a ese hijo de puta porque en el fondo es un loco inofensivo» y todo ese rollo. Aquí soy yo el que paga la puta

hipoteca y soy yo el que pone las normas si me da la gana. Aquí soy yo quien dice dónde duerme cada uno, que no se te olvide.

Es admirable la actitud de Jane ante ese dechado de paranoia masculina.

—No estoy dispuesta a seguir oyendo estas cosas, Jake —dice con calma—. Y Katherine tampoco.

Entramos en la casa y miro cómo fríe los calabacines.

—La verdad es que has aguantado el tipo —dice—. Te felicito por ello. ¿Eres tan tranquila como aparentas?

Para mi bochorno, veo que me he puesto a llorar. Jane me abraza con remordimiento.

—Pobre chiquilla. Qué desagradable ha sido. Qué bestias somos.

—Me gustaría irme a casa —le digo. Me abraza. El contacto con una mujer en los días finales del embarazo me resulta extrañamente reconfortante. Soy hija única.

—Te entiendo. Aunque me daría mucha pena que te fueras.

Lloro sin medida sobre su hombro, untando de maquillaje el canesú de su camisa.

—Qué cabrón, traerte aquí y montar todo este lío. Nunca sabes hasta dónde pueden llegar las cosas con los hombres. En cuanto a mi Jacob, no le hagas caso. Se comporta como Heathcliff con todo el mundo, ¿sabes? —me ofrece un fajo de servilletas de cocina—. Pero en el fondo es un buenazo. Por casualidad no serás tú su joven alumna a la que le gusta la señora Weston y los gorritos de su bebé, ¿verdad?

—Me temo que sí —digo con un estruendoso sorbido nasal.

—Vaya —se alegra—, mi viejo marido está impresionadísimo contigo. Dice que eres listísima y, esto que no salga de aquí, que tienes las mejores piernas desde Marlene Dietrich. Qué casualidad que estés aquí. No puedo dejar que te vayas ya con John Millet. Insisto en que te quedes. Si me lo permites, en defensa de Jake he de decir que no es normal que se ponga a cotillear sobre cómo debe dormir cada uno. Ha sido bastante arriesgado para él, pero sabe Dios qué necesidad tiene de montar una tragedia en cinco actos en el huerto, gritando y echándolo todo a perder, pero qué le vamos a hacer. Creo que al menos esto te puede servir para que te plantees ir a la universidad en Leeds o en Bristol. Si eso te ayuda, si quieres te cuento lo que me pasó cuando conocí a John, ¿te apetece?

Le digo que sí. Me gusta la autobiografía y me gusta ella.

—Me pidió que fuese a verle a su casa de Belsize Park. Yo estaba pasando el verano con mi tía en Cadogan Square. Cuando llegué allí me lo encontré en el sofá con un joven guapo. Se estaban besando con mucha pasión. Yo no era ni mucho menos tan sofisticada como tú. Era muy mojigata. Una desgraciada con el pecho plano, una cristiana de clase alta, abotonada de cachemira hasta el cuello. El producto de una niñera escocesa y un internado para niñas. Jacob me encontró en el rellano, pálida. Era el vecino de arriba de John. Se llevaban a matar. Me convenció de que en el mundo de 1945 había cosas peores que un poco de sexo atípico. Se portó muy bien conmigo y lo pasamos genial. Me desmontó los pensamientos y tuve que ir recogiendo las piezas para volver a montarlos. Pasé la noche con él, para mi grandísima sorpresa. Yo era entonces una puritana mojigata. John pasó la noche en el piso de abajo con su novio. Nos vimos los cuatro en el desayuno. La cocina era compartida. Yo llevaba el pijama de Jacob, y John y su novio idénticos jerséis de pescador noruego, como esos que se ven en los patrones de costura: el cuello en pico y el botón abrochado. Los había hecho la madre de John, uno para él y otro para el novio. Una mujer

espléndida, la madre de John. Jacob iba desnudo de cintura para arriba, con pelo brotando de cada folículo.

Me encanta su afición al chismorreo y su secretismo. Nos vemos arrastradas a la intimidad no solo por el melodrama del huerto de cebollas, o por la feliz e inesperada afinidad entre nosotras, sino por una necesidad vital que creo que yo satisfago. Ella ha sacrificado, como hacen las mujeres, distantes amistades femeninas en aras de un matrimonio satisfactorio. Se ha diluido en la tribu de académicos, bohemios y políticos (todos ellos hombres) que rodean a su marido así como de niños también predominantemente varones. Establece rápidas conexiones con la claridad lógica de la alucinación. Luego me cuenta que a los tres días de conocer a Jacob dejó Oxford y se fue a vivir con él.

—Por entonces era mucho más divertido. Y de repente, todo aquel sexo maravilloso —dice, con su voz de directora de colegio— cuando a una le habían hecho creer que sería una complicación.

Me hace un resumen de su vida que recuerda a una comedia dieciochesca. Está la hija que se escapa, el padre intransigente, el amante foráneo, el súbito flechazo amoroso y, por supuesto, los sinsabores de siempre. Su padre, un teólogo de Oxford jubilado y ultraconservador se alejó de ella como de la peste, así como de su hermana de Cadogan Square.

—Mi hermano Henry se proclamó dispuesto a vengar mi honor perdido —me dice—. Pero nunca vino a hacerlo, el pobre. Creo que se enteró de que Jake era un tipo corpulento. En aquella época Jake tenía un aspecto feroz. Llevaba barba, sabes, como ese, cómo se llama... ese del cementerio de Highgate<sup>[3]</sup>.

Se quedó embarazada inmediatamente para impedir cualquier intento de su familia de llevársela a la fuerza.

—¿Y fuisteis felices a partir de ese momento? —Le pregunto.

—Bueno, teníamos unas peleas terribles —responde ella—. Si no hubiera estado segura de que no iba a ser bienvenida, habría cogido al bebé y me habría plantado en mi casa. El choque cultural no es ninguna tontería. Una vez me encontré con Henry cuando iba empujando a Roger en su carrito por Hampstead Heath. Pasó de largo a mi lado sin detenerse. Me acuerdo que pensé «qué extraño, yo solía tostar malvaviscos con esta persona». Me fui a casa a llorar en el hombro de Jake, pero él estaba rodeado de todo su maldito grupo de lectura de *El Capital*. De modo que me puse a llorar sobre el hombro de John. A veces no tenía más remedio. Por aquel entonces Jacob estaba siempre ocupado repartiendo panfletos y dando discursos por la calle.

Cuando llegan Jacob y John, que han hecho ya las paces, ella y Jacob se lanzan besitos tranquilizadores desde la distancia.

—¿Qué habéis estado tramando? —pregunta Jacob al ver el brillo de sus mejillas. Le pone las manos sobre los pechos. No tiene ningún reparo en lo de ponerle las manos encima en público.

—Le he estado contando mi vida a Katherine —dice Jane sin remordimiento.

—No es algo en lo que apetezca imitarte —responde—. ¿Por qué las mujeres siempre estáis hablando de vuestras intimidades? Ponerse a escuchar las charlas de las mujeres es como sentarse en un grupo de apoyo. Es imposible pasearse por la biblioteca sin acabar convertido en un cotilla. Extienden sus intimidades por las estanterías, como si fueran mermelada.

—John, tengo que decirte algo que te va a encantar —dice Jane—, pero prométeme que no vas a volver a pelearte con Jake. Mi padre es miembro del Comité para la Reforma Moral de la

Iglesia Anglicana.



## Seis

No puedo entrar en el comedor de los Goldman porque Sam ha disparado con una metralleta de plástico a Jonathan, que está tirado en la entrada en medio de una agonía convulsa. Considero la opción de pasar por encima de él, pero caigo en la cuenta de que el muy cabroncete podría aprovechar la oportunidad para mirar por debajo de mi falda.

¡¡¡Rakatakarakatá!!!

—Levántate, Jont —le apremia su madre con su voz apagada—. Deja pasar a Katherine.

Jane nos ha preparado una aromática sopa de ajo fría, servida con pan de ajo caliente y seguida de lomo de cerdo guisado en leche. También hay una buena selección de verduras del huerto.

—¿Qué es esto? —le pregunta solícitamente John Millet.

—Cilantro —dice ella—. Lo enrollas con cilantro y lo sellas con mantequilla. Luego viertes encima leche hirviendo, que forma una costra y lo reduce a esa capa granulosa y agradable que rodea la carne.

Ella y John se enredan en una charla sobre cocina que nos excluye a los demás, porque son los únicos que saben de eso. John es una especie de Lionell Trilling gastronómico y le gusta seguir cada bocado en su recorrido descendente desde la garganta haciendo análisis y valoraciones.

—Es totalmente kósher —dice ella, para divertirlo.

—No podría ser ni más pecaminoso ni más delicioso —dice amablemente Jacob—. Aunque sea con dos horas de retraso, la comida siempre te sale muy buena, Janie.

Honran a la misma amante, cada uno a su manera.

—Gracias —dice ella.

Con un trozo de carne de cerdo guisada clavado en el tenedor, Jacob celebra no tanto la liberación de los tabúes raciales como (vista desde la pesadilla lejana de su propia infancia truncada), la maravilla de su actual *Gemütlichkeit* burguesa en la que sospecho que nunca podrá llegar a creer del todo.

John Millet, al pasarme la ensalada, me transmite insondables insinuaciones con sus sonrisas. No tengo nada contra él. Todo lo contrario, ahora me siento eufórica. Después de hablar con Jane creo que estoy mostrando un aplomo considerable para el punto en el que están las cosas. Que es donde siempre quise que estuvieran. Con gente cosmopolita e independiente. Algunos de mis

mejores amigos son homosexuales o judíos. Además, el acto sexual en sí es ya algo tan estrambótico, tan sobrecogedor, tan horrible, que el género de los que lo practican es lo de menos. La versatilidad de John no me conmociona.

—¿Aún le das al violín, Roger? —pregunta.

—Es el mejor violinista de la Joven Orquesta Nacional con diferencia —dice Jane.

Tiene una tendencia a contestar las preguntas en nombre de Roger como si él, su extraordinario hijo mayor, la necesitase como amortiguador ante un mundo hostil. Pero Roger también quiere responder. Alza la cabeza para ponerse serio; la nuez le tiembla ligeramente en el cuello y muestra la arrogancia propia de un bachiller.

—Yo no le doy al violín —dice—. Yo toco el violín.

—No seas tan mal educado, puto niño puntilloso —dice Jacob en tono violento.

Él y Roger intercambian un instante de odio. Roger lleva sus principios bien colgados al hombro como la mochila de un escolar.

—Solo digo que decir que le doy al violín es una forma despectiva de hablar —puntualiza fríamente—. Se trata de una familiaridad a la que solo tienen derecho los que tocan...

Puede parecer melodramático si confieso aquí que ante aquel impresionante y vulnerable celo, aquel altivo golpe verbal, me enamoré de Roger Goldman. Recuerdo el momento tan vívidamente como recuerdo el giro de su cabeza. No puedo burlarme de esa emoción como de tantas otras cosas de mi yo juvenil, porque a pesar de que la he puesto a prueba en tantas ocasiones, nunca me ha abandonado del todo.

—Reserva tus modales de Oxford para cuando llegues a Christ Church, hijito —dice Jacob, con terrible desdén—. Y mientras tanto, recuerda que ponerse tan quisquilloso en mi mesa, con mis invitados, es de mala educación.

Súbitamente Jonathan le tira a Jacob un buen trozo de pan de ajo a la cabeza, que yerra su objetivo y golpea detrás, en la pared.

—Lo que hay que oír —dice Jonathan—. ¿Qué es toda esa mierda de «mi mesa», vejestorio? Esta mesa la compró mamá en aquella tienda que cerró. ¿Por qué va a ser tuya? Cómo te gusta soltar la gran perorata patriarcal en la comida, ¿eh, matón judío?

Nadie le exige que recuerde los buenos modales o a los comensales hambrientos. Jacob se limita a instruir a Sam en el arte subversivo de lanzarle el pan de vuelta. Jacob y Jonathan parecen llevarse muy bien. Jacob es lo suficientemente testarudo como para apreciar en Jonathan mucho de sí mismo.

—Haznos un poco de café, flor —dice afablemente.

—Hazlo tú, desgraciado —responde Jonathan.

—Querido Jont —dice Jacob—, sé bueno.

Rosie se saca de la boca una ciruela entera para exponer una verdad profunda y luego vuelve a metérsela en la boca.

—Jonty está haciéndose el chulo —dice. Jonathan se ríe alegremente.

—Vale, Jake —accede—. Lo haré, pero solo si es instantáneo, ¿eh? Paso de esperar a que lo haga esa chapuza de filtro que tarda una eternidad.

Jacob consiente lo que para mí es una cantidad alarmante de contestaciones y malos modos y desafíos. Parece que lo organizara él. Es como si estuviese todo el tiempo impartiendo a sus hijos un curso agresivo de rebeldía. La actitud de Jane, sin embargo, recuerda más a la de una

institutriz, y no hay duda de que cree en el trabajo con los niños. Seguro que podría permitirse un lavavajillas, pero prefiere que la ayuden sus hijos. Cree que poner a los niños en fila a trocear verduras es preferible a usar una máquina.

—Prepara el café, Jonathan —dice con frialdad—. Tomaremos el de verdad; y nos lo llevas al salón.

Jonathan se dispone a hacerlo con la celeridad de un hada.

—Recoge los platos, Rosie —dice luego Jane—, y que Roger los lave.

Es más exigente con Roger que con ninguno de los otros. Antes de que termine el día veo que se acerca a él mientras masca hierba en el jardín delantero y que le dice: «Ve y toca algo en sol menor, Roggs».

—El sol menor es difícil —responde Roger.

—Por supuesto que es difícil —dice ella, persuadiéndolo con su vigoroso elitismo—, pero no está fuera del alcance de alguien como tú, cielo.

Esto me parece totalmente cierto, procediendo como procedo yo de un mundo donde Purcell es un jabón en polvo.

Mientras tomamos el café, John Millet habla poéticamente sobre Roma. Sobre el campanario que hay justo al lado de su piso del Trastevere; sobre las gradaciones descendentes de la pintura color barro de las fachadas de las casas; sobre los inmensos tomates rellenos de los restaurantes de las *piazas* y del viril estruendo de los Fiat. Las imágenes aparecen solas en la compleja nebulosidad romántica de mi vulnerable imaginación. Después, mientras Jacob dedica el resto de la tarde a revisar las pruebas, John Millet se quita la camisa y lee la prensa dominical en una tumbona. Yo leo libros del doctor Seuss a Sam y Annie, y Rosie me pide prestados los pendientes para probárselos en el piso de arriba. Jane toca la *Suite Italienne* con Roger, y Jonathan sale en bicicleta con sus aparejos de pesca rumbo al río. Como hace calor, se ha quitado los vaqueros y lleva unos pantalones cortos deshilachados y unas zapatillas de tenis sucias y manchadas de algas. Llega hasta la verja, pero, una vez allí, se da la vuelta encaramado en su bici de carreras, que controla con una sola mano porque en la otra lleva la caña de pescar, y se vuelve hacia mí.

—¿Quieres venir a pescar? —me pregunta.

Tiene una mirada audaz y grandes piernas. Es el tipo de estudiante junto al que uno evitaría sentarse en el autobús de vuelta a casa tras el colegio.

—Puedes coger la bicicleta de Jane —dice.

—Igual ella la necesita —digo yo.

—Ahora no puede usarla —dice él.

Desde luego, Jane tendría cierta dificultad para meterse detrás del manillar en su estado.

—Si te da miedo, puedes venir andando —dice—, a mí no me importa.

Maldigo silenciosamente a Jonathan por sacar a la luz la verdad y recordármela con una franqueza tan ofensiva. La última vez que monté en bici tenía nueve años. El día después de la muerte de mi padre, me caí y me rompí un brazo. Jonathan y Roger, sin embargo, son de esos que manejan las bicis con la destreza de los campesinos vietnamitas, capaces de transportar niños en la barra y en el portaequipajes y al mismo tiempo llevar a casa grandes fardos atados a la espalda. Ese tipo de gente que inspira fe en el futuro de los sencillos avances tecnológicos.

—Voy a buscarte unos zapatos para el barro —dice Jonathan, mirando mis elegantes sandalias.

Me cuesta volver la vista atrás y darme cuenta de que el único factor decisivo entre mis

razones para rechazar la oferta de Jonathan fue la idea de ponerme unas botas de agua de las que había en el cesto de la ropa sucia.

—Creo que me quedaré aquí a escuchar la música —digo—. Me parece cruel matar peces, la verdad.

Jonathan me lanza una mirada de inocultable desprecio.

—No te olvides de llorar también por el cebo —dice, y se va.

## Siete

A las seis de la tarde Jane nos trae té y tostadas al jardín. Jacob sale de su despacho para este agradable ritual y Jonathan regresa de pescar. La amiga de Rosie, que había desaparecido a la hora de comer, ha reaparecido para terminar de montar la tienda de campaña de juguete. Roger, acalorado por el esfuerzo de tocar el violín, está tumbado en la hierba haciendo un tangram con un trozo de tostada.

—Dáselo a Rosie —dice Jane—. A ver si ella lo consigue.

—Dáselo a Katherine, Roggs —dice Jacob.

Roger, tumbado bocabajo en la hierba, me acerca el plato estirando un brazo. Me observa mientras lo hago. Me lleva un rato, pero lo consigo. John Millet me aplaude. Roger desvía la vista tímidamente cuando yo lo miro. Tiene una mariposa bordada en brillantes colores en el bolsillo de atrás del pantalón vaquero.

—Mejor que John no se entere de que los Goldman comemos pan de molde cocido al vapor —dice alegremente Jane—. John solo cree en la alta cocina.

—Y tú también, Jane —dice John—. Lo ocultas tras un velo de esnobismo invertido.

—Muy cierto —dice Jane con satisfacción—. Todos tenemos nuestras cosas. Vamos a tocar algo entre todos antes de irnos a la cama.

—No has hecho otra cosa en todo el día más que tocar y cultivar tu huerto —dice Jacob.

—Y producir alimentos. Y traerte la comida y el té. ¿Qué se supone que debería hacer, Jake? ¿Un curso de psicología en la politécnica de Brighton? ¿Ganar algún dinero extra para comprarte jerséis elegantes como el de John?

Jacob se gira para mirarla fijamente con una mezcla de resignación cáustica y amor.

—Ya me has dicho todo eso esta mañana. No hace falta que me lo repitas. Lo único que digo es que si seguís tocando, John y yo nos vamos al *pub*. Los demás podéis seguir flipando con ninfas y putos pastores. Tremendamente apropiado para mujeres y niños los domingos por la tarde.

Está sentado en la hierba a los pies de Jane, con la cabeza apoyada entre las rodillas de ella, que está sentada en una silla de mimbre de respaldo recto. Ha posado la taza de té y le pasa la mano por el pelo.

—Sabemos de sobra que eres incapaz de cantar sin desafinar —dice Jonathan, enfrentándose gustosamente a él; Jane sonrío.

—Y tanto que sí, Jont —dice—. Con lo que desafina ya es suficiente que Jake cante de vez en cuando la canción de las Brigadas Internacionales. Esposo mío, ¿por qué no te vas una hora al *pub* con John? Y luego, cuando volváis, que nos lo agradezca con una estupenda cena.

—Con el mayor de los placeres —dice John.

Jacob y John cogen las llaves y el tabaco y se van, haciendo gala de un espíritu de camaradería masculina atractivo pero excluyente.

—Vamos en mi coche —dice John—. Cabemos justos los dos.

—¿Llamas coche a eso? —dice Jacob—. Yo lo llamaría *ego trip*.

Cantamos *Oh, Worship the King* en cuatro partes sin acompañamiento. Si la voz profunda y grave de Roger no me impresionara tanto sería como estar otra vez en el coro del colegio. Jane, que está a mi lado, me ruega que supervise su ese sibilante. Luego cantan Roger y Jonathan. Dos bonitas endechas que transmiten una honda desesperanza y lágrimas cristalinas. *Christall Teares*. Esas canciones me traen siempre a la memoria al reverenciado John Dowland.

—Esta —dice Jane—. Venga.

—No puedo hacer de tenor —dice Roger, rechazando la primera con un exceso de delicadeza para la ocasión.

—Oh, por amor de Dios, Rogsie —dice Jonathan, intentando convencerle—. Jane canta como si le hiciera falta una puñetera arandela de repuesto en la garganta.

—Gracias, Jont —dice Jane.

—No puedo hacer de tenor, ni hablar —insiste Roger—. Hazlo tú.

—Vale, vale, lo haré yo —accede Jonathan—. Anda, dame eso.

Levanta las manos como un pedagogo de teatro.

—Silencio, silencio —dice límpidamente—. Silencio absoluto. Pégate el chicle detrás de la oreja, Rosie.

*Salid, lágrimas cristalinas  
cual lluvia matinal  
y derramaos dulcemente  
sobre el pecho de las damas*<sup>[4]</sup>.

La segunda es un dueto. Jonathan, para mi grandísima sorpresa, alza la voz en un alto penetrante. Nunca antes había oído cantar a un varón prepúber como una chica, y me siento tan conmocionada como si hubiera visto a un hombre vestido de mujer en medio de la calle. «Caigo hasta el fondo y nunca me levantaré», dice el estribillo. El aspecto de ambos contradice la pintoresca melancolía de la canción. Roger con su garboso sobrepuesto de mariposa en el bolsillo trasero. Jonathan con sus peludas piernas de jugador de rugby y sus pies descalzos. Los dos muy por encima de los demás y probablemente con la intención de mantenerse allí. Jane les acompaña al piano. Se vuelve hacia Roger cuando llegan al final.

—Muy bien, chicos —dice—. Vete a sacar a los niños del baño, Roggs, ¿vale? —añade, delegando como es su incorregible costumbre. Mientras él obedece, Jonathan monta su flauta, dando soplidos de prueba en la boquilla. Rosie toca un tembloroso minué y sacude la saliva de su flauta de contrapunto. Aparecen los pequeños gemelos Goldman vestidos con sus pijamas de

algodón, con los cuellos aún húmedos, y escuchan a Jonathan, que les toca *Tom, Tom, the Piper's Son*. Intentan incorporarse pero no recuerdan bien la letra, lo que hace sonreír a Jane.

—Mis niños bonitos —dice, ofreciéndoles un momento de atención inesperada. En conjunto parecen ser el mejor ejemplo de una genuina despreocupación. Jane ante todo es ecléctica, y su familia ha convertido en música de cámara *Yellow Submarine*: flauta, violín, piano y flauta de contrapunto. Se interrumpen entre risas antes de terminar la canción.

—Eres demasiado bueno para nosotros, Ragsie —dice Jane—. ¿Cómo nos aguantas?  
Por la expresión de Roger, está claro que lo hace solo con dificultad.

## Ocho

Palitos de pescado y judías de lata es lo que Jacob les embute a sus tres hijos pequeños cuando regresa. Es su gesto semanal de colaboración doméstica. Maneja la comida y a los niños muy deprisa, dando órdenes como un afable maestro escocés. Observo cómo lo hace, porque estoy en la cocina participando en la prodigiosa elaboración de la sopa de John Millet. La prepara con los tomates que le han sobrado a Jane Goldman, ataviado con su delantal de carnicero y con los puños azul cielo de la camisa remangados, dejando a la vista los bronceados tendones de sus bonitas muñecas. La receta incluye un poco de arroz molido, yemas de huevo, moler muchísimo en un mortero de piedra y un poco de cuidadoso tamizado. A Jonathan y a mí nos piden que primero sumerjamos tiras de pan en un cuenco con manteca fundida y luego las pasemos por un queso parmesano que Jane saca de la despensa en un paquete enorme de alguna tienda de alimentación. Luego las tiras de pan se tuestan en el horno y sirven para acompañar la sopa. Roger está sentado a la mesa, de nuevo con la gorra, leyendo un manual de conversación de suajili.

—Jont, escucha esto —dice—. «Chaval, te he dicho que me trajeras todas las maletas. Aquí solo hay tres». ¡Jesús!

Se lleva mejor con él que con ningún otro. Jonathan se ríe.

—¿Quién escribe esas tonterías, Rogsie? —pregunta Jacob.

Le quita el libro a su hijo y examina la portada.

—Misioneros alemanes —dice con disgusto—. ¿Qué te puedes esperar?

—El tamizado es lo más importante —me dice John Millet; he terminado con los trozos de pan y me he hecho cargo del tamiz—. Niño, no lo pongas otra vez al fuego o te saldrán huevos revueltos.

—Sopa de huevos revueltos —dice Jonathan, haciendo el tonto.

Jane está sentada a la mesa con Roger, con aspecto cansado y luciendo su embarazo. Comemos en la mesa de la cocina cuando han acabado los niños, y todos coincidimos en que la sopa está absolutamente deliciosa.

—Estos niños tienen que irse ya a la cama —dice Jacob—. Y usted también, señora Goldman. Pareces un cadáver, todo el día dándole a ese *Klavier* en vez de estar en la cama con los pies en alto.

Inicia el ritual con el que se lleva a los niños a la cama, interpretando una comedia vespertina,



haciendo bromas y formulando amenazas que provocan un crescendo de bulliciosa indignación. Es el que lleva la voz cantante sobre qué cuentos les leerá o no les leerá en la cama. Veta todo lo que los pequeños proponen.

—¡*Ameliaranne Stiggins!* —grita Annie frenéticamente.

—¡*Ameliaranne Stiggins?* —dice Jacob, fingiendo una repugnancia firme e incrédula—. Solo os leeré *Ameliaranne Stiggins* si es de atrás hacia delante. Pero aquí tenéis a John... es vuestro hombre. Él puede contaros *Ameliaranne Stiggins* en italiano.

—Cuéntanos en italiano lo de «La señora Stiggins posó el trasero en su silla favorita», John. John se niega.

—Los niños son asunto tuyo, Jake —dice—, no mío. Me he dejado los cigarrillos en el coche. —Y sale a buscarlos.

—Vamos, tropa —dice Jacob—. Delante de mí. En diez segundos me termino el café. Os voy a leer *Los cuentos de así fue* o uno de E. Nesbit.

Para mi sorpresa, Jacob parece ser bastante tradicional en sus gustos sobre literatura infantil. Arrea unas azotainas a sus gemelos con el manual de frases de suajili de Roger.

—En marcha —dice—. El latigazo más fuerte será para el último hombre que se lave los dientes.

Los pequeños suben riéndose por las escaleras. Rosie se detiene en la puerta.

—Yo no soy un hombre, así que no tengo que irme.

—Ve, cariño —dice Jacob—. Mañana hay colegio y tu madre no puede más.

No hay duda de que Rosie pone a Jane de los nervios.

—Quiero enseñarte cómo hago el pino —dice Rosie.

—¿Por qué eres tan pesada? —dice Jacob con ternura. Ella se sienta en la entrada.

—No puedo andar, estoy muy cansada —dice—. Llévame en brazos.

La comisura de los labios de Jane muestra su creciente tensión. Jacob se levanta y se echa a Rosie al hombro como un saco.

—Vamos, flor —dice—. Y vete a la cama, mujer. Estás embarazada.

Roger, al que las extravagancias de Jacob le causan una notable repugnancia, se ha esfumado. Jonathan, que trajina estruendosamente en el fregadero, parece dispuesto a pagarle con la misma moneda.

—Dios santo, Jake, pareces un jodido *Sturmtruppen* —dice, poniendo el acento—. Prezumes de zer el primerr hombrre que ze vaña en zu propio jabón —añade.

Un comentario que a todas luces excede los límites del buen gusto. No soy consciente de hasta qué punto es así hasta que, más tarde, Jane me cuenta que el padre de Jacob desapareció en la Alemania nazi... un hecho que a la vez me lleva a deducir que a Roger no le importa llevar el sombrero de un muerto. El sombrero de un mártir. Corre, por así decirlo, no solo el riesgo común de dejárselo en el autobús, sino el más profundo de muerte por contagio.

—Te he fregado los platos, Ma —dice Jonathan, mientras John Millet está fuera—. Todos salvo el tamiz. No estoy dispuesto a sacar toda esa porquería asquerosa del tamiz, que se encarguen esos viejales y engreídos amigos tuyos.

—No son mis platos, Jont —dice ella—. ¿Has pescado algo?

—He dejado la pesca —dice Jonathan—. Es cruel. Pregúntale a ella.

Hace un tosco gesto con la cabeza en mi dirección. Jane sonrío.

—Venga —dice—, no te creo, Katherine. ¿Con la de cosas que pasan en el mundo?

—El que algunas cosas sean peores no lo hace menos cruel —digo yo.

Quizá no tenga mucho sentido discutir sobre esto con la esposa de alguien que ha llevado una estrella amarilla en la chaqueta.

—Piensa en la leche de tu café —dice Jane—. La han sacado de un ternero lechal.

—No le hagas caso —me dice Jonathan mientras se prepara para salir—. Es una asesina de pulgones.

Está a punto de chocar con Roger, que regresa. Jane le mira, observa su rostro y aflora en el suyo una ternura maternal. Jane Goldman no puede disimular su preferencia por los varones, y Roger es su ojito derecho. Es un chico encantador. Le da una palmadita en la mejilla cuando se sienta a su lado en la mesa.

—Madre —dice él malhumorado—, si mañana Jake se lleva el coche a Londres, ¿cómo voy a clase de música?

Ella suspira con impaciencia, intentando que su apego no le induzca a resolverle todos los problemas.

—Te las arreglarás, Roger —dice con indiferencia—. La gente tocaba el violín antes de que se inventaran los coches.

—Son treinta y cinco kilómetros. ¿Por qué no coge él el tren? Siempre lo hace.

Jane le sonrío con condescendencia.

—Tu padre es malo, usa su coche cuando le conviene. El tema es que mañana le hace falta. Pero, aun así, si se lo pides educadamente puede que te lo deje. No es un monstruo. ¿Por qué no intentas hablarle bien alguna vez?

—Lo odio. Me critica.

—Te diré una cosa, querido —dice ella, poniéndole la mano de nuevo en la mejilla—. Si me hablastes a mí como le hablas a él no te criticaría. Te pondría un ojo morado. Venga, lleva a Katherine a ver la televisión. Estoy harta de ti.

Roger se siente traicionado y frunce el ceño.

—¿Te sirve mi coche, Roger? —pregunta John Millet con generosidad—. Mañana tengo que ir a Brighton a ver una cosa, pero volveré a la una.

Ni siquiera Roger, un joven terco e idealista, es inmune a los encantos de un Alfa Romeo blanco. Relaja el ceño y alza la mirada.

—Supongo que el volante a la izquierda no es ningún problema —dice John.

—No —dice Roger—. Tendría que irme a las cuatro, si es posible. Muchísimas gracias. Pero ¿de verdad que no te importa?

—En absoluto —dice John—, tampoco es para tanto. Si quieres ven conmigo a Brighton y así lo pruebas. Creo que pararé en la capilla a la vuelta. Esa en la que están los cuadros de Duncan Grant y Vanessa Bell, ¿la conoces?

Mientras esperamos allí sentados, bajo la pantalla de papel japonés de la lámpara de los Goldman, cubierta de cagadas de mosca y polvo, John se queda mirando durante un momento las paredes decoradas con frutos y flores. El papel está empezando a desprenderse de la estructura de alambre y pende enrollado con garbo en espiral hacia la mesa sobre la que cuelga.

—Qué bueno eres —elogia Jane—. Lleva también a Katherine.

—Ahora voy a ir con una lamparilla de alcohol a vuestro cobertizo y a arreglaros algunas

sillas —dice; le da un beso a Jane en la mejilla y añade—: Antes de que uno de vuestros hijos se rompa una pierna.

En el piso de arriba Jacob grita con estruendo y entre risas que encerrará en el armario de las escobas a todo aquel que encuentre fuera de la cama después de contar hasta cinco.

## Nueve

Roger me lleva hasta la televisión. Los Goldman, como corresponde a la gente cultivada, tienen una televisión pequeña y de mala calidad que relegan al cuarto de juegos de los niños. La habitación es un caos de piezas de lego y de puzle. Dibujos desvaídos de los niños cuelgan con los bordes doblados hacia dentro en un tablón junto a los certificados de natación de Rosie, que demuestra que ha convencido al funcionario de educación del condado de que es capaz de nadar cien metros, quinientos metros y mil quinientos metros, y que también es capaz de salvar vidas. Las sillas de la habitación son esas iniquidades de moqueta sin recortar con un estampado de manchas rojas y grises que una esperaría encontrar tiradas en las vías muertas del ferrocarril. Me atrevería a decir que, sea lo que sea lo que el mobiliario expresa sobre ellos, expresa también que los Goldman son lo suficientemente elocuentes como para contradecirlo.

Jonathan se ha instalado en el cuarto de juegos antes que nosotros. Está leyendo sin esconderse el *Girls' Crystal Annual* de 1964. Roger enciende la televisión. Como es domingo por la noche, el tono es de una exaltación moral despiadada propio de la telebasura. Hay entrevistas con gente cuya fe cristiana les ha ayudado a hacer frente a la adversidad. Roger se lame los dientes con gesto incómodo, con el cuerpo totalmente paralizado de hombros para abajo.

—Dios mío, Rogsie —dice Jonathan—. Apaga eso. ¿Cómo puede gustarte esa mierda asquerosa? No me extraña que sueñes que se te caen los dientes.

Roger se ruboriza y no puede evitar una encantadora risa nerviosa. Tantea con los mandos para ver qué ponen en otros canales. Lo que encuentra es el Royal Ballet representando *Les Sylphides* y a Ava Gardner en un safari en un antiguo drama.

—Vamos a ver esa —dice Jonathan—. Por Dios, nada de Cultura.

La belleza de Ava Gardner vestida de caqui ha sobrevivido décadas hasta llegar a nosotros, incluso en la pequeña pantalla de los Goldman.

—Te apuesto que eso es Kenia —dice Jonathan, con la mirada fija en los meneos de Ava Gardner en ropa de dril—. Todos van como *boy scouts*. Lo que te has comprado no te vale, Rogsie. Vas a tener que mirar en la tienda de Oxfam a ver si encuentras uno de esos sombreros de forajido.

Roger se ríe de nuevo, apartándose el cabello lacio y oscuro de los ojos.

—Voy a echarte de menos, Jont —dice—. Eres el único al que voy a echar de menos. Eres la

única persona que conozco con la que merece la pena hablar.

—Chorradas —dice Jonathan—. Y otra cosa. Madre me va a obligar a tocar la flauta el doble de tiempo en cuanto estés lejos y no puedas darle al puto violín. ¿No está permitido decir lo de darle al violín? Y dime, ¿por qué has montado todo ese número durante la comida?

Roger se encoge de hombros.

—Porque me apetecía —dice—. Es que Jake y ese Millet me ponen de los nervios.

## Diez

A la mañana siguiente, cuando bajo a la cocina, me encuentro a John Millet solo; ya ha expuesto su rostro a la maquinilla eléctrica y al rocío matinal. Viene de dar un paseo por el campo antes del desayuno, con terciopelo azul celeste sobre la piel desnuda. El coche de los Goldman rechina fuera en la grava, porque Jane ha vuelto de dejar a los niños en el parvulario y en la escuela. Jonathan se ha ido temprano en su bici.

—¿Qué tal has dormido? —me dice John, que busca divertirse un poco a mi costa al ver entrar a Jane. Me da una flor silvestre. Una flor para la virgen.

—Escorodonia —dice.

—Lecherina —le corrige Jane—. ¿Jake sigue durmiendo? Le dejé dormido en nuestra cama con Annie. ¿No nos habéis oído trajinar esta noche? Annie ha vomitado tres veces. Creo que tiene los ganglios inflamados.

Al entrar, Jacob gruñe ostentosamente que no ha dormido nada y se lanza sobre la cafetera. Es totalmente falso, pues su mujer nos ha dicho que al irse lo dejó dormido.

—He compartido cama con dos mujeres —dice—. Una embarazada y la otra vomitando.

Con el tiempo descubro el alivio que supone para Jacob no estar junto a John Millet, que, a pesar de ser sexualmente ambidiestro, representa una amenaza para él por la devoción que profesa a su esposa y por su excelente pedigrí netamente *wasp*. De alguna forma juego un papel subordinado que permite a Jacob alguna que otra muestra de virilidad.

—¿Cómo va la estructura conceptual esta mañana, querida? —me dice, mientras tira sus pruebas sobre la mesa. ¿Qué se supone que ha de responder una a semejante pregunta?

—Muy bien, gracias —digo.

—Su estructura conceptual va muy bien —dice Jacob—. ¿Dónde está el puto *Guardian*? ¿Aún no lo han traído esos niñatos perezosos?

—Venga, Jake —dice John intentando calmarle—. Pero si no te ha dado tiempo a terminar el de ayer.

—Lo de ayer es lo que busco —responde—. Es lo que leo cada día en el *Guardian*.

Me resulta un gruñón original y brillante. Ya se trate de la patronal, de la reina madre o de la prensa burguesa, él siempre acaba despotricando con nuevas hipótesis. Me cae muy bien. Es el que mejor me cae de todos.

—Desayuna algo, Jake —dice Jane—. Roger se ha llevado el *Guardian*. Lo tiene arriba. Déjalo en paz.

Tostada y café para Heathcliff.

—¿Por qué todos mis calcetines están desparejados, Jane? —dice—. ¿Y por qué los calcetines de los demás no? ¿Es que sus mujeres son mejores?

—A lo mejor se lavan ellos mismos los calcetines —dice Jane—. Deberías irte ya, Jake.

—Acuérdate de la niña, Janie, ¿vale? —dice Jacob antes de ponerse en marcha—. Hay una niña enferma en la casa. ¿Me puedo ir tranquilo?

Entra Roger con el *Guardian* y con su radio. Está escuchando una sinfonía de instrumentos de cuerda.

—Roger, Annie está mala —dice Jacob—. Hay que estar pendiente de ella. Asegúrate de que tu madre lo está. Dile que llame al médico si es necesario.

—¿Es Purcell eso, Ragsie? —dice Jane.

—William Boyce —responde él.

—Sí, claro —asiente Jane. De vez en cuando se parecen de una manera que me recuerda a una época en la que mi madre y yo llorábamos juntas viendo *Sonrisas y lágrimas*, cuando Julie Andrews volvía al convento. Miro la primera página de las pruebas de Jacob, siendo como soy una lectora vocacional de escritos ajenos.

«En conciencia, no puedo dar las gracias reglamentarias a mi esposa», dice, etcétera. «Sin ella, no me merecería la pena escribir ningún libro».

—Las pruebas —dice Jane cuando él le da el beso de despedida—. No te olvides las pruebas.

—Santo Dios —dice él, dándose una palmada en la frente—. Las pruebas.

## Once

Roger Goldman camina por el *kitsch* del paseo marítimo como un personaje de John Bunyan. Los vendedores ambulantes de muslos humanos modelados en caramelo, de sombreros cursis con mensajes obscenos, de barritas dulces de Brighton, desconciertan a todos menos a ellos. Tal es la entereza de Roger mientras yo codicio los perritos calientes. A nuestro alrededor, familias de vacaciones prosiguen implacables con sus métodos de educación infantil. Padres cultos hablan con ternura a sus bebés cada vez que se acerca una ola o una gaviota. Padres más humildes se entregan a esa forma de sadismo paternal peculiarmente anglosajona que alterna amenazas de bofetones con promesas de pasteles. Niños que empiezan ya a andar quieren abandonar sus carritos, invitados por el mar. «Cállate, Stephen, ya te he comprado tus patatas fritas».

Roger lleva sus vaqueros de la mariposa y una camisa ancha sin cuello remetida bajo el cinturón, de donde cuelga también la gorra de mártir. Andamos hasta sobrepasar la zona de playas en la que aún hay gente y paramos a descansar sobre unos guijarros resbaladizos. Roger lanza piedras al mar con un vigoroso movimiento de brazo que me deja sorprendida.

—¿Estás contento por haber dejado el colegio? —le pregunto.

—Por supuesto —responde—. ¿A ti no te pasó?

Intento transmitirle lo loca de alegría que estaba el día que dejé el colegio. Igual soy un poco tonta. Le cuento que mi mejor amiga, la mejor compañera de travesuras, y yo nos metimos los pañuelos en la boca durante la última ridícula interpretación de *Despidenos con tu bendición, Señor* en el acto de fin de curso; que nos llevamos a casa una buena muestra de la basura acumulada en nuestras mesas en una manta escocesa que cargamos entre las dos colina abajo. Que metimos nuestros sombreros del colegio en un buzón y comimos patatas fritas en la calle hasta poner perdidos los uniformes.

*Que todos nuestros días de ocio tengan tu bendición,  
ayúdanos a huir de los afanes egoístas, Señor,  
y a que nuestros placeres estén santificados,  
a que puedan ser todos puros e inmaculados<sup>[5]</sup>.*



—Yo fui derecho a casa en bicicleta con Jonathan —dice él—. No había nadie en el colegio con quien quisiera celebrarlo. Mi profesor de música me dio un vasito de un jerez horroroso.

Subimos para encontrarnos con John por los *Lanes* de Brighton, donde no me atrevo a parar en las zapaterías por si Roger me toma por superficial. John, que está esperándonos, nos obsequia con un bistec y patatas fritas como a niños que disfrutan de un día fuera del internado. Todas mis escapadas con él tienen ese aire masculino semilascivo. Dada su versatilidad, quizá esté saboreando la posibilidad de quedarse con alguno de los dos. Cuando va al baño el camarero sigue sus indicaciones y me trae un pastel de piña con nata.

—¿No quieres nada más, chaval? —le dice a Roger.

—Yo no soy «chaval» —responde altivamente Roger—. Soy Roger Goldman.

Me río entre dientes.

—¡Chaval! —me dice Roger con disgusto cuando el camarero se ha ido—. Qué se habrá creído.

Unidos de pronto por nuestra bendita juventud y la palabra impropia que ha elegido el camarero para subrayarla, nos entregamos entusiasmados a una risa descontrolada.

—¡Vaya dos! —exclama John Millet con agrado al regresar.

La capilla es bonita, estando como está oculta entre el verde prístino y siendo como es más artificialmente exuberante por dentro. John saca unas cuantas fotos con *flash*. Es como si en las paredes se estuviese celebrando el día de la cosecha. Cuando miro al fondo de la nave veo que Roger ha subido al púlpito. Es algo que yo jamás haría.

Roger conduce el coche de vuelta a casa y John Millet va a su lado, en el asiento de copiloto. Al llegar vemos que Annie se ha recuperado del todo y está pasando el rato en la cocina con Jane. Jonathan, que lleva puesto su horroroso uniforme del colegio, está despotricando contra el nuevo profesor de inglés, que lo ha castigado, dice, por descarado.

—Jont, eres un descarado —dice tranquilamente Jane—. Es parte de tu encanto, pero no puedes pretender que todos lo vean así.

—Ese imbécil va y me pide que parafrasee «querubín del cielo, con los ciegos emisarios del aire por montura»<sup>[6]</sup> —dice, pataleando—. ¿Para qué coño hay que parafrasear eso? Suena mejor tal como está.

—¿Qué le has dicho, Jont? —pregunta Jane.

—Pero ¿no estás de acuerdo, Jane, en que es una tontería parafrasearlo? —dice Jonathan.

—¿Qué le has dicho, Jont? —insiste Jane.

—Le he dicho que si no se daba cuenta, mejor que se dedicara a otra cosa.

—¿Y? —dice Jane socarronamente.

—Me ha dicho que si soy tan listo por qué no daba yo la clase. Así que me he puesto a dar la clase. Y lo he hecho bastante mejor que él, además, pero a los diez minutos me ha dicho que me callara, porque lo dejaba en ridículo, claro. Seguro que ya no se le ocurre reírse de mí.

Es mucho más valiente y rebelde de lo que jamás haya sido yo. Sin aspavientos ni entusiasmo, le entrego el testigo.

—Ándate con ojo, Jonathan —dice Jane—. Ni Jake ni yo vamos a ir a suplicarle al director si te expulsan —se vuelve hacia Roger—. Esas jovencitas te han llamado por teléfono, Roger. Las del tenis. Quieren jugar mañana contigo.

Roger se encoge de hombros.

—Juegan al tenis vestiditas de blanco —dice aviesamente—, como extras de *La cenicienta sobre hielo*.

Me acobardo ante esta acusación petulante y me alegro por todas las veces que me he escondido en la biblioteca para no ir a jugar al tenis. Si hubiese jugado seguramente lo habría hecho vestidita de blanco.

—Venga, Rogsie —dice Jonathan, mientras Jane nos prepara el té—. Yo me quedaré con la de las piernas.

Roger no dice nada. Va a por su violín.

—Tengo que irme ya —le dice a John, que le da las llaves del coche.

## Doce

Al final de esa tarde, en el huerto, Jane me perdona por arrancar un pepinillo aún verde que he confundido con un calabacín. Las patatas salen blancas de la tierra, según descubro. La piel marrón se les forma después. Jacob se une a nosotras a su regreso, en compañía de Annie y Sam, a los que se ha encontrado en la entrada. Lleva en la mano el *Listener* y un pedazo de queso envuelto en hojas de parra para su esposa.

—Para ti, amor mío —dice—. Y para nadie más.

—¿Tampoco para ti? —dice ella. Está emocionada—. Oh, Jake.

Envuelta en el *Listener* lleva una bolsa de Dillon que me entrega. Es un ejemplar de *Los filántropos en harapos*.

—Deja de leer a los clásicos —dice.

Le estoy muy agradecida por el regalo que me hace.

—Una guía de la Nueva Jerusalén para una joven, ¿verdad, Jake? —dice Jane—. Me alegro mucho de que me haya tocado el queso. Soy demasiado vieja para andar cambiando a estas alturas.

—Voy a salir también en bolsillo —le dice él. Ella muestra su alegría y le besa.

—Estupendo. Oh, Jake, qué bien.

—Vamos a tomar algo por ahí esta noche —dice él—. Deja a los niños, pasa de los invitados y vámonos por ahí. Vámonos al cine a hacer manitas.

—Jake, que sepas que esta tarde he tenido contracciones de parto muy regulares.

—Joder. Entonces nada hasta dentro de seis meses. ¿Y no podríamos contratar a un ama de cría? ¿De qué nos sirve una niñera? ¿Por qué hay tantas niñeras? Lo que necesitamos es un ama de cría.

—Lo siento, Jake, pero esta noche mejor me quedo en casa.

—Cariño —dice él, aceptando lo inevitable. Se vuelve hacia Annie y Sam—. Jane os traerá mañana un bebé. Qué contenta se va a poner Rosie al ver cómo dejáis de ser los pequeños de la casa.

Jane sonríe.

—Sí, le va a encantar. Pobre Rosie.

Esa noche, Jane hace la cena de los niños apoyándose cada poco en la mesa para respirar

profundamente cuando siente el dolor de las contracciones. Ha llamado a la comadrona y al médico desde el teléfono de la cocina. Me resulta todo más emocionante de lo que soy capaz de transmitir y estoy asombrada por lo tranquila que se muestra.

—Hasta ahora pensaba que lo normal era agarrarse fuerte a la cama y gritar —digo.

—Eso es más tarde —dice ella—. Cuando pierdo los papeles. Jamás he sido una de esas personas insufribles que lo hacen todo bien.

Jacob y John ven las noticias en el cuarto de juegos de los niños. Jonathan hace los deberes en la mesa de la cocina. Ha extendido un periódico sobre el caos y ha puesto encima sus libros de latín. Distraigo a Rosie y a los gemelos jugando a las cartas en el suelo de la cocina, aunque Rosie resulta demasiado ágil y rápida para los más pequeños. Sin embargo, aún no es tan mayor como para contener sus ansias por ganar.

—¡*Snap!* —grita alterada—. ¡*Snap!* ¡*Snap!*

Los pequeños se lanzan sobre ella para recuperar sus cartas. Jane despacha a los gemelos abruptamente al cuarto de juegos con Jacob porque prevé que va a darle otro de sus espasmos.

—Jont, voy a vomitar —dice.

Jonathan reacciona con rapidez y alcanza una jarra de agua vieja y grande que hay en la estantería y la vuelca, derramando sobre la mesa unos cuantos clips y trozos de cuerda antes de ofrecérsela.

—Vomita aquí, Ma —dice, y ella lo hace.

—Avisa a Jake —le pide cuando consigue levantar la cabeza—. Dile que me voy a la cama, que hay vómito en la mesa.

—¡*Snap!* —grita Rosie—. ¡He ganado!

Roger llega a casa con el violín en la funda.

—Hola —saluda. Da la vuelta a una silla y se sienta en ella a horcajadas apoyándose en el respaldo. Pone el violín encima de los libros de latín de Jonathan. Rosie está haciendo el pino en la puerta de la cocina.

—Jane está de parto —dice, contenta por ser la primera en dar la noticia. Entra Jonathan.

—Madre está dando a luz —dice.

Coge la jarra donde ha vomitado Jane y va hacia la puerta con ella.

—Salud —dice con repugnancia. Lo oímos vaciarla en el baño de abajo. Roger no dice nada, pero todo esto le altera los nervios.

—Vamos a dar un paseo —dice. De camino a la puerta de entrada nos cruzamos con la comadrona. Miro su bolsa para ver si hay agujas de ganchillo y píldoras de plomo.

—¿Y tú quién eres? —le dice cordialmente a Roger—. ¿Yo te alumbré?

A pesar de sus diferencias, los niños Goldman tienen el aspecto de haber salido de la misma cadena de montaje.

—Yo soy yo —dice Roger con desdén. Tiene un pronto muy agresivo. Se cala aún más la gorra de Hamlet para esconderse de ella.

Cruzamos un campo que hay a la derecha de la casa y seguimos en dirección al arroyo. Más allá del río hay un pequeño criadero de pollos bastante mórbido que pertenece a la granja vecina y, a su lado, unas espesas matas de zarzas de las que picoteamos algunas moras.

—Jane dice que se pueden conseguir zarzas sin espinas —me explica mientras examina un arañazo que se ha hecho en la muñeca—. Va a plantarlas.

—¿Has vivido siempre aquí? —le pregunto. Niega con la cabeza.

—Desde los cinco años. —Me da unas moras que ha cogido de una zona que queda fuera de mi alcance—. Antes vivíamos en Belsize Park. ¿Dónde vives tú?

—En Hendon. Llevo a mi gato a un veterinario de Belsize Park.

—Nosotros vivíamos en Haverstock Hill.

Me siento en silencio y de mal humor, sin dejar de pensar que solo faltan cuatro días para que Roger se vaya y apenas hemos hablado de tonterías.

De repente dice:

—Una vez Jont y yo estábamos cogiendo moras en Oxford. En el huerto de mi abuela. Hicimos un experimento para demostrar la existencia de Dios, porque los abuelos nos habían estado comiendo la cabeza con esos temas. Teníamos cuatro y siete años, creo. Nos pusimos a murmurar insultos al Espíritu Santo para ver si la ira de Dios caía sobre nosotros. Los vecinos nos oyeron y se chivaron. Nunca en mi vida he sentido tanta vergüenza. Mi abuelo intentó hacernos rezar para suplicar perdón. Yo me negaba. No podía.

—Me da mucho pudor rezar —le digo—. ¿No te parece insoportable?

—Por lo menos en la Iglesia anglicana se hace con un libro, así que tiene un final —dice Roger—. Los cuáqueros siguen y siguen sin descanso mientras el espíritu les lleve. Nuestro director era cuáquero.

Me da otro puñado de moras.

—Los pentecostalistas lo hacen con un teclado —digo—. Lo de dejarse arrastrar por el Espíritu, me refiero. Les escuché por la radio.

Siento como si volara al darme cuenta de que he hecho reír a Roger. Mientras volvemos a casa e intento no romperme una pierna con mis incomodísimos zapatos, pienso admirada en que acabo de recibir moras de la mano de alguien dispuesto a jugar con la idea del Todopoderoso sin que le tiemble el pulso.

## Trece

A las once entran en la cocina Jacob y el médico, que ya se va. Yo estoy allí con John y Jonathan; Roger se ha ido a la cama.

—Bueno —dice Jacob con serenidad—, los he visto peores.

Enciende la tetera y prepara un poco de té para Jane y para la comadrona.

—Ya lo ha echado todo. Es una niña y de un tamaño muy decente.

—¿Cómo está ella? —pregunta John.

—Muy bien. Un poco demacrada y exhausta como es lógico. El cuerpo humano no está particularmente bien diseñado para la cuestión. A los gatos y a los caballos les resulta más fácil. La niña se agarra bien al pecho. Venid a verla.

Jane está incorporada en una cama metálica antigua y muy bonita, apoyada en unos almohadones de rayas color caramelo. Tiene la cara arrugada y un poco hinchada. La comadrona está sentada a su lado en la cama y hace carantoñas ridículas al bebé.

—Vamos, no seas tímida —dice— coge todo el pezón, cariño, porque si no a tu madre le dolerá. Y no queremos que eso pase, ¿verdad?

Con mano experta empuja el círculo oscuro del pezón de Jane directamente en la boca del bebé. La habitación huele ligeramente a sangre menstrual. En el carrito del té situado a los pies de la cama hay un recipiente esmaltado que contiene un órgano parecido al corazón de un buey, como los que se ven en las carnicerías, pero que tiene prendido un cordón umbilical azulado. Jane ve que Jonathan lo mira.

—Es mi placenta, Jont —dice, dirigiéndose a él—. La naturaleza a veces es muy asquerosa. ¿Quieres coger a la niña en brazos?

—Vale —dice Jonathan.

Coge a la niña posando su cabeza en la palma de la mano, envuelta, como está, en una manta muy suave, como un niño Jesús. *Quattrocento*.

—Hola, ratita —le dice.

—Es muy guapa —le reprueba la comadrona.

—El tamaño justo para llevarla en la cesta de tu bici, ¿verdad, Jont? —dice Jane—. ¿Quieres llevarla al colegio mañana? ¿Dando botes por los adoquines?

—Ya es mañana —dice John—. Katherine y yo nos vamos ya, Jane. —Le da un beso—. No te

canses, ¿eh? Nos vemos pronto. Ven a Londres.

—Vuelve cuando quieras, Katherine —me dice Jane—. Apúntame tu teléfono en la pared de la cocina. —Me besa—. Jacob, recuérdaselo —añade—. ¿Dónde está Roggs?

—Se ha quedado dormido jugando solo al ajedrez —dice Jonathan.

John, sin decir palabra, nos conduce directamente hasta el hotel más cercano y nos inscribe en él. No tengo ninguna legitimidad para oponerme. Cuando entro en el vestíbulo siento la ausencia de anillo de casada como un localizador electrónico en el dedo anular de la mano izquierda. Experimento una indecible fascinación por la belleza acicalada de John, que en su narcisismo bordea la repulsión física. Aunque tiene la delicadeza de desnudarse a oscuras, aprecio partes viriles grotescamente agrandadas en su silueta, como en Aristófanes, para subrayar el efecto procaz. Cuando, de repente, mis pensamientos consiguen asociar todo eso con lo que la profesora de biología nos explicó sobre el tejido eréctil en la reproducción del conejo, comprendo con alivio que se trata de algo natural. La entrada es sencilla e indolora. Solo la sensación reconfortante y elemental de un vacío que se llena. Más fácil que ponerse el primer tãmpax. John, además, debe de disfrutar del placer añadido de llevarle la contraria a Jacob. Por la mañana me lleva a Londres, me deja en la estación de metro de Hampstead y luego sigue hacia su oficina.

—Ya te llamaré —me dice.

## Catorce

Mi madre me había echado de menos. No cabía duda. Pero yo no había pensado ni una sola vez en ella.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Qué habéis hecho?

Había sido desflorada en una habitación de hotel y había cogido moras de la mano de un joven apuesto que tocaba el violín y era capaz de medirse con el Espíritu Santo. Había visto una placenta humana y a un bebé recién nacido. Había aprendido cosas nuevas sobre agujas de ganchillo y pinzas de cobre colocadas en el cérvix y sobre añadir yemas de huevo a la sopa. Había conocido a una mujer mayor a la que emular y admirar en lugar de a mi madre.

—Estuve viendo a Ava Gardner en la tele —dije.

—¿Y ya está?

—Fui a la playa en Brighton.

—Te he echado de menos.

Me dio una taza de café que bebí en el sofá, con la vista fija en el cuadro que había encima de la chimenea. Mostraba a un niño con unos ojos que parecían pintados por Murillo y que lloraba una fingida lágrima cristalina. Aquel barato cuadro al óleo que mi madre había comprado en Woolworths le recordaba la infancia. Jamás he sido capaz de competir con su astucia rebuscada. Me acordaba de los Goldman cantando a Downland y me preguntaba por qué una lágrima cristalina debía tener más valor que otra. Mi madre también iría hasta el fin del mundo para salvarme, y de hecho, una vez lo hizo.

—He estado en casa de mi profesor —dije, con locuacidad nerviosa—. El que me entrevistó. Su esposa dio a luz anoche. Lo tuvo en su habitación. Nació en su cama.

Mi madre captó el mensaje que yo le enviaba entre líneas. El mensaje era de rechazo, y se puso a la defensiva.

—Lo que hay que ver —dijo tensa—. El sitio para dar a luz es el hospital.

La casa de mi madre era agobiante en su pulcritud, además de estar pésimamente decorada. A ella le gustaba ese estilo de decoración que por su profusión de efectos ópticos podría causar epilepsia a más de uno. Era un batiburrillo de contradicciones en suelo y pared. En el suelo,



alfombra Axminster de diseño otoñal, con la idea, decía mi madre, de ocultar la suciedad. Aunque, como todas nuestras actividades estaban limitadas a las que no ensuciaran, se antojaba difícil que hubiera nada que esconder. La limpieza dominaba nuestras vidas en casa, de la misma forma que la fábrica Hoover (emblema de una época) lo hacía en el extrarradio de Londres. Desplegada a mi espalda en el empapelado, que mi madre describía como «contemporáneo», queriendo decir con ello que el diseño no era figurativo, había una nutrida colección de patos de porcelana en bajorrelieve. «Casi el maldito tercio de toda la migración trasatlántica», los calificaría pasados los años Jonathan Goldman, en una época en que aquello se había convertido ya en *kitsch* elegante.

—No deberías haberte quedado allí cuando te dijeron que iba a nacer el bebé —dijo mi madre.

Las madres siempre creen que sus hijos no saben comportarse con los amigos. Les da tanto miedo que puedan pasarse la vida sin amigos que se vuelven sobreprotectoras.

## Quince

No volví a acostarme con John Millet, aunque quedamos ocasionalmente para ir al cine. En ocasiones venía con un abogado muy guapo con el que tenía sus líos, y a veces era Jane quien lo acompañaba. Jane dejaba a Jacob y a Jonathan a cargo de los niños, se quitaba las botas de agua y los vaqueros raídos y se ponía sin pensarlo un dos piezas pasado de moda más apropiado para visitar cárceles. Su única función era destacar sus atributos. Nos divertíamos mucho juntas en la ciudad. Pese a los años que nos llevábamos, pronto reemplazó a casi todos mis amigos y se convirtió en mi principal confidente de dimes y diretes. Además, pasaba muchísimo tiempo en su casa. Una vez, mientras se probaba mi máscara de pestañas en el baño de señoras del Purcell Room, me preguntó:

—Oye, ¿y tú por qué crees que nos pide salir a las dos? Parecemos un matrimonio polígamo, la verdad, pero sin niños y sin Jacob. Qué fantasía tan reconfortante.

Me reí, sin comprender en mi inexperiencia, claro, hasta qué punto Jacob ponía en jaque su identidad y su paz mental. O hasta qué punto era difícil para cualquiera de ellos rechazar la idea de que la más bella de las mujeres hubiese nacido solo para la belleza.

Un día, se volvió hacia mí desde el asiento del copiloto en el coche de John y me dijo:

—Roger me ha pedido tu dirección, Katherine. Su excusa es que quiere que le compres un libro. ¿Podría ser que le gustases a mi encantador muchacho?

Contuve el aliento en la penumbra y no dije nada.

—Dale también la mía —dijo John; un comentario que nunca habría hecho en presencia de Jacob y que a Jane le pareció preocupante.

—Sigue por ahí y le diré a Jacob que te parta la cara —dijo, quizá exagerando.

John se echó a reír.

—Lo digo en serio —insistió ella—. Es muy bueno dando puñetazos. Cosas que pasan si naces en Mile End Road rodeado de tanto facha. Tu limpio y brillante *parquet* quedaría hecho un barrizal de sangre y dientes.

John volvió a reírse.

—Estaba de broma —dijo—. Además, tu Roger es demasiado intenso para mí, no te preocupes. La verdad es que entre los dos habéis creado un pequeño neurótico, ¿no?

—Llévame hasta la estación de tren —dijo ella.

—Estaba de broma —insistió.

—Llévame a la puta estación antes de que se me hinchen los pechos —dijo ella.

En la estación Victoria me cambié al asiento delantero. John Millet me llevó a casa. No abrí la boca, porque aún estaba sorprendida por aquel gesto suyo tan inesperado. Creo que la principal razón por la que me había convocado John Millet era para que Jane, que es a quien más caso hacía, se sintiera amenazada, y para fastidiar a Jacob, que se había quedado con la mujer que debería haber sido la suya si hubiese tenido arrestos para afrontar la situación. Desde luego no entraba en sus planes que el modelo femenino actual del *Quattrocento* terminase saliendo con el hijo de Jane, que tenía quince años la última vez que lo vio. Quizá había pasado por alto que los niños se hacen adultos. Además, siempre le disgustó que Jane tuviese hijos de Jacob.

Los Goldman tenían en casa una edición de bolsillo con los sonetos de Shakespeare, encuadernada en cuero rojo, en cuya portada había una incisiva anotación que remitía al soneto 87. El soneto 87 dice así:

*¡Adiós! No merezco poseerte  
y conoces, por cierto, tu valía<sup>[7]</sup>.*

John Millet se lo había regalado a Jane el día de su boda. Lo encontré un día en el suelo del cuarto de baño, donde lo había dejado Jonathan, que lo utilizaba para las actividades de su curso de inglés avanzado.

## Dieciséis

La caligrafía de Roger me dejó de piedra. Hasta entonces creía que todas las personas inteligentes sabían que los caracteres debían ir paralelos, con rasgos gruesos hacia abajo y unidos en ángulo de cuarenta y cinco grados por arriba. La letra de Roger era pequeña, deslavazada e ilegible. Revisé por tanto mi opinión, en el sentido de que Roger, en tanto expresión máxima de persona brillante, estaba legitimado para establecer sus propios métodos y que, por tanto, su caligrafía no era más que una muestra de aristocrático desdén hacia las reglas mundanas. Lo único cierto era que la letra de Roger era mala y vulgar. La caligrafía no se le daba bien.

En aquella primera carta me decía que estaba impartiendo clases de matemáticas en un instituto rural de barracones prefabricados, y que todas las mañanas tocaba himnos en un piano horrible. Los martillos estaban gastados, decía, y todo tenía un aire cristiano. Los autobuses, aunque viejos y sin amortiguadores, te dejaban en la ciudad e incluso te llevaban la bicicleta en la baca si eras uno de los afortunados que tenía una. Durante el trayecto, todo el mundo insistía en compartir contigo lo que estuvieran comiendo. Contaba que sus vecinos lo sacaban de quicio. El criado, que ya trabajaba en la casa cuando él llegó, también lo ponía de los nervios. Decía que dedicaba horas a limpiar con un estropajo unas cuantas cacerolas que él habría dejado listas en pocos minutos. También contaba que ese mismo criado al que despreciaba se ofendía si uno se lavaba las camisas, que él pretendía frotar con pedazos de jabón azul, acostumbrado como estaba a las quejas de los patronos blancos sobre el coste del jabón en polvo que compraba en Square Deal Surf. Había más mangos que personas, y eran mucho más gratos que el cristianismo, y me traería algunos cuando volviera. Se le había olvidado llevarse la radio, que decía necesitar para evitar que la gente con la que vivía le hablase. «Son unos pelmas de provincias», decía, cuya idea del progreso consistía en que «el mundo entero se parezca a West Hartlepool». Lo sacaban de quicio. Todo lo sacaba de quicio. Y sin embargo yo adoraba ese esnobismo autoritario tan suyo.

«Me gustaría que supieras que cantas muy bien», escribía. «Y me gusta pensar que no eres muy amiga de John Millet». Debido a esta carta, que releía constantemente, me esforcé en mejorar como persona buscando en el mapa West Hartlepool y decidí que empezaría a lavar yo misma la ropa, que hasta entonces me lavaba mi madre. Por desgracia, mi madre se mostró tan celosa de sus dominios como el criado de Roger.

—Cuando tengas tu casa harás lo que te dé la gana —me contestó con desagrado mientras me

impedía usar la lavadora. Cuando me quejé a Jane de aquella decisión arbitraria me di cuenta de que ella tenía una visión diferente a la mía sobre el asunto.

—Un sitio donde te hacen la colada no puede ser tan malo —dijo—. Mira, Katherine, cuando tuve a los gemelos conseguí convencer a Jacob de que compráramos pañales desechables, y todo para descubrir que no sirven para nada.

Contesté a Roger y le expliqué cuánto sentía haberme marchado sin despedirme. Para recordar los momentos que habíamos pasado juntos le dije que creía que lo del piano podía ser una venganza del Espíritu Santo por sus quejas en las zarzas. Le conté que había ido a un concierto con su madre, que se había probado mi máscara de pestañas y que me parecía una persona admirable. Que ya había comenzado el curso y que ya me había dado el gusto de gastar todo el dinero para libros. Que estaba tan feliz que había forrado todos mis cuadernos con papel florentino. Que, a diferencia de lo que sucedía en el colegio, ahora todo me parecía maravilloso, y que Jacob era muy querido entre los estudiantes, que lo tenían por un profesor brillante y simpático. John Millet, le conté, era un conocido con el que de vez en cuando iba al cine. Le deseé que fuera feliz lejos de estropajos y cacerolas y especulé sobre si mi carta le sería entregada manchada de barro por un emisario que la llevase.

«Como dices que tengo buena voz, he venido cantando desde la estación de metro», le escribía. «Dime qué debería cantar». Visto desde el presente, no se me ocurre una carta más irritante. Si no hubiese decidido que ya estaba enamorado de mí, la correspondencia habría cesado a partir de entonces. Me había reído de sus cabreos con el piano y el criado, siendo como era un joven al que no le sentaba bien que se cuestionaran sus fobias. Había hecho el ridículo alabando a sus padres. Me había expuesto ante mi cruzado altruista como una joven que buscaba placeres intrascendentes: me maquillaba y forraba mis cuadernos (esos símbolos de vida sencilla y pensamiento firme) con un papel de envolver dorado.

La siguiente carta de Roger estaba escrita con rabia y contaba que alguien le acababa de robar el violín. Me pedía que no se lo dijera a sus padres, porque Jacob, que era muy tacaño, iba a montar una bronca por el gasto que suponía tener que comprar uno nuevo, y no quería que nadie se metiera con él a sus espaldas. Me decía que mejor no les contara nada a sus padres, que prefería que no opinaran sobre su vida. Me sugería luego que comprara algunas partituras de canciones populares en Cecil Sharpe House y las cantara. Me hablaba con sarcasmo del instituto en el que daba clases, cuyo objetivo parecía ser preparar funcionarios, con la consiguiente obsesión por las tres R<sup>[8]</sup> y las buenas maneras. Los alumnos eran conformistas y educados. No había nadie parecido a su hermano Jonathan.

«Aquí todos se lustran los zapatos», escribía con disgusto, dando por supuesto que esa costumbre obsoleta había pasado a mejor vida con la desaparición del servicio militar. Dejé de limpiarme los zapatos a partir de entonces, e hice una última broma enviándole a Roger una postal de pésame con la foto de un violín Stradivarius que había comprado en el Victoria and Albert Museum. Le confesé que jamás había aprendido a leer música, y que en las partituras lo que veía eran renacuajos subiendo y bajando escaleras, y que había sacado una notaza por un trabajo sobre el conocimiento apriorístico, algo muy importante para mí porque pensaba que la palabra *apriorístico* era de las que esperaba encontrar en las charlas de los conferenciantes del *Third Programme*<sup>[9]</sup>, y que lo normal es que yo no la hubiera entendido.

Roger me contestó diciéndome que si lo que quería era enviarle fotos, que mejor le mandara

alguna mía. Me contaba que había recuperado el violín, aunque sin el arco. Incluía una orden de pago y me daba instrucciones para que fuese a Wardour Street y le comprase otro, cosa que hice, pese a que me sentía tan capacitada para la tarea como podría haberlo estado para ir a comprar una caja de preservativos a un peluquero de señoras. Le envié el arco, convencida de que jamás le llegaría; que alguien se haría con él durante el trayecto y lo usaría para matar conejos a flechazos. Hasta ese momento no había caído en lo parecidos que eran ambos tipos de arcos. Le envié también una foto mía que me había hecho John Millet en la capilla de Vanessa Bell.

Cuando abrí su siguiente carta, la mariposa bordada de Roger cayó en mi regazo junto a una foto suya. En la carta me decía que me quería. Que por favor me pusiera su mariposa, porque si no lo hacía quizá el criado la extraviara con sus trasiegos. Siempre y cuando su amor fuera correspondido. Si no lo era, lo mejor era que la tirara a la basura y se lo dijera sin demora.

La fotografía era preciosa. Hasta entonces yo había inferido su rostro partiendo de la sonrisa y de los ojos de Jane, pero la sombra de barba y los rasgos de juventud no podía encontrarlos en ella. Tampoco los rasgos que mostraban su celo y su rectitud, y que tanto me hacían rendirme ante él. Aparecía de pie (moreno como una avellana, con unas sandalias que por su aspecto habría comprado en el extranjero), junto a su barracón prefabricado con algunos alumnos. Todos ellos bien definidos por la potente luz. Tras ellos se veía con claridad una maraña de vegetación. Los alumnos no estaban acostumbrados a que les fotografiasen, algo que se notaba en sus poses poco naturales. Llevaban corbatas. Eran producto de una educación de escuela misionera que Roger despreciaba. Roger, con las manos en los bolsillos, sonreía tímidamente, como si se esforzara por no decirle al fotógrafo cómo debía usar el fotómetro.

Coloqué la foto en el marco del espejo de mi tocador. Una cosita de contrachapado pintada de blanco con cortinas alrededor de la base. Una reliquia de mis años mozos.

—Nadie diría que es judío, ¿verdad? —dijo mi madre.

Lo dijo como un cumplido, tranquila al fin al ver el nivel de aquel varón.

—No es judío —dije con irritación—. Solo eres judío si tu madre es judía.

Al darse cuenta de mi intento por defender a mi chico de cualquier estigma, mi madre me miró con ternura, casi con simpatía. Había vivido en el norte de Londres tiempo suficiente como para saber que si te apellidabas Goldman eras judío.

—Yo no tengo nada contra los judíos —dijo—. Es una lástima que tenga que estar en África en vez de estar aquí contigo. ¿No le parecen suficientes los negros de Inglaterra?

## Diecisiete

Prendí la mariposa en mi bolsa de los libros, lo que hizo que Jacob, con el que compartí un día el ascensor de la biblioteca, comentara con toda naturalidad que los jóvenes parecían curiosamente aficionados a los lepidópteros.

—Mi chico lleva precisamente un insecto así prendido en los vaqueros —dijo—. No me escribe, el cabroncete. Jont recibe de cuando en cuando alguna carta, así que nada nos hace esperar el telegrama con el ribete negro.

—Seguramente esté muy ocupado —dije. Jacob se mostró escéptico.

—Colegiales descontrolados en países extranjeros. A Roger y a sus colegas les definen como «ayuda a los países en desarrollo» —dijo, con humor cáustico—. Katherine, son tus impuestos y los míos los que pagan esa forma de neocolonialismo.

—Yo no pago impuestos —le dije. Jacob se echó a reír.

—En ese caso son solo los míos. A Jont le cuenta que toca himnos al piano todas las mañanas. ¿Es parte eso del impulso exportador, Katherine? ¿Cristianismo y comercio van de la mano? ¿Primero se vende la ética protestante y luego se vende el resto? Parece ser que al pobre chaval le han birlado el violín. Oye, Katherine... ¿tú has tenido alguna vez paperas?

—Sí —contesté—. ¿Por qué?

—Annie tiene. ¿No podrías venir y animar a mi afligida esposa? Como podrás comprobar, la calidad de vida se reduce un tanto para las mujeres cuando hay niños enfermos y bebés lactantes en casa. El bebé tiene la nariz congestionada y mama cada diez minutos. Tiene que soltar el pezón para respirar, ¿comprendes? No saca gran cosa con cada toma.

Jacob era siempre explícito en estas cuestiones.

—Este no parar de alimentar a niños enfermos es inhumano para las mujeres —añadió.

—Voy esta noche si quieres —dije—. Me iba a ir a casa. Espera, que cojo mis cosas.

—Dios te bendiga, querida. Mi mujer disfruta con tu compañía. No se trata de que te pongas a fregar, claro.

Cogimos el tren juntos y Jacob, que generosamente pagó mi billete, me dio a elegir entre el *Guardian* y el *New Society*. Yo elegí el *New Society*.

—Un periodiquillo horrible —dijo disculpándose—. Cocinado por esos tipos que necesitan becas de investigación de mil quinientas libras del Consejo de Investigación de las Ciencias

Sociales para poder explicarte la ruta hasta el burdel más próximo.

—¿De veras? —pregunté yo; no lo había leído nunca—. ¿Por qué lo compras?

Sonrió. Según Jane era un adicto a la prensa en todas sus formas. Si no había nada a mano buscaba en los armarios viejos con la esperanza de que los cajones estuvieran forrados con la *Hampstead and Highgate Gazette* del año anterior. Leía el *Guardian* como un viajero de tren de cercanías experto, doblándolo longitudinalmente en piezas de veinte centímetros. Leía la página de negocios, que para mí, incluso hoy, es algo que solo sirve para envolver las mondas de verdura, pero a él le gustaba conocer bien al enemigo.

Una de las primeras cosas que hice cuando llegué a la casa de los Goldman fue fregar el suelo de la cocina con carbonato de sodio, mientras Jane jugaba al dominó ilustrado con Annie y daba de mamar a Sylvia al mismo tiempo. Jacob, que me había expuesto de forma tan eficaz el dilema de la esposa cautiva, se había encerrado, claro está, en su estudio, con un termo de café y una biografía bastante gruesa de Rosa Luxemburgo.

—Si mis hijos tienen algo de cabeza se casarán con chicas como tú —me dijo Jane—. Yo sería tan capaz de fregar ese suelo como de volar. Cuando me casé dejaba las sábanas y los pañales de Roger amontonados en el baño y luego iba a dar la lata a la madre de Jacob. La madre de Jacob fue todo un regalo para mí. Casi no hablaba inglés, lo que era una gran ventaja, claro. Nunca rechistaba. Era lo contrario a lo que me pasaba con mi familia. Ni siquiera cuando tuvimos el primer hijo varón sacó el tema de la circuncisión.

Hice una pausa en mi fregoteo para pensar en las ventajas de aquella información: la prueba del prepucio inexpugnado de Roger.

—Allí estaba ella, en su pisito diminuto, haciendo acopio de nescafé y chocolate negro y escondiéndolo entre la ropa interior. El marido ausente, presuntamente muerto, y rodeada del fanático proletariado británico. Ni una mala palabra contra nadie. No es de extrañar que Jake sea tan bueno. A mí nunca me ha gustado mucho la gente. Aparte de Jacob y los niños, solo hay media docena de personas en este mundo que me interesen, no muchas más.

Yo le fregaba el suelo, sintiéndome honrada de ser una de ellas.

—Le gusta hacer punto, como a ti. Aunque no lo hace tan bien, claro. Solía hacerle chaquetillas de lana muy feas a Ragsie utilizando jerséis viejos, pobrecilla.

Yo le había hecho recientemente a Rosie un minivestido de rayas anchas horizontales en naranja y rosa caramelo que le había encantado, le gustaba tanto que a menudo lo sacaba, húmedo y oloroso, del cesto de la ropa sucia, porque no dejaba que se lo quitaran. Jane había preguntado si me importaría hacerle a Jonathan, en secreto, un jersey negro y holgado para Navidad.

—Porque le gustaría mucho —dijo—, y le sentaría genial, ¿verdad? Le gustará ese toque siniestro.

Con un jersey negro Jonathan iba a parecer el dios trueno con migraña. La quería mucho y me negué a aceptar más de un chelín la onza por el encargo. Fue una labor muy dura, desde luego.

Hice de niñera de los Goldman aquella noche mientras ellos iban al cine, porque Jonathan tenía no sé qué en el colegio. Apareció a las diez, furioso porque el director, que le había pedido que presentase un poema para un concurso, había rechazado luego su propuesta por inadecuada.

—Me apuesto la cabeza —me explicó— a que si hubiese copiado el jodido *Scholar Gypsy* y le hubiese dicho que era mío lo habría aceptado. Estoy convencido de que esos putos directores de mierda consiguen el cargo por estar siempre arrodillados en la iglesia todos los putos



domingos y dos veces al día el puto Viernes Santo.

Yo estaba en el cuarto de juegos transcribiendo cuidadosamente la primera versión de un trabajo de clase en papel rayado con márgenes.

—Joder, ¡qué maravilla! —dijo—. Qué letra tan bonita tienes.

Aún estaba hablando conmigo cuando llegaron a casa sus padres, a los que manifestó su ya algo atenuada indignación.

—¿Puedo verlo? —preguntó Jacob refiriéndose al poema. Jonathan lo sacó del bolsillo del pantalón. El poema lo hizo reír.

—¿Qué ibas a ganar con él, Jont? —preguntó.

—Cien libras.

—Hazme una copia y te daré cinco por él.

—Vale. Oye, Jake, mira el trabajo de Katherine. ¿A qué es increíble lo bien que está?

—Yo ya sé cómo son sus trabajos.

—Pero esa letra suya —insistió Jonathan—. ¿No te parece preciosa? ¿No es increíble?

—Es algo femenino, Jonathan. Las mujeres escriben así. Esa es la forma que tienen de escribir las de clase media. No sé cómo lo hacen. El único hombre que conozco que también escribe así es John Millet.

—Haz el favor de no inculcar a mis hijos esos prejuicios tontos —dijo Jane.

## Dieciocho

La madre de Jacob llegó aquel fin de semana, con su cabello gris peinado al estilo de la reina, y con el bolso de mano lleno de chocolates Suchard que sacó como un tesoro para los niños. Con la ayuda de las indemnizaciones de guerra alemanas había ascendido hasta Golders Green y parecía no desear más. Recuerdo que Rosie fue muy desagradable con ella, eludiendo sus besos y haciéndose con el botín. Me abrazó y olí su elegante colonia 4711. Llamó a Jonathan «Yonny» y, como estaba empezando a fallarle la vista, le hizo leerle cosas de una pesada versión teutónica de *Woman's Own*. Jonathan leía en alemán como un nativo porque tenía grandes dotes para tonos y acentos, pero se le escapaba el contenido.

—Dios santo —dijo al cabo de un rato—, paso de leer esta porquería.

—No hagas acotaciones, por favor —dijo Jane—. Léelo, Jont. Es bueno para tu alma.

La abuela sonrió dulcemente y ofreció a Jonathan otra chocolatina, sin ofenderse.

—Te encanta, ¿verdad? —le dijo Jonathan a Jane—. No puedes entenderlo. Es sobre la ex del *Sha* de Irán. Es una porquería empalagosa sobre la mujer de un fascista que no puede tener putos niños. ¿Y qué? ¿Es que eso les hace menos dictadores, eh?

—Ya verás cuando sea tu mujer la que no pueda tener niños —respondió ella.

Jonathan alzó los ojos al cielo con impaciencia, se zampó la chocolatina y continuó leyendo con deportividad. Ese mismo día, más tarde, fui a dar un paseo con Jacob y Jonathan, y este representó el episodio para su padre, imitando el modo de hablar de su abuela y sus gestos con una exactitud asombrosa y malvada. Recuerdo cómo nos reíamos traicioneramente los tres a carcajadas mientras paseábamos junto a los setos, muy alegres, sintiéndonos en aquel momento confortablemente unidos. La madre de Jake era hija de un carnicero. Al casarse había accedido a un estatus por encima del suyo, el de la intelectualidad berlinesa. Mientras paseábamos por el campo, Jacob nos contó que recordaba cómo su abuela materna lo advertía de que no tapara el escaparate de la tienda.

—Apárrrrtate del escaparrate, niño. Y deja que la gente mirrre las salchichas. Y que las salchichas mirrren a la gente.

Me gusta mucho esa anécdota. Yo le conté a cambio que mi padre había sido verdulero. Probablemente lo supiese ya por mi formulario de solicitud de ingreso en la universidad. Me dijo, con mucha ternura, que eso explicaba el vínculo entre nosotros dos, que teníamos raíces en la

clase mercantil pequeñoburguesa. Quizá tuviera razón.

Pensaba en Roger casi todo el tiempo. Solo dejaba de hacerlo cuando escribía los trabajos de clase, leía o dormía, pero entre párrafo y párrafo, al final de los capítulos y cuando me daba media vuelta en la cama hacia el amanecer, fijaba de nuevo mi pensamiento en su apariencia y en sus gestos. Aquel silencioso y tranquilo romanticismo me aportaba energía e inspiración. Hice algunos trabajos muy buenos ese año. No se estaba desperdiciando conmigo el dinero del contribuyente.

## Diecinueve

Roger me telefoneó desde el aeropuerto de Heathrow el día que regresó de Kenia y apareció en casa de mi madre dos horas después. Lo vi desde la ventana del descansillo antes de que tocara el timbre, y bajé tranquilamente las escaleras, conteniendo una avalancha de alegría juvenil. Allí estaba, llenando mi siempre trémula expectación, apartándose de los ojos el pelo oscuro de colegial, con los hoyuelos risueños en las mejillas bronceadas, viajando ligero en todos los sentidos, flotando por encima de cualquier compromiso social y geográfico.

—El timbre de tu puerta está en clave de re mayor —dijo.

Mi madre tenía un timbre en la puerta que tocaba un fragmento del repique del Big Ben. Daba la bienvenida, pero se llamaba, con una sugerencia apropiadamente pequeñoburguesa, «el repique armonioso».

—No es el timbre de mi puerta —dije, a la defensiva—, es el timbre de mi madre.

Y tal como empezamos, seguimos. Roger representando, con su gracia arrogante y febril, lo que a mí me parecía una acumulación grandiosa de buena educación. Yo, dándome golpes de pecho y esforzándome por mejorarme a mí misma. El rey Cophetua y la Mendiga. Pero lo único que yo percibía era que los ojos azul claro de Roger producían un efecto absolutamente asombroso en su rostro moreno y delicado. Llevaba en la mano izquierda dos bolsas de *whisky* Johnny Walker del *duty free* llenas de moteados mangos, todos para mí. Había discutido afanosamente con los funcionarios de aduanas para poder pasarlos y lo había conseguido, porque la convicción puede mover montañas y él tenía una notable cantidad de ella. Mi sensación entonces era que Roger habría puesto la mano en el fuego antes que inclinarse ante falsos dioses.

Comió la tarta de chocolate de mi madre con un apetito de colegial que a ella le encantó y nos explicó que había pasado los tres días previos al vuelo en una playa de Mombasa. Sacó fotos de *dhow*s árabes y puestos del mercado de una bolsa de viaje tachonada de etiquetas de equipaje de East African Airways. Había una de un desvencijado hotelito asiático con un tejado de hojalata y una baranda. Se veía un letrero que decía «Bond Street Hotel, Piccadilly» y una valla publicitaria esmaltada que te aconsejaba tomar Coca-Cola fría como el hielo. Reflejaban otro mundo del que él, poco a poco había llegado a disfrutar. Cuando terminara en Oxford, dijo, volvería al este de África y enseñaría allí. Me da vergüenza confesar con qué inocente prontitud de clase media empecé a imaginar la improbable perspectiva de convertirme en esposa de un maestro de escuela

en las laderas del Kilimanjaro. Colocaría en el tendal paños de tela de toalla blanqueados por el sol que aletearían entre floridos matorrales de hibisco, mientras Roger estiraba sus largas piernas y hacía una pausa en su repaso de los cuadernos de ejercicios, forrados con papel de embalaje marrón, para considerar, contento, su satisfactoria situación doméstica.

—Mi familia piensa que llego mañana —dijo Roger—. Pasaré la noche en Golders Green con mi abuela.

Esa noticia nos brindaba la deliciosa perspectiva de estar libres en la metrópolis durante un día entero.

—¿Lo sabe ella? —preguntó mi madre. Roger negó con la cabeza.

—La telefonaré un poco más tarde.

—Pero tus padres —dijo mi madre con incredulidad—, ¿no irán mañana a buscarte al aeropuerto?

Eso era lo que se hacía. Ir a buscar a la gente al aeropuerto. Especialmente a los familiares y amigos.

—¿Mis padres? —dijo Roger—. No cuentes con ello.

Los padres de Roger esperarían más bien que consiguiera el dinero para el billete de tren o que llegara andando con la ayuda del mapa del Instituto Geográfico Nacional y su aprobado en geografía. Para mi madre, todo esto confirmaba que los Goldman, que para empezar habían sido unos irresponsables al tener seis hijos, se despreocupaban ahora de ellos, como era previsible. Suspiró, desplegando un levísimo atisbo de rencor.

Roger y yo paseamos luego por Primrose Hill, y apretamos con torpeza nuestros rostros y miembros en la intimidad de las boscosas orillas.

—Te quiero —dijo Roger—. Te he echado de menos. Pensaba en ti todo el tiempo.

—Yo también.

—Eres maravillosa.

Recuerdo que cuando lo dijo yo no dejaba de pensar en la pequeña erupción de granitos pubescentes que tenía en el pómulo, levemente oscurecida con una barra de maquillaje medicinal, y en lo humillada que me sentía frente a su piel morena e inmaculada.

—Puedo tocarte el Coventry Carol con la flauta dulce —dije—. Los dos bemoles y el sostenido.

Roger sonrió y me besó con torpeza en la boca, haciendo que se me cayera un pendiente en la hierba.

En lo alto de una colina, propuso un juego con la luz del sol. Mirábamos al sol, luego nos tapábamos los ojos con los dedos y describíamos las formas que se dibujaban en la retina. Conos que se repetían interminablemente y vibrantes amebas en tonalidades rojas y verdes. Después hablamos de Oxford. Roger amaba Oxford. Era el lugar donde había pasado sus vacaciones infantiles, lejos de las peleas de sus padres. Su abuelo, que inconcebiblemente seguía negándose a ver a Jane, siempre se había mostrado muy bien dispuesto a recibir a sus nietos, con la condición de que fuese su mujer la que se encargase de los preparativos necesarios para sus visitas. La idea que Roger tenía de aquella persona a la que Jane se refería como «el viejo Horror Gótico» era la de alguien que hacía carreras de tres pies en el jardín de los docentes y que te permitía tocar su gaita. Oxford era un lugar de mágicos caminos adoquinados que conducían a la tienda de dulces. Era un lugar donde el té, que venía acompañado con fresas, se servía antes de que tocasen las

campanas para el oficio de vísperas; donde la abuela, con un jersey de cachemira y medias gruesas, lo llevaba a uno a ver a los *punts* desde el puente que cruzaba High Street, y donde atravesabas puertas que daban a jardines secretos con altos muros de piedra. Nunca llegó a verlo como un lugar afligido por un exceso de tradiciones y piedras viejas. A él no le incomodaba, como a mí, la idea del privilegio. Me describía con una alegría casi sacra el viaje que hacía desde la estación de ferrocarril, más allá de la basura y la mugre que había al lado del verde cenagoso del canal, pasada la cárcel y ya en St. Ebbes, camino del amplio esplendor de Christ Church.

—Puedes venir a verme cuando quieras —dijo—. Te enseñaré el puente donde Jont y yo jugábamos a ver quién escupía más lejos.

En la contemplación del dulce privilegio de Oxford enfrentamos nuestros yos que despertaban. Roger colocó con audacia su pierna sobre la mía cuando nos reclinamos en la hierba.

—Piensa en un destino peor que la muerte —dijo.

La frase melodramática y la realidad que había tras ella nos provocaron una risa nerviosa. Roger la había usado con perspicacia para disimular la torpeza de nuestra inexperiencia.

Yo había estado por primera vez en Oxford aquel verano y solo por unas horas. Había ido en el coche con Jane a llevar a Rosie para que pasara una semana con sus abuelos. Por aquel entonces ellos se habían trasladado de su residencia entre caminos adoquinados de la universidad a un cómodo edificio eduardiano situado al norte del centro de la ciudad, emplazado en un jardín lleno de ciruelos. A través de la verja del jardín se veía, al fondo, un reloj de sol sostenido por unos *putti* de piedra agradablemente cubiertos de líquen. Jane me había contado por el camino que su padre tenía una colección de espadas japonesas antiguas en su estudio.

—Una colección muy desagradable de cuchillos viejos para matar a la gente —dijo ella.

Con súbito pánico vi cómo Rosie caminaba hacia la puerta de una casa llena de cuchillos.

## Veinte

Roger era lo que mi madre llamaba «un caso». Esto se debía principalmente a que se ataba los zapatos con cuerdas en vez de cordones. Cuando pasó el tiempo y comenzó a sospechar que nunca me compraría un anillo de compromiso, empezó a mostrarse bastante hostil con él y a pensar que se ataba los zapatos con cuerda para fastidiarla a ella, y también que estaba un poco desequilibrado.

—No niego que sea muy inteligente —decía—, pero la gente inteligente tiene un equilibrio mental muy delicado.

Aquel cumplido supuestamente halagador para mí significaba que, para ella, yo no era inteligente, y que por tanto estaba perfectamente cuerda. La inteligencia no era algo que desease para su hija. Lo que las chicas debían tener era belleza, y yo era bastante guapa, aunque a sus ojos lo fuese cada vez menos, a medida que me esforzaba por complacer a Roger, que dejaba claro que no le gustaba el tintineo de pulseras de plata en la muñeca y prefería las caras sin pintar.

Roger se ataba los zapatos con cuerda porque no soportaba ir a unos grandes almacenes tipo Selfridges como hacían los demás cuando necesitaban algo. Casi nunca iba de compras. En eso era como Jane. Cuando Jane o Roger necesitaban algo iban a la tienda de Oxfam. Iban a los mercadillos de ropa usada, a las subastas y a las tiendas que vendían los restos de patrimonios de difuntos. Roger, que jamás había sido «explorador marino», tuvo durante mucho tiempo una camiseta antigua de la institución que utilizaba de vez en cuando puesta del revés. Llevaba prendida una etiqueta de marcar la ropa en la que se leía «John Venables». Usaba también lo que debía de haber sido una de las primeras camisetas estampadas con letras. En la parte delantera ponía «Mark», lo que hizo que su padre comentase ingeniosamente (para enojo de Roger) que tenía «*markada* la camiseta». Una vez, ante las camisas de segunda mano de la talla catorce de Roger, me pregunté morbosamente si los hombres de talla catorce serían por alguna razón misteriosa más vulnerables que la mayoría a las muertes en la carretera o a las enfermedades mortales prematuras. ¿Por qué si no habría tantas en las tiendas que frecuentaba?

Roger, un ferviente seguidor de las obras de referencia, había conseguido un viejo manual de sexualidad gracias a esa costumbre suya de rebuscar entre las sobras de los demás. Nos encontramos con que decía, entre otras majaderías escandalosas, que el semen de los varones jóvenes arios era de un olor dulce, como las castañas, y que la areola del pezón de la joven virgen

era de un tono rosáceo, pero se oscurecía hasta un tono marrón al aumentar la experiencia sexual. Este libro maravilloso resultó ser un simpático rompehielos en un asunto potencialmente embarazoso, porque detallaba diversas posiciones amorosas tan excesivas en su extravagancia rococó que nos echábamos a reír cuando intentábamos ponerlas en práctica, atrapados como estábamos en nuestros castos pantalones de pana, ya que la mayoría de ellas entrañaban inverosímiles manejos con sillas y mesas. Nos permitía, en cambio, apreciar nuestra propia normalidad urbana en dichas cuestiones.

Roger y yo, permitidme que lo confiese, nunca conseguimos hacerlo del todo bien en la cama, aunque disfrutáramos de la cercanía reconfortante de la piel del otro. No me parecía nunca muy diferente de las clases de educación física del colegio y me dejaba igual de sudorosa y exhausta y dirigiendo miradas furtivas al reloj para ver cuánto tiempo más podría durar aquello. Roger me sorprendió en una ocasión y, siendo como era un joven arrogante e inseguro, se ofendió. Yo no había comprendido aún que alguien tan guapo e inteligente como Roger pudiera estar tan asediado por las inseguridades como cualquier otro hombre. Por lo que a mí respecta, era bastante insegura, con una colección propia de dudas diferentes a las suyas. Al pensarlo ahora me doy cuenta de que había incorporado mis inseguridades a mi forma de comportarme con los demás, con la esperanza de darles así la dignidad de una presencia. Roger era distinto. Los lectores de Pogo seguramente recuerdan que Albert, el amigo de Pogo, guardaba un grito de «Abajo el Gobierno» en una bolsa en el aparador. Cuando abrías la bolsa decía «Viva el Gobierno», porque el grito estaba desmesuradamente disfrazado. Roger mantenía sus inseguridades guardadas en el aparador, y la bolsa que las contenía lanzaba afirmaciones de desdeñosa omnipotencia cuando la abrías.

—El sexo no debería ser más que una rutina y una función necesaria —dijo Roger más tarde aquel mismo día, mientras se rascaba la caspa sobre sus jeroglíficos matemáticos. Tenía un cuello precioso. «Como sonarse los mocos», añadió. Roger, en su feroz instinto para protegerse de la crítica, podía dejarla a una sintiéndose como un pañuelo desechado.

A veces conseguimos hacernos felices el uno al otro. Como me sentía siempre algo intimidada ante Roger, solía asignarme el deber de entretenerle; hablaba mucho y contaba historias en las que me ridiculizaba a mí misma para hacerle reír, sin sospechar jamás que algún día las utilizaría en mi contra. Roger hacía que me sintiera con frecuencia como el palurdo de Shakespeare que llega a la conclusión, en presencia de personajes eminentes, que «remuneración» es la palabra latina para tres cuartos de penique. Interpreté ese papel para él, revelándole pasajes de mi infancia de clase no alta, de mis deliciosas orgías de Enid Blyton, mi dieta infantil a base de las historias de los gemelos Bobbsey y la frívola Mam'zelle con sus rizadores de papel, que se moría de miedo al ver un ratón; de malos muñequitos negros de trapo y azotainas caprichosas, de palos de lacrosse agrupados en el vestíbulo cuando las vacaciones llegaban a su fin. Le hablé con deslealtad de la imagen de mi madre con su traje pantalón Crimplene esmeralda, recostada en su asiento con flecos del jardín con lo último de Nevil Shute. Le expliqué que mi tío coleccionaba discos de George Formby. Creo que buscaba disfrutar de su vis cómica, y no tanto congraciarme con él, aunque eso fue finalmente lo que conseguí. Al fin y al cabo, yo había leído libros cuando era niña, a diferencia de su hermana Rosie que, como una bárbara encantadora, no hacía más que correr y saltar.



## Veintiuno

En cuanto a la lógica simbólica, fui para Roger una decepción. Él era más académico de lo que nunca podría haberlo sido yo. A menudo tenía la sensación, durante el tiempo que pasaba en el departamento de Jacob, de que alguien me desenmascararía como un fraude. Recibía cada nota decente por un trabajo como una nueva sorpresa y un alivio temporal. Era una sensación parecida a la de despertar y descubrir que todo era un sueño. Que no es verdad que hubiera recorrido High Street con una camiseta sucia el sábado por la mañana. La única razón que me había arrastrado a la filosofía había sido que, en contraste con el pragmatismo de la tienda de verduras, parecía hallarse ennoblecida por una maravillosa inutilidad. Era la patada en la boca más sutil que podía propinar a mi madre y a mis tías, que me veían entronizada como la secretaria particular del director. Después de embarcarme en ello, la encontraba a menudo de una pomposidad absurda. Jacob, que gracias a Dios tenía los pies muy firmemente asentados en el suelo, era, por supuesto, la gran excepción. Porque enseñaba muy bien, porque no le importaba dejar perfectamente claro que tenía una ideología política que presidía su enfoque, porque tenía raíces en la historia y la vida intelectual alemanas, y esas cosas vivificaban muchísimo lo que explicaba. Cuando nos hablaba de Kant, por ejemplo, hacía que pareciese tan controvertido como si el postillón acabase de poner en nuestras manos una información recién llegada del Königsberg del siglo XVIII. Nos indicaba deliciosos agujeros energéticos de la epistemología marxista con la licencia del converso. Como la mayoría de nosotros se inclinaba a la izquierda, admirábamos sus análisis críticos de la derecha. Luego llegó el asunto de la lógica simbólica.

A mí me había enseñado matemáticas en el colegio la profesora de gimnasia, que lo hacía como un extra y lo hacía mal. Las matemáticas, decía, eran «ejercicio para el cerebro». Lo único que yo llegué a ver fueron sumas con los sumandos eliminados. Nunca vi aquel sistema que brillaba con la belleza de la razón pura que veía Roger. En la guerra entre las dos culturas, mi inclinación artística sobre la ciencia de los números se confirmó. A mí me gustaban las cosas del corazón. ¿Cómo podía yo establecer una relación con  $a$ ,  $b$  y  $x$ ? Estaba claro, por otra parte, que las chicas de mi colegio que iban a la universidad y se matriculaban en ciencias eran las que no eran capaces de competir con los hombres por puestos en historia y en inglés. Así que yo era una fanática de las humanidades. Si me rascas un poco verás que aún lo soy. Solo porque la belleza y la alta cultura de Roger me cortaban la respiración le perdonaba sus fluidos nauseabundos metidos

en tarros y sus colecciones de fósiles arrancados de las paredes de viejas canteras. Después, repentinamente y en medio de mi formación artística, llegaron proposiciones expresadas en el lenguaje de la profesora de gimnasia.

—Lo odio —le dije a Roger, de las pes y las cus, el fin de semana siguiente. Estábamos tumbados en la hierba en Port Meadow observando cómo navegaban los barcos de vela entre los patos.

—Yo te lo explico —dijo Roger. En la parte de atrás de su William Byrd, que llevaba en el bolsillo, escribió: «Si  $p$  entonces  $q$ . No  $q$ ... entonces no  $p$ ».

—Si todo el pan fuese pan cortado en rebanadas —explicó— no tendríamos necesidad de tener un cuchillo del pan, ¿verdad que no?

—Salvo si untas la mermelada con el cuchillo del pan —respondí yo (eso era algo que él siempre hacía). Roger ignoró mi comentario.

—No podemos pasar sin el cuchillo del pan, así que no todo el pan está cortado en rebanadas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Se te pide que expreses eso como «Si  $p$  entonces  $q$ . Por tanto, si no  $q$  no  $p$ », porque los símbolos son paradigmas más útiles para ti que los ejemplos específicos del pan y el cuchillo del pan.

—Sí —dije yo porque le quería, aunque para mí lo único que importaba era el pan, brillando en una bolsa con la etiqueta de Mother's Pride. Roger liquidó, mientras pasaba la tarde, no solo el pan, sino también el «sí», el «entonces» y el «no». El pan en rebanadas se había convertido en paréntesis  $p$  corchete  $q$  cierra paréntesis barra  $q$  trinquete barra  $p$ . La mermelada no aparecía por ninguna parte. Las barras se relacionaban, recuerdo, con la falsedad. Denotaban que, dentro de la proposición, había una odiosa y condenada mentira. Clasificamos las proposiciones en filas de unos y ceros. Una hora después daba cabezadas con el método axiomático.

—Si una constante binaria está flanqueada por una variable proposicional —decía Roger— entonces la posibilidad de...

En ese momento, me di cuenta de que un niño pequeño había pescado un pez.

—¡Ha cogido un pez! —exclamé. Como por entonces Roger aún estaba enamorado de mí, no se enfadó.

—Katherine —dijo—, ¿qué utilidad va a tener tu filosofía sin matemáticas? Serás como un arquitecto sin ningún conocimiento de ingeniería. Estoy seguro de que ese padre mío, ese payaso superficial, seguirá enseñándote sin nada de matemáticas.

Yo no me había parado a pensar en mi utilidad. Para lo único que me veía útil era para complacer a Roger. Poco a poco había empezado a darme cuenta de que los estudiantes varones eran diferentes. Pensaban en carreras y en becas de investigación, mientras yo pensaba en cultivar una gama de logros que obsequiar a un marido de sobresaliente.

—No todo se reduce a  $p$  y  $q$  —dije, lo que era absolutamente cierto.

—Lo demás es todo un embrollo obsoleto de demonios malignos y de moralidad —contestó.

Su disputa era con Jacob, no conmigo, pero, como era un poco paranoico, me veía a menudo como emisaria de su padre.

—En matemáticas, tú eres como alguien de antes de la invención de la imprenta —dijo—. Tengo que irme a cantar.

Roger cantaba en el coro de la catedral. Se fue, convocado por las campanas, casi como alguien de antes de la teoría de la evolución. Empezó a enseñarme álgebra aquella noche en la sala de espera de la estación de tren, y me dejó avergonzada por mi incompetencia. Subí al tren con la incómoda sensación de que Roger preferiría no hacer el amor con una mujer incapaz de sustituir signos por conceptos.

## Veintidós

Roger tuvo mucho éxito en Oxford. No quiero decir que se convirtiese en un estudiante profesional que empuñase los remos y organizase bailes de verano, porque no lo hacía, pero tras haber sido bastante solitario y haberse ganado enemistades en el colegio por su arrogancia y su precocidad, halló reconocimiento en la atmósfera menos filistea y en el elitismo honrado por el tiempo de Oxford. Dados sus orígenes familiares, no tenía el resentimiento típico de exalumno de instituto público contra la gran mayoría de estudiantes que procedía de colegios privados. Sus tutores fraternizaron con él como un hombre que llegaría lejos. Le gustaba la música clásica, a pesar de estar tan vinculada a la Iglesia, a la que él aseguraba despreciar. De todos modos, eclesiásticos como los que te encontrabas en Oxford parecían demasiado refinados para preocuparse por la mera ingenuidad de la creencia. Para mí el *college* Christ Church era un lugar dominado por la presencia temporal del cardenal Wolsey. Desde mi metodismo vestigial, envuelto recientemente en la capa del marxismo de Jacob, resultaba muy sorprendente que los eclesiásticos tuviesen que ser los hombres del rey, los encargados de crear y transmitir una ideología de control al servicio de la clase dirigente. Tampoco me interesaban los estudiantes que habían pertenecido al coro, vestidos con sus Harris Tweed, con los que Roger tocaba el violín los fines de semana. Me gusta la gente que desafía estereotipos, y los estudiantes se atenían a ellos. Roger consideraba una irrelevancia grosera especular sobre sus hábitos electorales si eran capaces de constituir unos cuartetos de cuerda decentes, pero a mí me ponían de los nervios sus conversaciones oxonienses. Al fin y al cabo vivíamos la etapa de rebelión estudiantil y ellos, en vez de hablar de eso, hablaban de estar «arriba» y «abajo», de leer en la «Bod» y de bajar pedaleando por la «High», del «apretón de manos» y de la «novena semana». Nunca conseguí acostumbrarme a que la gente estuviese «arriba». ¿Arriba de qué? ¿Arriba de un poste, como Simón el Estilista? Y «don» es una palabra que no soy capaz de utilizar. Me da vergüenza. Mis profesores eran profesores, no *don*. Jacob nunca alcanzó el título de *don*. Un *don* me evoca a alguien más incompetente de lo normal, incapaz de hervir un huevo o atar un paquete. Alguien que se quita telas de araña del pelo al peinarse. Alguien que fabrica en secreto polvos mágicos de color verde en el cobertizo de las macetas con una convicción demente. El doctor Fausto. Alguien que siempre lleva birrete y gafas de montura de concha, que tropieza una y otra vez con el bancal de pepinos del decano y lo destroza. Me dediqué a leer periódicos *troskos* disidentes para provocar a los músicos de Roger mientras

haraganeaba entre las fundas de los instrumentos y los abrigos, esperándolo.

—¿Eso es lectura obligatoria en la LSE? —me preguntó uno de ellos una vez.

—Yo no estoy en la LSE —respondí.

Ese mismo personaje en una ocasión le comentó jocosamente a Roger que «tu novia piensa que soy un bolchevique porque creo en Dios», lo que, como Roger admitió, parecía tener muchísima gracia.

Solo en una de mis visitas a Oxford conocí a un hombre verdaderamente encantador. Me lo encontré en un muro cerca del edificio de ciencias donde estaba esperando a Roger. Era un estudiante australiano que cursaba un posgrado en matemáticas que se llamaba Donald O'Brien. Hijo de un policía, según supe, y descendiente de un convicto irlandés.

—¿Tú estás aquí, en esta *uni*? —preguntó. Me encantó su terminología y su acento, por su indómita agresividad colonial, y me hizo reír. Le dije que no.

—No encajas mucho con el aspecto de los que hay por aquí, si me permites el comentario —añadió.

Confieso que esta observación manifiestamente chovinista me complació, porque Roger había encontrado recientemente a una acompañante de piano de Darlington Hall con pronunciación de clase alta y ropas desaliñadas como las de Jane cuya presencia me aterrorizó. Creo que siempre supe que Roger acabaría dejándome por alguna hija de obispo educada en un colegio tipo Roedean School que tocase el clavicémbalo; por alguna prima segunda de los Huxley que diseccionase ranas. Eso me hacía dependiente y vulnerable.

—No consigo entender —dijo mi australiano, mientras observábamos la llovizna que comenzaba a caer— cómo nadie ha pensado en convertir este lugar en una colonia penal y trasladar al populacho británico en masa a Australia.

La idea era lógica en su simplicidad. Me hizo reconocer (quizás por primera vez) la utilidad de la mentalidad matemática.

—¿No te gusta Oxford? —pregunté.

—Claro que sí, me gusta. Es un lugar auténtico, dejando a un lado que los *colleges* son como internados, las mujeres inexistentes o feas como el pecado y la mafia colonial como yo no habla de otra cosa que de cerveza y de lo que llueve. Las películas, te lo concedo, están bastante bien. No puedes quedarte aquí sentada con esta lluvia. Vamos a tomar algo.

Perdí mi oportunidad. Lo dejé marchar, tan resuelta como la inmaculada Lucrecia, decidida a que Roger fuera el único que supiera si tenía un lunar en el pecho. Recuerdo con cariño la pronunciación confusa de sus palabras de despedida.

## Veintitrés

Roger me dijo en una ocasión que me reía demasiado. Había otras cosas que yo hacía que le disgustaban. Leía la revista *Vogue* y tejía en público. Se trataba de muestras de subordinación femenina que Roger intentó eliminar con el fin de que pudiera ser su paritaria y valerosa consorte. Todo ello no era más que un deseo punitivo de arañar mi rostro con zarzas. Me reía demasiado. «Sobre todo con los chistes de Jake», me dijo.

—Deberías procurar no hacerlo —añadió—. Lo incita a actuar.

Estaba demasiado enamorada de él y era demasiado joven para percibirlo como un absurdo y petulante Hamlet, acosado por los celos sexuales que Jacob le provocaba. Contenta esta noche, digamos, y eso irá haciendo más fácil la abstinencia siguiente. Ahora me parece evidente que Roger, al que su madre había permitido, en la conmoción inicial y la soledad de su matrimonio, creerse más importante para ella que ningún otro, se viera asediado en un grado mayor de lo normal por la fantasía de que ella le pertenecía. No ayudaba, claro está, el que Jacob se dedicase a tirarle los trastos a su esposa en público o que parlotease después de cenar sobre el estado de su cuello uterino tras los partos. Jacob llegaba procedente de su tren de cercanías y le metía la mano a Jane por debajo del jersey mientras ella preparaba las tostadas para la cena de los niños. A mí, una vez superada la sorpresa, dejó de parecerme ofensivo o desagradable y llegué a verlo como un gesto de cariño. A veces, en mitad de la tarde, Jacob invitaba a Jane de una forma descarada a subir al piso de arriba. Eso me ayudó a aceptar la dura realidad de que debes tu existencia a la unión de tus padres. Me ayudó a pensar más caritativamente en las recatadas camas gemelas de mis padres con sus colchas de chenilla a juego. Me ayudó a entender que la pasión puede seguir incluso bajo la chenilla. Incluso con las sales de frutas Eno en la mesita de noche entre las camas.

—Es como el tipo de los Cloggies —le dijo una vez Jonathan alegremente a Roger mientras Jacob se dedicaba a toquetear a su esposa junto al fregadero—. No para de violarla en público.

Jonathan no parecía darse cuenta ni preocuparse de que Roger tragara saliva y empezara a mirarse las uñas.

Jonathan era un misterio para mí. Era evidente que Roger lo admiraba y lo respetaba. Jonathan, a diferencia de mí, podía leer *Vogue*, *Beano* o lo que le diera la gana sin que Roger lo desaprobara, y lo hacía con mucha frecuencia. Porque Jonathan estaba muy influido por la contracultura. Alternaba los cómics más atrocemente vulgares llenos de sangre y lujuria con formas

de literatura intelectual de vanguardia. Era la única persona que yo conocía que había leído *Finnegans Wake*. Había leído *El tambor de hojalata* en alemán. Casi nunca pronunciaba una frase sin soltar un «joder» o un «puto». Si hubiese sido su madre le habría lavado la boca con jabón. No era que Jane no tuviese ningún control sobre sus hijos, sino que parecía no importarle demasiado. Yo me daba cuenta de que era muy bueno con sus hermanas y con su hermano pequeño, y de que a veces mostraba una descarada inocencia infantil que contradecía sus rasgos más amenazadores. Por ejemplo, cuando cumplió diecisiete años me llamó para decirme que iba a hacer una cena para celebrarlo y que quería que fuese. Resultó ser un acontecimiento deliciosamente inocuo, al que había invitado a sus dos mejores amigos del colegio, a toda su familia, incluida su abuela alemana, y a mí. Jane le había hecho una tarta de cumpleaños con la ayuda de Sam y Annie, que se encargaron del glaseado, y de Rosie, que había escrito encima con una manga pastelera. Él insistió en que tuviese velas. Los niños le cantaron con sombreritos de papel:

*Cumpleaños feliz  
chúpate la nariz  
o si no te la chupas  
chúpate el calcetín.*

Podría haber sido obra de Elstree Studios. Roger nunca se habría sometido a la indignidad. Los regalos (el disco de John Williams, la suscripción a *Private Eye*, el maravilloso equipo para asesinar peces en el río) venían todos envueltos en papel floreado con lazos de cinta y etiquetas. Después del té hubo una caza del tesoro con pistas. Pistas difíciles incluso para nosotros, los adultos, ideadas por Jacob al estilo del crucigrama de *The Times* y que Rosie dijo que eran «facilillas-tiradillas». Después de mucho tiempo sin saber qué comprarle, le regalé un timbre de *Magic Roundabout* para su bicicleta, con un Zebedee en él, porque era barato. Lo cierto es que resultó muy adecuado dado el carácter íntimo de la ocasión, a Jonathan le gustó mucho y fue la envidia de Annie y Sam. También, sospecho, de Roger, que nunca lo confesaría. Yo no me habría planteado jamás regalarle a Roger algo así.

## Veinticuatro

Roger representó durante más de seis meses una farsa tortuosa con sus padres respecto a mí, porque decía que no quería que ellos supiesen que salíamos juntos. No quería que sus padres invadiesen su vida privada, decía. A resultas de ello, debía limitar al mínimo mis visitas, algo que no era fácil con la cantidad de veces que Jane me pedía que fuera a verla. Esa es la razón por la que no fui en Navidad, aunque ella llegó incluso a invitar también a mi madre.

—Vamos a preparar una supercena —dijo intentando convencerme—. Acabo de comprar un queso Stilton entero. Es enorme. Y mi madre le ha birlado al viejo una caja entera de su mejor clarete y nos la ha enviado por tren. Vente. Cantaremos villancicos de toda la vida y le pediremos a Roger que toque algo. A él le encantaría que vinieras.

—Tengo que ir a casa de mi tía —dije, sintiéndome ruin y mentirosa.

—Venga, Katherine —insistió ella—. Ven. Jake es mucho más soportable en Navidad si traigo a alguien de fuera. Si no vienes se dedicará a fastidiarnos hablando del gasto y de las canciones y a desearnos que nos siente bien el ayuno como el gran aguafiestas que es. Necesito que vengas.

Era ridículo.

Cuando sucumbía a las invitaciones, o cuando Roger aceptaba que fuese, se mantenía bastante alejado de mí, lo que yo solo podía entender como un gesto innecesario de rechazo. Siendo un privilegiado como era, con unos padres que, a diferencia de la mayoría, no habrían puesto ninguna objeción a que se llevase a su novia a su cama, decidió en cambio acostarse conmigo sobre retazos de mugrientos sacos en el cobertizo del granjero, o en el de las bicis, sobre un impermeable de plástico, con mis vértebras rozando el hormigón. Como necesidad básica, la calidez tiene prioridad frente a las urgencias sexuales. En esos dos lugares pasé más frío del que he pasado jamás en mi vida.

—Te quiero —decía Roger, mientras yo me retiraba el extremo de un viejo azadón del omoplato. Si Roger hubiera podido follarme en una cama de clavos lo habría hecho.

Una vez, un cálido día de primavera, Roger no vino con nosotros a la playa. Tenía que trabajar, dijo. Me senté en el asiento trasero del coche, entre Jonathan y Rosie, echándole terriblemente de menos, aguantando los forcejeos y las peleas de Sam y Annie, que iban en el maletero de la ranchera de respetable tamaño que tenían los Goldman, exhumando libros de Ladybird de entre los desperdicios del suelo y discutiendo sobre su propiedad.



—Pensad en un juego —pidió Jane desde el asiento delantero. Tenía a Sylvia en el regazo. Jonathan propuso un juego que Rosie también conocía.

—Disparas tiros imaginarios a la gente que pasa —explicó Jonathan— y te anotas puntos en una escala de uno a diez.

—Sí —dijo Rosie entusiasmada—, y por las señoras viejas en sillas de ruedas te anotas diez y por las viejas con bastón ocho.

—¿Hay una correlación entre decrepitud y mayor puntuación? —preguntó Jacob.

—Y si eres negro también —continuó Rosie—. Consigues diez por una persona negra, aunque no vaya en silla de ruedas.

—¿También hay una correlación entre atributos étnicos estigmatizadores y mayor puntuación? —preguntó Jacob—. ¿Es así?

—Así es —confirmó Jonathan.

—¿Por tanto a los rojillos en buen estado físico no merece la pena dispararles?

—Correcto —dijo Jonathan. Jacob se encogió de hombros. Desesperación burlona.

—Lejos de mi intención reprimiros con la Conciencia Liberal. Adelante.

El juego se descontroló en un paso de peatones por el que cruzaba un transeúnte al que todos decían que habían disparado primero: era un hombre de edad avanzada, con una peluca rojiza y que llevaba en un carrito de niño cinco pequineses desdentados.

—¿Podéis dejar ya ese asunto, chicos? —dijo Jane—. Me parece un poco desagradable.

—Decidme —intervino Jacob—, ¿discrimináis dentro de la categoría de los negros decrepitos? ¿O entre gente de origen africano y gente de origen asiático, por ejemplo?

—Consigues más con los paquistaníes —dijo Rosie—. Lo hacemos en el autobús cuando vamos a nadar.

—Dios mío —exclamó Jacob—. ¿Tampoco recibiréis un plus por un judío por casualidad?

—No seas tonto. A los judíos no se les puede distinguir. Son como la gente normal.

—¿Como qué tipo de gente normal? ¿Como la gente normal negra, por ejemplo?

Rosie gruñó con impaciencia. No sentía especial interés por el análisis sociológico.

—Qué tonto eres, Jake —dijo—. ¿Por qué eres tan tonto?

En las rocas donde nos quedamos en bañador vi que el pelo del pecho de Jacob continuaba negro y copioso por los hombros y le bajaba por toda la espalda. Crecía en prietos rizos a lo largo del esternón y se expandía por encima de los hombros, donde adquiriría suaves longitudes de cinco centímetros. Lo miré furtivamente, como un niño que espía una joroba.

—Hay que reconocer —dijo Jane, que se había dado cuenta de mis miradas de reojo— que eres de lo más inmoderado y antinaturalmente hirsuto. ¿Verdad que sí, marido mío?

Cuando volví junto a él, Roger estaba manipulando su equipo estereofónico de fabricación casera.

—Te quiero —me dijo.

También recuerdo la tarde de sábado en que Roger no me llevó al cine. Jane y él habían pasado la mañana con la *Sonata de Primavera* mientras yo me ocupaba de los niños. Disfrutaba haciéndolo. Su peor travesura fue derramar pintura de dedos en el suelo de la cocina, algo que no molestaría a nadie, y Sylvia, por su parte, se tragó un poco de una pintura que estaba tranquilizadamente etiquetada como «no tóxica». Me gustan mucho los dibujos de los niños. Recuerdo que Sam pintó una serie de cocodrilos gruñones con dientes en zigzag y Annie un «árbol

de cebolla niña».

—Solo las pueden plantar niñas —dijo—. No son de las que crecen debajo de la tierra.

—Janie —preguntó Jacob en la comida—, ¿cómo puedes pasarte toda la mañana tocando el piano y dejar a esta joven a cargo de tus hijos?

Jacob era un neurótico respecto a la actividad pianística de Jane. Quizá no soportara que ella se dedicara a algo que no fuera él, o quizás le excitaba tanto que no podía suportarlo.

—*Mis hijos, ¿no?* —respondió ella mostrando una encantadora sonrisa.

—Joder, Jane, tengo cosas que hacer. Lo único que sé es que le pides a la chica que venga a visitarnos y luego la utilizas como una criada.

—Me parece que está de más que me digas cómo debo tratar a mis amigos. Katherine es una joven sin hijos. Estar con niños no es lo que hace normalmente. Para alguien como ella es un cambio agradable estar con ellos un par de horas. Son niños buenos, ¿no? ¿Qué problema hay?

Jacob la miraba escéptico.

—Jacob, por el amor de Dios —continuó ella—. Katherine no tiene nada urgente que hacer. Pregúntale. No la utilices para meterte conmigo.

—Katherine, ¿y qué pasa en esa universidad tuya de pacotilla que no tienes nada que hacer? —dijo Jacob dirigiéndose a mí—. Si no tienes nada que hacer, deberías estar divirtiéndote por ahí.

—Me estaba divirtiendo —contesté—. Me gustan tus hijos.

—A mí también me gustan mis hijos, pero también sé que son aburridos e irritantes. Roger, lleva a la chica al cine. Vamos a ver qué ponen. Tráeme el periódico, Sammy. El local. Está en el suelo del cuarto de baño.

—Estoy liadísimo —dijo Roger—. El lunes tengo que ir a ver a mi tutor.

Sam regresó con el periódico, hecho un amasijo arrugado y húmedo. Colgaba en sus brazos como un pájaro muerto. Jacob lo cogió y lo ordenó con rabia.

—Gracias, querido hijo.

Jonathan se inclinó sobre el hombro de Jacob y leyó con evidente placer en la portada del periódico local: «FAMILIA LLAMAS. CONMOCIÓN POR INCENDIO EN LA COCINA», leyó, riéndose de la prosa. Jacob y él se partían de risa cuando contaban uno de sus chistes favoritos.

—Oh, sí —dijo Jacob—. Nuestros amigos los desdichados señor y señora Llamas. Otra conmoción para ellos. Me pregunto si no estarán ya catatónicos con tanta conmoción, ¿eh, Jont? —Rosie y yo nos reímos con risa de muchachitas. Jane sonrió indulgente. Solo Roger seguía serio.

—¿De qué os reís? —preguntó Annie, alborotando para que la incluyesen—. Contadme qué es tan divertido.

—Se ha quemado la casa de alguien —dijo Roger—. Pregúntale a Jake por qué les hace tanta gracia.

Jacob no le hizo caso. Pasó rápidamente las páginas de anuncios de maquinaria agrícola y caballos bayos castrados, las fotos de bodas y los anuncios de las tiendas de muebles.

—Vamos a ver, Roger, *Mujeres enamoradas*. Justo lo que Katherine necesita. Una película de *Mujeres enamoradas*. Una buena dosis de respiración entrecortada entre la hierba. Llévala a verla, Roggs. No seas un puto empollón asqueroso.

—No es ningún empollón, Jake. Simplemente tiene cosas que hacer —dijo Jane.

—Lo sé, lo sé. Pero puede llevar a esta presentable joven al cine, ¿no? Trabajas esta noche,

Rogsie. Te tomas un café a medianoche y listo.

—No creo que Katherine necesite a nadie que le busque compañía —dijo Jane.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Jacob con impaciencia—. Llévala tú, Jonathan.

—Ni Katherine ni Jonathan tienen permiso de conducir, Jacob —dijo Jane—, y Katherine no monta en bici.

—Entonces tendrás que apechugar y llevarles al pueblo en coche, Janie.

—No voy a hacerlo, ¿vale? Esto no tiene nada que ver conmigo ni con Katherine. Estás pesadísimo con el tema.

—Jont —dijo Jacob—, ¿puedes conducir tú el puto coche?

—Claro.

—Jacob —insistió Jane insidiosamente—, que no tiene permiso de conducir.

—Y dime, Jont, ¿sabes aparcar? —preguntó Jacob.

—Por supuesto. Jane sabe que es verdad, me enseñó ella.

—Jacob, que no tiene permiso de conducir. ¿Quieres dejar de portarte como un delincuente juvenil?

—Llévala —insistió Jacob.

—Si Katherine quiere... —dijo Jonathan.

Nunca le había visto tan decorosamente humilde. Jacob se dio una impaciente palmada en la frente y suspiró.

—Katherine —preguntó sarcásticamente—, ¿quieres ir al cine con mi hijo? No hace falta que te cases con él, ¿vale? Solo tienes que estar sentada a su lado durante un par de horas.

Tuve que contener la risa al ver cómo Roger transmitía con los ojos señales de sombría intensidad.

—Iré —dije.

Roger se levantó y salió. El parche oscuro color índigo de sus vaqueros, que ocupaba el lugar donde antes estuvo la mariposa, resultaba imposible de obviar para cualquiera que tuviera ojos. Enseguida supe que Jacob se había dado cuenta de que aquella mariposa era la que yo tenía en mi bolsa de los libros.

Aquella tarde parecía que la mitad de la clase de Jonathan estuviese en el cine a juzgar por el giro de cuellos que se produjo para verificar que allí estaba realmente Goldman con una chica despampanante a la que no habían visto nunca, y para determinar qué era exactamente lo que se proponía hacer con ella una vez que se apagaran las luces. Algún gracioso me tiró una bola de papel, que me rebotó en la pechera de la camisa. Jonathan, que había comprado unas palomitas, fue encogiéndose estoicamente en su asiento hasta que su cuello desapareció en el del chaquetón que llevaba, y lo único que hizo desde ese momento fue ofrecerme palomitas de maíz, que yo rechazaba. Se podría haber oído caer un alfiler mientras los hombres luchaban desnudos delante del fuego; incluso sin conocer el guion estaba convencida de que uno de ellos caería en él. Parecían vulnerables con sus absurdos genitales colgando y sus traseros calvos. No había en ellos nada de la nobleza de los ciervos cuando combaten. Un simpático mimo homosexual que salía al final me recordó a John Millet.

La otra mitad de la clase de Jonathan andaba paseando por el pueblo cuando salimos.

—Eh, Goldman —dijo uno de ellos groseramente a nuestro paso—, ¿qué tienes tú que no tengamos los demás?

Jonathan lo miró furioso por encima del hombro.

—Encanto —respondió ferozmente.

—Cántale una serenata, Jonathan —dijo uno de ellos, pasándose un poco, remedando una voz en falsete.

—Déjame en paz —dijo Jonathan, con su voz viril de barítono.

Pensé entonces que, entre las indignidades a las que Jonathan había sobrevivido como hijo de unos padres bohemios y cultos, estaba la de tener que cantar como contratenedor en el colegio.

—No tenías que haber ido al cine con mi hermano —dijo Roger cuando volví—. Creo que no me quieres.

## Veinticinco

El día que Roger me dejó por su pianista yo me había pasado dos horas esperándolo en un ventoso vestíbulo mientras él ensayaba el Rey del Hades de Monteverdi. Faltaban unos días para mis exámenes finales. Después fuimos los tres al museo de ciencias, donde me di cuenta de mi situación al notar que los dos estaban confabulados. Mientras su joven centraba la atención en una vitrina de piedras calizas, Roger me desviaba hacia el descansillo del piso de arriba, más allá del esqueleto del ahorcado. Era una operación tan eficiente como un golpe de Estado bien planificado. Exorcizando su propia culpa y su incomodidad, me construyó una refinada catedral con mis defectos, que era cualquier cosa menos agradable. Decía, en suma, que al hacer balance le resultaba trivial. Que forraba mis cuadernos con papel de envolver florentino como una exploradora en un camino forestal, que me interesaba más por coser que por la lógica, que convertía con descaro en virtudes todas las desdichas, vulgaridades y limitaciones de mi vida, que, francamente, los patos de yeso de mi madre le ponían enfermo, que me acariciaba los pendientes mientras él, Roger Goldman, tocaba el violín, que me reía demasiado, que en aquel mismo museo de ciencias yo me había pasado todo el rato mirando dibujos estarcidos en las bóvedas de acero, «como si», dijo, «como si aquel sitio albergase una exposición anual de artesanía dirigida por el Instituto de la Mujer».

Creo que antes de que se diese media vuelta y se alejase de mí le dije que lo sentía. Están los que se disculpan y los que no. Yo soy de las que pide perdón si un transeúnte me pisa el pie. Mi primera reacción fue decirle que los patos de mi madre eran de porcelana y no de yeso, que criticar a mi madre, cuya tarta de chocolate no parecía haberle disgustado, era asunto mío. Luego, cuando las lágrimas se deslizaron en silencio por mi cara, pensé que haría cualquier cosa, cualquiera, para que volviera conmigo. Que haría álgebra en tela de saco por el privilegio de acariciar el borde de su camiseta usada de explorador marino. De pronto, cuando lo vi llegar a su vitrina de piedras calizas, lo único que pensé fue en sacar todas mis cosas de su habitación y largarme antes de que ellos volvieran, antes de que Roger pudiera ser testigo de la sordidez deformadora de mis lágrimas, e irme silenciosamente, sin alboroto. A mí no se me daba bien la cólera ni la indignación. En mi casa nunca se habían alentado esas cosas. Yo nunca les había dicho a mis padres, por ejemplo, «vete a la mierda», ni había tirado pan de ajo sentada a la mesa del comedor. Esas cosas en mi casa no se permitían. De modo que descarté la idea de seguir a Roger

hasta sus piedras calizas y dismantelar su personalidad, como él había hecho con la mía. De desahogarme gritándole que era un niño arrogante y aburrido, que se regocijaba píamente del destino de los condenados; confuso, agobiante y celoso. ¿Podríamos haber forjado algo a martillazos que nos mantuviera unidos? Tal vez no, aunque nunca lo sabré. Puede que toda la palabrería de Roger se resumiera en que con quien quería acostarse era con la pianista y no conmigo. Tal vez yo había estado siempre más enamorada de él que él de mí. Aún hoy soy incapaz de ver a Roger Goldman apartarse el pelo de los ojos sin sentir cierto dolor. Es una pasión absurda, perdurable, adolescente, que alejo de mi vida eludiendo su compañía.

Bajé del armario del dormitorio de Roger la bolsa de viaje con la que él había vuelto de Kenia hacía dos años. Metí en ella la tetera con silbato de mi madre, que él tenía en préstamo, mis dos cojines de *patchwork* con los que había adornado su habitación y un jersey de Aran que había hecho yo misma y habíamos compartido. La intrascendente y rutinaria división de pertenencias. Durante el viaje en tren registré una y otra vez, a través de una película de lágrimas, aquella bolsa que llevaba aún la etiqueta de East African Airways en la que estaba escrito, con letras mayúsculas, «R. J. Goldman». Me recordaba el cesto de la ropa sucia lleno de botas de agua viejas. Evocaba para mí, vívida y dolorosamente, una imagen de Roger en la mesa de la cocina con el gorro de Hamlet, alzando los ojos por primera vez para encontrarse con los míos. Al recordarlo sentía ganas de morirme.

Después de eso, lo peor fueron las noches. De día hablaba de cuando en cuando del asunto con una amiga o conmigo misma, intentando racionalizar mi desdicha, lo que me proporcionaba una hora de alivio. Pero sola, al final del día, el hecho doloroso de Roger aún estaba allí, inmiscuyéndose como el súbito y atroz rechinar de unos frenos. Había noches en las que no dormía nada. En dos de ellas bajé de puntillas las escaleras y me senté envuelta en una manta en el tocón de un árbol de aquel rígido jardincito de barrio, mirando las tintadas nubes lejanas que cruzaban la luna, contemplando el implacable avance de cada una hacia su propia desintegración tras cruzarla en fragmentos dispersos. Lloré muchísimo, pero siempre sola. Llamé al servicio de información horaria en mitad de la noche para escuchar alguna voz.

—A la primera señal serán las cuatro y cuarenta y dos minutos y diez segundos —decía la voz—. Pip, pip, pip.

Nunca más llamé a Roger. Me deslicé educada y solícitamente fuera de su vida sin una sola recriminación. Una vez, en un quiosco de periódicos, llegué al extremo de comprar una postal para él con la imagen de una tigresa rugiendo, pensando que en la cólera de aquella criatura podía asumir una cierta posición, aunque impotente. Nunca llegué a enviársela. Hice mis exámenes finales en medio de un estupor casi indiferente, drogada con anfetaminas, preguntándome qué me diría Jacob si suspendía. A mí misma había dejado de importarme. Ya no me preguntaba si el contribuyente británico solicitaría, en justa protesta, que le devolviese su dinero. Después de eso hice lo que llevaba mucho tiempo sin hacer. Llamé por teléfono a John Millet y se lo conté.

## Veintiséis

A la casa de John Millet de Greenwich se puede ir en tren desde London Bridge. Los trenes atruenan por encima de Southwark, el lugar de los peregrinos de Geoffrey Chaucer, y te atraen con la emotiva promesa de Rochester, Chatham y Gillingham al final del trayecto. Fue lo romántico del anuncio del andén lo que me dio la idea de marcharme. John estaba con un amigo, almorzando con vino alemán y quiche de cebolla que, por supuesto, él mismo había preparado.

—No te esperábamos —dijo—. Fuiste más bien vaga sobre tus planes.

—Perdona —contesté—. Tengo un aspecto horrible, John, no me mires.

Sabía que a él las apariencias le importaban, y tenía la sensación de ser una afrenta para su sensibilidad estética. Sonrió amablemente.

—El mal de amores solo marchita temporalmente. Siéntate. Alex, Katherine.

Me alcanzó un vaso de cristal tallado con vino blanco frío. Me sentí mejor al tenerlo en la mano.

—Katherine está enredada en una triste y vacilante relación con el hijo de Jake Goldman —explicó—. ¿Te acuerdas de Jake? ¿Mi vecino de Belsize Park? El de la esposa impresionante. De ojos preciosos. ¿Te acuerdas?

Hizo un fluido gesto cosmopolita, trazando un círculo en el aire y besándose ligeramente los dedos. Un gesto romántico e irónico de arlequín. Su amigo se había quitado la chaqueta del traje y estaba sentado en chaleco y mangas de camisa de raya fina.

—No llegué a conocerlo nunca —dijo—, pero recuerdo a la mujer. Una joven hermosa y cansada, con un nene que lloriqueaba.

John hizo de nuevo un gesto, abriendo las manos para indicar, con resignación, que la mortalidad es una condición que nos afecta a todos.

—El «nene que lloriqueaba» es ahora la causa de la palidez escorbútica de Katherine —dijo—. Ninguno de nosotros seremos ya jóvenes de nuevo, Alex.

Esa tarde paseamos solos por el paseo marítimo, él y yo, hasta la escuela naval, donde se exhibió sobre el uso decorativo de la simetría en acero cincelado.

—He pensado en irme a Roma —dije.

John me prestó un libro titulado *Italiano sin esfuerzo*. Venía acompañado de una serie de discos. Luego me escribió cartas de presentación dirigidas a unos amigos suyos, utilizando en mi

provecho la asombrosa caligrafía zurda que Jacob tanto había criticado. Me las dio para que las echara al correo.

—Anímate, Katherine —dijo—. Ese pequeño y precioso Goldman no es el único hombre de este mundo.

Me sentí obligada a decir que para mí lo era. John, tras darme una copa de *brandy*, se sentó frente a mí y durante aproximadamente una hora, mientras yo permanecía sentada en el sofá, estuvo dibujándome, cronológicamente y en tiza marrón, las fases de mi desdicha. Después se levantó y se dio un baño. Volvió y me entregó una toalla de baño color barro. Habría sido una grosería resistirse. Luego entró en el baño para sacarme de la bañera y me envolvió en la toalla. Con los brazos inmovilizados a los costados, mientras me trasladaba hacia su cama, fue cuando me acordé de la llave inglesa.

—Jacob dice... —dije.

No es que quisiera contarle lo de la llave inglesa. Solo farfullar nerviosamente, para quebrar la dignidad de su magia, que Jacob había dicho (lo había dicho bromeando) que John dormía con sábanas negras. Él se llevó el dedo índice a los labios.

—Chsss —y muy bajito, casi susurrando, me dijo al oído—. Repite conmigo: «Jacob es nieto de un carnicero».

Me pareció tan perverso, tan fuera de lugar, tan ridículo, que me despegué de él en una desmañada confusión infantil y corrí torpemente en busca de mi ropa.

—Creo que te odio —dije.

Abrí el libro en el tren. «*Non e difficile l'italiano per un francese*», decía buscando animar al lector.



## Veintisiete

Tres semanas después entré furtivamente como una ladrona en el departamento de filosofía para devolver unos libros. No tenía previsto siquiera esperar mis notas, solo sacudirme el polvo de los pies y abandonar el territorio, como dice Huck Finn. John Millet había organizado las cosas para que pudiese dar clase en una escuela de idiomas en Roma y me alojase con unos amigos suyos hasta que fuera capaz de arreglármelas sola. Había estado eludiendo a Jacob como a la peste, pero me tropecé con él en el vestíbulo cuando entraba.

—Te he estado evitando —dije.

—¿Y eso por qué? —preguntó él. Yo hablé muy deprisa, dando, sospecho, una impresión de gran desequilibrio.

—No quería escribirte tonterías. Ni a ti ni a nadie. Quiero decir, sentíos todos con libertad para tirar mis exámenes al fuego. Bueno, en realidad no tenéis fuegos, supongo. Las papeleras servirán. No es que sea una holgazana, Jacob, es solo que no era un buen momento para mí. En realidad, sigue sin ser del todo bueno. En fin, una crisis, Jacob. Estaba en medio de una crisis emocional. Esa es la verdad. No es lo mejor que te puede pasar cuando tienes que hacer exámenes. Lo siento.

—Tienes muy mal aspecto, querida —dijo Jacob cándidamente—. ¿Qué mierdas te pasa? Te ha cambiado la cara. ¿Estás embarazada?

—No —dije—. Son espinillas, Jacob. Las que le salen a la gente cuando está alterada —Jacob sonrió.

—Eres una chica estupenda. Y divertida, lo sabes, ¿verdad? Yo en mis tiempos era como tú, un niño loco, inteligente, sin padre. Me gusta cómo eres.

Fuimos a la máquina de café, donde me comporté todo el rato de forma maniaca y nerviosa. Metí la cabeza por medio cuando él se inclinaba para sacarme el café de la máquina.

—Cuidado, no vaya a echártelo por encima —dijo, para animarme—. Podrías acabar con la cabeza averiada.

—Ya la tengo.

—Sí y no. Te diré lo que he hecho esta mañana, ¿vale? He tenido una tutoría con mi séptimo caso de síndrome premenstrual. Puede que eso sea lo que te pasa a ti, Katherine. Que estés premenstrualmente alterada. ¿Por qué no has venido a verme para contármelo? Estás en una

minoría de dos o tres. Yo pensaba que últimamente toda la población estudiantil femenina hacía los exámenes en pleno síndrome premenstrual. Al menos eso es lo que me explican todas después.

Los chistes algo machistas de Jacob a veces me inquietaban un poco. No llegaba a entender del todo qué era lo que quería decir.

—Lo mismo se quedan todas embarazadas antes de los exámenes —dije con sarcasmo.

—Tal vez. La verdad es que el embarazo constituye, según mi experiencia, que admito que es limitada e indirecta, una etapa muy favorable.

¿Acaso quería decir que estaba perdiendo el tiempo enseñando a mujeres cuando la biología tiraba de ellas con más eficacia en otra dirección?

—¿Quieren que les subas la nota? —pregunté. Soy una persona conocida por haberlo abordado una vez con la petición de que me bajara la nota por una serie de razones que le enumeré diligentemente.

—Claro —contestó—, siempre. En mis tiempos las estudiantes no tenían ese problema femenino. Te diré una cosa, Katherine, ya no pretendo comprender el presente.

Sospeché que lo que estaba diciendo era que comprendía perfectamente el presente y quería cargarse discretamente los primeros brotes del resurgimiento del feminismo. Me daba la sensación de que, para Jacob, aquello no era más que una manifestación de parasitismo burgués femenino, que alteraba la verdadera conciencia de la guerra de clases. (Jacob siempre era, por supuesto, el primero que se rascaba el bolsillo si había alguien recaudando para la caja de resistencia de la huelga de las señoras de la limpieza).

—¿Cuál es entonces la causa de esas crisis? —me preguntó—. Espero que no sea por culpa de ese hijo mío...

—Es precisamente él —dije yo—. Eso es todo. Una simple crisis, Jacob. Supongo que te ibas a enterar de todas formas. Ya no estamos juntos.

—Roger no me cuenta nada —dijo—. De todos modos, está escalando en Gales. ¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿Qué tal si os agarro y os doy cabeza con cabeza?

Joder, Roger, con tu cuerda y tus botas de clavos, ¿de verdad que jamás volveré a verte? ¿Nos encontraremos como perfectos desconocidos en salones impolutos?

—No, no —dije rápidamente—. Nada. Mutuo acuerdo. Ya sabes. Mejor no sacar el tema.

Jacob asintió, comprendiendo que no había nada que pudiera hacer.

—Debemos hablar sobre tu futuro, tú y yo —dijo—. ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿Para qué crees que puede servirte el título de filosofía?

Lo miré furtivamente, sin ganas de entrar en el asunto.

—¿Quieres decir que voy a conseguir el título en filosofía? Porque no tienes por qué aprobarme, ¿sabes? Quiero decir, sé que esto no es una institución de caridad, Jacob. No he venido para ver si me dabas un título. No creo que sea correcto solo porque crees que me lo merezco...

Jacob se echó a reír.

—Déjalo ya, Katherine. Sabes que sé que eres una joven inteligente. ¿Vas a decirme que no sabes que has sacado un notable alto? Vamos. Comprendo que por razones que se me escapan estás completamente neurótica en cuanto a tus notas. ¿No es así? Nadie va a convencer a nadie. Cualquier cosa que yo te diga solo te va a hacer creer que estoy equivocado.

—Pero Jacob —dije yo—. ¿De verdad has leído mis exámenes?

—Por supuesto que sí —contestó—. Yo y mis colegas. Aun en el caso de que el examinador externo quisiera merendarte, no hay problema, querida. Busca otra cosa de la que preocuparte.

—Me voy a Roma —dije—. A dar clase.

—Santo cielo. ¿John tiene algo que ver con eso?

—En realidad, no —respondí.

—¿Eso significa sí o no?

—Significa solo que le pedí que me ayudara.

—¿A enseñar qué?

—Inglés para extranjeros. Bueno —dije, intentando hacer un chiste—, no serán extranjeros, ¿verdad? No en Italia. La extranjera seré yo.

A Jacob no le hizo ninguna gracia y parecía preocupado.

—Ven a casa conmigo. Deja que Jane te acueste, por el amor de Dios, y consúltalo con la almohada.

Era incapaz de concebir la posibilidad de entrar en su casa, de ceder ante el influjo de la bondad.

—Quiero estar sola —dije—. En serio.

Era evidente que Jacob tampoco había dormido mucho últimamente, aunque en su caso se trataba de una aflicción perenne.

—A decir verdad, no estamos en un buen momento en casa. Jane está portándose como cualquier madre burguesa agobiante con el buenazo de Jonathan. Lo que consigue es ahuyentarlo. He estado observando cómo lo hace, día tras día. Se ha empeñado en que se presente al examen de acceso de Oxford. Yo no me opongo, pero no puede obligar al chico a hacerlo. Así que él, como no lo deja en paz, ha decidido irse a Europa.

—¿A hacer qué? —pregunté. Jacob se encogió de hombros.

—Sabe Dios —respondió—. Ya conoces a Jonathan. Es un romántico. Quiere recorrer a pie los Pirineos. Dormir en las orillas de los ríos. Mendigar. Ganarse unas monedas en una esquina de la calle con esa flautita. Ahora dice que no va a volver jamás. ¿Debo creerlo? La verdad es que a mí el examen de admisión de Oxford no me interesa nada. Me da lo mismo que vaya a la politécnica de Huddersfield o a la bolsa de trabajo. Los que son tan inteligentes como Jonathan no necesitan títulos. Claro está que Jane no piensa igual. Los demás quieren que hagas lo que ellos no han hecho. En el caso de Jane, no es más que una gratificación interpuesta. Lo que a mí me preocupa es si volveré a ver alguna vez a mi hijo. Si sabré alguna vez si le han dado una patada en la cabeza en alguna calle.

—Seguro que vuelve a casa cuando empiece a pasar hambre —dije yo, sin tacto alguno—. Como hace cuando se va a pescar.

Jacob ya no estaba pensando en mí. Estaba pensando en su hijo predilecto. Porque ¿no hay acaso una pena más allá de cuanto se diga oculta en el corazón del amor, como afirma Yeats? Yeats, W. B., el hermano del famoso Jack, como le llamó una vez Jacob. ¿No son hasta las estrellas una amenaza para la cabeza amada?

—Vaya —dijo de pronto, con viveza—, lamento saber que estás teniendo esas, esas...

—Crisis.

—Además, precisamente esa. Si ya has decidido irte no tendrás más remedio que venir y despedirte de Jane, ¿no? Te va a echar de menos. Y no hace falta que te diga lo que le va a afectar

a Rosie.

—Iré. Os voy a echar muchísimo de menos. Jane ha sido muy importante para mí, Jake —dije con lágrimas en los ojos—. Dile... dile que su cocina ha sido mi otra universidad.

Jacob se echó a reír.

—Se lo diré.

Caí sobre su pecho peludo y me puse a llorar desconsoladamente. Jacob me daba palmaditas en el hombro.

—Si alguna vez tienes problemas llámanos a cobro revertido —dijo—. Es muy fácil, Katherine, no hay más que coger el teléfono, ¿eh? Y decir que a cobro revertido...

—Lo tendré en cuenta —respondí.

—Bueno, y no dejes que ninguno de esos católicos de por ahí te moleste.

Cuando volví a ver a Jacob el pelo de su pecho se había vuelto completamente blanco.

## Veintiocho

Me esforcé por causarle una buena impresión a Jane. Me había lavado la cabeza y me había acostado pronto con un tranquilizante, que me tomé con un vaso de cerveza. Me maquillé y cogí el tren, segura al saber que Roger no estaba allí. Estaba escalando en Gales. Le compré un regalo a Jane en la floristería de High Street. Una pequeña palmera de interior en una maceta. Tampoco estaba en su mejor momento aquel día. Entré y la encontré riñendo sin mucha coherencia a Sylvia, que se había mojado los pantalones. Jonathan, que entró en la cocina a por unas lonchas de queso, la ignoró con desprecio. Como me había dicho una vez, ella no era «una de esas personas insufribles que lo hacen todo bien». Sorprendentemente, no parecía en absoluto preocupada por Roger y por mí. Tenía otras cosas en la cabeza. Él no le había dicho gran cosa y lo había visto bastante contento, dijo, y yo estaba decidida a causarle la misma impresión. Roger siempre se había esforzado por hacerme el menor caso posible en presencia de sus padres. Jane dijo con tono melancólico: «Es eso, ¿verdad? Es una pena, Katherine. Pero no puedes plantearte hacer algo así solo para quedar bien conmigo. No estoy dispuesta a escuchar ninguna crítica, de ninguno de los dos. Te voy a echar muchísimo de menos. Jonathan, ¿quieres largarte de una vez, por favor?». No había duda de que no soportaba estar con él en la misma habitación. Jonathan se volvió muy despacio, la miró echando chispas y no dijo nada.

—Katherine se va al extranjero. Ha conseguido un trabajo muy bueno. De alguna forma es una moraleja, de la que tú deberías aprender.

—Vete por ahí. ¿Adónde te vas, Katherine?

—A Roma —respondí—. Hoy he ido a cambiar algo de dinero. ¿Quieres ver mis billetes de Monopoli?

Saqué del bolso mi fajo de resplandecientes libras. Las miramos, los tres. Jane empezó a hablar con un entusiasmo renovado.

—Tú no te dejarías sobornar, ¿verdad, Jontikins?

Jonathan, que se había relajado con los billetes, recobró su mirada hostil.

—Le costará a usted un montón de pastillas de chocolate conseguir que haga ese examen, señora mía —dijo.

—Estaba pensando más en algo así como seiscientas libras —dijo ella—. Quédate y haz el examen y te daré seiscientas libras. Podrías pasarlo mejor en Europa con ese dinero.

Jonathan se fue de la habitación, pero enseguida volvió.

—No las tienes —dijo.

—Las pediré prestadas. Las sumaré a la hipoteca. Para eso están, las hipotecas.

—Lo quiero por escrito —dijo Jonathan—. No me fio de ti.

—Vale. Y que sean setecientas. Al fin y al cabo solo es dinero. Dame un papel.

—Por Dios, mamá —exclamó Jonathan, cediendo al fin—, no lo necesito por escrito. Y no necesito setecientas libras. Dame cuatrocientas.

—Te daré seiscientas, Jont, y te lo pondré por escrito. No te achantes conmigo.

Lo escribió y lo firmó. Yo no podía creerlo. Jonathan se metió el papel en el bolsillo.

—Pongo tres condiciones —dijo ella con firmeza—. Vindrás el próximo octubre y le darás una oportunidad a Oxford. Me mandarás una postal cada ocho días y no dejarás embarazada a ninguna chica.

—No soy tonto.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué crees que estoy armando todo este lío, si no? Aún está por demostrar que los jóvenes inteligentes son menos propensos a dejar embarazadas a las chicas.

—A ver si piensas que voy a rodearme de nenes meones, como tú.

—Tú, Jonathan —alzó la voz Jane—, fuiste el único de mis hijos que se meaba un día sí y otro también en mis botas de agua, *no lo olvides*.

Después nos despedimos. Ambas lloramos un poco. Sus guantes de jardinera estaban encima de la mesa. Cogió uno de ellos, se secó las lágrimas y me dio el otro a mí.

—Toma —dijo—, llévatelo para el tren.

Lo cogí, consciente de que lo atesoraría como una reliquia de la Santa Cruz. Al cabo de una semana metí mi equipaje de mano en la bolsa de viaje de Roger y me subí a un tren con destino a Europa.

## Veintinueve

Una de las dos monjas que viajaban en mi vagón se desmayó por el calor cuando entrábamos en Milán. La reanimó su compañera con la ayuda de dos hombres con camisetas sudadas. Nunca había estado en un vagón de tren con monjas. Tampoco con hombres con camisetas sudadas, y la Northern Line parecía a años luz de distancia. El vagón era como uno de Daumier. O puede que se pareciera más a los autobuses tercermundistas de los que Roger me hablaba. Nada había en mi experiencia que me hubiese preparado para el impacto visual de la campiña, para un paisaje de vides y olivos. Cuando más tarde leí lo que D. H. Lawrence había escrito sobre la Toscana, que allí daba la impresión de que en cualquier momento iba a aparecer Jesús caminando en medio del paisaje, pensé que sí, que era exactamente eso. En el andén de la estación no se vendían lonchas de queso de ratonera empaquetados en triángulos, solo barras de pan bastante bíblicas y botellas de vino. La tipografía de los periódicos, con la que no estaba familiarizada, saltó hacia mí de forma vertiginosa desde los quioscos cuando afronté el suplicio de tener que cambiar de tren.

En el de Roma compartí vagón con una matrona muy correcta que escribía postales y que me preguntó a qué día estábamos. En el manual de italiano de John había aprendido todo tipo de trucos para momentos extraños e impensables. Había aprendido (por ejemplo) a decir que por desgracia no había leído a Dante porque «con mi querida esposa, mi suegra y los siete niños» no había «sentido la necesidad de ello». Lo único que fui capaz de hacer ante una sencilla pregunta fue mascullar entre dientes y sentir pánico. Después de cuatro semanas de duro trabajo, como el aprendiz de brujo, había olvidado las palabras. Además, aún me quedaba por descubrir que, para mi consternación, nadie excepto yo llevaba minifaldas en Italia.

Los amigos de John vivían en el Trastevere. Entrar allí es entrar en un mundo que empieza con los romanos y termina con el barroco. Densidad humana desconocida en las estrechas calles adoquinadas, ningún bordillo que separase el tráfico de los peatones. Mi taxi se abrió camino a bocinazos a través de partidos de fútbol que se dividían para dejarnos paso. Balones que rebotaban en los muros de iglesias del siglo XII cubiertos de carteles electorales y pintarrajeados con consignas escritas con aerosoles. Y por encima de balones, carteles y consignas, elevándose en un brillante despliegue de antiguo mosaico dorado, los santos miraban hacia abajo contemplando la fuente ornamental y la plaza, las terrazas y las zumbantes Vespas.

Nos paramos a la entrada de un edificio de apartamentos donde, con asombro, vi que *Vogue*

estaba haciendo un reportaje. El cámara había hecho posar, frente a las desmigajadas paredes sepia de la tienda de tabaco, ante un telón de fondo de pintoresca pobreza urbana, a varias modelos con extravagantes peinados, que llevaban tentáculos plateados en la cabeza y sandalias brillantes en los pies. Iban vestidas, desde los hombros al dobladillo de la falda, de tela de gasa plisada, y una vieja que vestía en crepé negro, sentada tras ellas a una mesa de café de madera en la calle adoquinada, las miraba embobada e impasible.

El apartamento, como todo buen apartamento, estaba en la última planta, y se elevaba airoosamente con sus relucientes contraventanas verdes por encima de las verduras podridas y las cabezas de pescado desechadas de la calle. Subí por una prodigiosa escalera de desnudos escalones de piedra y entré por la puerta abierta, pisando con cautela mosaicos de cerámica. La *Signora*, mi anfitriona, había sido inglesa en tiempos. Se llamaba Leone Bernard. Estaba en el baño bebiendo *whisky*. Uno de sus amigos estaba sentado en el bidé, vestido.

—*Cara* —le decía a ella—, tienes que cortarte el vello púbico. No estoy dispuesto a violar a una mujer que parezca el arzobispo Makarios.

Me detuve instantáneamente en mis remilgadas normas de barrio de clase media, pensando «¡Uf! ¡Qué sofisticación!». Durante los últimos años me había acostumbrado a las formas explícitas de Jacob, que sin embargo nunca consiguió sonar refinado. No aspiraba a convertirse en un hombre de mundo.

—Es la pequeña *Caterina* de John —dijo mi anfitriona, cuya voz sonaba como un graznido beodo propio de Noël Coward—. *Avanti*, querida mía, y bienvenida. Tráele algo de beber, Oliver. Dios mío, pero qué joven eres —dijo—. Y qué guapa —añadió, evaluando la carne en kilos y gramos.

Llevaba el pelo recogido sobre la cabeza, de donde se escapaban algunos mechones que se le rizaban en la nuca húmeda. Su cabeza, cuando hablaba, se giraba con frecuencia a un lado y presentaba entonces un medio perfil derecho artificioso y, sin embargo, seductor. Cogí el vaso, pensando por un momento, nerviosa, en la trata de blancas. Nunca he bebido mucho, ni siquiera ahora. Cuando la gente me pregunta qué voy a beber siento la imperiosa necesidad de pedir *Cherryade*, por favor. Mi única bebida fuerte es el *Stone's Ginger Wine*.

—Si has cruzado Italia con esa falda —dijo ella enfáticamente—, creo que eres capaz de cualquier cosa. Vas a tener que llevarnos por ahí, Oliver.

Oliver, con encomiable buen humor, dejó a un lado sus ideas de violación y nos llevó a comer. Leone era sobre todo mandona. A menudo me recordaba a aquellas niñas del colegio que te decían que no llevases tu vestido rosa brillante a la fiesta porque ellas iban a llevar el suyo. Y tú no lo llevabas, aunque te lo hubieras comprado primero y no fuera justo. Y luego ibas y te sentías halagada cuando te escogían a la primera para sus equipos en los juegos.

Tengo un vago y embriagador recuerdo de aquella comida y del paseo hasta el restaurante, borracha de *whisky*, a través de calles estrechas en medio de un calor inusual; de avispas revoloteando alrededor de los puestos de flores, de personas que chupaban tentáculos de pulpo fritos y del sonido de la voz de Leone en el aire quieto.

Leone había aprendido a hablar así en Cambridge en los años cincuenta. Era hija de una ayudante de cocina soltera y había conseguido una plaza universitaria contra todo pronóstico. Pero la había abandonado un año después con deshonra: una chapuza de aborto casero la había hecho desmayarse teatralmente en el comedor, en medio de un charco de sangre uterina. Tenía un estilo



amanerado y fantástico y se vestía con la mejor ropa, que lanzaba sin remilgos a la planchadora, que trabajaba en la cocina de Leone media jornada, con las medias enrolladas sobre abultadas varices, las piernas arqueadas y un olor a sudor rancio. Una parte de mí era sumamente susceptible al estilo de Leone. Soy en general susceptible al estilo. Fue el estilo lo que me atrajo de John Millet. Tengo dentro de mí eso que te hace admirar la ceja bien depilada y la litografía bien colgada casi tanto como el soneto bien construido. Soy lectora de revistas de papel satinado, la arquetípica consumidora del catálogo de *Habitat*. He considerado siempre esas cosas como las claves de la movilidad social. Fue por eso por lo que Jane Goldman, con su indiferencia hacia ellas, significó un soplo de aire nuevo para mí. Pero si, como Jane, has ido al colegio con chicas que se casan con directores de bancos de inversión, sin duda es más fácil rechazar las trampas de la clase privilegiada ante una alternativa decente. Jane veía las cosas de forma muy clara. No le hacía falta el grupo de lectura marxista de Jacob para captar la base y la superestructura. Si podía elegir, elegiría mucho antes comerse el faisán bien colgado que lo de presumir de la litografía bien colgada con la que impresionar a los vecinos. Puestos a pensar, había procurado no tener vecinos. Su autoestima no estaba vinculada a lo que poseía. Podía «vivir de la tierra», como decía en broma Jacob. «Los chicos de clase alta», decía él, «aprenden en seguida las lecciones de la guerra de guerrillas».

¡Mi querido Jacob, con qué facilidad podía una olvidar los beneficios de su lunática cordura! Creo que si Jacob hubiese conocido a Leone Bernard habría admitido a regañadientes que tenía mejores piernas que Marlene Dietrich. A mí me parecía un parásito de una vivacidad maravillosa. Visitaba a esteticistas y compraba zapatos. Sus mayores placeres eran gastar el dinero de su marido y acostarse con los amigos de este. Y después hablaba con tal deslealtad sobre aquellos pobres tipos que al poco tiempo no pude evitar ver a los amigos de los Bernard sin preguntarme cuál de ellos sería el que estaba obsesionado con el sexo anal y cuál tenía lo que ella llamaba «problemas de potencia».

Leone salía a hacer la compra dos mañanas por semana. Llamaba a esto «hacer el *marketing*». Algo que creo que se explicaba por la elevada proporción de estadounidenses que formaban parte del elegante grupo de expatriados de los Bernard. Nunca había mucho *marketing* que hacer porque comían fuera muy a menudo, pero Leone y yo (hasta que mi trabajo empezó a ocuparme las mañanas) cogíamos cada una una bolsa ridículamente pequeña pero pintoresca e íbamos al Campo dei Fiori, donde Leone compraba flores e higos y brindaba medios perfiles encantadores a los jóvenes bohemios que holgazaneaban por allí junto a las estatuas. Yo vagaba entrando y saliendo de las tiendecitas de comida especializada, regodeándome con la presentación decorativa y dorada y los papeles de envolver adornados con facsímiles de medallas ganadas en ferias de alimentos de la década de 1890, o que desplegaban perfiles clásicos de Víctor Manuel II. No hay allí nada de esa contención de letra minúscula de los supermercados Sainsbury, esa deliberada represión de la *joie de vivre* gráfica. Leone se abría paso hasta el mostrador de una panadería repleta de relucientes panes en forma de estrella y compraba un *etto* de galletas. Pasábamos delante de los puestos de los carniceros que exhibían hileras de esponjosos y rosados pulmones hinchados, colgados de tendales sobre el mostrador. Recuerdo que una vez mi corta falda provocó que dos vendedores barrigones intercambiaran vigorosos gestos con berenjenas inconfundiblemente fálicas, tras lo cual, por un tiempo, pasé a usar ropa de Leone. Más tarde me la hice yo misma. La vieja de crepé negro era el punto de referencia que indicaba donde estaba mi

casa. Estaba siempre allí, plantada en el bordillo en su silla de café. Vendía cigarrillos de contrabando, según Peter Bernard.

Peter era el marido de Leone. Lo había sacado de o se lo había robado, más bien, a una esposa anterior de Southampton, donde aún tenía dos hijos. Leone había ido a Southampton a consultar a un psiquiatra. La había enviado allí una persona a la que ella llamaba, a secas, «mi mercero». Se había casado con el mercero después de dejar Cambridge, porque era rico y a Leone le gustaba vivir lo mejor posible. Y un cuerno iba a liarse con alguien que tuviese que trabajar por las noches para pagarle sus gastos. Había conocido a Peter en un bar. Después de seis meses de falsas visitas al psiquiatra, un día al mercero se le había ocurrido llamar a la consulta. En el enfrentamiento que siguió, Peter dejó a su esposa, que a continuación amenazó con matarse ella y matar a los niños, y el mercero empezó a asistir a clase de artes marciales, con idea de matar a Peter. Todos ellos acabaron en el diván del mismo psiquiatra de Southampton. Es decir, salvo Leone, que había descubierto que le gustaban los grandes dramas y se sentía la mar de bien.

Peter había trabajado una vez con John Millet y la relación les llevó a Roma. A pesar del dinero que había heredado de su difunta madre y de su admirable apostura, Peter tenía el aspecto de un hombre agobiado por la pensión alimenticia y el exilio. Llevaba el pelo sobre la cara a lo Christopher Robin con una raya incongruente, y le horrorizaba que le reconocieran como el hombre de orden que era. Necesitaba, por Leone, ser vanguardista. Ella estaba casada con su vida en las *piazas*, sentía la atracción de rozarse el hombro con Sartre en una terraza de verano; de ver de lejos a Sofía Loren entrando en un coche. Así que Peter, que sin ella bien podría haber sido uno de esos hombres que pasa fines de semana felices reparando las zapatas del freno de su Morgan o montando biplanos de plástico con sus críos de Southampton, había cultivado en vez de eso una serie de poses transgresoras, como la desnudez y el baño comunal.

Debería explicar que el cuarto de baño de los Bernard era, en cualquier caso, propicio para los *happenings* improvisados. Era en aquella parte del piso donde sucedían las cosas, lo mismo que en casa de los Goldman sucedían en la cocina. El cuarto de baño no tenía puerta. Daba acceso a la cocina y al balcón y no solo estaba acondicionado para bañarse. Había un tocadiscos y un montón de ejemplares de *The New Yorker*; plantas trepadoras y vasos de *whisky* usados; una esfera de cristal llena de conchas del Mediterráneo y una elegante fuente de fruta brillantemente esmaltada con pedestal, donde se amontonaban limones de jabón francés. Peter llegaba de jugar al squash, haraganeaba por allí encendiendo cigarrillos y enjabonándole las tetas a alguna y exhibiendo su equipo masculino, todo el tiempo, al nivel de los ojos. Creo que buscaba ponerse al nivel de Leone, que, después de haberle destrozado el matrimonio, dedicaba gran parte de su energía destructiva a acabar en público con él. Sin embargo, le gustaba mucho que él se acicalara desnudo delante de mí. Me empujaba hacia él hasta que me sentía como una sirvienta de ficción. Unos ligeros negros y unas medias de rejilla no podrían haber hecho más por mí, ni un toquecito picante con el plumero. Aún se me pone la carne de gallina al pensar en los Bernard. Eran como gente encerrada junta en el infierno.

Durante las semanas que pasé allí, Leone Bernard, siempre de punta en blanco, maquillada con esmero y oliendo a *Antelop*, me asediaba con una avidez codiciosa y controladora que llegaba a molestarte. Me hablaba en inglés, pero sazónaba su charla con maravillosas frases italianas que pronunciaba con teatral perfección, demorándose exageradamente en la consonante doble y resaltando hasta el absurdo la penúltima sílaba. Se regodeaba hasta cierto punto al verme como

una joven en pleno desengaño amoroso y, en consecuencia, empezó a negarme incluso el confort de la sinceridad de la emoción, dejando que me sintiera como la heroína de una opereta melodramática. La mayoría de las noches me dormía llorando detrás de las contraventanas cerradas de mi pequeño dormitorio, con el murmullo del restaurante de abajo, que exponía sus cazuelas de almejas fuera cada noche, plantadas sobre los adoquines. «*Specialità, Zuppa di Pesce*», decía el letrero. Alguien lo había tachado para que dijera «*Zuppa di Gatto*». A mí siempre me ha gustado la sopa de gato<sup>[10]</sup>.

Si lo soportaba no era solo porque al principio no tenía ningún otro sitio adonde ir, sino porque había resuelto abrirme camino en un lugar donde no hubiese por fin madres ni tías que socavasen mi anonimato y porque estaba aún demasiado enamorada de Roger como para tener cuidado por lo que pudiera pasarme. Estaba, además, completamente mareada con la visión y la sensación de un lugar cuyas texturas nunca se enmohecían. Aunque la mayor parte de mi vida consistía en coger autobuses para ir al trabajo y en descubrir lo muy agotador que era ganarse la vida junto con el resto de la humanidad, escribí repetidas veces a Jane Goldman contándole efusivamente todo lo que estaba viviendo. Jane me contestaba con postales escritas a toda prisa y con un tono irónico, que me hacían recordar el fregadero de su cocina. Al cabo de un tiempo nuestra correspondencia disminuyó y murió.

## Treinta

Mis compañeros me causaban un placer equivalente a la desazón que me producía Leone Bernard. Se trataba de un grupo diverso de jóvenes profesores británicos que vivían al día, sin seguro sanitario ni vacaciones pagadas, algunos atados por novias y novios italianos y otros por las ventajas innegables del estilo de vida romano frente a lo que habían conocido en Bradford y Tottenham. Eran también mi vía de escape de los Bernard y, con el tiempo, mis mejores amigos. Su lista de chistes tontos excedía incluso a la de Rosie Goldman. Me fui a vivir con una de ellas, que había tenido la suerte de encontrar un pequeño piso cerca de la plaza de España, encima de un bar, donde apagábamos la sed con café helado cuando hacía calor y comprábamos trozos de *pizza* para desayunar. Recuperé la costumbre de vestirme con ropa cara sin sentir remordimientos; la de colgarme joyas en las orejas y la de gastarme el sueldo de una semana en crepé verde mar sin sentirme culpable ante Roger por el exceso. En mi proceso de recuperación del puritanismo de Roger estuve con varios hombres. No me gusta mucho el voyerismo sobre las respiraciones aceleradas ajenas, así que solo diré que con ninguno acabé en el suelo de un cobertizo de bicicletas y que casi todos ellos estaban casados. Los hombres solteros en la Europa meridional tienen madres, matriarcas fuertes y francas que detectan con su olfato si eres una subversiva en cuestión de minutos, que dejan perfectamente claro que sus hijos no establecerán relaciones prolongadas e insensatas con mujeres protestantes pedantes y heterodoxas, mujeres que no tienen una dote respetable ni valoran el esfuerzo que supone preparar *fettuccini* caseros. Quién soy yo, pues, me preguntaba. ¿Soy esa despreciable joven de clase media a la que solo le interesan la costura y su aspecto físico y a la que Roger Goldman consideró adecuado desechar? ¿O soy esa peligrosa mujer independiente, empapada de Platón y de rebeldía indómita? En resumen, evitaba a las esposas cuando salían a los parques con los niños.

Tan solo una vez tuve la ridícula impresión de que acababa de ver a Roger. Perseguí aquella ilusión febrilmente por las calles, apretando contra mí la tosca bolsa de papel marrón llena de uvas, vino y queso de leche de búfala, hasta que empecé a temblar de agotamiento y me fui a casa, exhausta y llorosa, consciente de que me derrumbaría y me entregaría a la mínima señal que aquel cabrón me lanzara. Todo aquel vino y queso y lo que quedaba del papel color sepia. Toda esa llamativa ventaja con la que partía por ser rubia. Todas aquellas veces en las que, al pasar con mis pendientes y mis tacones altos de puta barata, me habían piroleado reverentemente:

«*Madonna*».

## Treinta y uno

Mi madre vino a verme dos veces. Vino en avión y se instaló conmigo en aquel recodo del camino hacia el cubículo de la ducha que pasaba por ser mi habitación. Me rogó insistentemente que volviera a casa. No encontraba razones para mi apego por aquel lugar. De la misma forma que yo, en mi ignorancia juvenil, no entendía su falta de entusiasmo ante la perspectiva de dormir en aquel cuchitril durante dos semanas interminables. Un piso que estaba situado encima de un bar en una ciudad en la que los nativos parecían no dormir nunca. Mi madre no entendía por qué le servían así la comida. Y por supuesto no entendía, dijo una vez delante de un plato de calamares, por qué los nativos no podían comer comida «normal» como hacía la gente en Inglaterra. El café era imbebible y no podías tostar el pan, que estaba rancio a la hora de comer y no tenía nada dentro. Era solo corteza.

Después, un día me escribió desde Hendon para decir que se iba a casar. Su carta fue al mismo tiempo sorprendente y reveladora para mí. Tenía previsto casarse con el subdirector de una sucursal bancaria de Dorset, decía, y esperaba que no me opusiese. Me pregunté qué derecho tendría yo a oponerme. Ella se sentía con libertad para hacerlo, decía, porque yo ya era mayor y me había ido de casa y no parecía necesitarla. Solo en una ocasión anterior había considerado la posibilidad de volver a casarse, como seguramente yo recordaría, y me había opuesto a aquel señor, por lo que ella había considerado que debía ponerme a mí en primer lugar. Me quedé sobrecogida al descubrir que había tenido aquel poder sobre ella. Recordaba que, cuando tenía doce años, un hombre llamaba con cierta regularidad a casa, y que yo había dicho que lo detestaba por la sencilla razón de que se había sonado los mocos con demasiada corrección en la mesa, prácticamente metiendo la cabeza bajo el mantel, y porque usaba pajarita y porque había insistido en cortar la carne con una formidable exhibición de destreza. Me horrorizó que mi madre hubiese decidido no volver a casarse basándose en esas aversiones infantiles. ¿Con qué resentimiento contenido había lavado mis ropas y me había llevado a la cama chocolate y natillas? ¿Y qué clase de sacrificios recíprocos se exigían de mí? Bah, pensé, siguiendo mi camino y pisando firmemente sobre la culpa.

Fui a su boda y durante un par de horas representé la fantasía de mi madre: su deseo de verme como un reflejo de lo mejor de sí misma. Interpreté una farsa en un dos piezas azul marino con broches dorados y una blusa amarilla que se ataba en el cuello, sintiéndome como una dependienta

del departamento de perfumería de los almacenes John Barnes. Tuve que soportar el infumable discurso del padrino. Mostré a mi madre todo mi amor y me largué, como una desconocida extravagante y viajera que no pertenece a ningún sitio. Además, estaba a punto de perder mi cuchitril encima del bar. El novio de mi compañera de piso tenía sus propios planes.

## Treinta y dos

Hay algo de vulgar en los romances de aeropuerto, pero debo confesarlo: me enamoré de un hombre en el aeropuerto después de mi vuelo barato de regreso.

El avión estaba lleno de italianos que volvían de un curso de verano en Inglaterra. En la sala de espera se lanzaron a los brazos de sus padres... todos menos dos de ellos, que se pegaron a mí. Dos muchachitos bien educados que llevaban perfumes del *duty free* para sus madres y buscaban en vano a un padre que les diera la bienvenida. Esperé con ellos en las escaleras exteriores al sol. Los desheredados entre los bendecidos. A nuestro alrededor, madres atosigantes y amorosas preguntaban con preocupación a sus retoños con qué frecuencia se habían cambiado los calcetines.

Michele llegó media hora tarde, sudando como un pollo, con su constitución propia de un caballo de tiro. Alguien le había robado la cartera y las llaves, dijo. No podían volver a casa en el coche. Y la policía no hacía nada, como siempre. No tuvo una palabra amable para los niños, a los que no hizo ningún caso, aparte de reñirles con impaciencia por hacer perder el tiempo a la *signorina*. Me ofrecí a pagarles el billete de autobús de vuelta a la ciudad. Fuimos hasta Cinecittà, donde cogimos el metro hasta Termini, donde cogimos un taxi hasta el apartamento de su exmujer para dejar a los niños. Luego cogimos un taxi hasta su piso para coger las llaves de repuesto. No vivía demasiado lejos de Leone Bernard y desde su ventana se veía a la señora de los cigarrillos de contrabando. Sobre el suelo de mármol tenía una exigua colección de sillas de alambre firmes e incómodas, unas sillas como las que podría haber soñado Marinetti en una visión futurista. Luego cogimos el autobús hasta Termini, donde cogimos el metro hasta Cinecittà, donde cogimos el autobús hasta el aeropuerto, donde nos encontramos con que quien le había robado las llaves a Michele se había llevado ahora el coche entero. Michele, que como la mayoría de los italianos no esperaba nada de la policía salvo ignorancia y brutalidad, expresó dudas poco oportunas sobre la fidelidad de la esposa del agente. Eso elevó el nivel de agresividad hasta un punto en que la efervescencia detonó en cólera. Luego cogimos el autobús para Cinecittà, donde cogimos el metro hasta Termini, donde cogimos un taxi hasta su piso e hicimos el amor en su cama deshecha.

Después nos sentamos en las sillas de alambre y bebimos vino tinto hasta que abrieron los restaurantes. Michele era ingeniero. Era además esa cosa tan malvada: un casero. Dijo que tal vez pudiera tener un piso para mí. Como aquel, por ejemplo. Pero aquel, dije yo, era casualmente



donde él vivía. *Non è vero?* Él podía mudarse, dijo, que ya era hora, además. Los carteles del Partido Comunista del otro lado de la calle amenazaban su estabilidad mental. Michele tenía esa doble maldad, era un casero y un camisa negra de mediana edad. Jacob habría sabido situarlo en alguno de los peldaños del capitalismo decadente. El apartamento, objeté, sería demasiado caro para mí. Yo era una profesora de inglés mal pagada. *Non importa*, dijo Michele. Me bajaría el alquiler a la mitad. Yo podía enseñarle inglés a cambio. Michele nunca había tenido, claro está, la menor intención de aprender inglés. Lo que quería era enredarme en una relación de vasallaje utilizando su propiedad. La primera y última lección tuvo lugar aquella noche en el *ristorante* de la *piazza* vecina, donde Michele mostró sus blancos dientes y me preguntó cómo se decía en inglés *stracciatella*. Le dije que por lo general no se decía. Uno más bien decía «Crema de tomate Heinz». ¿O quizás sopa de huevos revueltos?

## Treinta y tres

Michele nunca se mudó. Compartimos el piso intermitentemente durante los seis años siguientes. Era un loco autoritario y explosivo. Un romántico chiflado y retrógrado con ideas de derechas y amigos de izquierdas. Un nostálgico del pasado. Un pasado que colgaba como un tapiz de señores nobles y campesinos dignificados en el que él no representaba a ninguno de los personajes. Se trataba del tipo de sociedad ordenada y estática que habría tenido a un hombre como él encadenado. Las piedras de la ciudad cantaban para él. Estar una noche con él sobre una ruina iluminada por un foco era abrazar una religión. Envuelto en una sábana a primera hora de la mañana parecía Adriano. Pero ese es uno de los alicientes de Roma, que en una mañana de compras ves cinco senadores, dos miguelángeles y el suficiente *quattrocento* para entretener a John Millet toda una década. En cada rincón de la ciudad la naturaleza imita al arte. A pesar de nuestra vecindad con Leone Bernard, perdimos el contacto. Después de unos días en los que había sido objeto de su estudio minucioso, Michele la despachó como «la puta inglesa» y ahí se acabó todo. Él era siempre el que daba las órdenes.

Quizá debiera disculparme con más énfasis antes de admitir que conviví con un fascista. En Inglaterra habría sido impensable. En mis primeros años en Italia me había aventurado por un espectro ideológico más amplio del que habría frecuentado en casa. No estaba en mi país. Los problemas no eran míos y no los sabía identificar. Me sentía igual de cómoda y feliz recorriendo la *autostrada* en la caja de un camión cantando *Bandiera Rossa* con universitarios comunistas que sentada, metafóricamente hablando, en los sillones fascistas de Michele. Lo único que compartían todos aquellos hombres de distintas ideologías era el anticlericalismo. Todos ellos se sacaban del sombrero (fuera del tipo que fuera) al menos una docena de anécdotas soeces relacionadas con la polla del papa y con los sobrinos del papa. Al principio, toda esta violencia cínica me sorprendió, dado que en Inglaterra la religión no significa más que la reunión escolar diaria, con sus cánticos sobre un Dios de apariencia antropomórfica. Es algo intrascendente. Nadie cuenta chistes sobre los disparatados hábitos sexuales del arzobispo de Canterbury ni se le hace mucho caso si se pone a hablar sobre la prostitución masculina que se esconde tras las puertas de los baños en Lambeth Palace. Al fin y al cabo la superstición es más antigua, más universal y seductora que el cristianismo. Michele no podía tirar pan porque traía mala suerte. Lo almacenábamos en sacos mohosos en el vestíbulo y nos referíamos a ello simplemente como «el pan de los patos».

Mi madre no daba crédito a lo que escuchaba cuando años después se lo conté.

—Imagínate, un hombre que tiene miedo de un trozo de pan —dijo. Un hombre como es debido, al norte de Calais, nunca tiene miedo, ¿verdad? La presencia de un gato negro entre ellos no causa nunca un embotellamiento de Fiats.

Michelle no tenía un Fiat. Tenía un MG descapotable. No porque fuese anglófilo (estaba lejos de serlo), sino por su excentricidad y sus ganas de destacar. No era más que una muestra de ostentación trivial que a mí me resultaba de lo más atractiva. De vez en cuando dejaba caer que yo era la cruz que tenía que soportar, tener una novia inglesa. Una bárbara anglosajona, con ansias de Marmite y de budín de bizcocho que comprábamos en el supermercado inglés. Una mujer de una raza solo parcialmente sometida a la conquista romana que se lavaba las manos en el bidé. Se me plantaba delante y me obligaba a ducharme antes de llevarme a la cama. Los ingleses no se bañan, decía. Carbón en la bañera. Bragas en el bidé. Al volante de su coche inglés se comportaba de la forma menos inglesa posible, gritando a cualquiera que se cruzara en su camino «cretino» y «puta», independientemente del sexo. Finalmente acabó vendiéndole el coche arteramente a un joven y crédulo turista inglés, al que se negó a devolverle el dinero cuando aquel trasto se estropeó al día siguiente, como Michele sabía que ocurriría. Aunque tenía aspecto de emperador romano, Michele era de Venecia. Como ocurre con los personajes arquetípicos, era engañoso. Estaba, como ya he dicho, casado. No le gustaba cómo las mujeres se transformaban en madres, decía. Las madres solo se interesan por cosas como el jarabe para la tos y la pasta y la enfermedad y los balbuceos del bebé. Nunca por Dante. No es que Michele leyese a Dante, porque para su gusto sus libros hablaban demasiado de temas religiosos, pero le gustaba mostrar respeto por las vacas sagradas del país. Era imposible convivir con una mujer que solo habla de pasta y de los niños, decía. Michele era bastante despreocupado. Para mí eso era parte de su encanto. Me acordaba de cuando estaba al lado de mi madre en la cocina viéndola pelar patatas mientras yo le soltaba una arenga sobre la poesía de Wilfred Owen. Le recitaba *Move him into the Sun* mientras ella se quejaba entre murmullos de la cantidad de trozos malos que tenían las patatas. Michele estaba a punto de cumplir cuarenta. No era ningún chaval. Pero una parte de mí aún entendía su frustración. Me incomodaba ver los aires santurrones que se daban las mujeres cuando servían la sopa, como si se tuvieran que mostrar felicísimas con sus más básicos sagrados deberes femeninos. Por lealtad con mi sexo, una parte de mí quería espetarle a Michele que si hubiera dedicado más tiempo a las tareas domésticas y a los balbuceos del bebé, a lo mejor su mujer habría podido leer a Dante; que al tener que cuidar de un marido, de una suegra y de dos niños, no lo habría visto prioritario. Pero nunca lo hacía. Michele era muy rígido al conversar. Le daba igual el nivel del debate. Por ejemplo, si yo comentaba tranquilamente sobre un artículo del periódico: «Michele, aquí dicen que el vino tinto está hecho de uvas con piel y el blanco de uvas peladas», él rechazaba la idea sin vacilar. No mostraba nunca dudas razonables. «Vino tinto, uvas negras», hubiera dicho con una resolución devastadora. «Vino blanco, uvas blancas. *Imbecille*».

Trataba a sus hijos de un modo que a veces me ponía mala. Habían desarrollado el reflejo de encogerse cada vez que él les dirigía algún gesto exagerado. Algún domingo que otro los recogíamos en su piso de un barrio residencial elegante. Dos niñitos de corbata, con el pelo peinado hacia delante con agua. Michele los recibía en pantalones cortos desastrados y chancletas japonesas. Intercambiaba breves palabras con su esposa en el escalón de la puerta, medio de lado y rascándose groseramente el culo. No se molestaba lo más mínimo en entretener a los niños, y en

una ocasión les dio un balón de fútbol pero en todo el día fue incapaz de salir a jugar con ellos. Cuando el más pequeño entró en casa con la idea de jugar con él, Michele le pegó en la sien con el dorso de la mano y le hizo caer aparatosamente sobre el mecano que estaba esparcido por el suelo.

—*Basta!* —dijo.

El mecano lo había comprado yo, la sofisticada mujer *inglese* de papá, para que tuvieran algo que hacer. «¿Le habéis dado las gracias a *Caterina* por eso que os ha comprado?», les preguntó. «¿Por qué no jugáis con eso?». Juega niño juega, tu padre juega. El episodio me pareció una indecencia. Les obligaba a hacer sumas en el coche. *Aritmetica* para ejercitar el cerebro. Aquello me sacaba de quicio. Tenía esa fea costumbre, tan italiana, de mostrarse encantador con los niños... de otros. Babeaba como un anciano senil con un bebé en la *piazza* y se ofrecía a ir a pedirle al camarero que le calentara el biberón. Pero no tenía tiempo para los niños de entre dieciocho meses y dieciséis años.

## Treinta y cuatro

Michele estaba convencido de que yo me acostaba con todos los hombres con los que hablaba, independientemente de su edad, nacionalidad o aspecto. Sospechaba sobre todo de los profesores de la escuela de idiomas, y en consecuencia les trataba con una hostilidad silenciosa pero evidente. Una de las cosas que aprendí gracias a él es que no hay por qué aceptar las quejas de tu pareja, y, por tanto, que tampoco hay por qué disculparse con alguien simplemente porque convives con él. Si no lo tuviera claro habría tenido que medir mis armas con la mitad del planeta.

Llegaba al extremo de sospechar de mí también con las mujeres. Una noche vino a sacarme del piso de mi amiga Janice, donde estábamos las dos cosiendo con su máquina. Jan era compañera de trabajo y le tenía mucho cariño. Era una mujer sencilla de mediana edad, de color bastante arratonado, maldecida con una piel marcada por el acné, y no era demasiado feliz.

—¿Por qué hay tantas inglesas lesbianas? —se preguntó Michele en el coche.

Pensé que aquello tenía que ver con algo que había leído en la prensa amarilla, porque, en su inocencia, Michele se mostraba especialmente susceptible con lo que contaba ese tipo de prensa.

—Nómbreme cinco —dije. A veces me consideraba muchísimo más inteligente que él.

—Has estado toda la tarde con Janice. ¿Cómo es lo de irse a la cama con una mujer?

Pensé, simplemente, que había perdido el juicio.

—Tú deberías saberlo —respondí.

—¿Qué pasa, que es demasiado fea para encontrar un hombre y tú te ofreces a cambio? ¿O es que eres tú la que quieres ser un tío, Caterina? —dijo compasivamente—. Estás mal dotada por desgracia.

Fue tan desagradable y tan absurdo que no me lo tomé en serio. Interpreté que lo que quería es que lo elogiara. Que alabase su masculinidad. Gracias, Michele, por tu polla enhiesta que ningún mecano puede simular. Le dije, acordándome de Jake, que Janice y yo usábamos llaves inglesas. Fue un error, porque creo que se lo tomó en serio.

Una vez, solo una, vino a visitarme Jonathan Goldman, cuando iba camino de Grecia. Por desgracia no pudimos vernos. Un Jonathan adulto, que se había sentado resueltamente en el apartamento y había estado allí una hora, capeando la hostilidad de Michele. ¿Y quién era ese Goldman?, preguntó Michele. ¿Ese Goldman que consideró adecuado esperar una hora entera en el apartamento? Yo estaba entusiasmada pensando que Roger había venido a verme. Roger Goldman

estaba en Roma y para verme a mí.

—¿Dónde? —pregunté con fervor visible—. ¿Dónde está? Tengo que verle.

Michele, sintiéndose reivindicado al ver confirmadas sus sospechas, me entregó una nota. Una nota garrapateada por Jonathan bajo su mirada atenta. Daba una dirección y un número de teléfono en Atenas y decía lo siguiente:

*Kath:*

*Vine a dejarte un millón de libras, pero desgraciadamente estabas fuera. Supongo que te preguntas cómo te he encontrado en esta ciudad donde todas las calles parecen llamarse Senso Unico. Crucé el Tiber por el ponte Garibaldi y pregunté en francés por una bella Inglesa. Tu hombre cree que estoy aquí para robaros la plata y me mira como si quisiera arrojarme a los leones.*

*Llámame por teléfono a Atenas en algún momento.*

*Jonathan G.*

—¿Y quién es ese Goldman? —preguntó de nuevo Michele—. ¿Ese judío inglés que te espera una hora entera en mi piso y quiere que se le llame a Atenas...?

—Es el hijo pequeño de mi profesor de filosofía —contesté yo. Michele no disimuló su escepticismo.

—*Credo* —dijo, aviesamente.

Había dejado de molestarme que Michele no creyese una palabra de lo que yo decía. Me daba la libertad de mentir siempre que quisiera.

Sin embargo, jamás tuve la sensación de que Michele me anulara. No intentaba torcer mi alma ni manipularme como había hecho Roger. Hago una analogía, creo que no descabellada, con *La fierecilla domada*. Siempre me ha parecido que en esta obra no es el terrible y encantador Petruccio (aunque sea un aventurero sin escrúpulos) quien pervierte y aplasta a la chica, sino la temible combinación de esa hermana buena buenísima, que la pervierte con artimañas femeninas, y ese padre inflexible y dado a los favoritismos, que le dice que se dedique al hogar y agache la cabeza ante su marido. Esos son los que la maltratan. Al lado de ellos, la vida con Petruccio es como un día fuera del convento sádico. Ambos tienen el mismo buen carácter. ¿Y cómo la doma? La hace besar en la calle. La obliga a hacer el numerito de abrazar a un anciano cualquiera y llamarlo joven virgen. Las chicas domadas no besan en público ni abrazan a desconocidos. Él le da cancha a su talento de comediante, no es alguien que respete más el comportamiento ortodoxo de lo que lo respeta ella. Al final de la obra ella no está domada, es una muchacha con el talento suficiente para conseguir que él gane la apuesta con su padre. Gracias a ella se van de Padua siendo unas cuantas coronas más ricos. No es que quiera quitarle hierro al asunto. La obra trata del maltrato a la esposa. El tono me ofende solo a medias. Michele siempre jugó sus bazas conmigo al estilo Petruccio. Solo me ofendió a medias. Todo lo demás fue muy divertido.

En una ocasión se equivocó de dirección cuando íbamos a un almuerzo y se lo dije. Le dije que los Fulanito no vivían ya allí. Como era previsible, Michele se ofendió en plan «¿quién está conduciendo tú o yo?». Le contesté en inglés para provocarlo, porque gracias a mí ya chapurreaba

algo en esa lengua.

—Michele —dije entre dientes—, estás equivocado. Completamente equivocado.

—En absoluto —respondió él—. Tú eres la que se equivoca, Caterina.

—Te digo que te equivocas, imbécil.

—*Allora*. Me equivoco, ¿eh? —continuó, desafiante.

Paró el coche en medio de la calle sin previo aviso. A nuestro alrededor aullaba un crescendo de bocinas.

—Conque me equivoco —dijo.

—Sí —respondí.

Salió del coche y se dirigió hacia la acera, donde hizo como si fuese a entrar en una pizzería. Yo no podía desviar el coche hacia un lado de la calle, así que me bajé y fui tras él en la acera, donde nos abrazamos muertos de risa.

—*Andiamo* —dijo él. Volvimos a entrar en el coche y salimos a toda velocidad, antes de que los *carabinieri* se nos echaran encima.

—¿Me he equivocado? —dijo él.

Nunca llegamos al almuerzo, porque el sexo lo preferíamos en casa.

## Treinta y cinco

Cuando cumplí treinta años me quedé embarazada. Me había olvidado de tomar la píldora. Estamos todos tan acostumbrados a este tipo de error en la era posfreudiana que lo mejor es que lo confiese cuanto antes para no tener que dar más explicaciones. Lo cierto es que soy una hija única que nunca ha tenido nada a su cargo. Solo puedo mencionar, quizá, un gato. Acepto, incluso, que el hecho de que me acostara con distintos hombres, cuando no lo hacía para fastidiar a Roger Goldman, tenía más que ver con el deseo de ser cuidada y de cuidar que con el mero placer sexual que me proporcionaba. No descubrí el sexo como algo por lo que mereciera la pena quedarse en casa hasta que conocí a Michele. Tardé media década en descubrir lo que Jane Goldman había descubierto en apenas una noche. Que el sexo, por citarla a ella, era «insospechadamente placentero». Una vez, Jonathan Goldman me contó un chiste espantoso sobre un rabino y un sacerdote que van en un compartimento de tren intercambiando confidencias. Los dos confiesan que han quebrantado tabúes de su religión. El rabino ha comido cerdo. El sacerdote ha tenido relaciones sexuales con una mujer. La moraleja es obvia, y la descubrí gracias a Michele: como afirma el rabino, el sexo es mejor que el cerdo. Este descubrimiento fue tan revelador para mí que casi no salíamos de la cama.

Pero divago. Me quedé embarazada. No tenía ninguna esperanza de ocultarlo porque Michele estaba tan pendiente de mi regla como un halcón. Se lo dije en cuanto lo sospeché. Michele tenía la costumbre de tomarse en el desayuno un mejunje asqueroso de ponche de huevo porque creía que era bueno para la salud. Era *zabaglione* crudo. Se atragantó. Cuando se repuso, me lanzó juramentos extraños y pintorescos. Una de sus formas de desahogar sus complejos consistía en arrojar dudas sobre las virtudes no solo de los familiares femeninos de alguien, sino sobre la Santa Madre de Dios y la bisabuela del papa. En resumen, no le había hecho ninguna gracia. Añadió el único insulto en inglés que sabía y me llamó «*beetch*». Me entró la risa nerviosa cuando dijo «*beetch*», porque me hizo pensar en la orilla del mar<sup>[11]</sup>. Pero me contuve para evitar que recurriera a la violencia física. Fue muy bueno conmigo cuando llegué a casa aquella noche, lo que debería haberme parecido sospechoso. Me abrazó dulcemente y me besó en el pelo.

—*Come stai?* —preguntó solícito.

Le dije que le tenía miedo, que así era como estaba. Me hizo el amor de un modo dulce y delicado, y llegó al extremo de recitarme después un antiguo poema toscano y de decirme que era



la más bella y pura de las mujeres. Tenía un regalo para mí, además. Se levantó y trajo una enorme bolsa de la Via Lombarda. Dios santo. Era un abrigo de visón. No pude evitar pensar que había algo insultante en ello. No me atreví a decirle que era inconcebible que hubiera algo más apropiado para hacerle sentir a una menos pura y más como la clásica mantenida, la mujerzuela del señor. Estaba claro que el abrigo era un soborno. Le di las gracias. Michele tenía un plan: nos tomaríamos una semana de vacaciones, dijo, e iríamos a Londres, donde abortaríamos en una buena clínica privada. Esas cosas eran fáciles en Londres, ¿no? Luego yo le enseñaría Londres. Un planazo para mí, ¿verdad? Ver Londres de nuevo. Y enseñárselo a él, como él me había enseñado Venecia. La idea le resultaba muy atractiva. A veces podía ser tan falso como los narcisos de plástico. Londres era bonita, ¿no?, me preguntó. Lo que conocía de Londres era el Buckingham *Palazzo* y los guardias a caballo. Combinaba esto con su creencia de que las mujeres de la familia real británica montaban a caballo todo el tiempo para tener orgasmos. (Los hombres no podían, claro, al no tener barbilla y otros atributos. A diferencia de él, Michele, con su mandíbula imperial y su satisfecha novia inglesa).

Me di una ducha. Cuando salí le dije muy agitada lo que quería. Dije que quería que devolviese el abrigo y que me diese el dinero, y que yo lo utilizaría para pagar los cuidados prenatales. Su reacción fue asombrosa.

—Ven conmigo —dijo.

Cogió el abrigo con una mano y a mí con la otra. Bajamos a la calle y cruzamos la plaza. Cuando llegamos a la altura de la señora de los cigarrillos de contrabando me sujetaba el brazo a la espalda como el gorila de un Club de Trabajadores. Me dio el abrigo.

—Dale el abrigo a la *signora*.

—¿Estás loco?

—Dale el abrigo.

—*Signora*, mi novio quiere que le dé este abrigo —luego añadí en inglés—: Michele, ¿quieres dejar de retorcerme el brazo, abusón de mierda?

—Dile que tu novio quiere que sea concretamente para ella.

—Díselo tú. No voy a insultar a una anciana. Hazlo tú, hijo de puta.

Michele realizó en mi brazo lo que en nuestra infancia solíamos llamar un «Barley», en referencia a esos caramelos en forma de espiral. Se trataba de un retorcimiento sutil y mortífero.

—*Signora*, mi novio quiere que sea concretamente para ella —dije, como un loro.

—*Grazie, signore* —respondió, sin emoción.

No a mí. A Michele. Era el que hacía los regalos. Era imposible que no percibiese la coerción. Luego me condujo a casa, presumiendo ante los vecinos. Maltrato a la mujer para llamar la atención de los espectadores.

Observé cómo recogía algunas de sus cosas. Las metió en la bolsa de viaje de Roger. Lo vi que se detenía a mirar la etiqueta. Aún podía leerse R. J. GOLDMAN. Metió con fuerza unas cuantas prendas en la bolsa y abrió la cremallera del bolsillo lateral para guardar allí los útiles de afeitarse. Luego sacó una carta que debía de haber hibernado allí aquellos diez años o más y me la dio.

—Goldman —dijo, leyendo el sobre—. *Ciao*, Caterina. Ahora ya te puedes ir a Atenas y acostarte con tu judío inglés.

—Michele —dijo cuando se dirigió a la puerta—, yo solo me he acostado una vez con un

hombre que fumara cigarrillos franceses como tú. Pero era homosexual.

A diferencia de lo que esperaba, Michele no montó en cólera. Tal vez le hubiese dicho aquello con la esperanza de provocar una catarsis y que hiciese las paces conmigo. Quizá estaba tan loca como para pensar que merecía la pena pasar los próximos diez años observando cómo Michele le atizaba a mi hijo con el dorso de la mano gritando «*Basta!*». Puede que todo fuera una muestra de fortaleza hacia mí misma. Que nadie más iba a salir de mi vida en una puesta de sol de piedras calizas y hacerlo con impunidad. Se acercó a mí, escrutando con ternura mi rostro con sus maravillosos ojos castaños, y sostuvo mi barbilla por un momento entre el pulgar y el índice.

—*Ciao, amica*—dijo.

La carta de Jonathan había sido escrita para Roger doce años atrás, cuando estaba en Kenia.

*Rogsie:*

*No te agobies por lo de tu violín. Prueba con un peine y papel. ¿No se rebajó Mozart a una armónica de cristal? Esto es para que sientas nostalgia. Madre le ha comprado a Rosie un chelo. No conseguirá rodear con las rodillas ese armatoste y acabará histérica por el suelo. Angie está con las paperas, que te dejan impotente. Ma se ha pasado la mañana retorciéndose las manos por el pánico que tiene a que Jack y yo nos contagiemos. Eso cuando no las utiliza para sacarse las tetas y alimentar a Sylvia, que es una loca de las tetas, si es que alguna vez ha habido alguna. El puto cuarto de baño huele a caca de bebé grumosa y a lejía clorada. El director se negó a presentar mi poema porque es, como ya te conté, sobre la lujuria. Hablando de lujuria, tenemos a la deliciosa Katherine en casa de nuevo, escribiendo sus trabajos con una letra cursiva preciosa y reanimando a Jane. Dios mío, daría lo que fuera por pasar una hora en el regazo de esa chica, ¿tú no? Ya es hora de que estemos con mujeres, Rogsie. ¿Cuántos cupones de Green Shield cuesta irse con una? ¿Y quién te asegura que no son guardias de tráfico disfrazados?*

*Si no volvemos a vernos nunca en esta vida, queridísimo hermano, confío en que nos encontremos en la siguiente.*

*Amor y besos*

*Jont*

Como ya me sentía algo afectada, la carta me hizo llorar un poco por la juventud perdida. Michele no me echó ni me dejó en la estacada. Se llevó sus cosas de la casa cuando yo no estaba allí y depositó un millón de liras en mi cuenta bancaria. No creo que nada de todo aquello le resultase más fácil de lo que fue para mí. Lo vi una o dos veces más, cuando estaba visiblemente embarazada, en compañía de una chica de Libia muy pequeña y delicada que caminaba como una bailarina de *ballet*. Creo que por respeto a él evité cruzarme en su camino.

## Treinta y seis

Me encantaba estar embarazada. Me sentía muy bien. Durante los primeros meses disfruté llevándolo en secreto. Siempre echaba de menos a Michele. No me sentía tan desgraciada como cuando me había dejado Roger. Hasta me divertía a veces la violencia de mi frustración por su ausencia. Me puse a la altura del más comprometedor de los estereotipos chovinistas masculinos: le echaba de menos en la cama. Era la dama que necesitaba que la sirvieran. Y no quería a cualquiera, comprendes, le quería a él. Pero sobreviví. Janice fue absolutamente irremplazable para mí. Se entregó con notorio entusiasmo a la tarea de preparar las cosas para el bebé. Descubrió toda una red de gente con cunitas de las que deshacerse y pañales para darme. Adquirió elefantes rosa chillones y libros en inglés del National Childbirth Trust sobre cómo abordar el parto. Fuimos juntas a un mercadillo de artículos de segunda mano y encontramos un viejo cochecito de niño. Hicimos sábanas para la cuna en verde manzana y azul marino y tejimos gorritos de lana y bonitos bolsos de bebé. Yo hice un forro acolchado de retazos para un moisés que era una maravilla. Cuando mi barriga se hizo ya notoria di mucho que hablar a algunos de mis vecinos, para los que yo había pasado de ser la distinguida señora del *signore* de posibles a la extranjera promiscua con un regalito. No me importaba demasiado. Tras unos cuchicheos sobre mi condición, llegué incluso a contarles sin remilgos a un grupo de amas de casa que lo habíamos hecho en la *autostrada* a noventa kilómetros por hora.

Cerca de donde yo vivía estaba la antigua y bonita iglesia de Santa Cecilia. Muchas veces, cuando pasaba por delante, pensaba brevemente en Roger, que como devoto de la música, siempre le había dado importancia al día de Santa Cecilia. En este día concreto de Santa Cecilia, yo estaba sentada envuelta en un abrigo amplio en la Piazza di Santa Cecilia escuchando la música que salía del interior y tejiendo ropa de bebé. Estaba embarazada de dos meses y sin evidencia externa del hecho, pero un viejo se detuvo delante de mí, vio que estaba tejiendo y dijo, farfullando absurdamente: «¡Tejiendo el día de Santa Cecilia! Tu niño tendrá mala suerte». Aquel viejo estúpido se alejó con paso inseguro, como el hada mala. La gente no te deja en paz en Italia; no hay ninguna intimidad.

En abril, mientras estaba en el cine con Janice, comencé a sangrar abundantemente. Aquello no estaba previsto. Antes de que pudiese darme cuenta estaba en una cama de hospital, donde me conectaron a máquinas que me bombeaban medicamentos. Mientras alguien me introducía un

supositorio por el ano, recordé con nostalgia a Jane Goldman vomitando en una jarra antigua y dando a luz a continuación en su bonita cama metálica, con Jacob sosteniéndole las piernas mientras ella expulsaba al bebé. Mientras intentaba respirar entre contracciones me pregunté por qué tenía un dolor punzante y continuo en la espalda. Mi actitud segura y modosa parecía divertir al médico que me atendía. A mi alrededor, por todas partes, se oían gritos de mujeres romanas representando el melodrama vocal para el que habían sido educadas.

—Ven a ver esto, Claudio —dijo en determinado momento el médico, llamando a un colega que pasaba para que entrara en la habitación y señalando hacia mi cama—. Qué bueno, ¿eh? Es otra raza, ¿no?

Pese a su utilidad, nada de lo que había leído hasta entonces se acercaba al grado y la duración del dolor del parto. Algo no iba del todo bien con mi dilatación. El bebé llegaba demasiado pronto, así que no se le podía extraer sin fórceps. Lo que vino después fueron varias inyecciones y algunos cortes en la pared pélvica. El bebé era una niña y se la llevaron inmediatamente, después de que le diagnosticaran una leve inflamación del pulmón que exigía cuidados intensivos. Estuvimos en el hospital dos semanas, en las que mis puntos internos se infectaron y donde me dijeron que necesitaría cierto trabajo de reparación en el cérvix. Me dieron una costosa máquina de la era espacial que me extraía la leche de los pechos para el bebé. Finalmente me fui a casa en un taxi con mi preciosa niña en el moisés. Fue el día más feliz de mi vida. La niña se había adaptado hasta tal punto a la rutina del hospital que lloraba pidiendo comer cada cuatro horas exactas. Podría haberlo cronometrado. Mis pechos, maravillosamente agrandados, manaban leche cada vez que ella lloraba. Descubrí que el tirón de su boca sin dientes en el pezón es sumamente erótico. Provoca éxtasis. La manita en el pecho y los gruñiditos porcinos son una delicia. Cuando tenía un mes salí con ella en su cochecito del mercadillo, para horror del populacho, que consideraba que el coche carecía de los mínimos adornos, porque la mayoría de los cochecitos de bebé italianos son una selva de festones y encaje. La niña se parecía cómicamente a Michele y no se parecía nada a mí. La llamé Simonetta, por la dama de Botticelli de la que él había estado enamorado. Cuando tenía cinco semanas durmió toda la noche. Estaba tan orgullosa que, cuando me desperté a las seis por las molestias que me causaba la leche, vi que ya había amanecido y fui a decirle cosas bonitas. Estaba muerta.

Janice y el médico fueron muy buenos. Vinieron inmediatamente. El médico se esforzó por recalcar que no era culpa mía. Que pasaba a veces y que no sabían por qué. Se quedó mucho rato y Janice se quedó todo el día. Yo me puse histérica y dije que quería enterrarla debajo de los geranios de la ventana de mi cuarto de baño. Que el cuerpo era mío y no debían llevárselo. Descubrí por propia experiencia los días posteriores que no es sencillo enterrar al hijo bastardo de una extranjera, y que exige permanecer mucho tiempo haciendo colas. La burocracia, que siempre me había parecido barroca, se convirtió en macabra. Todo eso me dejó hecha polvo. No sabía qué hacer. Intenté llamar a Jonathan a Atenas, pero en aquel número nadie sabía de qué hablaba. Por ese hecho inevitable de mantener el contacto con la gente que se halla geográficamente próxima y desatender a la remota, hacía años que había dejado de hablar con Jane Goldman. Recordé entonces a Jacob diciéndome que descolgar «el teléfono y hablar a cobro revertido era una cosa fácil». La cosa no tenía nada de fácil. La telefonista, tras varios intentos, insistió en que el número de teléfono de los Goldman no existía.

Después de la muerte del bebé tuve que volver al hospital para que me arreglaran el cérvix.

Janice debió de contárselo a Michele, porque vino a verme, pálido, un día antes de que me fuese. En esta ocasión he de hablar con gratitud de su tacto, pues vino solo y no me trajo regalos. Me resultó insoportablemente doloroso tenerlo allí.

—*Santo Cielo* —dijo—. Vaya con lo que te ha pasado.

Se sentó al lado de la cama, después de haberme besado en la mejilla, y me cogió la mano. Su presencia desencadenó en mí un torrente de lágrimas que me rodaron fríamente por el cuello y el pelo.

—Era una niña. Era tan bonita, Michele. Nunca he querido algo tanto en toda mi vida. Nunca. Ni siquiera a ti.

Lloré sobre mi cuello.

—Era mi amiga —dije. Michele estaba claramente afectado por el espectáculo de mi dolor y por su responsabilidad en él.

—Vuelve conmigo, Caterina. Tendremos otro niño.

Michele también lloraba, aunque no tan copiosamente. Una enfermera con muy poco tacto me había dicho aquella mañana que lo más probable era que nunca pudiese tener otro niño.

—Yo quería ese —dije—, no otro.

—Quiero ser bueno contigo —dijo él—. Por favor. Vuelve conmigo.

Le quise más por su romanticismo obtuso, porque pulsaba en mí el anhelo por el «hubo una vez en que los corazones eran valerosos y los brazos fuertes»<sup>[12]</sup>.

—Yo nunca te dejé, ¿recuerdas? —dije, e incluso le sonreí un poco—. Siempre fuiste bueno conmigo. Gracias por el dinero. ¿Suena desagradecido si te digo que no tuve suficiente? Janice me dio todo lo que tenía, pero quiero devolvérselo.

Me extendió un cheque inmediatamente para que se lo diera, y dijo que se ocuparía del resto. Me sentí extremadamente incómoda. Tenía dinero, pero no era millonario, y lo de tener el niño había sido una extravagancia mía.

—*Stupida* —dijo. Me alegró infinito—. ¿Es posible que pueda quererte tanto?

—No puedes volver conmigo porque estás con otra.

Michele se encogió de hombros con indiferencia. ¿Qué es una mujer, al fin y al cabo, sino algo desechable si hay otra que te gusta más?

—La he visto —dije, procurando sonreír—. No se te ocurra hacerle nada o la dejarás hecha polvo. ¿Has regalado abrigos de pieles últimamente?

Michele sonrió.

—*Allora*. Vengo a por ti mañana. Aprendemos cometiendo errores.

¿Un error, Michele? ¿Admites un error?

—Mañana me voy a Inglaterra —dije yo, rechazándolo de mala manera—. Viene mi madre a buscarme. Adiós, Michele. Consigue que esa chica tuya se esterilice.

Aunque le di la espalda, Michele no se fue hasta que lo echó la enfermera.

Janice había llamado por teléfono a mi madre el día que ingresé en el hospital. Cogió un avión en cuanto pudo y vino para llevarme a casa. Fue muy discreta conmigo y no me soltó un discurso. Era consciente de que, para ella, me había despeñado predecible e innecesariamente por una ladera llena de homosexuales, judíos y extranjeros casados. Me instalé en su casa, viendo con alivio que los patos se habían mudado a Dorset con ella. Leía números atrasados del *Reader's Digest*, que me dejaban la sensación de que si el cáncer no acababa conmigo lo haría la guerra

biológica. No me resultaba fácil volver al papel de hija dependiente, y ver de nuevo a Michele no había sido precisamente bueno para mi tranquilidad mental. Intenté escribirle varias veces. Creía que debía saber dónde y cómo estaba, pero todas las cartas acababan en un chapoteo manchado de lágrimas. Una vez me di cuenta de que a mi madre le daba vergüenza contestarle a una vecina, que le había preguntado cómo había llamado a la niña. La llamé Simonetta Janice por lo bien que Janice se había portado conmigo.

—Para mí será siempre Janice —fue la respuesta de mi madre.

Como no dormía bien, el médico de cabecera me dio somníferos y también antidepresivos. Después, al cabo de un par de semanas, me envió a la sección de día de un psiquiátrico local, lo que no me resultaba imposible pero tampoco fácil. Quizá fuera un error. Mi madre me llevaba en coche hasta allí por la mañana y volvía a recogerme a última hora. No podía ocultar su preocupación, lo que me hacía sentir humilde y con ganas de pedir disculpas. Comencé a hacer autopsias sobre mi pasado de forma atroz. Seguía acordándome de Roger. Un día, durante un ataque de nostalgia, me puse a llorar sobre el fregadero, diciéndome que si Roger no me hubiera dejado de querer mi vida habría sido diferente y más feliz. Me di cuenta de que los psiquiatras se dedican a reprocharte todo cuando estás hundida. Tienen un enorme poder sobre ti, no solo en virtud de sus conocimientos profesionales, sino porque tu autoestima es tan baja que agradeces cualquier diagnóstico de tu situación. Sin que importe lo desfavorable que sea. Cada dos días me entrevistaba el loquero que me habían asignado, al que parecían haberle extraído cualquier atisbo de humanidad. Mantenía la distancia del modo más desmoralizador, como si pensase que si establecía una relación de mayor familiaridad perdería el control sobre mí; Dios no quisiera que se me fuera a ocurrir llamarle a casa o saludarle en el supermercado. Locos abalanzándose a su paso en sus excursiones de fin de semana con la mujer y los críos. Para mi consternación, me dijo que creía que yo era incapaz de querer. No le tiré el café a la cara, pero me lo tomé a pecho. ¿Acaso no era amor lo que me hacía dormir con el pijama de Michele cuando él se quedaba en Florencia? ¿O no era amor llorar al teléfono a las cuatro de la madrugada cuando me dejó Roger? ¿Y la niña? Quizá tampoco eso era amor.

—Has construido todas tus relaciones como desafíos a tu educación —dijo, como si eso las invalidara obligatoriamente. Lo normal era no desafiar la educación recibida. Era interpretar el maldito repertorio completo que habían escrito para nosotros nuestras tías y abuelas. Cuando no estaba con el loquero estaba con la terapeuta ocupacional, junto con media docena de amas de casa de mediana edad muy tristes y tres adolescentes deprimidas. Había un hombre con nosotras, desapegado y silencioso. Trenzábamos orlas de mimbre junto a bandejas de té bastante insulsas con imágenes de caniches de caja de chokolatinas y tejíamos paños de cocina. Después de comer echábamos los restos de guisantes *marrowfat* y de salsa Miracle Whip en los cubos donde se recogía la comida para los cerdos. Si Michele hubiese visto la comida del hospital habría jurado, por el prepucio del Papa, que los ingleses estaban aún menos civilizados de lo que hasta entonces pensaba.

## Treinta y siete

Pasé mi treinta y un cumpleaños escuchando la radio con el grupo de terapia. Por entonces estaba tejiendo el paño de cocina y empezaba a sentirme algo mejor. Un poco menos desolada. El locutor de la radio me dirigió un comentario excéntrico.

—Y ahora, antes de las noticias, la desesperación de un humanista —dijo.

—¿Habéis oído lo que ha dicho? —exclamé.

—¿Que faltan unos minutos para las noticias? —preguntó la terapeuta.

Era evidente que el locutor lo había dicho solo para mí. Es fácil llegar a sentirse cómodo en la locura. Crees que has tocado fondo y no tienes ya ningún miedo a seguir cayendo. Solo puedes subir. O tal vez solo mantenerte allí asimilando el panorama. *Nunca más caer y levantarse otra vez*. También puedes armar un escándalo. A mí no se me da bien lo de armar escándalos, como ya he dicho. Pero cuando estás loca es algo legítimo. Eso es lo que hacen los que están chiflados, ¿no? Armar escándalos. Esa mañana empecé a buscarle tres pies al gato con el hilo de mis paños de cocina en vez de tejer como una buena chica. Empecé diciéndole a la terapeuta que si me daba un imperdible le haría un paño de cocina con un borde de punto de cable. Al no recibir ninguna respuesta, desenredé todo el asunto de forma ostensible y proclamé que estaba harta y que iba a tejer gorros con aquel hilo y a venderlos en King's Road.

—Está bien —dijo la terapeuta.

—¿No se supone que los enfermos mentales no tienen ningún gusto? —pregunté—. ¿Por qué hacer orlas de mimbre alrededor de estos estúpidos perros? ¿No podría ser por lo menos algo de Gainsborough? —y señalé hacia las bandejas—. ¿Y nosotras somos las locas con pretensiones artísticas? ¿Y no estamos aquí precisamente por las bandejas y los paños de cocina? ¿Por qué si no somos todas mujeres? ¿El fregadero de la cocina y la idea de servicio? Si queréis que mejoremos, montadnos en un autobús y llevadnos al teatro.

Recuerdo que una de las amas de casa deprimidas murmuró que yo era una desvergonzada, pero la terapeuta esbozó una sonrisa generosa.

—Teje lo que quieras —dijo—. La verdad es que no creo que me necesites más.

Esa tarde vi al loquero. Comentó que por mi insólito descaro, yo parecía oscilar teatralmente entre la arrogancia y la humildad. Algo que podría haberme dicho diez años atrás.

—Mi coeficiente intelectual es de noventa y ocho —dije con descaro—. Lo comprobé en

aquel libro de bolsillo de Eysenck cuando tenía dieciséis años.

Eso es verdad. Lo hice. Mi puntuación fue noventa y ocho. El loquero se rio.

—Su coeficiente está más bien en torno al ciento cuarenta —dijo.

Dios mío, pensé. He aquí un hombre de ciencia que piensa que soy inteligente, el muy imbécil. Una semana antes, había leído en un periódico local que mi propio loquero había presentado un artículo para una conferencia en el que se preguntaba si la reina Boadicea había sido un travesti. Un imbécil sin remedio.

—No creo que necesite verla más —dijo. Le estreché la mano.

*Despidenos con tu bendición, Señor  
a los que no nos reuniremos más aquí.*

El marido de mi madre propuso que saliéramos a cenar fuera para celebrar el cumpleaños. Nos dimos un banquetazo inglés a base de jamón y piña de lata en el Berni Inn, con café irlandés de postre. Era sábado por la noche. Recordé que R. J. Goldman se negaba a salir conmigo los sábados por la noche porque era el momento en que las clases bajas tenían tiempo libre para limarse las uñas y lanzarse a la ciudad, que estaba demasiado llena de gente para él. Ya en el café mi madre me contó que había vencido el plazo de una pequeña póliza que mi padre me había abierto.

—La hizo para los treinta y uno porque naturalmente supuso que a los treinta ya tendrías una familia y criar a los niños es un gasto grande.

No queda más remedio que aceptar los ocasionales arranques agresivos de una madre. Una paciente externa sin hijos y soltera no es el modelo de hija con el que se sueña. La póliza era de trescientas libras, pero me sentí como una heredera. No me había importado ir por ahí con el pelo mal arreglado y con jerséis que no eran de mi talla, pero en ese momento sentí ganas de ir de compras y gastármelo todo en ropa.

Esa semana tuve un sueño muy extraño. Jacob Goldman me había escrito una carta de recomendación para un trabajo de niñera en los estados del Golfo. Vi el papel con el membrete de la universidad y la caligrafía germánica, clara como el día. Había escrito lo siguiente:

*Katherine Browne es una joven admirable que ha recibido una pequeña herencia económica y una pequeña herencia mental.*

El muy cerdo, pensé. ¡Hijo de puta! ¿No me había dicho el loquero que mi coeficiente era de unos ciento cuarenta? Desperté con ganas de llamarlo por teléfono. El sueño seguía tan presente que se lo conté a mi madre en el desayuno, con una cierta convicción justiciera.

—Pero no lo dijo él —repuso ella—, lo soñaste tú.

—Me da igual. No es asunto suyo si lo dijo o no. Voy a llamarlo.

—Creo que es una buena idea.

No conseguí comunicarme con el número de los Goldman en Sussex. En el servicio de información me confirmaron que el número no existía. Arremetí contra mi madre.

—Tal vez se hayan mudado —dijo ella.



¡Tal vez se hayan mudado! Será tonta. ¡Los Goldman no se mudan! Me mudo yo. Ellos se quedan en Sussex, inmóviles, para recordarme todas mis inseguridades.

—¿Por qué iban a mudarse? —pregunté. Mi madre se encogió de hombros.

—Yo me mudé —dijo—. A veces la gente lo hace.

Bueno. Ella lo hizo, que era una persona de hábitos fijos, incapaz de lavar los platos si no era de izquierda a derecha. Pero ¿a dónde se habrían ido ellos? Luego recordé la Northern Line y el Everyman Theatre.

—Hampstead —dijo—. Sabes lo que te digo, que se han mudado a Hampstead.

En el servicio de información me dijeron que el número de inscritos que residían en NW3 con el apellido Goldman ocupaba varias páginas.

—Profesor —dije yo—. ¿Podría mirar por profesor?

Había dos profesores Goldman J. en NW3, pero uno era Joel y el otro, Julian.

—Pruebe por doctor —dije.

—Hay centenares de ellos —contestó la señora de la centralita.

Le pedí que me leyera los números de la primera media docena. Los anoté. Fueron todos muy amables y dejaron de arreglar huesos y dientes para contestar al teléfono. Renuncié a seguir, desesperada. Encontré a mi madre en la cocina y me desahogué con ella.

—Aquello está lleno de Goldmans —protesté, indignada—. Todo Hampstead está lleno de puñeteros judíos.

—Bueno —dijo mi madre, aventurándose a pisar terreno cenagoso porque yo había abierto la puerta—, la verdad es que nadie más puede permitirse vivir allí últimamente.

Me dio un ataque de risa histérica y la abracé como hacía años que no lo hacía. Una ola de calidez nos arrolló tras aquel estallido de antisemitismo visceral.

—¿Por qué no lo intentas en la universidad? —sugirió mi madre. Era una excelente idea en la que yo no había caído por culpa de mi nerviosismo. Probé en su departamento.

La secretaria de Jacob no quería darme su número de teléfono. Casi le grité.

—Me dejó instrucciones estrictas de que no se le debe llamar a casa.

—Soy una vieja amiga —le expliqué—. Hace diez años que no lo veo.

Me sugirió que lo intentara a la mañana siguiente, que él estaría allí.

—Lo siento —se disculpó.

—Bueno, póngame con el Dr. Hunt. Era el de la lógica simbólica.

—¿Quién? —preguntó ella.

Seguramente todos se habrían mudado a cátedras en Leicester o disfrutarían de becas de investigación en el extranjero. Se habían ido sin dejar direcciones.

—Por favor, deme el número —insistí—. Le prometo que no le importará que me lo dé.

—El profesor Goldman dejó claro que a naadie —dijo ella, acalorándose—. Ni a la reina de Saba así ofreciese su cuerpo.

¿De verdad? Colgué el teléfono, furiosa. Luego llamé a casa de los abuelos de Roger, en Oxford. Una década después, el número me volvió a mi cabeza. El abuelo de Roger solía descolgar el teléfono, que estaba en su mesa, y ladrarte al oído «Fitz-loquefuese», pero en esta ocasión contestó una mujer. Una mujer con una voz aguda bastante juvenil.

—Sally Goldman, diga —contestó. Dios santo, pensé, hay otra más en la familia. Siete hijos. ¿Qué pensará John Millet?

—Perdone —dije—, no sé si puede ayudarme. ¿Tiene usted algún parentesco con Jane Goldman, que vivía en Sussex?

—Soy su nuera —respondió la voz—. Soy la mujer de Roger. ¿Con quién hablo?

Por un momento creí que no podría continuar.

—Me llamo Katherine Browne —dije, sintiéndome como alguien que regresase de entre los muertos—. Quizá haya oído hablar de mí, soy una amiga de los padres de Roger. Estoy intentando localizarlos.

—Sé perfectamente quién es —dijo ella—. Hasta tenemos una foto suya por alguna parte. A Jane y a Jacob les encantaría verla, estoy segura. ¿Por qué no les llama?

Me dio el número.

—¿Puede darme su teléfono? —me preguntó. Le di el número de teléfono de mi madre. No podría haber sido más amable conmigo.

—Viven en Hampstead —dijo.

Bingo.

No tardé ni un minuto en tener a Jacob al teléfono atronándome los tímpanos con sus oclusiones glóticas.

—¿Katherine? ¿Katherine? ¿Dónde coño estás?

—En Dorset —respondí—. ¿Cómo es que no estás en la guía telefónica, Jake?

—Ya no aparezco. ¿Has tenido problemas para localizarme?

—He tenido un ataque de nervios intentándolo —dije. Lo que no era del todo falso. Jacob se rio.

—Lo siento, amor mío. El caso es que me quedo en casa unos días para poder escribir sin que me interrumpen, pero mi secretaria le da mi número a cualquiera que se lo pide y a ti te pone problemas.

—No me lo ha dado ella —respondí—. No pude sacárselo.

Hubo una sobria pausa.

—La culpa es mía —dijo contrito—. Ayer mismo le dije que la despediría si se lo daba a alguien más. A quien fuera.

—Ni a la reina de Saba así ofreciese su cuerpo —apostillé. Jacob se rio de nuevo.

—Así es. ¿Por qué esas mujeres tan tristes no pueden actuar con un poco de juicio?

Debe de haber algo en mi primera infancia que explique el que me gusten tanto esas guarradas chovinistas de los hombres.

—Tal vez están hartas de jefes pesados —dije.

—¿Cuándo vas a venir a verme? —preguntó—. ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Por qué no hemos sabido nada de ti desde Dios sabe cuándo?

Quedamos en que cogería el tren al día siguiente, estaría en Hampstead a la hora de comer y me quedaría un rato. En el Everyman a la izquierda, luego a la izquierda, de nuevo a la izquierda. Estaba deseando volver al norte de Londres.

## Treinta y ocho

Me di cuenta enseguida de que los Goldman habían prosperado económicamente, por no decir que habían cambiado su estilo de vida. En su nuevo y magnífico dúplex en Hampstead, alto y esbelto, construido en la parte trasera de unas casas como si de un escondite se tratara, hay geranios trepadores en los escalones de piedra de la entrada y un chisme por el que tienes que hablar para que la puerta se abra. El garaje y la lavadora ocupan toda la planta baja. Arriba, desde donde sale Jacob a recibirme, hay un cuarto de estar largo y estrecho con dos grandes sofás alineados cubiertos con cojines de fundas ribeteadas y estampado de flores. Las plantas cuelgan y se arrastran por una cristalera que da a unos jardines traseros de sólidas casas victorianas, donde abundan estructuras de juguete Galt para los niños y bonitos muebles de exterior. Más allá está Hampstead Heath. El suelo pulido en el que está plantado Jacob es pálido y brillante. Alguien ha lavado en seco las alfombras persas que en tiempos Rosie arrastraba por el barro y que ahora cubren el suelo. Pero Jacob, que me recibe con los brazos abiertos, es lo más sorprendente de todo. Sus negras cejas de crin y su pelo de alambre se han vuelto de un elegante blanco plata. Mi primera reacción es pensar que se ha disfrazado para una obra de teatro.

—Dios mío, Jacob, estás estupendo.

Nos abrazamos con emoción.

—Déjame que te eche un vistazo —dice, al cabo de un momento, y me sostiene a la distancia del brazo—. Tú estás igual.

—No lo estoy —respondo.

—De acuerdo, no lo estás. Estás mejor. Tenías los ojos llorosos y la cara llena de espinillas la última vez que te vi. Ahora eres una mujer de mundo.

Me río.

—¿Y tú, Jacob? ¿Cómo estás? ¿Cómo te las arreglas para intimidar a tus alumnos ahora, sin tus feroces cejas?

—Me jubilo en cinco años —dice—. Seré un Anciano Pensionista. Un «AP», Katherine, como dice el cartel de la entrada del cine: «Niños y AP mitad de precio». Nos pasa a todos. Incluso a ti, querida.

—Ojalá sea una AP con un pelo blanco tan estupendo como el tuyo. ¿Y cómo está Jane? ¿Dónde está?

—Jane está en el hospital, recuperándose de una histerectomía. Un pequeño brote. Nada por lo que haya que preocuparse. Está mejor. Hace una semana parecía un cadáver colgando de un gotero de glucosa, pero cada día está un poco mejor. Quédate y ven conmigo a verla, ¿vale? Le encantará volver a verte. Siempre le caíste muy bien, Katherine. No hay mucha gente que consiga el sello de aprobación de mi esposa, como bien sabes. Tienes que hablarme por el oído izquierdo, Kath. Tengo algunos problemas con el otro.

—Es estupendo volver a hablar contigo, Jake —digo, cambiando de oído—. Cualquiera de los dos es como un regalo para mí. ¿Entonces ella está bien?

—Estupendamente. Está estupendamente. Mi pobre madre murió. Hace un mes o así. Nos afectó un poco a los dos. Era mucho trabajo para Jane, ya sabes, así que quizá fuese lo mejor. Había perdido la vista. No te queda mucho cuando ya no puedes ni ver la tele.

—No. Lo siento, Jacob.

—Café —dice él animosamente.

La cocina comparte la primera planta con el cuarto de estar. Una escalera entablillada sube desde el centro de la estancia hasta el piso de arriba.

—Dios mío, Jacob. Vaya cocina de cinco estrellas tenéis. Esta no es la cocina de los Goldman que yo recuerdo.

La cocina de Jacob tiene doble fregadero y un triturador de basura en el que vierte los posos del café. Tiene un lavaplatos debajo de la encimera y una campana extractora encima. Han enmarcado con esmero unas acuarelas de Edward Lear que estaban puestas de cualquier manera en las escaleras y las han colgado en la pared revestida de corcho. Hay un cartel de Brecht muy bonito de la República Democrática Alemana enmarcado en aluminio encima de la mesa del desayuno. Las sillas Windsor han sido blanqueadas y enceradas.

—¿Por qué está todo tan limpio? —pregunto—. Me está entrando nostalgia. Siempre creí que la suciedad era una cosa de principios.

Jacob se ríe un poco y se encoge de hombros.

—La suciedad es en cierto modo un principio, ¿no? —dice—. Uno no quiere ver a su esposa de rodillas limpiando. Uno pone las necesidades de sus hijos por delante de sus posesiones, y no tiene sentido inclinarse sobre la madera y la piedra, como si fuéramos paganos ignorantes. Mis hijos ya son mayores. Aunque si lo prefieres puedo seguir toda la vida pisando palitos de merluza.

Sigue cayéndome tan bien como siempre. Tenerle en un entorno nuevo no cambia nada las cosas. Solo aporta novedad.

—¿Echas de menos tu casa de Sussex? —le pregunto, despachando sin rodeos ese símbolo de seguridad doméstica duramente ganada. Pero que no es otra cosa que madera y piedra.

—No —responde él con firmeza—. Lo hacía por Jane. Y ahora ella lo hace por mí.

Está a cinco minutos andando del Hampstead Everyman, pero el barrio es demasiado bonito y limpio como para imaginarse latas de Coca-Cola en las alcantarillas.

—¿Jane no echa de menos su huerto? —pregunto. Él se encoge de hombros.

—¿Para qué quieres un huerto además de para trabajar? —responde—. Era su forma de huir de los niños. Eso creo. Su manera de hacerles ver que estaba ocupada. Hace un poco de jardinería en la terraza y en los alfeizares de las ventanas, como ves. Es imposible bajar una persiana sin tirar uno de esos chismes, pero eso es Hampstead, ¿no? Jardines repletos de muebles y casas llenas de plantas. Últimamente se pasa casi todo el día tocando el piano, antes de que la artritis se

lo impida. Y aprendiendo alemán. Estuvimos en la República Democrática Alemana el año pasado. Le fastidiaba mucho no poder hablar con la gente. Así que eso es lo que está haciendo. Le va muy bien. No tienes que preocuparte por ella. Te la recomiendo, Katherine. La fase posmenopáusica. Ella la disfruta. Y yo también. Llevamos ya cinco años follando sin que se quede embarazada.

Sonríó al recordar la manía de Jacob de poner al corriente a los invitados de sus hábitos sexuales. No puedo resistir la tentación.

—¿Quieres decir que los viejos como vosotros aún podéis hacerlo? —le pregunto.

—Hacemos lo que podemos —responde—. No debería contarte estas cosas tan deprimentes. Imagino que estás en plena crianza de tus hijos. ¿Cuántos niños tienes? ¿Y dónde están? ¿Por qué no has venido con algún entrañable italianito rechoncho que enseñarle a mi mujer?

—No tengo ninguno —respondo.

—¿Y cómo es eso? —dice. El muy cotilla.

—Porque soy un desastre socioginecológico, Jake —digo, intentando quitar seriedad al asunto—. Tuve una niña que se me murió y estuve con un hombre que lio el petate y se fue. El último de muchos. Tampoco ando muy bien del cérvix. Te lo contaré con detalle si quieres, porque sé lo que te gustan a ti las partes íntimas, pero ya te advierto que es muy probable que me eche a llorar.

Jacob me da mi café en silencio y cruzamos la sala de estar, donde nos acomodamos en los sofás.

—Vaya, vaya. Pobre Katherine. ¿Cuándo fue?

—Hace once semanas —respondo—. Eso cuando murió el bebé. El tipo me dejó cuando me quedé embarazada. Estaba de cinco semanas.

—Dios mío, hija. ¿Once semanas? Eso es ayer, como quien dice. Está bien, llora. Tienes motivos de sobra para hacerlo.

Salí del paso con un rápido soplido liberador, un trago de saliva y un parpadeo, preguntándome por qué el fregadero nunca tenía el detalle de decirme esas palabras. Que tenía motivos de sobra para llorar.

—Habéis forrado la silla de *lady* Gregory —digo—. La silla del Crepúsculo Celta. Me gusta hacer ese tipo de bordado.

—*Ach*, sí —asiente Jacob despreocupadamente—. Jane conoció a una pobrecilla que hace esas cosas.

—Como la pequeña Dorrit —añado. Jacob me sonrío.

—Qué bien se te dieron siempre las referencias literarias. La verdad es que debería haberte puesto en manos de la gente de la pequeña Dorrit cuando viniste a verme hace ya tantos años. Sospecho que nunca te entusiasmó el razonamiento abstracto.

—Es un hábito esnob que he adquirido. Estar siempre citando poemas y cosas así. Unos utilizan el cerebro y otros la memoria.

—No digas eso. Es maravilloso. Tú siempre fuiste maravillosa. ¿Te acuerdas del primer día que viniste a verme? Una manzana para el profesor. Seis peniques para Oxfam. «Por supuesto que hay sexo en *Emma*». Llamé por teléfono a Jane en cuanto te fuiste y le hablé de ti. Era justo lo suyo. «Acéptala», dijo Jane. «Acéptala antes de que algún sitio como Girton lo haga».

—No me hagas ponerme colorada, Jacob —respondo.

—Las mejores piernas que entrevisté ese año. Porque entrevisté a tus piernas, ¿verdad? ¿Te

acuerdas de aquel minivestido rosa tan llamativo? Joder, Katherine, un hijo muerto. Por Dios, ¿qué pasó?

—No sé —le respondo—. Pensé que era la primera noche que dormía de un tirón, sin despertarse. Fui a felicitarla.

Me meto en la boca la esquina de uno de los cojines del sofá de Jacob para silenciar un jadeo ahogado.

—Joder, Jacob. Fue espantoso.

Jacob me pasa un brazo por los hombros y permanece así un buen rato sin decir nada.

—Después van pasando los días y las cosas no son tan horribles —acaba diciendo—. El año pasado estuve paseando por Berlín. Ningún problema. Ni siquiera cuando pasé por mi antigua casa.

Es la primera vez que alude, estando yo presente, a esa tragedia.

—Te sonará increíble —dice—, pero un día aparecerá alguien bueno y sensible y te dará otro niño.

No quiero decirle que es probable que no pueda tener más hijos.

—¿Estás aquí para quedarte o solo de visita?

—No sé.

—Quédate —me pide—. Date una tregua. Busca un buen trabajo en algún sitio. East Finchley, ese es tu sitio. Algún lugar de ese tipo.

—Y que me case con un inglés decente, ¿no? —Jacob se ríe, admitiéndolo.

—¿Por qué no? Un buen marido inglés que sea de fiar.

—Tú eres el único hombre de fiar que conozco y eres extranjero. Cumplí treinta y uno la semana pasada, Jacob. Soy demasiado vieja.

—Felicidades. Sí, ya veo que te están saliendo arrugas, pero son unas arrugas muy bonitas. ¿Qué es la vida sino el tránsito de las espinillas a las arrugas en pos de la sabiduría?

Los libros de Jacob se alinean en las paredes desde el suelo hasta el techo. En esas estanterías reforzadas hechas a medida está todo, como antaño, más los añadidos. Las largas hileras de publicaciones académicas, la *New Left Review*, los cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci, Isaac Deutscher sobre Trotski. Todo el material pesado alemán, la metafísica y muchísima poesía. La imagen que tengo de Jacob es la de un gran lector de poesía, sobre todo tras haberlo visto lanzar diestramente su Heinrich Heine a la cabeza de Rosie desde la otra punta de la habitación una vez que ella le tiró el café en una voltereta mal calculada; tras haberlo visto en una tumbona un domingo leyendo *El Paraíso perdido* y calificarlo de relajante.

—¿Encontró Jane a otra pobre chica que te hiciera las estanterías? —le pregunto.

—Un hombre —dice Jacob—. Novio de Rosie. Uno de los muchos novios de Rosie. Los hombres de Rosie son todos o carpinteros o albañiles o fontaneros o aprendices de soldadores. Rosie tiene tendencia hacia el proletariado a la hora de fijarse en hombres. No sé qué es lo que le pasa. Es demasiado guapa. Demasiadas opciones, creo yo. ¿Es lo que te pasa a ti también?

De los hijos de Jacob, Rosie y Roger fueron siempre los únicos realmente guapos. Me parece divertido estar sentada frente a las hileras de libros revolucionarios de Jacob y escucharle rezongar por las inclinaciones proletarias de su hija.

—¿Y Annie y Sylvia? —pregunto—. ¿Qué pasa con ellas? ¿También les gustan los albañiles?

—Annie es una chica muy sensata, me dará mucha tranquilidad en la vejez. Sylvia aún es una

niña. Annie va a clases de escultura en la escuela de arte de Hornsey. Vive con un grupo de jóvenes encantadores en una casa de suelos de madera un tanto peligrosos. Trabajan mucho. Se hinchan a comer lentejas. Hacen mucho el amor. Es una chica espléndida, mi Annie. Extraordinaria. Más vale que a nadie se le ocurra acosarla en algún callejón oscuro. Siempre lleva encima un montón de cinceles metidos en los bolsillos del babero del mono —se señala la zona del pecho—. Ha ido a clases de defensa personal para mujeres, mi Annie. Sabe pegarle una patada en la cara a un hombre —señala orgullosamente un objeto en el suelo—. Eso es de Annie. —Se trata de una cabeza de barro de tamaño natural que está junto a la ventana. Del hueco del cráneo le nace una pequeña planta—. Esa cabecita de pelos verdes.

—¿Y Sylvia? —pregunto.

—Sylvia tiene trece años y está en un internado.

—¿En un internado? —pregunto con incredulidad. Palos de lacrosse en el vestíbulo. Una visión de Mam'zelle con rizadoros de papel en el pelo—. ¿Has mandado a tu hija a un internado? ¿A qué colegio? ¿Torres de Malory?

—Bedales —dice sin avergonzarse—. Le gusta. Se encuentra cómoda allí. La pública no parecía sentarle bien —capta mi mirada y se ríe—. Al paredón conmigo, ¿eh? —dice—. Muy bien. Pues te voy a dar más razones para ello. Una vez Roger consiguió una beca para uno de esos asquerosos colegios privados. Yo estaba demasiado liado, así que Jane se encargó de todo. Ella tenía esa cosa obsesiva con la música. Quería que aprendiese más. Yo me negué a que el pobre la aceptara. Los dos hicieron piña contra mí. Ninguno de los dos me hablaba. Recibí tantas miradas de odio de esa mafia de ojos claros que llegué a pensar que me querían envenenar el café. Pero no vacilé. Hay principios innegociables a determinada edad. Obligué al niño a ir todos los días en bicicleta al instituto.

No puedo evitar reírme ante esa alegre y desinhibida descripción de un acto tan claro de tiranía patriarcal, quizá porque me gustaba la idea de que le metiera el dedo en el ojo a Roger.

—Me parece fatal, Jacob —digo—. Siempre has sido muy duro con Roger.

—*Ach*. Suerte que tuvo. Mi chiquitín, mi pequeño Roger. Con una sobrepelliz habría tenido a la mitad de sexto curso acechándole el trasero.

En general, Jacob cree conocer bien al Enemigo, y tiene la convicción inquebrantable de que en los colegios privados hay poco más que duchas frías y maricas en el coro.

—Pero aquí me tienes ahora —dice—, gastándome el dinero en llevar a mi niñata mimada a Bedales. Roger hubiera merecido una educación a su altura.

—Bedales es diferente —digo, consolándole. A Jacob le agrada mi condescendencia.

—No seas indulgente conmigo —dice—. Es la cara amable del privilegio.

—Lo que me gustaría saber es cómo lo pagas. Si me permites que te lo pregunte.

—Me pagan muy bien —responde—. Buenos ingresos y ningún gasto. Soy nada menos que propietario, Katherine. Alquilo la casa de Sussex. Una tía de Jane murió y le dejó una casa en Cadogan Square. Una viejecita adorable, militante de muchas causas progresistas, desde el yoga hasta el nudismo. Solo con su casa ya pagamos esta, claro. Y estoy pensando vender la casa de Sussex en un par de años y comprarle un taller a mi Sam. Le gusta arreglar coches.

—¿Arreglar coches? Otra tendencia proletaria.

—Se asoció con un mecánico de Brighton cuando tenía dieciséis años. El tipo le manda a hacer cursos de formación profesional un día a la semana. Es un buen chico. Pero demasiado

cuerdo. Siempre sabe adónde va. Él y Roger son los únicos en esta casa que saben desmontar la placa trasera de la lavadora. Por cierto, Katherine, ¿tienes hambre? ¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio? Y a beber algo de vino.

—Algún sitio tipo Ritz —respondo—, teniendo en cuenta que eres tan rico. He trabajado mucho estos últimos años. He pasado diez años como profesora en una escuela de idiomas. Me vendría bien un poco de distinción.

—Distinción tú siempre has tenido. Te faltaba un poco de dirección, eso sí. Venga, vamos. Hoy comeremos en algún sitio especial. Contágame algo de tu encantadora distinción. No es algo que a mi mujer le sobre, como bien sabes. Esa condenada se ha negado durante treinta y tantos años a agujerearse las orejas para mí. ¿Qué puedes esperar de una mujer así?

Me reí.

—Creo que sería capaz de acostumbrarme a verte a ti usando el triturador de basura, pero nunca a ver a Jane con agujeros en las orejas.

—Cuéntame —me pide mientras caminamos por la calle—, ¿por qué no te casaste con mi hijo? Te fuiste de repente. Como un pájaro. Podría haber sido una buena opción, ¿no crees? ¿Una esposa del norte de Oxford? Una de esas que coge la bici un día lluvioso para llevarle el carnet de lectura a su señor a la biblioteca. Con unos cuantos hijos felices en Phil y James o Pip y Jimmy, o como demonios se llame ese colegio. No te pega mucho, lo sé, pero siempre pensé que era lo que querías. ¿No era así?

—Era él el que no me quería, Jacob —dije firmemente—. No hables por mí. ¿Por qué no le preguntas a Roger?

—Roger nunca me ha contado nada, si te soy sincero.

—Supongo que aún está en Oxford. ¿No volvió nunca a África?

—Aún sigue allí, sí. Un chico brillante, Roger. Oxford le pega mucho. Sacó una nota final muy alta. Beca instantánea. Investiga en el Instituto Matemático.

—Hablé con su mujer por teléfono. Ella fue la que me dio tu número. ¿Cuánto hace que está casado?

—Un par de años. Cuatro, ahora que lo pienso. Una buena chica. Una boda como Dios manda en la capilla de la universidad. Son entrañables esos rituales cristianos. Estos últimos años se ha acercado a la Iglesia.

—¿La Iglesia? —repito, con el alma llorando por el recuerdo de mi audaz iconoclasta. Mi Roger, ese que lanzaba desafiante piedras al mar. Mi Roger, el mismo que denigró con tanta efusividad al Espíritu Santo con seis años.

—Oh, sí —dice Jacob—, y canta en el coro y todo. Ya ves, al final consiguió la sobrepelliz.

La imagen de Roger de rodillas me resulta repugnante. Casi lloro.

Comemos en Hampstead. Montones de ternera y nata y un queso hediondo. Durante el café, Jacob fuma unos puros apestosos en vez de sus cigarrillos apestosos, en un esfuerzo por detener la decadencia de la carne.

—Ahora háblame de Jonathan —digo—. ¿Consiguió por fin Jane meterle en Oxford o aún anda por los Pirineos?

—Sí, por supuesto que lo consiguió. Le sobornó. Con mi dinero —se ríe—. Aún estoy pagándolo en la hipoteca a veinticinco años. Idiomas modernos. Aunque debo decir que sacó otra nota final excelente. Ya es una tradición familiar sacar un sobresaliente en el final de carrera en



Oxford. Lo mismo Oxford los regala.

—Quizá es que son muy inteligentes. Joder, Jake, te daría para empapelar el cuarto de baño con diplomas de excelencia.

—No, no —dice modestamente—. Solo esos dos. El resto de mis hijos no tienen nada que ver. Jonathan tampoco es académico, sencillamente es muy listo. Todo aquel lío solo fue una pérdida de tiempo que retrasó lo de irse a Europa.

—¿Y dónde está? —pregunto—. Una vez recibí una carta suya que decía que estaba en Atenas. Jacob sonríe indulgentemente porque, como siempre, Jonathan no puede hacer nada malo.

—En Kilburn —dice—, viviendo del paro y escribiendo una novela. Sospecho que es incapaz de terminarla. Le tiene demasiado cariño como para dejarla en manos de editores. Sí, pasó algunos años en Atenas. Volvió aquí hace dos con una chica griega y un niño de ojos oscuros encantador. La esposa se fue a su país al cabo de un par de meses, como era previsible, y se llevó al niño con ella. No se adaptaba. Todo fue una locura. Típico de Jonathan. Había dejado embarazada a una chica. A una alumna de la escuela en la que impartía clases. El padre era un fabricante de calzado bien situado. Pasó algún tiempo viviendo con la familia de ella, pero no pudo soportarlo y se la trajo a Londres. Una buena hija de un comerciante burgués con necesidad de un marido formal y fiable.

—Tal y como lo describes parece que te recuerde a mí —digo. Jacob alza la vista incrédulo.

—Es difícil imaginar algo más distinto a ti. Tú, aparte de estar un poco loca, eres una traidora de clase, Katherine, y me gusta poder decírtelo. Como Jane. Como todos nosotros, en realidad. Lo que yo creo es que el pobre y dulce chico era demasiado bueno y se casó por pena. Fue admitido en la Iglesia ortodoxa griega para poder hacerlo. El asunto duró dieciocho meses.

—Son muy de misa tus dos hijos mayores —digo, pensando para mí: así que Jonathan iba follando por ahí, dejando alumnas embarazadas, el muy guarro.

—Lo quiero mucho, como bien recuerdas. Tal vez te podrías encargar tú de él.

—Por Dios, Jacob, ¿por qué no me ofreces también a Sam y cerramos el asunto? ¿Por qué no a Sam? ¿Qué tiene Sam de malo? —digo, poniéndome nerviosa. A Jacob le divierte.

—Sam es demasiado joven para ti, y es demasiado normal. Quédate con Jonathan.

—Déjame que te diga una cosa, Jacob. Ya he tenido ración suficiente de tus hijos. Por decirlo de otra forma: en este momento de mi vida tengo tantas ganas de estar con Jonathan como de que me peguen un tiro en la cabeza. Prefiero al que me has propuesto de East Finchley.

—Jonathan te gustará —dice él—. Te va a sorprender.

Si mi relación con Jacob no estuviera aún condicionada por un mínimo respeto, le habría dado una patada por debajo de la mesa.

—Las griegas educadas no se bajan las bragas con cualquiera, ¿verdad que no? —me dice. Hace mucho tiempo que no escucho a alguien decir «bajarse las bragas».

Mientras vamos hacia el hospital Jacob empieza a buscarme un trabajo. Su editor necesita un corrector de estilo, dice. ¿Quién mejor que yo? Tiene que ver a su editor dentro de diez días.

—Yo no soy correctora de estilo, Jake —le respondo—, soy lacaya en una escuela de idiomas.

—Sabrías hacerlo perfectamente. Eres una mujer culta.

—Las niñas en Bedales, los niños trabajando —le digo—. He vivido en Roma diez años, así que reconozco bien la corrupción cuando la veo.

Jacob enarca las cejas.

—Vete a la mierda —dice. Conduce un bonito Volkswagen Golf nuevo—. Eres lo suficientemente masculina como para aceptar un pequeño soborno sin malicia, ¿no?

## Treinta y nueve

Jonathan está junto a Jane en la habitación del hospital. La está ayudando a reponer sus botellas furtivas de Guinness y a deshacerse de las que ya se ha bebido.

—La Ruina de Mamá —dice, refiriéndose a las botellas vacías de cerveza que lleva sujetas bajo el brazo izquierdo. Me da la mano por encima de la cama—. Katherine. Cuánto tiempo.

—Sí.

Es una reacción absurda y omnipotente pero muy común sorprenderse de que la gente crezca y cambie cuando tú no estás allí para observar el proceso. Por eso me sorprende tanto el aspecto de Jonathan. Su belleza y su porte me seducen. Quizá se deba a que mis gustos han evolucionado. Lleva su indómito pelo cortado a lo caniche con una longitud de cinco centímetros por toda la cabeza. Podría confundirse con una permanente a la moda. Su aspecto se ha puesto al día. Estamos en la época de los ricitos revueltos; crecimos en una de rizos ondulados. Lleva unas gafas de montura metálica cuadrada que interrumpen el poder inquisitorial de su gran nariz y se ha dejado crecer un pequeño y tupido bigote bien cortado. Tiene la misma desenvoltura confiada de siempre, pero la lleva con una mayor elegancia y viste ropa más limpia.

—Mi queridísima Katherine —dice Jane.

Me invita a sentarme a su lado en la cama y se incorpora unos centímetros con cuidado, sujetándose la cicatriz abdominal.

—Debo tener un aspecto horrible, pero ya estoy bien del todo.

Me besa, y yo a ella. Pese a sus vulgares gafas del Servicio Nacional de Salud y el pelo entrecano, está preciosa, apoyada en la cabecera metálica de la cama.

—¡Qué sorpresa tan maravillosa! Oh, Jake, ¿dónde la has encontrado? Estabas perdida. Y además vienes a visitarme con tu dote en el pelo. Me alegras el día.

Me he trenzado cuentas doradas en las puntas del cabello, que llevo largo y crepado. Me siento junto a ella, a la que quiero como si no hubieran pasado los años.

—Echa un vistazo a mis compañeros —dice al cabo de un rato en un murmullo de confidencia—. A esta monería de mi derecha su marido la ha obligado a ligarse las trompas. Él es militar y, claro, se niega a que le hagan una vasectomía. Tiene veintiún años. A aquella de allí se la llevan los dolores por un prolapso vaginal y no puede ponerse un diafragma porque es alérgica a la goma. La señora mayor de allí acaba de regresar de una sesión de tres días de radioterapia con las

piernas en alto, en estribos. Tiene cáncer de útero.

Me veo inmersa en una conversación típica de los Goldman y enseguida me siento como si estuviera en casa junto a Jane.

—Yo me he hecho un poco de cirugía plástica en el cérvix en tu honor —digo con tono sugerente, cerrando la década de nuestra larga separación. Jacob y Jonathan se miran entre ellos con complicidad irónica, buscando apoyo mutuo como alienígenas en un mundo monopolizado por quejas femeninas. Jonathan sonrío.

—Me voy de aquí antes de que sea demasiado tarde —dice—. Necesito un té —besa a Jane en la frente—. Adiós, Ma. Jake, te espero en el bar. Katherine, vente a tomar un té. Hay un antro aquí mismo.

Cruzamos el pasillo lleno de mesitas con ruedas y olor a alcohol metílico. Jonathan, cuya beligerancia adolescente ha evolucionado en un cierto carisma audaz, atrae las miradas de algunas atractivas enfermeras que se cruza en su camino. Me guía hasta el interior de la cafetería con un brazo confortable y fraternal. En la otra mano lleva una bolsa de plástico con las botellas de Guinness.

—Espero que aún lleves a Zebedee en la bici —digo.

—No —contesta Jonathan afectado—. Un hijo de puta me robó ese timbre en mi primer año en Oxford.

Nos servimos té negro en el mostrador y Jonathan añade donuts.

—Ya soy rico —dice—. Acabo de recibir mi primer adelanto del editor. Seiscientas libras.

Le asocio recurrentemente con sumas de seiscientas libras.

—Dios santo —digo, muy impresionada—. ¿Y cómo te sientes?

—Como alguien que está a punto de comprarse una máquina de escribir eléctrica.

Nos sentamos a una mesa de formica donde aún hay restos de comida y un envase de yogur vacío.

—Bebe —dice él alegremente, al verme un poco reacia con el té—. Está comprobado que te salen pelos en el pecho.

Me hace gracia pensar en nuestras diferencias fisiológicas.

—¿Qué esperas tú del té, entonces? —Me pregunta sonriéndome—. ¿Cubitos de hielo? ¿Ramitas de menta?

—Sí.

—¿Dónde has estado? ¿En Italia? ¿Todo el tiempo? ¿Acabas de volver?

—Sí —respondo, mintiendo un poco—. Sí, sí.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta—. ¿Cómo estás?

—Destrozada —digo, en un tono protectoramente dramático y burlón—. Mejor no preguntes. Vengo de contárselo todo a Jake.

—Estás guapísima —dice—, pero bueno, como siempre. Llenaste mi adolescencia de fantasías con todos esos objetos brillantes que colgaban de ti y esa cabeza cubierta de pelo claro y reluciente.

Me hace reír.

—¿Has visto a Roger? —me pregunta.

—No —le respondo bravucona—, hace diez años que no lo veo. Lo único relacionado con Roger que de vez en cuando me encuentro es aquella mariposa bordada que llevaba en el bolsillo

trasero del pantalón y que él me regaló. Aparece una y otra vez en mi costurero.

Jonathan hace una mueca.

—Eterizada, supongo —dice—. Empalada en un alfiler —hace un gesto con la cucharilla, que rechina en la formica—. Te gustará saber que lo que Roggs lleva ahora en el bolsillo de atrás del pantalón son sus bifocales. Hace no mucho se sentó encima de ellas, el muy imbécil. Ahora ha hecho un apaño y las lleva pegadas con celo.

Hace otra vez un gesto para explicar la improvisada reparación.

—Jake dice que va a la iglesia. ¿Se está quedando conmigo?

—En absoluto. Durante la semana Roggs se pasa el día en el Instituto Matemático, buscando formas de medir el infinito, pero el domingo ahí lo tienes, arrodillado en la iglesia y reflexionando sobre lo incognoscible. ¿No es genial lo que hace Oxford con la gente? Cada vez saben más sobre menos cosas. Aunque pese a todo es buen tío.

Quizá el cristianismo de Roger no sea más que una solapada y gigantesca forma de rebelarse contra Jacob, pero no quiero parecer un psicoanalista del Instituto Tavistock. No me gustan los loqueros.

—A lo mejor va por el canto gregoriano —sugiero.

—Hubo una temporada en que iba por el canto gregoriano, Kath, pero ahora va por la droga dura. El Cuerpo y la Sangre. A Rogsie solo le va lo auténtico, te lo aseguro.

Intenta con éxito quitarle hierro al asunto. Nunca antes he escuchado a alguien llamar a la transubstanciación «lo auténtico», aunque esté acostumbrada a las irreverencias.

—Se porta muy bien al respecto —dice—. Me pidió que fuera el padrino de su hija. Fue un numerito un poco arcaico alrededor de la pila bautismal. Por supuesto, sabe que me propongo ser un padrino completamente laico. Yo me centro en comprarle helados y regalos, ni una palabra de Dios. En realidad, nada de esto tiene por qué sorprenderte, Kath, siempre fue un Savonarola.

—Más bien un Pepito Grillo —respondo, algo alterada por la indulgencia con la que Jonathan lo trata.

—Joder, venga —dice contrariado—, no seas tan dura con él.

—Solía llevar aquel sombrero, el sombrero de vuestro abuelo muerto. Aquel misterioso sombrero de Hamlet.

Jonathan no esconde su satisfacción cuando se lo recuerdo.

—El sombrero —dice—, exactamente eso. Un sombrero de Hamlet. «No pongas un ungüento lisonjero en tu alma, pensando que no habla mi locura sino tu culpa».

—Al revés —le corrijo—, si no, no tiene sentido. «No habla tu culpa sino mi locura».

—Cierto, sí —admite—. Es un pobre judío entrañable y solitario. Olvídalo de una vez. Espero que lo hagas. Nunca estuvo a tu altura.

—No podía deshacerse de mí sin descargarse de culpa. Hizo de mí una colección de defectos y debilidades. Todo tenía que ser perfecto y simétrico. Todo, Jonathan. Era increíble. Cómo le había decepcionado leyendo *Good Housekeeping* cuando había tantas cosas que aprender. Cómo era tan palurda como para perder el tiempo tejiendo.

Jonathan sonríe burlón.

—Intenté apostar con él a que tú misma te harías el vestido de graduación, pero a Rogsie no le hizo gracia.

—No quiero oír ni una palabra en su favor. Tu hermano se portó como un cerdo conmigo. Me

hizo sentir como la Sra. Weetabix<sup>[13]</sup>. Me tenía tan hechizada que en parte le daba la razón. Acabó con mi autoestima. Yo no era tan brillante como él. Me dio donde más dolía, y todo porque no me vestía como una kibutznik.

Jonathan se ríe.

—No seas humilde, Kaffrin. Tienes razones para no serlo. Quizá te guste saber que la última vez que vi a Roggs hacía un violín a partir de una plantilla de papel. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas como el Sastre de Gloucester. Es Don Arreglatodo. Le instala en la cocina a su mujer esas lucecitas rojas que se apagan y se encienden. Aquello parece la Guerra de las Galaxias. Ya sabes que se ha casado, ¿no? Con una cristiana muy amable, profesora a tiempo parcial de mates en la universidad a distancia.

Hago una mueca agria para que no se me note la incomodidad que me produce escuchar eso.

—Que no te afecte, Kath. Es un modo de mantener a raya a las esposas de los profesores. No es gran cosa.

Jonathan ha heredado la habilidad de Jacob para airear prejuicios sin ningún tipo de reparo.

—¿Es plana? —pregunto, porque para mi vergüenza, me resulta importante saberlo. Jonathan no puede creer lo que ha escuchado.

—¿Qué?

—Que si tiene el pecho plano.

—No —responde—. ¿Querías que lo fuera?

—Siento decir que habría sido un gran consuelo.

—Por Dios, Kath, es solo una inocente maestrilla de parroquia con unas tetas bonitas. Ya que te preocupa tanto, voy a ser bueno contigo y te diré que lleva un crucifijo en el escote.

—Gracias, Jonathan, eso es de gran ayuda. Un crucifijo en el escote es más palurdo que tejer, ¿no? ¿No te lo parece?

—Confieso que para mí no es nada estimulante. Es como si me dijera: sé que las quieres, pero se las he entregado a Jesús. Una mezcla de lo sagrado y lo profano que no me pone.

—Sí, eso es —respondo.

—No creo que Sally piense lo mismo. Es muy modosita. Una profe de mates. Le falta tu encanto y tu ironía.

Disfrutaba escuchando los desmesurados y extravagantes cumplidos de Jonathan.

—¿Estás casada, Kath? ¿Comprometida?

Busco instintivamente signos de compromiso en el escote, pero no tengo ninguno. Ni escote ni compromiso. Jonathan se da cuenta y procura no sonreír.

—No, ¿por?

—Porque me voy a lanzar. Me gustas. Siempre me has gustado.

—Tonterías —digo yo. Me he mareado con la cháchara de Jonathan. Es como estar ante alguien que siempre gana a los bolos.

—Es la verdad. Desde el momento en que entraste en casa de mis padres con aquellos zapatos tan sexis, me dije, joder, Goldman, has nacido demasiado tarde.

—Pero qué mentiroso y descarado eres, Jonathan —digo, pero disfruto con el juego—. Eso es una tontería.

—No es ninguna tontería —responde—. Roggs era objetivamente mejor, ¿no? Era mayor y te hacía volver la mirada con su cara bonita y su conversación tan culta. Era un reto permanente.

Cuando no eran el puto Morley<sup>[14]</sup> y sus discípulos, eran los elementos químicos o alguna otra mierda. Ni siquiera quisiste ir a pescar conmigo aquel día. Preferiste quedarte a escuchar a Roger tocando a Stravinski.

—Tú me asustabas, Jonathan —confieso, ruborizándome tontamente—. Eras un adolescente muy radical e impulsivo. Admito que me daba perfecta cuenta de que bebías los vientos por mí.

—¿Qué querías que hiciera, entonces? —pregunta—. ¿Que me pusiera medias amarillas y ligas cruzadas como Malvolio para llamar tu atención?

—No habrían quedado bien en aquellas piernas tuyas de jugador de rugby —respondo. Jonathan posa la mirada en un trozo de calcetín gris que sobresale bajo el dobladillo de la pernera del pantalón.

—Venga, Kath. Dime al menos que no te parezco un vulgar deportista.

—Por supuesto que no.

—Era Rogsie el que jugaba al rugby. Yo era el artista atormentado que escribía poemas. Una vez escribí uno sobre ti para un concurso, pero el director lo descartó.

Disfruto flirteando ante los donuts y el té. La última vez que lo hice fue en la Tate Gallery con John Millet.

—¿Cómo está John Millet? —pregunto.

—Muerto —dice Jonathan—. Cáncer de pulmón.

—¡Muerto! —grito de repente, pues mis nervios aún no están del todo bien. Llevo mi Valium en una cajita de lata con mi inicial que Rosie me regaló una de las Navidades que fui a ver a los Goldman. Jonathan está desconcertado, incluso un poco alarmado, por la vehemencia de mi reacción. Acerca su mano a la mesa y la pone protectoramente sobre la mía.

—Nada ni nadie dura siempre, Kath —dice, observando cuidadosamente cómo se me caen las lágrimas. Me refugio en su bondad y vierto ante él toda la pena de la pérdida. Derramo lágrimas y mocos sobre la formica y me limpio toscamente la nariz con el dorso de la mano. Él no hace más que escucharme mientras le hablo de la absoluta necesidad de llevarme a mi criaturita escondida bajo el abrigo y enterrarla en los geranios; la ansiedad de las colas y el papeleo, de las llamadas burocráticas; de los meses compartiendo las noches con el bulto; de la necesidad de abrazar y poseer algo después de la sacudida y el ataque violento a mi cervix.

—Él se fue antes de que la niña naciera —digo.

—¿Era el tipo al que yo conocí? —pregunta—. Fui una vez, ¿te acuerdas? Pero tú no estabas.

—Era ese. No era malo. Era un tipo razonable. Solo que ya estaba harto de esos temas.

Jacob se acerca a nosotros sin que nos demos cuenta.

—¿Tienes ganas de llorar, Katherine? —pregunta de pronto, quizá con una cordialidad un poco excesiva.

—Déjala, Jake —contesta Jonathan.

—La pobre ha estado viviendo con extranjeros católicos. ¿Te lo ha contado?

—Déjala —insiste de nuevo Jonathan—. Cuéntame qué te ha dicho el médico de Jane.

—Que en cuatro días cree que ya le dará el alta. Pero ¿qué es eso que me ha contado Jane de tu libro, Jont? ¿Lo has terminado ya?

—El anticipo no está mal.

—Es estupendo. Y te lo merecías.

—Tampoco es para tanto —dice Jonathan tratando de parecer humilde.

—Bueno —ríe Jacob dándole una palmada en el hombro—, pues si no es para tanto mejor aún. Me alegro por ti, Jont. La mayoría de nosotros solo escupimos tinta. Tú has escrito algo bueno de verdad.

Saca un manojo de llaves y me entrega una.

—Ten una llave de casa, Katherine. Jont, no dejes que desaparezca de nuevo. Cuida de ella. Tengo que terminar algunas cosas urgentes en el departamento. Luego os veo en casa.

—Gracias, Jake —le digo.

Cuando lo veo marcharse me llama la atención su lentitud al caminar y cierta inclinación de su cuerpo.

—Venga —dice Jonathan—, vámonos.

De camino, entro de nuevo a ver a Jane unos minutos mientras Jonathan me espera en la puerta. Nos abrazamos con prisas porque el horario de visitas ya ha terminado. Con un goce mal disimulado me da la última botella de Guinness. Me la meto debajo del jersey bajo la mirada de la enfermera. Guinness en el canalillo.

—Anda, Katherine, quédate con nosotros, ¿vale? —dice Jane—. Insisto.

Cuando vuelvo con Jonathan le doy la botella. Le hace gracia.

—¿Qué clase de mujer eres tú, que te guardas el pis del papa bajo el jersey? —dice.

Vamos hasta la estación de metro sin cruzar palabra. Jonathan me ofrece amablemente un brazo, un brazo cubierto por una prenda Mark & Spencer tan desgastada en los codos que muestra un apreciable agujero.

—¿Te gustan los agujeros en los codos? —le pregunto—. ¿Estaría fuera de lugar que te ofreciera unas coderas bonitas?

No me ha escuchado del todo.

—Me he pasado un montón de horas sentado a la máquina de escribir —dice—. De eso son los agujeros.

Pocos metros antes de llegar a la estación se detiene de pronto.

—¿Bonitas, dijiste? ¿Bonitas o útiles?

Le explico que he dicho bonitas.

—Te he ofrecido unas coderas bonitas. Pero si prefieres te doy unas feas.

—Bésame —dice Jonathan.

Le beso junto al quiosco de cigarrillos de la entrada del metro, sintiendo la conmoción súbita de la boca desconocida.

Ya en el andén nos quedamos mirando los anuncios del otro lado de la vía. Jonathan tiene las manos metidas en los bolsillos y silba tímidamente.

—Jacob dice que te casaste —digo. Jonathan alza la vista momentáneamente hacía la bóveda de barril goteante del techo del túnel.

—Ha decidido predisponerte en mi favor, por lo que veo —dice. Parece divertirse un poco.

—La verdad es que sí. Dijo que me gustarías, y me gustas —Jonathan sonrío.

—Digamos que ambos hemos observado como antropólogos a nuestra familia ampliada. ¿Y qué te ha contado Jake exactamente?

Voy enumerando las cosas con los dedos.

—Que dabas clase en un instituto en Atenas, que dejaste embarazada a una de las alumnas, que te casaste con ella y que te divorciaste después. Ya sabes que a Jacob le encanta llegar al fondo de



las cosas —Jonathan asiente.

—Menudo instituto, Kath. Daba clases de inglés, francés, alemán y voleibol. Y hasta enseñé a algunos a tocar la flauta. Un trabajo duro, sin duda. El director era un borracho viejo y corrupto, sospecho que criminal de guerra alemán.

Jonathan siempre había tenido buen oído para las imitaciones. En esta ocasión se lanza a interpretar el papel de director teutónico con un auténtico fervor hitleriano.

—YO ENZEÑO ZOLO RAINER MARRIA RILKE. VOZOTROZ ENZEÑARRÉIZ EL REZTO.

Le perdono la transgresión por la gracia que me hace.

—Lo asombroso es que pudiera sacar tiempo para dejar a la chica embarazada. Mi hijo es maravilloso, Kath.

—No me cabe duda —respondo. Tenemos en común la nostalgia por nuestros hijos.

—Es. Era —dice resignadamente—. Lo he entregado a la red familiar. Lo están criando los brutos de sus abuelos, y a su alrededor tiene ya un buen número de parientes masculinos atenienses que son los que lo educan, en vez de hacerlo yo. Fui a verlo hace dos meses. Sé a lo que te refieres cuando hablas de esconderlos bajo el abrigo. Mi esposa ha vuelto al instituto. Allí está, riéndose con sus amigas con un helado en la mano. Increíble. Es de la misma edad que Annie, pero más infantil. Tiene familia aquí, en Fulham Road. Va a venir en septiembre a una escuela de idiomas de Knightsbridge. Y Knightsbridge no es lo mío.

—¿Alguna vez estuviste enamorado de ella? —pregunto.

—No —responde—. Me gustaba. Y yo le gustaba a ella. Me habría gustado muchísimo más si hubiese sabido contar. Le enseñé a calcular sus ciclos menstruales y metió la pata. Febrero tiene veintiocho días, no treinta y uno.

Me agunto las ganas de decirle que entonces también enseñó biología.

—Me caen bien todos —prosigue—. Su familia ha sido siempre muy amable conmigo. Dios mío, pero si vieras cuánto dulce comen, Kath. ¿Has probado ese turrón griego? Joder, te deja sin dientes en segundos.

Tengo la certeza de que en esa pasta de almendras y miel ve resumida su desesperante claustrofobia.

—Yo soy una de esas estúpidas que se queda embarazada, Jonathan. Se me olvidó tomarme la píldora.

—Vaya, lo siento.

—¿Te parece un alivio estar de nuevo en casa, frente al plano del metro de Londres? —pregunto, pensando también en mí misma—. ¿A veces no tienes la sensación de que nada de aquello ocurrió?

Jonathan asiente.

—Y más aún cuando en el autobús oigo «Solo dentro» —responde.

—Y cuando en los puestos de fruta ves esos letreros que dicen «Por favor, no me apriete hasta que sea suya».

—Sobre todo esos —dice Jonathan, sonriendo—. Somos víctimas del choque cultural, ¿verdad? Necesitamos nuestra leche caliente y nuestro queso Elgar antes de irnos a la cama.

—¡Uf! —digo. Al otro lado de la vía se ve la bandera británica desplegada sobre el anuncio del queso en cuestión. Alguien se ha arriesgado a morir para garabatear «FN» encima. Jonathan

me coge de la mano.

—¿Y a ti qué te dice la bandera? —pregunta—. La misma bandera que en nuestra juventud inocente asociábamos a Carnaby Street, date cuenta, y que ahora asociamos con el Frente Nacional.

Cuánta agua ha corrido bajo el puente.

—¿Cómo se llama tu hijo? —pregunto.

—Alexis. Tengo pensado acampar con él algún día en las colinas de Sussex.

—¿Aún vas a pescar?

—Cuando puedo. No tanto como antes.

Ya no me preocupa demasiado el sufrimiento de los peces. Mi corazón se ha encallecido. He tenido entre mis brazos a una niña muerta.

## Cuarenta

Jonathan regresó conmigo a casa de Jacob, donde nos sentamos un rato en uno de los sofás.

—Me ha parecido que tu madre está bien. Ha sido un alivio ver que tiene tan buen aspecto.

—Yo creo que está perfectamente. Es una vieja bruja dura de pelar. Jake estaba muerto de miedo la semana pasada. Convencido de que se moría.

—Pobre Jacob. Mi querido Jacob —dije—. Deberíamos hacer algo de comer, ¿no crees?

Estaba claro que Jacob no cocinaba mucho en ausencia de Jane. Tenía una cebolla, un huevo y unas patatas con brotes. En los armarios había unas cuantas latas inservibles y estrambóticas de la charcutería. Entre los dos cortamos las patatas y la cebolla en rodajas y las asamos en el estupendo horno de Jake con un poco de leche y pimienta negra. Jacob apareció con los brazos cargados de ocurrencias de última hora recién compradas en Hampstead. Paté y carne salada y pan de centeno y *Apfel Strudel*.

—Hemos hecho patatas —dijo Jonathan—. Tienes los armarios llenos de lóbulos de orejas de polacos en lata. ¿Cómo es que no tienes nada comestible, Jake?

Jonathan se fue pronto y quedó en que pasaría a buscarme al día siguiente. Jacob me dio unas sábanas de Habitat de un morado pardusco y me condujo al dormitorio de Sylvia, una bonita habitación con posters de Abba y algunos peluches. Colgado en la puerta de su armario había un traje de discoteca color cereza brillante. Jamás volveríamos a ser jóvenes.

—Te voy a dar una de mis pastillas para dormir —me ofreció Jacob antes de irnos a la cama.

—Me he traído las mías, Jacob, gracias —respondí.

La noche siguiente Jonathan y yo fuimos a Kentish Town, que tenía un aspecto muchísimo más elegante de lo que yo recordaba. Cuando lo lamenté, Jonathan se lanzó en busca del último figón de la zona... hasta que lo encontró. Comimos kebabs de pan griego sin levadura y los acompañamos con cerveza. Después compramos unos pasteles que rezumaban sirope de azúcar. Al menos yo. Jonathan dijo que no, gracias, le recordaban demasiado a su suegra. Yo le conté la historia de Roger sobre el Espíritu Santo y las zarzas y la cólera de Dios. Jonathan no se acordaba de aquel episodio.

—Pero te contaré por qué el Espíritu Santo no descendió: yo creo que Rogsie es el Espíritu Santo.

Luego le dije que me apetecía tomar un poco de aquel café turco, de aquel dulce barro turco.

—Barro griego —dijo Jonathan—, por favor. A menos que quieras que el camarero me ponga un ojo morado.

Me sentía muy cómoda con él. Me sentía impulsada a confiar en él.

—No es del todo cierto que acabe de llegar —dije—. He estado cinco semanas con mi madre. En Dorset. He estado en una clínica de día. Estaba hundida, Jonathan. Quizá te he podido parecer muy animada ayer, pero he estado hecha polvo. Lloro con mucha facilidad. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

Mis lágrimas empezaban a rezumar poco a poco.

—En la jerga se llama «descargar» —dije—, todo lo de las lágrimas y los mocos. Se llama descargar. Eso dicen los loqueros.

—Llamémosle llorar —dijo Jonathan—. Utiliza las servilletas de papel. Están para eso.

Ya en la puerta de la casa de Jacob recordé que le debía dinero. Saqué tres libras del bolso y se las di.

—Esto es tuyo —le dije—. Me has pagado la cena.

Jonathan lo rechazó.

—No seas tonta, Kath. Es un kebab, no tiene importancia.

—Oh, claro que sí. Quisiera que las cuentas estén claras. He tenido malas experiencias.

—Págame el próximo corte de pelo.

—Preferiría pagarte la cena. Calculo que tus cortes de pelo cuestan más de tres libras. Te queda muy bien el pelo como lo tienes ahora.

Jonathan se rio y guardó el dinero.

—Bien pensado —dijo.

Jonathan me escoltó de este modo, hasta y desde la casa de Jacob, durante casi dos semanas como si fuera un escolta que protege a una pobre muchacha convaleciente que solo puede comer pucheros y beber agua templada. Queso Elgar y leche caliente. Al principio Jacob y yo íbamos todos los días a ver a Jane. Jonathan venía a última hora y dábamos un paseo por el Heath al que a veces se unía Jake. Me acordaba de otros paseos que habíamos hecho juntos, porque Jacob iba de vez en cuando con Jonathan a dar una vuelta por Sussex, y a veces también conmigo. En cierta manera me gustaba volver a vivir aquella experiencia. Me hacía sentirme serenamente feliz y tranquila. Le echaba una mano a Jane, que aunque había salido del hospital aún no podía levantar peso y necesitaba descansar.

Un día vino Rosie. Una chica encantadora, alta, con el pelo corto y moreno y con poco pecho, que llevaba unos calentadores en las piernas de aspecto étnico para contrarrestar aquel súbito frío impropio de la estación y unas manoplas a juego colgadas al cuello con un cordón de lana. Al verla me pregunté si John Millet no la habría llevado a la peluquería antes de morir. Se lanzó a mis brazos con un grito infantil de alegría. Había venido con ella un joven que no era ni negro ni obrero con el que se mostraba muy cariñosa. Él se quedó detrás tímidamente, sosteniendo las flores que Rosie llevaba para Jane. Luego se fueron, cogidos de la mano.

Jonathan y yo fuimos a dar un paseo por el Heath.

—Qué guapa es tu hermana —dije.

—Lo es —asintió él—. ¿Tú crees que ese chico le gusta? ¿Ese drogata?

—¿Drogata? A mí me ha parecido un chaval normal de clase media. Jacob dice que a ella solo le gustan los aprendices de albañil.

—Joder, si tenía marcas de jeringuillas por todo el brazo. Y venía bien remangado para que se las viéramos. Estás tan ciega como mi madre, Kath. ¿Por qué no te pones gafas?

—Soy demasiado presumida.

—Escucha —dijo de pronto sin disimular la tensión—, ¿te importa que nos larguemos ya de aquí y vayamos a mi casa? Quisiera estar a solas contigo en algún sitio, sin mi familia.

—Claro.

—Ahora vuelvo. Voy a decirle a Jane que no nos espere despierta, ¿vale?

—¿No crees que debería quedarme con ella hasta que venga Jake? —le pregunté.

—Por Dios, Katherine —dijo—. ¿Es que no ves que si no me bajo ya la bragueta y me pongo encima de ti me va a dar algo?

Jonathan conocía un autobús que nos llevaba a Kilburn. Tardó horrores en llegar.

—¿Pero tú cómo estás? —preguntó—. No te haré daño, ¿verdad?

Había despertado en mí un temor oculto: que aquellas partes de mi cuerpo que hacía poco habían sufrido aquella inflamación séptica y esos cortes suturados con grapas hubieran dejado de funcionar.

—No sé. No he probado desde que me quedé embarazada. He sido muy casta. Aunque no siempre lo había sido —le dije, impulsada por una curiosa necesidad de darme golpes de pecho, por cierta resaca de la Escuela Dominical Metodista—. El año que me fui a Italia, después de que tu hermano me dejara hundida, estuve con unos treinta hombres en menos de un año.

Jonathan, como yo debería haber supuesto, no era la conciencia de nadie más que de sí mismo.

—Me recuerdas el chiste de Jake sobre las tartas de la boda judía —dijo sin interés—. La señora Goldberg cinco, la señora Goldman seis, pero ¿quién está contando? ¿Te sabes ese chiste?

Le dije que no.

En Kilburn High Road le pregunté: «¿Sigues haciendo esa voz de contralto que te obligaba a hacer tu madre?».

Se encogió de hombros.

—Supongo que me daría para hacer un numerito en una fiesta —dijo—, si fuese a fiestas, cosa que no hago. En resumen, no. Nadie me lo pide, Kath.

—Pero yo te lo estoy pidiendo.

—¿Quieres que te cante? —preguntó con incredulidad.

—Sí —dije riendo.

—¿Cómo, aquí? ¿En la calle?

—Sí.

—¿Estás loca? ¿Quieres que me ponga a cantar como un travesti en la calle? Esto es Kilburn, señora. ¿Quieres que seis irlandeses borrachos salgan del bar y me maten de una paliza?

Jonathan era tan recio que la idea de muerte parecía remota.

—Pensarán que soy yo —dije.

Jonathan cedió y, tras mirar furtivamente por encima del hombro, cantó una breve estrofa rústica italiana que rogaba a una ninfa descalza que no derramara el rocío de la hierba. Qué distinto al *hey-nonny-no* habitual.

—Solo puedo cantar hasta ahí. Ahora vienen otras voces.

—Preciosa —dije yo, porque lo fue; fue de una gran belleza—. Algo tradicional y relajante para los que pateamos las aceras.

Había comenzado a hartarme de andar siempre sobre hormigón.

—No es tradicional. Es Monteverdi —dijo él. Monteverdi y yo nos dimos la mano a través del vacío y entregamos nuestras armas.

—Te voy a decir algo que no te va a gustar, ¿eh? Eres una persona culta, Jonathan. Siempre lo fuiste.

## Cuarenta y uno

Jonathan se puso encima de mí en la cama, quieto como un verdugo compasivo.

—Grítame para que pare si te hago daño —dijo.

No me lo hizo. Lo que hizo fue que me moviese suavemente como una polilla saliendo del capullo. Jonathan, que es propenso a hablar demasiado, no dijo nada durante el acto, algo que me gustó, ya que prefería el placer ininterrumpido y más primitivo de músculos y glándulas. Después me quitó cuidadosamente los pocos pelos oscuros de su pecho que habían quedado entre el sudor de mis senos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—Tienes unos rebordes un poco raros donde te han cosido. Pero no molestan para nada.

—¿De veras?

—También te sale aún algo de leche de un pecho, del derecho. ¿Lo sabes?

Negué con la cabeza. Se levantó a hacer pis. Le miré irse, reacia a abandonar el calor del edredón. Cuando me levanté vi que el cuarto de baño no era un cuarto de baño, sino una pequeña cocina improvisada. Una estrecha solución de última hora en forma de cuña, como una loncha de queso Brie, con un fregadero esmaltado y una vieja cocina de gas.

—¿Dónde está el baño? —le pregunté.

—En el descansillo. Tendrás que vestirte. Yo he usado una botella de leche vacía, pero es un sistema más fácil para el caballero.

—Menudo caballero —dije mientras me vestía resignada—. Primero las botas de agua de tu madre y luego las botellas de leche. ¿Qué será lo siguiente?

Una serie de teorías sobre la higiene personal.

—Voy a preparar té —dijo Jonathan sin contricción. Se había convertido en un prodigioso bebedor de té.

El baño de la casera de Jonathan era una bonita habitación de época con asientos de madera, bisagras metálicas y un mango de porcelana que decía «TIRE» en elegantes caracteres azules fijado a una cadena tintineante. Llevaba su nombre en la taza. Se llamaba «El Repique». Encima de la bañera había un letrero que decía «No más de dos baños a la semana, por favor». Sentí la tentación de arrancarlo y mandárselo a Michele. Me veía ya capaz de escribirle sin echarme a

llorar. Pronto le mandaría una carta y le contaría que me había acostado con el judío inglés, lo que venía a demostrar que él nunca se equivocaba y que mi vida, aunque un tanto precaria, había empezado a remontar. Para que se riera le transcribiría el letrero de la casera sobre las abluciones y le diría que siempre le querría, algo que en gran medida era cierto.

Jonathan había hecho el té y me estaba esperando en la cama con la taza cuando regresé.

—Quítate la ropa y ven aquí —dijo.

Nos tomamos el té tapados hasta las rodillas. Jonathan tenía un edredón de plumas increíblemente caro, embutido en una elegante funda verdosa con patrón de enrejado.

—Jonathan, ¿cómo fue el parto de tu mujer?

—Dos horas. Nada de cortes en la vagina. Muy buenos médicos. Imagino que tuvo una suerte tremenda. ¿Y tú?

—Muchos cacharros y máquinas. Una hemorragia. Un dolor terrible en la espalda. No te cuento más. Por ahora no. Era demasiado anglosajona y tonta como para ponerme a gritar. Me quedé allí tumbada, disculpándome por mi propio dolor. Durante unos diez días fui un compuesto de Hoffman la Roche más que otra cosa. No creas que eran unas instalaciones baratas. Los médicos lo hicieron mal. Me destrozaron el cérvix. Se me infectaron los puntos. Una chapuza.

—Lo siento —dijo él—. Pues a mí me ha encantado tu entrepierna pese a la chapuza —y me dio varios besos cortos en los labios vaginales.

—Jonathan, ¿lo pasaste mal cuando eras más joven? ¿Te hice sufrir? Quiero decir hace mucho —Jonathan lo pensó.

—Supongo que me convencí de que me daba igual. No lo pasé tan mal. Creo que me agrió algo el carácter, pero nada más. Me convencí de que las mujeres eran todas muy parecidas cuando se abrían de piernas. Me entregué a la promiscuidad más grotesca. El año que volvió Roger me lancé como una fiera a por las chicas del equipo de baloncesto.

—¿Cuando tenías diecisiete años? —le pregunté, porque me resultaba difícil de creer—. ¿Sabes lo que estaba haciendo yo a los diecisiete, Jonathan? Suspirar por Lord Byron en los retratos de los libros de la biblioteca del colegio.

Jonathan me besa en la mejilla sonriendo dulcemente.

—¿Ves como no eras tan depravada como yo? Imagino que no hay nada más depravado que meterles la polla sin parar a chicas con faldas azules detrás del pabellón de deportes. Probablemente lo hice para desatascar el drenaje, bloqueado con gastadas cartas francesas. Mi maravillosa Kathe —dijo eufórico—. Este es un día muy especial para mí. «Es hoy cuando mi vida nace, porque mi amor ha venido hasta mí»<sup>[15]</sup>.

—Viene —le corregí, porque se había equivocado en la cita. Me chocó. Por este tipo de cosas habrá conseguido su matrícula de honor en Oxford, pensé con altanería.

—Viene —dijo sin disculparse—. Así queda mejor incluso. Es más sexi. Mi amor viene —me cubrió toda la boca con un beso—. ¿Por qué vienes tan guapa, mi amor? Mi amor viene... hacia mí, debajo de mí, conmigo, encima de mí. El nacimiento de mi vida viene, porque mi amor está a punto de venirse conmigo por segunda vez en una noche. Kath, dulce, preciosa, destrozada Kath, ¿aguantarán las cicatrices de tu querido coño si te doy la vuelta y entro por detrás?

Asentí temblorosa, porque no podía hablar. Estaba demasiado eufórica.

Desperté a Jonathan a la una de la madrugada y le dije que tenía que irme a casa.

—¿A casa? —preguntó él con un bostezo, pestañeando vagamente.



—Llama a un taxi para que me lleve a casa de Jake —le dije—. Siento despertarte.

Había estado viéndole dormir, de ese curioso modo maternal y protector con el que se observa cómo duerme un hombre que se ha abandonado al sueño después de disfrutar del sexo encima de ti. Jonathan murmuró en la almohada, parpadeando contra la luz.

—Sabes que estás conmigo —dijo—. Ven a dormir.

—Creo que no está bien que no aparezca. Debería amanecer allí.

Jonathan se incorporó de pronto y me miró, sacudiéndose el sueño.

—Hola, amor mío. ¿Me decías algo?

—Vuelvo mañana, no te preocupes. Después de comer con Jake, ¿vale? Jon, por favor, despierta. No voy a salir sola a la calle a estas horas. Como tú dijiste, esto es Kilburn, ¿no? Y yo aún no he hecho el curso de defensa personal como tu hermana.

—Claro —dijo él.

Después del calor de los cuerpos y el edredón de plumas, el frío cortante de la noche se hacía aún más insoportable.

A la hora de comer del día siguiente, después de haber pasado unos minutos intentando atenuar, con crema para sarpullidos, una abrasión comprometida en el labio superior causada por el bigote de Jonathan, me encontré con Jacob, que estaba comiendo con su editor. Me propuso allí en la mesa al editor, refrendando generosamente mis aptitudes. ¿Me encontraba en los pasillos del poder?

—Estupendo —dijo el editor—. Haremos pública la oferta de trabajo, pero el puesto es tuyo.

Después cogí un autobús para ir al piso de Jonathan, donde me lo encontré sentado a la máquina de escribir con el viejo jersey que yo le había hecho años atrás. Una prenda resistente y de calidad.

—Veo que puedes andar esta mañana —dijo—. Se ve que el traqueteo en tus convalecientes entrañas no te ha afectado.

—Ya es por la tarde. Son más de las tres.

Oficiosamente, porque la intensidad es difícil de soportar, le expliqué la diferencia entre mañana y tarde. Percibí en él una tranquila y curiosa pesadumbre.

—Te quiero —dijo, no sin cierto dolor—. ¿Hago bien? Dime, Kath.

—He conseguido un trabajo —respondí evasivamente, con fragilidad y miedo—. El editor de tu padre va a publicar una oferta para un puesto de corrector de estilo, pero me va a dar el trabajo a mí. Asombroso, ¿no?

Jonathan me abrazó.

—Terrible —dijo—. Son curiosos estos editores. Publican esos libros de izquierdas que solo leen los más radicales y luego los imprimen en Hong Kong por la mano de obra barata. Es un mundo feo, Kath. Ven. Abandónate sin tapujos en mis brazos en esta penumbra. Vente a vivir conmigo. No te vayas esta noche, por favor. Te necesito. Necesito atiborrarte de semen. Vamos a tomar un té.

—Me voy a quedar en casa de Jake un par de semanas —dije—, si no te parece mal.

Jonathan hizo té y volvimos a tomárnoslo con el edredón cubriéndonos las piernas hasta las rodillas.

—Este edredón no es un edredón cualquiera —dije—. ¿Cómo es que los escritoruelos que vivís en buhardillas podéis permitiroslos?

—No se lo digas a nadie, pero una amiga lo robó en Heal's y me lo dio. Estuvo trabajando allí en Navidad. Pero yo no se lo pedí, ¿eh?

Los rescoldos de la joven rebelde que aún había en mí se avivaron ante la idea de hacer el amor con un hombre que había aceptado objetos robados.

—Además no soy pobre —dijo Jonathan—. Soy propietario. Estás en la cama con el dueño secreto de un montón de piedras húmedas en Kilkenny. Una casa, Kath, pero está aún a nombre de mi abuela porque yo estoy cobrando el paro. Hasta ahora se ha usado para guardar heno, por eso es tan húmeda. Quiero irme a vivir allí. Ragsie dice que pasará dos semanas allí conmigo en septiembre y que empezaremos con las reformas. Él entiende de hormigón aislante y de reforzar vigas. Además he ahorrado algo para arreglarla, solo un poco. Jane va a venir a poner el huerto en marcha cuando esté habitable. Está cerca de donde pasaba las vacaciones en su infancia. ¿Por qué no te vienes allí conmigo?

Intenté no responder.

—¿Es una herencia de tu abuelo?

—Indirectamente. Murió el año pasado y nos dejó parte del botín a Roger y a mí. Por supuesto no le dejó nada a Jane, el muy cabrón, pero tampoco lo necesita.

—Ella tiene el dinero de la tía —dije yo, alegre—. ¿Y tus pobres hermanas? ¿Las vais a meter en la cabaña del mozo de cuadra?

—Mi casa es la cabaña del mozo e incluso peor —dijo él—. Mis hermanas no tienen problema. Les queda la casa de la otra abuela en Golders Green, que es para ellas. Jake debe estar avergonzado. Roger acaba de trasladarse con toda su familia a la casa que tenían los abuelos en Oxford. ¿Te acuerdas de aquella casa? Es un puto palacio. Por fin hay sitio para el piano de cola. La vida es dura en este país para la clase media trabajadora.

—Y tanto que lo es —dije yo—. Pregunta a mi padrastro. Tu abuelo no era clase media. Lo que tú has recibido son los restos de la baja aristocracia venida a menos. Es dinero robado al campesinado irlandés.

—Nos lo repartiremos a partes iguales y no se hable más —dijo Jonathan—. Vamos a comer.

Aquella noche me gustó ver que Jonathan sabía cocinar. Sin enredarse en un espectáculo agobiante de *gourmet* con morteros de piedra y yemas de huevo, hizo una cena aceptable friendo verduras en una sartén.

—¿Te gustaría volver a ver a Roger? —preguntó—. ¿O es como despertar un viejo fantasma eso de enfrentarte a tu loco amor de adolescencia?

## Cuarenta y dos

Encontrarme de nuevo con Roger no era algo que buscásemos ninguno de los dos. Al fin y al cabo tenía mi número de teléfono. De todas formas, me encontré con él cuando vino a buscar a Jonathan; iban a coger el *ferry* para pasar el fin de semana en Irlanda. Me había ido a vivir con Jonathan un mes antes y las cosas funcionaban bien. A mí me resultaba cómodo y Jonathan estaba contentísimo. Iba todos los días a trabajar para el editor de Jacob y dejaba a Jonathan en casa, que se encargaba de la colada y revolvía la sopa en las pausas de su tecleo mecanográfico. Era muy agradable volver a casa y comprobar cómo se esforzaba por prepararme cada noche un plato escogido del *Libro de cocina para pobres*. Lavaba los platos (gracias a la insistencia de su madre o a pesar de ella) sin el habitual conflicto entre la gratificación inmediata y el castigo aplazado. Mi salario era mayor que su paro, del que me hacía entrega ceremoniosamente.

—Siéntate, cariño —me dijo una noche—. ¿Una taza de té calentito? ¿La pipa y las zapatillas? Luego me trajo el *Guardian* del día.

—¿Cómo estás, cariño? —me preguntó—. Hoy no he dejado de tener fantasías de dominación sexual contigo.

Llevaba puesto un divertido delantalito de cretona del tipo que usan las chicas en su primer año en el instituto para prepararse para las clases de cocina del trimestre siguiente. Su exmujer se lo había dejado olvidado allí.

—Me he pasado el día planchándote la camisa de Viyella —dijo.

—Oh, qué bien —contesté.

—He pensado que te gustaría. —Se sentó a mi lado—. Te gusta que tus hombres te traten como una mierda, ¿verdad? Primero mi hermano te anula y luego el lunático fascista ese te maltrata y casi te mata en la carretera. Pero ninguno de ellos se acerca siquiera a mi brutalidad de macho.

—¿Cuál es tu especialidad, entonces, Jonathan? —dije yo, preguntándome si la matanza de peces que practicaba en su juventud era lo que le había hecho tan bueno.

—Planeo violarte con mi fregona Bisset mientras lees a Jill Tweedie.

—Habiéndome atado primero a la cama con las cintas de tu delantal. —Me besó.

—Mi hermano ha llamado hoy. Te manda todo su amor. Va a venir a recogerme para ir a Irlanda. Tengo que contarte algo gracioso sobre Rogsie, relacionado con lo de la dominación masculina. Cuando por la noche llega tarde a casa después de sus seminarios, su mujer no le pone

nada de cenar. Tiene que ir al chino a comprar algo. Esa casa funciona como un matriarcado a la antigua. Y todo ese glutamato monosódico es dañino para el cerebro. Al fin y al cabo es matemático. El deterioro de la mente es un riesgo laboral.

—¿Eso quiere decir que no te voy a ver en quince días?

Nunca antes había disfrutado tanto de la compañía de nadie. Durante unos minutos hablamos con pesar de los días que estaríamos sin vernos.

—Qué duro, ¿no? —dijo.

Pensaba que, si volvía a ver a Roger alguna vez, sería invulnerable gracias a lo magnífico de mi apariencia. Era algo que me servía de ayuda cuando me sentía insegura. El caso es que apareció en la puerta por la mañana, antes de que nos hubiésemos levantado, y yo le recibí vestida de cualquier manera, con la camiseta gigante de manga corta con la que dormía, pensando, cohibida, que aún no me había quitado el sarro nocturno de los dientes. Nos abrazamos breve y torpemente en la puerta, donde él dejó pasar una corriente de aire frío. Roger seguía exactamente igual. Allí estaba el mismo estudiante atractivo retirándose el pelo lacio de los ojos, sin saber muy bien adónde mirar, jugueteando con unas llaves que llevaba en un llavero grande de plástico con la forma de un huevo frito de tamaño natural.

—Llego demasiado pronto. ¿Se ha despertado ya Jonathan?

—Claro que sí —dijo Jonathan desde el interior del piso, con la voz mañanera una octava por debajo de lo habitual. Se levantó de la cama con los calzoncillos de Marks & Spencer puestos.

—Café —dijo—, eso es lo que necesitamos.

—Llego demasiado pronto —repitió Roger.

Su acento, que nunca había sido tan marcado como el de los demás en Sussex, había perdido todo rastro comarcal. Yo misma tengo ese acento. Tengo tantas ganas de complacer a los que me rodean que asimilo involuntariamente su acento. Mi voz se vuelve afectada cuando hablo con extraños y siempre adopto un tono engolado por teléfono. Jonathan no tiene ese problema. Sabe imitar cualquier acento, pero su habla de instituto de Sussex permanece intacta.

—Tómame un café, Roger —dije—. Me gusta ese huevo frito que llevas.

—Me lo regaló mi mujer por mi cumpleaños. Así no pierdo las llaves. Tengo tendencia a perderlas.

Parecía tan joven que me daba la impresión de que todo lo que me contaba era inventado, no solo que tuviera mujer y que le confiaran unas llaves, sino también que presumiera de despistado.

—¿No te dan ganas de darle un bocado? —pregunté—. ¿Quieres desayunar algo?

Roger esbozó su sonrisa de hoyuelo para encajar la broma pero sin que le hiciera gracia.

—Solo café —dijo. Jonathan se enfundó los vaqueros sobre los calzoncillos y siguió luego con el jersey del día anterior.

—¿Qué más me llevo, Kath? —preguntó.

—¿Ibsen? —sugerí—. ¿Calcetines de lana? ¿La flauta?

—Kath me ha hecho calcetines. Dos, para ser exacto. Uno para cada pie. Calcetines para ir a pescar. Más que calcetines son una obra de arte. Deberían estar colgados en la Whitechapel Gallery. Constituyen una unión inspirada de forma y función.

Eran calcetines Fair Isle con la parte de arriba festoneada. Roger no dijo nada.

—No estarás pensando en ir a pescar, ¿verdad? —dijo—. Porque tengo previsto ponerte a cargar sacos de cemento.

—Tendré que encargarme de la cena, ¿no? —preguntó Jonathan.

Roger podría haber sido un maestro muy convincente si no le hubiesen seducido las becas y la persecución del infinito.

—Compraremos unas latas —dijo con firmeza.

—Si usted lo dice, Maestro —concedió Jonathan—. ¿Y qué pasa con mi mujer? ¿Ha hecho usted sitio en el maletero para mi mujer?

Jonathan me abrazó con firmeza dándome la seguridad de aquel estatus bien definido, percibiendo que quizá podría sentirme un poco perdida. Roger sonrió de nuevo, sospecho que deseando sumarse al arranque de Jonathan, pero manteniendo las distancias.

—Venga Jont, vámonos —dijo.

Cuando se fueron me quedé allí sentada, sola entre las tazas de café, sintiendo aún en la cara el tacto de la mejilla sin afeitado de Jonathan, con la mirada fija en el suelo, taciturna. Roger se había mostrado tan poco efusivo que me había desanimado. No se había molestado siquiera en mostrar un mínimo de cortesía preguntándome qué había sido de mí todos aquellos años, o cómo me sentía tras mi regreso.

Sin Jonathan me sentía en Londres como una eremita. Todas mis amigas habían desaparecido detrás de hombres o trabajos. John Millet había muerto; precisamente él, que podría haber aparecido para llevarme a *Manon Lescaut*. Me vestí y atravesé Kilburn en dirección Finchley Road y seguí por Hampstead Village, hacia la casa de Jacob. En el camino compré una botella de leche para el desayuno y un periódico dominical. El chico del quiosco se puso a flirtear conmigo jovialmente.

—Déjalo, Ron —dijo el quiosquero— que ya tiene dueño, ¿verdad, señorita?

Me halagó que me llamasen señorita. El día fue mejorando agradablemente mientras caminaba. Jacob y Jane estaban tomando café en la azotea cuando llegué. Jacob me pidió por la balastrada que subiera y cogiera una taza. Tenían un termo enorme de café y *croissants* calientes envueltos con un trapo. El último de los pañales de tela de los niños, sospeché.

—¿Y qué has hecho con Jonathan? —preguntó Jane. Se estaba muy bien en aquella aireada azotea.

—Se ha ido a Irlanda —dije. Me sorprendí a mí misma abandonándome a un gimoteo ridículo y vergonzoso. Al final todo quedó en un humedecimiento pasajero de los ojos.

—Dale un pañuelo a la niña, Jane —dijo Jacob. Jane me dio un pañuelito de papel arrugado que se sacó del bolsillo de la bata. Me soné fuerte y me reí.

—Me temo que, de un modo u otro, mis hijos solo te causan problemas —dijo Jane.

—Jonathan no es ningún problema —dije. Jane enarcó una ceja. Siempre había tenido a Jonathan por su *enfant terrible* y nada la convencería de lo contrario.

—Jonathan siempre ha dado problemas —dijo.

—Tonterías —intervino Jacob—. De todos modos no son tus hijos, Jane, son los hombres. Los hombres le causan a Katherine muchos problemas. No es nada nuevo. Ya sabemos lo problemáticos que son. Solo hay un tipo de personas que los superen, las mujeres. Pero tú te acomodaste pronto a una vida marital sencilla y justa conmigo, ¿verdad, cariño?

Jane le lanzó una mirada sombría.

—Si pretendes reescribir la historia —dijo—, le diré algo a Katherine para que conste: la única razón por la que Jacob y yo nos portamos tan bien últimamente es que ambos somos

conscientes de que probablemente vamos a necesitarnos el uno al otro cualquier día de estos para movernos de aquí para allá en una silla de ruedas.

—Ojalá consigáis una de esas tan elegantes de mimbre —dije yo—, como una tumbona rodante.

Me pregunté si, como ellos, yo estaría besuqueándome con mi marido a los sesenta, o si ya no debía esperar nada de eso. Nos comimos unos *croissants* y me quedé allí una hora, mirando un viejo álbum de fotos. Me encantan las fotos de la gente. Las fotos en las que aparece gente, quiero decir. No soporto las fotos artísticas de paisajes y edificios históricos. Me gustan las que salen en las postales o en los libros de historia del arte. Allí estaba Jane con su bañador y su corte de pelo a lo Angela Brazil, haciendo el tonto en la arena con su hermano, el que cinco años después quiso partírle la cara a Jake. Allí estaba Roger a hombros de Jacob en Hampstead Heath, disfrazado con un mono de mecánico. Había una foto de boda en la que se veía a Jane, a la salida del registro civil, cogida del brazo del profesor de Jacob y con un embarazo imposible de ocultar, y otra de Jacob, rodeando con un brazo a cada una de las madres, la suya y la de Jane.

—Vino a nuestra boda —me explicó Jane—. Por una vez pasó del viejo y allí que se plantó.

Había una foto de Jonathan, al que aún no le habían salido los dientes, mirando de reojo delante de un tipi, disfrazado de indio con plumas de cartón, y un recorte de prensa en que aparecía Jonathan vestido de Julio César, luciendo una corona de hojas de roble de papel de aluminio sobre su encrespado pelo y haciendo gestos teatrales a otro niño que representaba a Calpurnia. «No olvidéis en la rapidez de vuestra carrera, Antonio, de tocar a Calpurnia». Joder, Caterina, cállate de una vez, la niña está muerta. Muerta, joder.

## Cuarenta y tres

A su regreso Jonathan irrumpió desprendiéndose ruidosamente de mochila y botas de agua y me cogió un momento en sus brazos antes de dejarse caer pesadamente en una silla.

—Háznos un poco de té, Kath. Hemos estado trabajando como mulos. Rogsie odia que paremos para tomar té. Ya hemos puesto la solería nueva, hemos quitado todo el yeso de las paredes y hemos encontrado a alguien que nos va a hacer las vigas y una puerta de entrada nueva. Roger va a hacernos unas ventanas nuevas en su garaje. Ha tomado todas las medidas en su libretita, ¿verdad, Rogsie? La idea es que esté listo entre la llegada del otoño y los parciales de mates. Siéntate, Rogsie. Deja de moverte así y relájate.

Roger sonrió.

—Está hecho polvo —me dijo con cierta suficiencia, porque, pese a las apariencias, él era más fuerte que Jonathan y mejor acarreado cemento—. Me tengo que ir —añadió—. Tengo que ir a ver a mamá y Sally me está esperando. Ha estado bien, Jont. Me lo he pasado bien. No está mal eso de tener la mente ocupada en una tarea manual de vez en cuando.

—Eso lo dirás tú —dijo Jonathan, y se rio en medio de un bostezo—. Lo que has hecho va más allá de lo que se puede pedir a un hermano. Gracias, Roger. Ha sido prodigioso. Acompáñalo a la puerta, Kath, porque mis piernas no dan para más.

Acompañé a Roger hasta su coche en absoluto silencio. Había un nivel de burbuja en el asiento trasero y una bolsa de herramientas entre la puerta y la sillita del niño. Sacó el huevo frito del bolsillo.

—Adiós. Me ha venido bien veros tan felices a mi hermano y a ti. Durante estos años he tenido de vez en cuando remordimientos contigo.

¿Roger pensaba que estaba dándole permiso a su hermano para estar conmigo? ¿Quién da esta mujer a este hombre? ¿Y a quién le venía bien? A mí y a Jonathan, claro. Pero ¿por qué le venía bien a él?

—No tenías por qué —le dije—. No he parado, la verdad. No me he quedado en casa sin hacer nada precisamente.

Roger asintió.

—No, estoy seguro de que sí. Pero no me porté bien contigo. Todo lo que te dije en su momento... en fin, eran cosas que pensaba que debía decirte.

—Me quedé con tu bolsa de viaje —le dije—. Pero la verdad es que no te la puedo devolver porque alguien me la robó a mí.

Roger sonrió y me acarició brevemente la mejilla con el huevo frito. Creo que aquel fue el gesto más cariñoso que tuvo nunca conmigo. Tras aquel gesto aproveché la oportunidad para atizarle un golpe bajo.

—¿Es verdad que vas a la iglesia, Roger? ¿Se te apareció el Espíritu Santo en la zarza?

Roger se rio, pero no parecía molesto.

—No hay que buscarle una explicación a todo, Katherine —dijo—. Se trata de una paz que va más allá de toda comprensión.

Otro golpe bajo.

—Eres condenadamente listo, Roger —le dije con admiración—, no es raro que seas todo un catedrático. Siempre respondías de ese modo tan elegante. ¿Quieres que te confiese algo que de veras me ha sorprendido? Que yo también soy lista. Estuve una temporada en el manicomio, hace no mucho, y el loquero me midió el coeficiente intelectual.

—Yo nunca lo dudé. Escucha, si alguna vez necesitases ayuda, Katherine, no tienes más que decírmelo, ¿vale? Recuerda que soy tu amigo.

El rey Cophetua y la Mendiga.

—Gracias —le dije—. Adiós, Roger.

—Venid a vernos. A Sally le encantaría conocerte y a mi hija siempre le gusta ver a Jonathan. Tenéis que venir, ¿eh? Venid pronto.

—Sí —respondí.

Jonathan estaba casi dormido cuando volví.

—Jon —dije—, ¿es posible enamorarse de un tipo que reza? Quiero decir, que te folles a un tipo que viene de arrodillarse.

Antes de quedarse dormido, Jonathan, sensatamente, mencionó a John Donne.



## Cuarenta y cuatro

El encuentro con la esposa de Roger fue un acontecimiento para el que me preparé con esmero. Me acicalé frente al espejo, tras vestirme con unos pantalones de terciopelo borgoña ajustados y una cosa suave de punto a juego, una prenda con bandas Fair Isle alrededor del canesú y de las muñecas que permitía intuir el contorno de mis pezones. Gracias a Michele, que no disimulaba en sus chantajes, tenía unas botas altas italianas de millonaria que me llegaban por encima de la rodilla. Me resplandecían los pómulos maquillados y me había recogido el pelo crepado con un estudiado aspecto descuidado bajo una boina marrón. Encima llevaba mi chaqueta de cretona acolchada salpicada de desvaídas rosas coloradas que me había hecho yo misma hacía tiempo con la tela de unas cortinas de mi tía. Luego me miré detenidamente en el espejo, atiborrándome de autoestima.

—Venga, que vamos a perder el tren —dijo Jonathan—. Menudo mito sexual de nivel estás hecha. Dios, he estado con tías buenas, pero nunca con una que llevara esas botas altas de pescador. La mujer de Roger era delegada del colegio, ¿sabes? —añadió sin piedad. Me paré en seco.

—Te estás quedando conmigo. Me quieres meter miedo.

Jonathan se echó a reír.

—Te lo juro. Delegada de ese colegio de chicas becasadas en Cambridge. Vaya, ya te has puesto a sudar.

Me cogió de la mano en el camino hasta el metro.

—Te quiero, Kath —dijo—. Ha merecido la pena. Si hubiera pasado algo hace años ahora no estaríamos juntos.

Negué con la cabeza. Seguro que no. Raras veces prosperan los amores de juventud, ¿verdad? Quizá solo lo hagan después de haber pasado por carros y carretas, como Jane Eyre y su Rochester.

Caminamos desde la estación de tren a lo largo del canal de Oxford, donde vimos pasar varias barcas. Incluso los vagabundos que conversaban bajo los puentes parecían más jóvenes. Llegamos hasta el pulcro norte de Oxford, hasta lo que un día fue la casa de los abuelos. La abuela de Roger se había ido a vivir con una amiga a una casita de Wolvercote. Nos recibió Sally; Roger estaba aún en su Instituto. Tenía el pelo castaño rizado y unos ojos bonitos y risueños que miraban de un

modo muy franco y directo, a diferencia de los de Roger, que se movían nerviosamente y no dejaban de parpadear. Tenía la piel como una flor de albaricoque y el labio superior hinchado por un golpe fortuito que le habían dado el día anterior con un maletín, mientras subía al tren. A pesar de eso, nada parecía afectar su aplomo. Llevaba un jersey de cuello vuelto que me impedía verle el crucifijo. A diferencia de mí, no se había arreglado demasiado, porque no lo necesitaba: parecía mucho más segura de sí misma.

—Hola, Jonathan —dijo cálidamente mientras ofrecía la mejilla para un beso—. Y tú eres Katherine. Me alegro mucho de conocerte al fin —me estrechó la mano—. Adelante.

La casa estaba toda cambiada. Seguía siendo palaciega en su solidez y tamaño, pero estaba sorprendentemente desprovista de adornos. Habían quitado todas las antiguallas barrocas de los abuelos, pero no las habían sustituido por ningún adorno más moderno ni había cojines bordados o apliques a juego de los que me gustaban tanto. Abundaba el tapizado Wilton color piedra y las paredes lucían blancas y sin cuadros. Había un abecedario para niños colgado en la pared del vestíbulo, porque Sally parecía ser una madre responsable y preocupada por sus hijos. Tenía números imantados en la puerta de la nevera y había pintado con rotulador y en minúscula las letras del alfabeto en las paredes del baño de abajo. La cocina era grande y con buenos acabados. Los ciruelos, que se veían a través de la ventana de la cocina, estaban cargados. Tomamos juntos una taza de café. No pareció importarle mucho que llevara la boina ladeada.

—Roger ha invitado a comer a un compañero —dijo—. Su mujer acaba de dar a luz. Puede que se retrasen un poco. Os quería preguntar si podéis ir a recoger a Clare. Está con una amiga en la calle de al lado. Seguro que le hace ilusión. Te tiene en mucha estima, Jonathan.

Era muy educada en su forma de dirigirse a los demás. Cuando dijo: «Os quería preguntar si podéis» en realidad quería decir «Id». Quizá fuera eso lo que le gustaba a Roger. Alguien que le diera órdenes. Que le dijera que dejase de mascar hierba y se pusiera a tocar en sol menor. No lo había pensado hasta ese momento.

Jonathan y yo recorrimos las calles arboladas hasta que nos vimos en la casa de la vecina, en la cocina, donde la hija de Roger observaba a sus amigas dibujar en folios de ordenador. Era una niña de tres años que había sacado la mirada directa de su madre y nada de la aprensión de su padre. Se dirigió a Jonathan como si fuera una militante en un comité.

—Iba a venir mami a recogerme, Jonerfun, no tú —dijo.

—¿Y tú por qué no tienes unos dibujos con tu nombre, como los demás? —le preguntó Jonathan, poniéndola en evidencia.

—Porque a mí solo me gusta jugar a correr por ahí —respondió—. ¿Ella es tu mujer?

—Ella es Katherine. Es mi amiga.

Se inclinó para abrocharle la trenca.

—¿Te vas a casar con ella? —dijo la niña. La anfitriona no pudo evitar una risilla.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó. Jonathan sonrió.

—Porque no veo ninguna razón para que la Iglesia y el Estado se entrometan en mis relaciones —dijo él, buscando que ella no entendiera nada—. Ni para que lo haga una cotilla como tú.

Ella se rio, encantada con el insulto. Nos despedimos y salimos a la calle, donde echó a correr delante de nosotros abriéndose paso entre las hojas caídas.

—¿Te gustaría tener una hija así, Kath? —preguntó—. ¿Una personita así? ¿Quieres que te la

mande en un chorrillo?

—Olvidalo —dije—. Estoy perfectamente así.

Roger entró acompañado y hablando sin parar.

—Perdón por el retraso —dijo—. Os presento a Donald.

Su compañero tenía barba y estaba calvo, y lo reconocí enseguida.

—Lo conozco —dije—. No hace falta que me lo presentes.

Donald O'Brien pareció desconcertado. Disfruté viendo cómo trataba de salir del paso.

—Perdona —dijo, con aquel maravilloso acento que el tiempo no había cambiado—. Refréscame la memoria.

—Hace once años. En South Parks Road. Junto a un muro. Estaba lloviendo.

Don chasqueó los dedos.

—Joder —dijo con una amplia sonrisa—. Tú estabas allí esperando a tu novio.

Comparado con Roger, era un placer estar a su lado, tan tranquilo y simpático. Hice un gesto rápido señalando a Roger y me alegró darme cuenta de que le había gustado en algún momento a todos los hombres que había en aquella habitación.

—¿Roger era el novio? —preguntó Donald con incredulidad. Le hizo mucha gracia la coincidencia—. ¿No lo sabías, Roger? Intenté ligarme a tu novia, pero te diré una cosa: no hubo nada que hacer. Insistió en esperarte bajo la lluvia. No quiso venirse a tomar algo.

Roger disimuló hurgándose una uña. Pasamos al salón, donde Donald se sentó a mi lado en el sofá, efusivo y radiante.

—Entonces tenías más pelo en la cabeza y menos en la cara —le dije—, pero me alegra ver que tu acento no ha cambiado.

—¿De veras? Porque en Melbourne me dicen que hablo como los ingleses.

—Bueno, pues en Melbourne no tienen ni idea —dije yo—, porque hablas como Barry McKenzie. Pero no me creo que quieras tener acento inglés. ¿De verdad vives aquí, en esta colonia penal?

Donald se rio.

—Vaya, te acuerdas de todo, ¿no?

Flirteé con él porque me invitaba a hacerlo. Nos entregamos a nuestra conversación con efusividad recíproca. Diría que lo hice para molestar a Roger, que debió de considerarlo una afrenta, porque me conocía mucho mejor pero le resultaba más difícil relacionarse con los demás.

—Sí —dije majestuosamente—. Me acuerdo de todo. Soy como un arqueólogo en lo que a conversaciones pasadas se refiere. Te las recito punto por punto si quieres.

—Pero se te olvida ir al dentista —intervino Jonathan.

El día anterior me había olvidado de que tenía hora en el dentista. El bendito de Jonathan parecía querer dejar claro que él era el único con derecho a inmiscuirse en mi vida. Que era el único que sabía de qué color era mi cepillo de dientes. Saber de mí le daba prestigio. Disfrutaba al ponerse por encima de Roger en su propia casa.

—¿Qué es un arqueólogo? —preguntó Clare.

—Un hombre que desentierra huesos —respondió Donald.

—¿Un hombre? —dije yo, riendo—. Australiano machista.

—¿Desentierra huesos? —preguntó Clare, incrédula—. ¿Pero es un perro?

Nos hizo reír a todos. Donald la sentó en sus rodillas. Resultaba sorprendente el placer que a

ambos nos provocaba el encuentro, porque al fin y al cabo solo habíamos coincidido una vez, y durante veinte minutos, hacía ya varios años. Supongo que los dos estábamos pasando por un mal momento. Tratar con Roger me afectaba más de lo que pensaba, y Donald echaba de menos Melbourne.

—¿Vives aquí? —le pregunté—. ¿Te has casado con una de esas mujeres horribles de Oxford que acaban de ser madres de las que tanto te quejabas?

—Es de Sídney —respondió—. Y acaba de tener su tercer hijo. Otro niño, por desgracia —no ocultaba cuánto le gustaba Clare, y que quería una hija.

Que me parta un rayo si aquel hombre no sacó raudo de la cartera una foto de su mujer con los niños. En la playa. En una playa australiana. Su mujer está en bikini. 90-60-90. Cabello rubio ondulante. Los niños sonrían bajo sus flequillos rubios.

—¡Puf! —exclamó Jonathan, que también estaba sentado a mi lado. Era rápido apreciando las virtudes de una mujer semidesnuda con inocultables atributos—. ¿Esta mujer ha tenido dos niños?

—Es guapísima, Donald —dije yo—. Esto le viene grande a un matemático calvo de las colonias, ¿eh? Seguro que encima es buena persona. ¿La llevas siempre en la cartera, junto al dinero y las tarjetas de crédito?

Me portaba como una arpía con Donald porque sabía que no le molestaba realmente, y así además le enviaba indirectamente un recado a Roger: si hoy me volviera a reprochar las cosas que me echó en cara años atrás, le cortarían los huevos. Donald se rio.

—Joder, niña.

—¿Joder, niña, qué? —Él se rio de nuevo.

—Joder, niña, no sabía que tuvieses don de lenguas. Me alegro de volver a verte, de veras.

Roger abrió una botella de un buen vino que había traído de la universidad para que lo tomáramos durante el almuerzo. Comimos en la cocina, en una bonita mesa negra con patas cromadas brillantes. Un llamativo tubo de aluminio serpenteaba por la pared de la cocina. Debía de ser un ventilador de la calefacción central o un extractor de humos. Fue entonces cuando me di cuenta de que todo en la casa de Roger era nuevo. Me pregunté qué había sido de su afición a construirse su nido con los desechos de los demás. Supuse que Sally se habría negado. Ella había preparado la comida con antelación. Sacó platos del congelador en recipientes de plástico, lo que dio un agradable aire hogareño a la reunión. Parecía que estábamos en una reunión de *tuppers*, aunque Clare se negaba a comerse el paté. Todo un desafío para Sally, que no era una madre flexible. Le daba mucha importancia a los modales. En la mesa había que sentarse muy derecho y comerse lo que a uno le pusieran delante. Clare desafió a su madre echándome en el plato su trozo de paté y se cerró en banda. Sally me pidió disculpas.

—Es una desvergonzada —dijo. No me gustó que dijera «desvergonzada». Asociaba la «desvergüenza» con las postales de costa y el teatro de variedades.

—¿Por qué no dejas de dar sermones y le haces unas patatas fritas? —intervino Jonathan impertinentemente. Para mi sorpresa, Sally se ruborizó y lo miró con timidez. Estaba desconcertada.

—Es una cría encantadora —dijo Jonathan, y cogió la botella de vino para llenarle el vaso—. Tía, ¿por qué no bebes? —Ella le sonrió remilgadamente. Me costaba ser objetiva con Sally Goldman. La condenada no solo era mandona, pensé con envidia, además usaba tretas femeninas con notoria habilidad.

—Porque estoy embarazada —dijo. Aquel lugar era una obscena e hirviente colmena de fecundidad—. Me acabo de quedar y es cuando más cuidado hay que tener, claro.

Jonathan le sonrió, a la vez que hacía cálculos.

—Así que ha vuelto de ponerme el suelo y te ha dejado embarazada. Eso está bien. Un hermanito o una hermanita para la chiquitina. Llámame cuando estés de ocho meses y nos vamos por ahí a cenar, porque ese marido rancio que tienes no te va a llevar, ¿a que no?

Sally negó con la cabeza, con un lindo mohín. Estaba flirteando con él. Flirteando. Con mi hombre, la fresca. Y yo con mis píldoras anticonceptivas en la cocina de Jonathan. Un paquete envuelto en papel de plata en un tarro de mermelada. Píldoras que probablemente no necesitara. Pero ¿cómo saber si creer o no a una siniestra y morbosa enfermera italiana? Como había dicho una vez Jonathan, no hay más que ver los funerales del IRA, para darse cuenta de cuánto les gustan la muerte y las malas noticias a los católicos.

—¿Me vas a dejar que te ponga la mano en la barriga cuando tengas contracciones? —dijo Jonathan—. Me encantan las mujeres embarazadas.

Estuve a punto de clavarle el cuchillo del pan en la pierna. Sally disfrazó el placer que le proporcionaban sus atenciones con un ligero reproche.

—¿Y si tanto te gustan, por qué no te casas con Katherine y tenéis hijos? Francamente, a mí estar embarazada me hace sentirme como una vaca.

—No sería un matrimonio a los ojos de Dios —dijo, para embaucarla. Sally lo miró escéptica.

—Bastante te importan a ti los ojos de Dios —dijo.

Por la tarde, cuando Donald ya se había ido, Jonathan y yo llevamos a Clare al museo de ciencias, donde su sobrina puso a prueba las dotes retóricas de Jonathan sobre el más allá. A ella no le gustaban los huesos de dinosaurio, dijo.

—Están muertos —sentenció Jonathan.

—Pero pueden resucitar. Jesús resucitó, ¿no?

—A mí que me registren. No lo conozco de nada.

En la planta de arriba, mientras Jonathan lidiaba con la resurrección, yo hice un viaje sentimental a las piedras calizas y eché un vistazo al estarcido de las vigas de hierro.

—Has flirteado con la mujer de Roger —lo acusé cuando volvíamos en tren.

—Defensa personal. Tú estabas flirteando con ese australiano.

—¿Qué te pareció mi australiano?

—Estaba muy bien —dijo Jonathan sin entusiasmo—. No puedes disimular que te encanta.

—Qué exagerado eres. Lo aguantaría un fin de semana, pero sería incapaz de estar con él.

—Vaya, qué bien. Él también estaba encantado contigo, tan entusiasmado como tú. Si no llego a estar yo allí, seguro que te hubiera sugerido que os fuerais a la cama.

—Con una mujer como la que tiene no le hago ninguna falta.

—Miss El Quinto Pino 1975 lleva fuera del mercado una semana, acuérdate. Está recién parida.

Una de las virtudes de nuestra relación era nuestra capacidad de chismorrear sin parar y sin contención alguna con la crudeza que no mostrábamos delante de otros. Creo que él lo había sacado de su madre, porque Jacob era demasiado bueno; jamás lo vi comportarse así.

—No se para de procrear en Oxford —dije—. Parece una fábrica, joder.

—Hay mucho tiempo libre —dijo Jonathan—. Mucho ir a casa de otros a comer —pero el chiste no era bueno—. Tira las pastillas al váter, Kath —añadió—. Venga. Como hiciste con el Valium. Joder, que alguno de mis espermatozoides motivados lo conseguirá.

Me volví hacia la ventana y estiré los hombros, pensando que Jonathan era el hijo *hippy* de Jacob, ¿o no? No se puede ir por ahí teniendo hijos en comunas sin dar un palo al agua; y además ningún bebé sería como mi niña; ningún bebé volvería nunca a morderse los puños moteados de púrpura con tanta destreza y encanto. Miré las llanuras verdes y húmedas de los campos de Oxfordshire pensando en los gorritos para bebés. Los niños ingleses no llevan esos gorritos de algodón que les ponen a los niños en Italia para protegerlos del sol; como el que había comprado Janice en una tienda de una cadena de ropa un día cuando volvía a casa del trabajo, mi querida Janice. Vi de pronto que en los campos habían aparecido marcas de agua como las ondulaciones del tafetán irisado, porque las lágrimas me habían empañado los ojos.

—Mi niña tenía gorritos de lana —dije—. Era aún muy pequeña y nunca llegó a usarlos. En realidad, ni siquiera podía alzar la cabeza aún.

Hundí los puños en las cuencas oculares para contener el copioso flujo.

—Te he hecho llorar —dijo Jonathan con pesadumbre—. Joder, cariño, te he hecho llorar.

Fue a cogerme la mano, pero yo le rechacé con súbita crueldad.

—Si tantas ganas tienes de tener un hijo —dije—, ¿por qué no te vas por ahí y te follas a alguna maestra con sus partes intactas como hace tu hermano? A lo mejor Sally tiene una hermana que se preste.

El arrebato de cólera nos hizo caer en un silencio que duró hasta el control de billetes.

—Los billetes los tienes tú —dijo Jonathan—. ¿Se los vas a dar sí o no?

El revisor estaba esperando. Los llevaba en el bolso.

—Perdón —dije.

Los saqué y cruzamos el control.

—Oye, Jon —dije con tono avergonzado—. Perdóname. He sido muy antipática contigo.

—Te estaba fastidiando —dijo Jonathan lacónicamente.

—Pero Jon, si te fueras por ahí con otra yo me quedaría hecha polvo.

—¿Quién va a irse? Desde luego, yo no, tonta. Me quedo contigo, como una lapa. Escucha, cariño —dijo con vehemencia—: si yo hubiese sabido que su mujer estaba embarazada, no habríamos ido.

—Lo sé. No tienes que convencerme de que eres bueno, Jonathan. Eso se ve.

—Si quieres saber por qué parecía tan contento con su embarazo... —dijo él, pero le posé una mano en el hombro para pararle.

—Porque eres bueno —dije—. ¿Por qué no ibas a alegrarte? No es nada malo.

—Porque estaba contento de que fuera Sally la que tuviera los hijos de Roger y no tú. Por si quieres saberlo. Siento decírtelo, Kath. Sé que es lo que tú habrías querido. A veces pienso que es lo que aún deseas. Pero de alguna forma tengo que lidiar con eso, ¿no?

Me hizo llorar desconsoladamente sobre su pecho.

—Ya te he hecho llorar otra vez. ¿Qué es lo que me pasa?

—Si quieres tiro las píldoras. Hoy mismo.

—Si tú quieres —dijo Jonathan—. Solo si tú quieres.

—De acuerdo, si yo quiero. Pero por supuesto que quiero, Jonathan, ¿qué clase de persona

sería si no quisiera tener un hijo contigo? Pero, por favor, dejemos de hablar del tema.

—Pues claro —dijo Jonathan—. Nos limitaremos a follar como conejos sin decir una palabra sobre el tema. ¿Vale?

Me reí.

—Pero te diré una cosa —dijo él—, y luego me callaré. Si te quedas embarazada, lo tenemos los dos, ¿entendido? Paso de escuchar a otra mujer soltando otra vez esa mierda matriarcal, Kath. Tú no, nadie. Estaremos juntos.

—Creo que es algo que me podría plantear. Me parece una propuesta muy digna de consideración.

—Señora, es usted una fiesta continua.

## Cuarenta y cinco

El especialista ya me había visto dos veces en el hospital, pero me pidió que llevase a Jonathan a su consulta privada de Seymour Place. Le gustaba tener al señor y a la señora juntos. Habló insulsa e interminablemente en un tono tranquilizador mirándonos por encima de sus caras gafas. Dijo que por su parte no veía ninguna razón clara y tangible por la que la Sra. Browne no pudiera tener hijos. Se dirigió a Jonathan, quien, desde su punto de vista, parecía tener potestad sobre mis partes íntimas de segunda. Dejé de escucharle a ratos y empecé a divertirme imaginando la situación a la inversa. Si Jonathan le hubiese consultado a él, digamos, por testículos retráctiles, ¿se habría dirigido a mí evitándolo a él? ¿O los hombres siempre tratan entre ellos los problemas de impotencia? El cérvix de la Sra. Browne mostraba marcas de una intervención quirúrgica importante, dijo. Y había un sector significativo de tejido cicatrizal en lo que llamó «el pasaje frontal», pero él había conocido mujeres en condiciones similares que habían conseguido tener hijos con éxito mediante cesárea. Esperaba que la Sra. Browne le permitiese sugerir que podría no ser descabellado considerar la posibilidad de que en este caso existieran factores emocionales que estuvieran inhibiendo la concepción. Es decir, la experiencia previa de parto tan desastrosa de la Sra. Browne y el trauma de la muerte, no una sino dos veces (aquí unió las manos como un cura e hizo una breve pausa para posar la vista en sus notas), pues no había que menospreciar la cuestión de la muerte prematura del padre, que ocurrió cuando la Sra. Browne tenía, ejem, veamos, ¿nueve años? La perorata era interminable. No era más que un cúmulo de cláusulas y supuestos. Vestía sus proposiciones interminable y diestramente con metros de lana. Yo había heredado de mi madre la costumbre de tratar a los médicos con una deferencia casi obsequiosa. Fundas de almohada limpias para una visita domiciliaria y las mejores bragas para la cirugía. Siempre me disculpaba si llamaba al médico de cabecera por una fiebre, presuponiendo que lo que al médico le gustaba y lo que merecía eran pacientes que no enfermaran. De modo que disfruté como una niña viendo cómo Jonathan se cargaba tranquilamente a aquel sumo sacerdote de la fontanería femenina.

—Mire, ella no ha venido aquí para que le coma la cabeza. Ha venido para que le repare el órgano reproductivo. Lo que quiere saber es si eso es algo que su tribu concreta de mecánicos puede o no puede hacer. Ahórrenos la psicología barata.

Para mi sorpresa, el especialista se mantuvo incommovible en su extremada urbanidad. Asumía



plenamente la petición del Sr. Browne. *Plenamente.*

—Goldman —dijo Jonathan—. Mi apellido es Goldman.

El especialista hizo una breve pausa y miró de nuevo sus papeles. El Sr. Goldman estaba *absolutamente* en lo cierto, dijo, en lo de que él y sus colegas no podían nunca, por supuesto, estar *completamente* seguros de que no hubiese otros factores, además de los que ellos apreciaban, que inhibiesen la concepción, pero que le gustaría destacar que en este caso, dadas las circunstancias, la Sra. Goldberg podría, inconscientemente (y le gustaría añadir que de una forma *plenamente* comprensible), resistirse ante la alarmante posibilidad de experimentar una vez más el calvario del dolor y la muerte.

—Tonterías —dijo Jonathan.

Como yo suponía que estábamos a punto de que nos echaran a la calle cogí mi bolso rápidamente y me desplacé hacia el borde de la silla, pero el especialista esperó a que Jonathan respondiera.

—No le ha hecho usted ningún test de reacción al dolor y miedo a la muerte —dijo Jonathan—. No la ha encerrado con ratas que comen carne humana, por ejemplo, ni la ha hecho pasear por una tabla a cierta altura. Está usted asustándola con una hipótesis sin fundamento alguno. Nadie le reprochará su falta de conocimiento, pero encubrirlo es deshonesto. Una manada de carniceros, que actuaron bajo la enseña de su profesión, la han trinchado de forma incompetente, y su instinto lo mueve a quitar importancia a eso y dar más al coco, porque son todos del mismo gremio. Culpan al paciente y así salvan la cara —se volvió hacia mí—. Soy incapaz de quedarme aquí escuchando estas majaderías. Te espero fuera.

Y se marchó dejándome allí. Jonathan siempre fue un maestro en las salidas y en las entradas. Aparece en las puertas, como el Sr. Knightley, sacudiéndose el barro de las botas. A mí, como masoquista de libro que soy, estas cosas, unidas a su descaro aterrador, me resultan esenciales para sentirme bien.

El especialista decidió mostrarse protector conmigo, lo que resultó extremadamente embarazoso. Me daba cuenta de que si me quedaba mucho más tiempo allí probablemente acabaría en algún consultorio de mediación matrimonial. Me dijo que le disculpara, pero ¿podría preguntarme si aquellos arrebatos eran habituales en la conducta del Sr. Browne? Pobre Sr. Browne. No podría haber sido más inofensivo.

—Solo cuando toma ácido —respondí yo, siguiendo los pasos de mi maestro antes de irme.

Jonathan estaba sentado en la sala de espera entre varias mujeres, leyendo la *Cosmopolitan*. Es el único hombre que conozco que tiene siempre la suficiente seguridad en sí mismo como para leer revistas femeninas en público. El día que lo conocí estaba leyendo el *Girl's Crystal Annual*. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Menudo gamberro. —Jonathan levantó la mirada.

—Hola, Sra. Goldberg. Qué dócil eres. Cómo puedes permitir que un tonto como ese te coma la cabeza. Joder, es que hasta los peluqueros saben más de psicología.

Como buen varón de pelo corto, Jonathan había llegado a la conclusión de que, si la gente fuera más a menudo al peluquero, no harían falta tantos psiquiatras.

—Le he contestado —dije—. Le he dicho que habías tomado ácido.

—¿Qué?

—Pensé que te sentirías orgulloso de mí.

A Jane le encantó mi relato del comportamiento de Jonathan. Aquella tarde nos sirvió té y pastel de chocolate y se rio con placer.

—Bravo, Jontikins —dijo—. Pero dime, Katherine, ¿por qué tienen que ser ellos los que digan eso de «tonterías» en vez de ser nosotras las que lo digamos? Yo creo que Annie sí será capaz de decirlo. Tengo muchas esperanzas puestas en Annie. Y lo dirá de una forma encantadora. De todos modos, he de decir que no hay ninguna necesidad de que tengáis un hijo. Podríais adoptar uno, ¿no? Tendríais que casaros, eso sí, pero no creo que os importe mucho, ¿no? Al fin y al cabo solo hay que dejar que un funcionario del registro civil te suelte una monserga sobre derechos civiles y listo. Si no tenéis dinero, yo os dejo mi anillo de compromiso para la ocasión.

Jacob se dio una palmada en la frente.

—Joder, Janie —exclamó—, no puedes ir por ahí diciendo esas cosas. ¿Es que no tienes sentido del decoro?

—Solo digo que es necesario si se plantean adoptar un niño.

—Pero tenéis que tener en cuenta otra cosa —dijo Jacob—. Los niños adoptados son morenitos. Los morenitos son muy guapos, sin duda, pero solo en Hampstead, y estos se proponen vivir en la república irlandesa rodeados de fanáticos campesinos católicos. ¿Quieres que Katherine vaya con un morenito en la cadera? Las mujeres del pueblo se santiguarán en la plaza del mercado cada vez que pase.

Jane sonrió.

—Eso le va a pasar de todos modos —dijo—. ¿O se te ha olvidado ya lo guapa y llamativa que es Katherine?

—Pero piensa, Jane, cómo saldríamos en los expedientes de la adopción —dije.

—¿Qué problema hay? —dijo ella con sincera lealtad. La lealtad era una de las muchas virtudes de Jane—. Creo que sois maravillosos. Si yo tuviese que elegir padres os escogería a ti y a Jonathan sin la menor vacilación.

—Joder, Ma —dijo Jonathan—. Claro que nos casaríamos si fuera necesario, pero Kath es una metodista no practicante que ha estado ingresada en un manicomio. Tuvo una hija, que murió, concebida fuera del matrimonio, con un veneciano casado. ¿Y yo? Mírame, joder. Estoy divorciado. Mi hijo está al otro lado del mundo, vivo a costa de mi novia en una buhardilla infame.

—Hay otra forma de verlo, Jont —dijo ella—, y es que eres un hombre respetable. Confieso que aún me sorprende decirlo. Eres un joven educado con un buen título de Oxford. Vas a publicar una novela. Tu novia es una chica responsable, aunque haya pasado por malos momentos. Eres dueño de una bonita casa. Tu padre es este venerado y viejo filósofo de pelo blanco. Creo que lo único que necesitáis es casaros.

—Y no espetarle un «tonterías» a los trabajadores sociales —dije yo.

—Y no espetarle un «tonterías» a los trabajadores sociales, claro —dijo Jane—. Venga, Jonathan. Pídeselo en condiciones.

Jonathan se echó a reír.

—Kath —dijo—. Con medias amarillas, la mano en el corazón, y por el honor de los exploradores, te lo pregunto: ¿quieres casarte conmigo?

## Cuarenta y seis

Después de que me casara con Jonathan, mi madre se sinceró y me dijo que «podría haber acabado muchísimo peor». Le hicimos una visita de fin de semana durante la que él no se salió del guion de buen yerno. Le abrió las puertas, se ató con pulcritud los cordones de los zapatos y se sentó a su lado a ver telebasura vespertina de fin de semana. Sus expectativas conmigo se habían reducido considerablemente desde mi entrada en el mercado de los hombres a los diecinueve, de modo que, sobre todo, se sentía aliviada. Su vecina le había contado que los judíos eran «muy buenos con los suyos y especialmente con sus esposas», y me lo había transmitido a mí para que yo también estuviera tranquila. Como ya no tenía diecinueve años no hice el menor esfuerzo por desmentir que Jonathan fuera judío, pero tampoco le dije, como habría hecho entonces, que había sido bautizado en la iglesia ortodoxa griega. Al fin y al cabo no me proponía ser insolente, sino (habiendo hecho lo que yo había querido) hacerla feliz en la medida de mis posibilidades. A cambio, y en atención a Jonathan, retiró el beicon del desayuno dominical. A Jonathan le encantó el gesto y me preguntó después cómo podría estar seguro de que mi madre no hubiese incurrido en alguna mezcla impía de carne y leche al lavar los platos.

—Ella lo mete todo en el lavaplatos.

—Entonces hay que decirle que para la próxima visita exijo dos lavaplatos. Lavar los platos como es debido no sale barato.

Me colgué de su cuello, según suele decirse, como una recién casada.

—Antes de que me toques, asegúrame que no tienes la regla. No puedo soportar la impureza de una menstruante.

—No tengo la regla —le dije. Fue entonces cuando ambos caímos en la cuenta de que no tenía la regla cuando debería tenerla.

—No te pongas nerviosa. Te vendrá mañana. —Yo negué con la cabeza.

—Es lo único seguro y fiable que hay en mí.

—Bendita sea la mujer. A lo mejor estás embarazada. ¿Verdad que tendría gracia?

Habíamos transigido con el matrimonio, que aunque dejó de lado a la Iglesia, sí permitió al Estado meterse en nuestra relación sentimental. ¿Y todo para qué? Para mejorar nuestra imagen ante la agencia de adopciones.

—Ahí está ella —dijo—. La más moderna de todas, con el *Spare Rib* bajo el brazo.

Clavándole las garras a mi indefenso hermano. Charlando a lo grande con aquel pobre e inocente matemático australiano. Y mírala. No se queda embarazada hasta que encuentra un marido.

Un buen marido inglés y de fiar.

Mi madre me regaló una máquina de tricotar de última generación por la boda; justo lo que quería. El plan era llevárnosla a Irlanda y ganarnos la vida con ella, junto con lo que Jonathan y yo fuéramos sacando con trabajillos de corrección y tirando de su capital en caso necesario. Nos planteamos hacer lo que Jacob llamó «una cómoda y mesocrática visita a los barrios pobres». Con esa finalidad yo había llevado muestras de mis trabajos a algunas tiendas de King's Road (nada menos), aunque no solo allí. Me habían encargado algunas cosas, y Sally, a su manera sinceramente cristiana, había encontrado tiempo entre sus hijos y su trabajo de maestra para exponer mis creaciones por las ciudades turísticas y ricas de los Cotswolds. Sally, que tenía una cabeza mejor amueblada que la mía, dijo que donde debía vender todo aquello era en Suiza. Dispuso lo necesario para conseguirlo a través de la niñera suiza que había tenido el año anterior. Gracias a eso supe que las delegadas del colegio sirven para otras cosas además de castigar a alumnos e impedir que corran por las escaleras.

—Roger puede conseguirte sitios en Nueva York —me dijo—. Va a ir a una conferencia estas Navidades.

Jamás se me habría ocurrido una forma tan eficaz de tener controlado a Roger como pedirle que llevara mis confecciones por las tiendas de Manhattan, haciendo de comercial de su chiflada novia de juventud.

—¿Cómo va a hacer eso Roger? —dije—. Ni hablar.

—¿Por qué? —dijo ella—. Se lo voy a pedir yo.

—¿Que se ponga a vender jerséis? Tendría que *hablar* con gente. Quiero decir gente normal... gente que se dedica a comprar y vender. Sally, por favor, me moriría de vergüenza si se lo pidiesen. De verdad. No sería capaz de dirigirle la palabra.

Sally me miró desconcertada.

—A veces no te entiendo —dijo—, pero si de verdad no quieres, no lo haré.

Aunque no había contestado a mi carta anterior, le escribí a Michele después de la boda. Le decía que Jonathan y yo nos habíamos casado y que me había vuelto a quedar embarazada. Respondió a su manera enviándonos una tarta toscana increíblemente grande. Una tarta que parecía hormonada. Llegó con una tarjeta ofensiva dirigida a «Caterina y el judío inglés» en la que decía, con cierta galantería, que solo se arrepentía de una cosa en su vida.

## Cuarenta y siete

Yo había vivido mi primer embarazo con la serenidad del ignorante. No se me había pasado por la cabeza que el parto se pudiera complicar o que el niño no viniera del todo bien. Pero esta vez fue distinto. Me abrumaban los pensamientos más macabros de madrugada, y Jonathan se despertaba y me encontraba recorriendo el cuarto y recitando una sarta de desastres congénitos para ver a cuál de ellos podría mirar directamente a los ojos. Una vez incluso llegué a aferrarme muerta de miedo a una botella de agua caliente tras soñar que había parido un gato muerto en medio de un charco de sangre como el del aborto de Leone.

—¡Joder! —dijo con impaciencia Jonathan, que llevaba mal los desvelos—. Que solo estás de nueve semanas, no seas pelma, Kath.

Aunque me había defendido con tanto ardor frente al ginecólogo, seguramente Jonathan comenzó a tener sus dudas. Para él los niños habían llegado siempre sin mayor sobresalto. Siempre vivos, sanos, apenas con algo de mierda coagulada y olor a lejía cloratada, de modo que le resultaba difícil comprender mis miedos y mis pesadillas con monstruos y gatos muertos. Todo le parecían tonterías. Sin duda lo ayudaba haber leído tantos cómics siniestros en su juventud.

Mi embarazo era, además, delicado. No solo me prohibieron desde el principio tener relaciones sexuales, sino que además me exigieron que, durante los tres primeros meses, pasara algunos fines de semana ingresada en una unidad especial destinada al cuidado de embarazos de riesgo. Imperaba un macabro espíritu de camaradería femenina entre las víctimas de la tensión alta, la obesidad y la diabetes que hacía que las pacientes se reunieran en corrillos de bata de nailon acolchada y pantuflas de polipiel, para contarse anteriores dramas. Como solía hacer en los malos momentos, me ponía a leer *Emma* con algodones en los oídos. El sueño se veía interrumpido por el ruido del carrito que repartía laxantes a la hora de dormir, o por el estruendo de los deportivos de lujo de los jóvenes médicos residentes entrando en el patio del hospital.

Ni que decir tiene que dejé mi trabajo. En gran parte vivíamos gracias a Jacob, que generosamente nos daba parte de la renta del alquiler de su casa de Sussex. Obligaba a Jonathan a que aceptara el dinero diciéndole que así expiaba la culpa por tener dos casas, y que además era «tan asquerosamente rico» que no sabía qué hacer con él. Se preocupaba por mí hasta extremos ridículos, lo que solía hacer que me retirara a mi habitación tras coger mis sales aromáticas, como Volpone, al oír sus pisadas en la escalera. En una ocasión me pilló en la máquina de tricotar.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, como un viejo quisquilloso.

—Alta costura —respondí descaradamente—. Vamos, Jacob, una de las primeras cosas que recuerdo haberte escuchado es que el parto es algo natural. A las mujeres se las enseñaba a acuclillarse en el bosque y a cortar el cordón umbilical con los dientes.

—A mí no me vengas con esas tonterías —dijo.

Me trajo libros sobre maternidad y racimos de uvas: me daba cuenta de que intentaba no ilusionarse con la idea de jugar con su nieto dadas mis delicadas condiciones y porque teníamos planeado irnos después del cuarto mes, con vistas a lo cual mi médico del hospital había preparado las cosas para traspasarme a un colega de Dublín. Jacob no dejó de darle la tabarra a Jonathan durante aquellos meses. Estaba harto del alarmismo de su padre y de las insinuaciones de su madre, que ocasionalmente le dejaba caer que me explotaba; harto de mis constantes ataques de pánico a medianoche, y de su miedo a utilizar la máquina de escribir para no despertarme; y harto, claro, de la abstinencia sexual. Una noche me lo encontré de pie, en calcetines, sentado en la encimera. Había colocado la máquina de escribir sobre dos tablones puestos sobre el fregadero y (como no había ningún enchufe en la cocina) la había enchufado al lado del tocadiscos con un alargador.

—Vente a la cama —le dije con ternura—. Te necesito.

Jonathan derramó su semilla sobre mi ombligo y lloró desconsoladamente en mi hombro desnudo. Esa misma noche, al levantarse de la cama, pisó sus propias gafas, que había dejado en el suelo.

—Mierda —dijo, irritado—. Tanto follar afecta la vista.

Le gustaba pensar que él, a diferencia de Roger, era incapaz de romperse las gafas por un despiste, de modo que sintió cierta incomodidad.

## Cuarenta y ocho

Jacob había disfrutado mucho del viaje en coche desde Bedales. Le gustaba la comedia negra. Había traído a su hija Sylvia y a dos de sus amigas a pasar el fin de semana en casa. El cumpleaños de Sylvia caía el mismo fin de semana que Jonathan y yo nos íbamos a Irlanda. Entraron en medio de un parloteo juvenil propio de chicas, ataviadas con prendas extrañas: monos de dril blancos con fajas satinadas; zapatos de tacón de aguja y calcetines cortos de rayas horizontales; chalecos de cuero acolchados sin mangas, como los chalecos salvavidas de los barcos; y pantalones de odalisca adornados con tela de uniforme militar de camuflaje atados en los tobillos con cintas del pelo. La más atrevida de ellas llevaba un mechón de pelo teñido de verde y unas gafas de tamaño descomunal. Sylvia, que tenía catorce años, aún se chupaba a veces el pulgar. Tenía, como Jonathan, el pelo rizado y tupido y siempre lo llevaba largo y sujeto en las sienes con prendedores de plástico verde manzana. Sus amigas llamaban despiadadamente a Jacob «profesor Goldman». Utilizaban las consabidas armas de muchachita para chincharle y les encantaba escuchar sus quejas.

—Yo no soy el profesor Goldman. Soy Jacob.

—Usted perdone, profesor Goldman —dijo la descarada del mechón verde en el pelo.

—Está medio jubilado —dijo Sylvia—. Apenas da clases ya. ¿No veis lo viejo que está? Estás mayor, Jake. Eres el padre más viejo de la clase.

—Yo no estoy en tu clase. —Ellas se rieron—. No te preocupes, no voy a seguir avergonzándote, Sylvia. Me voy discretamente al Hogar del Jubilado.

—Es majo, tu padre —le dijo la otra a Sylvia, cuchicheando sin disimulo—. Me gustan sus cejas. ¿Verdad que son bonitas?

—Son graciosas, ¿verdad? —dijo Sylvia.

—Hola, Katherine —me saludó Jacob, dándose cuenta de mi presencia y volviendo con los mayores—. Menudas arpías, ¿no? Margaret Thatcher en ciernes todas ellas.

—¿Arpi... qué? —preguntó Sylvia.

—Katherine, dile a esta niña de colegio de pago qué es una arpía.

Roger había venido con Sally y los dos niños pequeños a despedirnos. También estaba Annie, que había venido en su moto con el novio de paquete, y Sam, que había venido solo. Rosie iba a venir, pero aún no había llegado.

—Meg, Mog y Owl —presentó Jacob a su manera a Sylvia y sus amigas. Luego hizo lo propio con nosotros: Mi hijo Roger, mi hijo Jonathan y mis nueras Sally y Katherine. Los niños de Sally con cuyos nombres no os atribularé. Mi hija Annie y su amigo Mike, con el corazón sobre el pecho, como podéis ver.

Mike llevaba una camiseta de manga corta con una hoz y un martillo grandes delante y un distintivo que decía «¿Familia tradicional? No, gracias». Annie, que era un producto genuino de una familia tradicional, llevaba una chapa a juego.

—Y ese guapo de ahí es Sam —añadió Jacob.

Sam causó un pequeño revuelo, porque se había puesto casi tan guapo como lo era Roger con diecinueve años, aunque lo llevaba con más naturalidad, sin rastro de su intensidad tímida y sobreactuada. Hablaba de motores de motos con Mike, y los dos salieron a echar un vistazo a la de Annie, que estaba aparcada en la puerta, junto a los geranios trepadores.

Jonathan había hecho unas galletas de jengibre deliciosas para el té de Sylvia, que tomaríamos más tarde. Antes las chicas querían bañarse en la piscina de una de las casas de al lado. Aún eran lo suficientemente jóvenes para quitarse sin recato la ropa y ponerse los bikinis una vez Sam y Mike salieron de la habitación. Yo estaba en la cocina con Jane y Sally, pero las veíamos actuar a través de la puerta abierta como si Roger y Jonathan fuesen demasiado mayores para ellas. Roger había cogido muy hábilmente un ejemplar del *New Statesman* tras el que esconderse y se había vuelto unos instantes hacia su hijo, que dormía en mi cesto de mimbre bajo la palmera de Jane. Jonathan miraba distraído a las amigas de Sylvia. Una de ellas tenía unos hoyuelos muy atractivos encima de las nalgas.

—Fíjate en Roger y en Jonathan —le susurré a Jane—. Roger está leyendo el *New Statesman* y Jonathan está mirando a las niñas para ver cuál le gusta más.

Jonathan, que tenía buen oído, escuchó inmediatamente su nombre. Se levantó y vino a la cocina.

—¿Qué estáis diciendo de mí?

—Nada —respondió Jane—. Te lo perdonamos por las galletas tan buenas que has hecho.

Cuando las niñas se fueron, Annie retiró de allí los llamativos bolsos de las jóvenes para ordenar la habitación y que pudiéramos sentarnos a beber vino y comer queso. Annie era una joven grande y corpulenta con más de un asomo de vello facial. Contradecía la extendida creencia de que a los hombres solo les gustan las mujeres guapas. Siempre estaba rodeada de hombres que le hablaban con interés de piedra arenisca y de bronce.

Jane estaba radiante, más guapa que nunca. Su forma de vestir había cambiado desde la primera vez que la vi y ahora parecía seguirle la corriente a Jacob poniéndose lo que él le compraba. Ese día llevaba una de esas prendas: un vestido de lana azul claro que le caía desde un cuello alto y que a Sally le encantó.

—Me lo ha comprado Jake, porque parece ser que se adecuaba a mi edad y posición social —dijo Jane, desechando el cumplido.

Era obvio que se lo había comprado porque hacía juego con sus ojos. En ese momento llegó Rosie. Iba acompañada por un hombre con tan poco aspecto de obrero que era imposible no quedarse mirándolo. Era lo que Michele describía como el típico inglés sin barbilla, cuya existencia yo siempre había negado por patriotismo. Llevaba puesta su vieja corbata del colegio. Se dirigió a Jacob como «señor». Casi se puso firme y dio un taconazo cuando Rosie se lo



presentó.

—¿Qué tal está usted, señor? —dijo.

Jacob andaba entrando y saliendo de la cocina llevándole cosas a Jane. Se detuvo en el salón para ver si hacían falta vasos, y el pobre chaval no supo interpretarlo. Se levantó rápidamente de su asiento.

—Perdone, señor —dijo—, ¿estoy sentándome en su sitio?

—Siéntese, joven —dijo Jacob visiblemente molesto—. Todos los asientos de esta casa son míos.

Como una cobarde me fui a la cocina a ayudar a Jane con la comida.

—¡Mi hija! —siseó Jacob casi histérico a Jane cuando entró—. Ha caído en las garras de un provinciano repelente.

—Tranquilo, Jacob —dijo Jane desdeñosamente—. A mí me parece un buen muchacho, de los que venden artículos de piel en Liberty's. No pasarán de esta semana.

—Me dijiste que le gustaban los obreros —susurré—. No te creo.

—Es verdad —susurró en respuesta Jacob—. Esto es una novedad. ¿A qué se dedica? ¿Es cadete en Sandhurst? Joder, Jane, es insoportable.

—Eres un neurótico con tu hija —dijo Jane—. No vas a ser feliz hasta que no se afeite la cabeza y entre en un convento.

Todo el mundo brindó por Jonathan y por mí y nos deseó suerte, pero Jacob, que había estado lanzándonos puyas desde que se nos ocurrió la idea de irnos a Irlanda, ni siquiera a última hora parecía aceptar las cosas.

—Bueno, Jont —dijo—, tendremos que sacar el máximo rendimiento de este plan insensato vuestro, aunque yo nunca llegaré a entender qué es lo que tiene de malo Londres. El campo es para los campesinos y las lecheras, ya os daréis cuenta. Y luego, ¿quién os va a comprar esa casa miserable vuestra medio derruida?

—Vamos, Jacob, déjale en paz —dijo con firmeza Jane—. A Jonathan le gusta el campo. Siempre le ha gustado. Asume de una vez que no tenéis por qué ser iguales.

Annie estaba con la boca abierta, indignada y de nuestro lado.

—¿Y quién eres tú para decir que la casa de Jont está medio derruida? —dijo—. Un albañil ha estado arreglándola, ¿no? Tú no la has visto, cascarrabias. Roggs la ha visto y dice que está bien.

—¿Cuándo vas a venir a verla, Jacob? —le pregunté—. Supongo que no estarás esperando a que bajen de precio los billetes, ¿no?

Jacob sonrió.

—Katherine, querida —dijo—, ¿tienes alguna idea de lo que significa vivir aislado?

Pensé que sí, que la tenía. Significaba llamar al servicio de información horaria a las cuatro de la madrugada desde Hendon. Significaba estar con los Bernard en una ciudad bulliciosa. No significaba estar sola en el campo con Jonathan.

—Estaré con Jonathan —dije, en un tono de amor desesperado.

—Y con un niño pequeño —dijo Jacob—. La maternidad ya es suficiente aislamiento. Estarás incomunicada y atada a tu hijo. Todo ese disparate tuyo de tejer se irá a pique porque el niño reclamará todo tu tiempo. Y porque ya nadie tiene un trabajo en este país como para permitirse comprar esas cosas que tú haces.

—Tonterías —dijo Rosie—. El West End está lleno de tiendas que venden buenos jerséis. Y Hampstead también. Tú no te fijas. Tú solo te fijas en las librerías. Por supuesto que la gente los compra. Yo los compro, ¿no? No todos nos compramos la ropa en Oxfam, como algunos que yo me sé.

Jane sonrió sin que le afectase la broma.

—¿Por qué es un disparate hacer jerséis, eh, Jake? —preguntó Annie—. Me sorprende que lo diga alguien que enseña metafísica, ¿no? ¿Qué demanda más la gente, jerséis o metafísica?

—Lo cierto es que la gente me paga por enseñarla. Pero estos dos de aquí... Dios nos ampare, Annie, no valen para esto. ¿Cuál de ellos es el que tiene espíritu emprendedor?

—Yo —dije—. Mi padre era tendero, Jacob. Jonathan sabe de campo y yo sé de ventas. Piensas que no voy a trabajar en serio. Ya veo que sigues pensando que soy una atolondrada inconstante.

—No, yo creo que eres maravillosa.

Me reí.

—Gracias. Una atolondrada maravillosa e inconstante.

—Es un pelma, Katherine —intervino Jane—. A ver si te das cuenta de una vez.

—Pero Katherine —insistió Jacob—, ¿qué tiene que ver lo de trabajar en serio con eso? Nunca se ha ganado dinero trabajando mucho. Nadie se ha hecho rico trabajando. El dinero se consigue explotando el trabajo de otros. Lo que tú necesitas son muchas máquinas de coser para abastecer a todas las mujeres del pueblo, que después trabajarán para ti mientras vosotros dos vivís del excedente. Eso es lo que tenéis que hacer. Es la única razón que justifica que os vayáis a Irlanda, como cualquier empresario os puede decir. En una situación de elevado desempleo explotáis las oportunidades de trabajo femenino doméstico con bajos salarios. Luego contratáis un contable para manipular los libros y engañar al fisco. A eso se le llama tener espíritu emprendedor. Eso es lo que tú no tienes, Katherine, a pesar de tus numerosas virtudes.

—Sacad los cuadernos —dijo Jane—. Espero que todos estéis tomando nota. Eres un viejo pedante, Jake. Viéndote, una se alegra de no haber abierto un libro con notas al pie en veinte años.

—Pero Jont —dijo Jacob—, la cuestión es que no entiendo ni puedo entender por qué os disponéis a pasar hambre. ¿No os parece una buena razón no pasar hambre? Supongo que recordaréis las palabras del gran Brecht sobre el tema: «*Erst kommt das Fressen, dann kommt die Moral*»<sup>[16]</sup>.

—¿Por qué te preocupas tanto por ellos? —preguntó Annie—. A lo mejor no eres más que un empresario frustrado, Jake. A Katherine no le interesa hacerse rica. Le interesan otras cosas. Las únicas que merece la pena hacer en la vida.

A Jacob le conmovió su dulzura.

—Tú sí que eres única —dijo—. Yo de vez en cuando también me dedico a otras cosas.

Annie le dio un puñetazo amistoso en las costillas y le sonrió con encanto.

—Tú ganas, viejo cabezota. Aunque solo sea porque tenemos la misma narizota. No creas que me importa mucho.

Jane se acercó más a mí, de aquella forma tan sibilina que tan halagadora me resultaba siempre. Puso una mano encima de la mía.

—Te está dando una sarta de consejos espantosos —dijo—. Será así hoy y siempre, de modo que no quisiera sumar otro, pero aquí va el mío: las cosas te van a ir bien porque, más allá de lo

que diga Jake, siempre habrá ricos para comprar cosas bien hechas. Rosie tiene toda la razón. Jacob lo sabe. Lo único que le pasa es que va a echar mucho de menos a Jonathan.

—Eso no es verdad —dijo Jacob. Pobre Jacob, con qué descaro mentía el muy cabrón. Jane no le hizo caso.

—Te irán bien las cosas con una condición, Katherine, si me permites que te lo diga, y esa condición es que arranques, insisto, *arranques*, al terco y refunfuñón de mi hijo un compromiso firme e inmediato para que compartáis las tareas de casa y el cuidado del niño.

—Lo hará —dije yo—. Ya lo hace. No podría ser más bueno conmigo, Jane.

—Todos somos buenos contigo, Katherine —dijo ella—. Estás teniendo un embarazo difícil. Pero yo estoy hablando a largo plazo. Me conozco a estos hombres como si los hubiera parido. Me sé de memoria sus discursos sobre los derechos de las mujeres y la división del trabajo, porque son muy buenos explicando esas cosas y lo hacen con una naturalidad pasmosa. Si quieres ganarte la vida y trabajar con seriedad, no vas a poder hacerlo si a la vez tienes que ocuparte tú sola de un niño pequeño. Jonathan también tiene que hacerse cargo del niño para que tú tengas tiempo, bien por las mañanas o durante cuatro jornadas laborales enteras a la semana. No como un favor, que quede claro, sino como una necesidad. Igual que debe hacer la compra y cocinar y limpiar la casa y lavar la ropa. Como lo hacen las mujeres. Que se gane el derecho a escribir. Eso es parte de su ocio. Una de las cosas que unen a todos los hombres de esta casa es que se ganan la vida con lo que más les gusta, pero eso es un lujo en el mundo de hoy. Jonathan aún no se gana así la vida, pero eso llegará. Lo conseguirá.

—Vale, vale, mamá —dijo Jonathan—. No te preocupes por mí.

—Gracias, Jonathan —dijo Jane—. Lo haré.

—O mejor acaba ya y pide directamente mi cabeza en una bandeja. Venga.

Jane se rio tímidamente.

—Katherine —dijo—, esto es lo que tienes que hacer: le pones un horario y unos deberes por escrito y le dices que te lo firme. Emborráchalo primero si es necesario, o amenázalo con esconderle los aparejos de pescar.

Jonathan estaba a su espalda, gesticulando y poniendo caras para recriminar su actitud, y a mí me costaba contener la risa.

—Fotocópialo y déjame una copia a mí —pidió Jane—, porque si no lo haces ya me imagino cómo van a ir las cosas en esa casa vuestra. Varias ollas con pescado fresco en los fuegos y tú sentada a medianoche delante de la máquina de coser después de lavar los pañales del niño.

Jonathan había dejado de poner caras y la miraba ahora como una nube de tormenta a punto de descargar.

—¿Vas de graciosa o qué? —dijo—. Porque no lo estás consiguiendo. Yo ya comparto las tareas de casa. Te lo está diciendo, pero estás tan ocupada preparando las armas que ni siquiera las escuchas. ¿Por qué tienes que pensar que todos somos como Jake?

—¿Por qué será? —dijo Jane buscando provocar a Jonathan—. Dime, ¿por qué será?

—Yo no necesito que Katherine me busque unos calcetines de mierda —dijo Jonathan indignado—. No soy como Jake. Yo cocino. No paro de cocinar. Déjame en paz de una vez.

—Mi querido Jontikins —dijo Jane—, todos estamos de acuerdo en que tus galletas de jengibre son estupendas.

—Anda, cállate ya —dijo Jonathan—. No soporto tu condescendencia.

—Y va a la lavandería —intervine yo. Mostré una manga impecable para recalcarlo—. Esta camisa me la ha planchado él.

—A ver —dijo Jane—, no niego ni por un momento que sea mucho mejor que Jake en eso. Los tiempos han cambiado, y él con ellos. Yo también lo he oído silbar en esa cocina vuestra tan peculiar alguna melodía de Boccherini con el *Libro de cocina para pobres* entre manos. No digo que no esté bien, pero que cocinen de vez en cuando no es algo para tirar cohetes, menos aún si son ellas las que se encargan de que el ajo y el jengibre y cualquier otra cosa necesaria estén a punto para la gran ocasión.

—Joder, cállate de una vez, bruja —dijo Jonathan—. Deje ya de atosigarme, señora mía.

—Los niños atan a las mujeres a la casa, Katherine —prosiguió Jane—. No hay nada como una mujer en casa para crear una dependencia. El otro hijo de Jonathan nació en circunstancias muy distintas. Sus tías y abuelas se peleaban por lavarle los pañales. Y ahora mira a este desgraciado. Está que se sube por las paredes.

—Cuando Katherine necesite tus consejos ya te lo pedirá, ¿vale?

—O tal vez no lo haga. No cuando más los necesite. Así que yo se los doy de todos modos.

—Tiene mucha más experiencia que tú. Ha estado con más hombres en su vida que tú en buenos restaurantes. ¿Por qué crees que le vienen bien tus consejos para que no sufra por mi culpa, malpensada? Vivió cinco años con un fascista loco.

—Seis —le corregí.

—Supongo que no es el mismo que te envió la tarta —dijo Jane, aunque Jonathan no le hizo caso.

—¿Qué has hecho tú en toda tu vida además de lanzarle miradas tiernas a un mariquita pretencioso para poner celoso a Jake, zorra condescendiente? —dijo.

Jacob estaba fumando uno de sus puros apestosos.

—Cálmate, Jont —dijo suavemente a través del humo—. Es sobreprotectora con todo el mundo. A todos nos gusta mostrar nuestra mejor cara. Esa es la suya. Esa y enumerar los agravios a las mujeres. Jane ya estableció que la mujer era la única que había sufrido a lo largo de la historia mucho antes de que se le ocurriese a nadie quemar un sujetador en una plaza pública. Jane se inventó el Movimiento por las Mujeres en mis narices.

—Sí, más bien mientras cambiaba las sábanas de las cunas de tus hijos —dijo Jane—. Mientras tiraba los restos de la cena en tu cubo de basura, Jacob. O en el lavabo, recogiendo pelos de tu barba mientras tú estabas sentado escribiendo tus maravillosos libros. Ahora es tu hijo el que escribe libros. ¿Por qué tiene que pasar Katherine por lo mismo que pasé yo? ¿Qué hay de malo en que aprenda de mi experiencia?

—No puede, Janie —dijo escuetamente Jacob—. No puede. Eres muy pesada.

—Tú eres un pesado y eso no te ha impedido regañarles, ¿verdad? Ahora me toca a mí.

—Hablas como una de esas arpías oportunistas —dijo Jacob—. Mujeres contra el mundo. Mujeres contra lo que sea.

Mike se inclinó sobre Annie.

—¿Tu padre se considera un radical, o algo así? —dijo, *sotto voce*. Eso les hizo reír bobalicona y quedamente a ambos—. Parece Gengis Kan.

—No —le susurró Annie.

—Tus hijos ya son mayores, por Dios —dijo Jacob—. Hace años que no lavas una sábana.

Mírales. Son unos adultos responsables. Tienes una mujer de la limpieza que se encarga de la cocina. Si tienes que recoger pelos de mi barba de vez en cuando en el lavabo, lo siento, pero ¿qué otra cosa tienes que hacer aparte de acosar a tus nueras? No te puedes pasar la vida delante del piano. Es tu pasión, cariño, pero jamás te ha alcanzado para pagar una factura del gas.

Joder, Jacob, pensé, qué cabrón eres. Un putito cabrón. ¿Por qué te he tenido siempre tanto cariño?

—Mi pelea es con Jane —dijo Jonathan—. Con Jane, que no es capaz de dejar de verme como un delincuente juvenil con botas macarras. Que no se vaya por las ramas con todo ese rollo del Movimiento por las Mujeres.

—No es ningún rollo para mí, Jont, que he tenido seis hijos. Siete, contando a Jake.

—Venga ya, mamá —dijo Annie—. Para ya, por favor.

—Yo no tengo nada en contra del Movimiento por las Mujeres —dijo Jonathan—, siempre que no sea mi esperma el que congelen para fertilizar matrimonios entre lesbianas.

Sally, que le estaba dando el pecho a su recién nacido, se puso un poco tensa por el desagrado que le producía la forma de hablar de Jonathan, aunque disimuló bastante bien. Por supuesto, en su lista de secreciones humanas, la leche materna ocupaba una posición privilegiada respecto al esperma. Pero Jane sonrió, como Jonathan se proponía que hiciera. Estaba, de forma bondadosa, ejercitando su don para la distensión cómica en beneficio de ella.

—Eres muy bueno, Jontikins —dijo—, y muy inteligente. No te enfades conmigo. No he debido meterme en tus asuntos, te pido disculpas.

La hija de Roger parecía enfadada porque era incapaz de manipular un giroscopio con el que estaba jugando. Le dio unos golpes a Roger en el muslo, intentando que le hiciera caso, pero él no reparaba en ella, y en realidad creo que no reparaba en ninguno de nosotros. En una casa llena de buenos oradores, Roger nunca intervino mucho. Le desagradaba mantener una conversación. En eso nunca coincidimos. A mí me encanta escuchar lo que las personas se dicen unas a otras. Por eso a mí me gusta hacer colas, a diferencia de Roger, que intuyo que evitaba ir de compras por si alguien le abordaba con alguna conversación absurda sobre el cambio de tiempo. Trataba a su hija con dulzura y cariño, pero no jugaba con ella. No de esa forma divertida y aparatosa con la que lo hacía Jacob; de esa forma que hacía pedir a gritos a los adultos que le observaban: «Para ya, Jacob, que se va a romper una pierna. Que vamos a tener una desgracia».

—No te está escuchando, sobrina —le dijo Jonathan—. Ven, dámelo. A mí me encantan estas cosas. Vamos a hacer que gire a toda pastilla.

Hizo girar el chisme sin mayor esfuerzo y ofreció a la niña los extremos de la cuerda para que los sujetara. Me emocionó imaginarme a Jonathan jugando así con mi hijo. Además, la expresión me encantó. A toda pastilla.

Sally se puso el niño en el otro pecho y ocultó el primero en un amplio sujetador de lactancia con cierre frontal.

—Fíjate, Sally, estás consiguiendo que me tiemblen los pezones —dijo Jane, que buscaba complacerla—. No me importaría ser yo la que estuviera dando de mamar.

Pero Sally necesitaba desahogarse. No le gustaban las quejas y Jane había roto las normas no escritas.

—No quiero volver a insistir —dijo—. Estoy de acuerdo contigo, Jane, y ojalá Jonathan no fuese tan malhablado, pero ¿no te estás pasando? Roger y yo no hemos firmado nada.

Sencillamente nos echamos una mano. Los dos damos clases. Los dos vamos a buscar a Clare a parvularios. Depende de quién esté libre a la hora de comer. Cualquiera otra cosa me parece egoísta. Tenemos nuestras normas. Cada noche, a la misma hora, yo cocino para los que estén en casa, y después no vuelvo a la cocina. Roger lleva a Clare a la cama mientras yo lavo los platos. Trabajamos los dos hasta la hora de acostarnos y si Clare se despierta nos turnamos para atenderla. No puedo concebir lo de ir poniendo papelitos a nadie para que los firme.

Para Sally, vivir era un arte simple que había dominado siempre.

—¿Y quién dio a luz en la última semana del curso? —dijo Jonathan, para frenarla—. Eso es un contratiempo importante para alguien de Oxford. Roger se iba a volver loco con tanto trabajo.

—De acuerdo, Jonathan —dijo Sally algo irritada—. Tuve el niño en la última semana. Era algo que no estaba en mis manos.

Mientras Sally lanzaba su razonable discurso de obviedades, capté casualmente la mirada de Jacob. Me lanzó con énfasis un anillo de humo perfecto, que me llegó como si aceptase una nota secreta durante la misa bajo la mirada de la directora.

—Roger es diferente —dijo Jane—. Siempre ha sido muy responsable, trabajador y servicial. Y tú, Sally, tú también eres diferente. Tienes más habilidad que Katherine para que la gente haga lo que le pides.

—Lo que te está diciendo es que eres una mandona —dijo Jonathan.

—En absoluto. Sally tiene muy claras cuáles son sus necesidades, eso es todo.

—No como tú, pobre y desvaída criatura. Tú dejas que todo el mundo te pisotee, ¿es eso? Venga, mamá, el recuerdo que tengo de ti es el de una marimandona. Haz esto, haz aquello. Sobre todo con Roggs. Simon dice que limpies el fregadero. Simon dice que toques la flauta. Simon dice que si ya has terminado de estudiarte los verbos en francés, traigas carbón. Cuando hayas terminado haz el pino y recita la tabla del doce en latín.

Jane se echó a reír.

—Pero tardé años en conseguirlo, Jonathan. Solo quería ahorrarle un problema a Katherine. Lo siento si te he ofendido, hijo. Perdóname. No estoy yo para darle consejos a tu mujer. Espero que no me prohíbas ir en primavera a arreglaros el huerto y a ver a mi nieto. Voy a ser muy prudente y no me voy a entrometer. Y si no, me echas.

Jonathan la miró escéptico y con cierto regocijo durante aquel irónico acto de contrición.

—Eso está bien —dijo con afecto—. Sigue arrastrándote. La humildad queda más arriba de tu calle.

El acompañante de Rosie no pudo soportarlo más.

—Mira —dijo de pronto—, a mí no me gusta entrometerme, tío, pero nadie debería hablar a su madre de ese modo. No en mi libro.

La situación embarazosa que generó aquella declaración sacó los colores a Annie, mientras que Mike se miraba torpemente los pies. Jacob echó un vistazo a su alrededor, imperturbable, como si alguien acabase de plantear una cuestión en un seminario y él estuviese esperando que un voluntario contestara. Roger lo miró con el mismo desprecio que tiempo atrás habría mostrado hacia los que se lustraban los zapatos.

—¿Y qué libro es ese? —dijo Jonathan—. ¿*Biggles*? ¿Quién eres tú, además?

Rosie perdió la templanza.

—Tú a ver si te callas, Jonathan, ¿vale? Jeremy y yo nos vamos a casar, así que eso es lo que

es, mi prometido. Hemos venido a decirte adiós y lo vamos a hacer ahora mismo. Decirte adiós y buen viaje.

Se levantó para irse. El joven la siguió y apenas se detuvo unos segundos para inclinar cortésmente la cabeza ante Jane y despedirse.

—Adiós, señora Goldman —dijo—. Adiós, señor.

Dejaron tras ellos silencio y asombro.

—¿Voy a hablar con ella? —preguntó Annie.

—Déjala —dijo Jane—. Es una tontería. Hazme caso, no tiene importancia. Rosie es muy exagerada. Como Jake.

—Vete a la mierda —dijo Jacob. Se levantó, dispuesto a ir tras ella sin pérdida de tiempo.

—Me acabo de acordar de algo que quería preguntaros —dijo Jane—. ¿Queréis los cabeceros de esa vieja cama metálica tan bonita que usábamos Jake y yo? Tiramos el somier y el colchón, pero a lo mejor Roger puede hacer una base nueva. Jacob y yo ya no podemos dormir en una cama de matrimonio, nos despertamos y no dormimos del tirón. Confluimos desde dormitorios separados, como la realeza.

—Madre —dijo Roger—, a riesgo de parecer descortés, he de matizar que la universidad me paga por lo que hago en el Instituto Matemático. Será mi pasión, pero también es trabajo.

—Perdona, Roggs. Claro que lo es. Solo lo he mencionado para destacar lo listo que eres.

Jane, Jonathan y yo fuimos a su dormitorio a mirar los cabeceros de la cama. Los tenía apoyados contra la pared.

—Podemos llevárnoslos así y llamar a un carpintero —propuse—. Todo lo demás ya está en el maletero, ¿por qué no metemos esto también?

—Ya los llevaré yo cuando vaya a veros, ¿vale? —propuso Jane—. Así tengo una excusa para ir.

—No te hacen falta excusas —dijo Jonathan—. Que sepas que Katherine te lo va a recordar. Te quiere mucho, vieja hacha de guerra alabeada.

—Y yo también a ella. Y que sepas que ya me has dicho cosas bonitas para una buena temporada, Jontikins. Siento de veras que mi vida privada te parezca tan insulsa, pero no fue por falta de oportunidades. Lamento que te ofendieran mis flirteos con John. Es curioso, porque era a Roger a quien yo creía que le molestarían. Siempre me ponía el listón muy alto. Siempre estaba preocupada por él. ¿Tú crees que le molestaba?

—Estaba hablando por hablar, mamá. Por decir algo. No te preocupes por Rogsie. Ha madurado. Ha tirado lo que Kath llama su gorro de Hamlet. Es para sentirse orgullosa, aunque no le diste elección, por supuesto.

—Eres muy desagradable conmigo, Jonathan. Si quieres que me dé golpes en el pecho, de acuerdo, lo haré. Estoy preocupada por Rosie. Nunca he sido buena madre con ella. Siempre fue una chica normal, Jonathan, y me costaba aceptarlo. Para mí todos los niños debían ser como tú y Roger, no conocía más.

—No te preocupes por ella —dijo Jonathan—. No se va a casar con ese imbécil.

—Si voy a visitaros, no me veas como un incordio, ¿eh, Jont? Me refiero a que espero que no pienses igual que el loco de tu padre. No me malinterpretes. Es un hombre maravilloso, soy plenamente consciente.

Jonathan estaba harto de pelearse con ella, de aquella representación que no era más que la

muestra del dolor que sentía por perderlo, por perder su propia juventud; y de su amor por mí y su ansia irrefrenable de desearnos felicidad.

—Katherine cada vez se parece más a ti —dijo él burlesco—. Tiene jarras antiguas y cuarteadas en la repisa de la chimenea llenas de hilos y botones de camisa y de falda y recibos de la biblioteca. Se ha aficionado a esa cerámica vidriada a la sal tan espantosa de Staffordshire.

—Pensaba que te gustaba —dije yo—. A mí me parece bonita.

Jonathan se rio.

—Nunca me lo has preguntado. A mí me parece horrorosa.

—Es preciosa —sentenció Jane—. Realmente preciosa.

—Me recuerda a los sarpullidos de la piel —dijo Jonathan—. A escamas y a caspa.

Jane le dio a Jonathan un abrazo maternal.

—Eso no es el vidriado, Jonathan, eso eres tú. Todo te recuerda a algo desagradable. No he sabido hasta qué punto hasta que he leído tu novela.

—Ah, así que has leído mi novela, ¿eh? ¿Por eso no has parado de meterte conmigo?

—No estoy metiéndome contigo, Jont. Lo único que he hecho es decirte unas cuantas verdades. Que eres una molestia terrible, como Jake. No digo que no merezca la pena el sacrificio, fue una tontería por mi parte sugerir lo contrario. Katherine se va a deshacer de la cerámica vidriada de la sal de Staffordshire y vais a ser muy felices. Pero respecto a tu novela, Jont, por Dios, ¿por qué es tan explícita? ¿Era necesario que fuera tan dura, Jonathan? Pero me ha gustado, a ratos me he reído mucho. La dureza del libro no es caprichosa. Es una dureza necesaria. Siendo justos, debería ser un éxito, ¿verdad, Katherine?

La novela era demasiado fuerte para leerla durante el embarazo, teniendo en cuenta que se trataba de una alucinación satírica y macabra de cuatrocientas páginas donde abundaba la acción en la entropiada femenina. Me había propuesto leerla durante la lactancia, siempre y cuando no me cortara la leche.

—Me recuerda a Swift —dijo Jane—. Otro Jonathan con una portentosa inteligencia para esos temas. Me parece muy bien que te vayas a Irlanda.

Jonathan se sentía complacido por el halago, pero al mismo tiempo le resultaba embarazoso.

—Me honráis en exceso, bella dama —dijo—. Seguid. Me aportáis seguridad.

—Yo pensaba que Swift era un poco perverso —dije—. Quiero decir, que sexualmente era un demente.

Jane me lanzó, en una mirada, el desaire de la maestra.

—Qué más da eso, Katherine. Está muy claro lo que quiero decir. Me refiero a la prosa. Os diré —su voz adoptó un tono misterioso—, aunque está mal que chismorree y lo voy a hacer solo esta vez, que he intentado que Sally no viera mi copia del libro cuando vino esta mañana, pero me temo que no lo he conseguido. Creo que ha subido y le ha echado un vistazo. Pero hoy no estás entre sus buenos libros. ¿Te has dado cuenta?

Jonathan se encogió de hombros sin mostrar interés.

Después del té de cumpleaños y las galletas de jengibre, después de que las colegialas, con sus cóncavos ombligos vírgenes y el pelo mojado, se hubiesen retirado a oír algunas cintas de música *new wave*, después de que Roger se hubiera ido a llevar a su familia de vuelta a Oxford, con sus preciosas niñas bien sentadas con los cinturones de seguridad puestos y la cuna portátil bien sujeta, después de que Annie y su novio hubiesen salido zumbando con sus llamativos cascos



y Jacob hubiese salido con Sam a dar un paseo por el Heath, Jonathan y yo pudimos despedirnos de Jane. Nos fuimos en el coche que Sam nos había revisado y reparado, con el equipaje repartido entre el maletero y la baca. Jonathan lanzó un cansado y grato suspiro.

—Bueno —dijo—, ya nos hemos quitado de encima a la familia.

Jonathan no veía ningún peligro en el cariño que yo sentía hacia su familia. Él también quería a su familia, pero tenía menos paciencia que yo para según qué cosas.

—Si el coche fuera un poco menos cargado y tú no fueras tan estrictamente intocable —dijo—, te practicaría un coito saludable y terapéutico en la siguiente área de descanso.

—¿De verdad? —dije yo—. Te quiero, Jonathan.

Se lo dije con total sinceridad, porque así lo sentía. Me había enamorado de Jonathan poco a poco y de forma consciente. Algo que no había hecho antes.

—Después de la murga de mi madre me vendría muy bien. ¿Qué derecho tiene a hablar de mí como si Dios le hubiese dado autoridad en el asunto?

Jonathan hablaba de sexo utilizando eufemismos para reemplazar aquello que en nuestro caso no debíamos practicar.

—En nuestra casa va a ser un no parar, Kath —decía—. Para recuperar el tiempo perdido. Cada mañana me voy a despegar de tus costillas y te voy a dejar un pegajoso reguero de mi légamo.

Jonathan parecía tener en mayor estima su «légamo» que el común de los mortales. Le gustaba hacer alusiones a él. (Aporto este dato solo por si es de interés del psicólogo).

—Muy bien —dije cortésmente, por encima de la crispación de la ingle.

—Después te llevaré el desayuno a la cama. Huevos pasados por agua y té para mi maravillosamente *sexy*, legañosa y embarazada Kath. En realidad pasamos de esa cama vieja, ¿no? Mejor compramos una de esas de un metro ochenta de ancho.

Me mostraba romántica respecto a nuestro futuro juntos en aquella casa, aunque no sin cierta protectora distancia irónica. Quería ser romántica sin dejar de ser mordaz. Eso lo aprendí de Jane. ¿Qué más daba que mi chico caprino mease en botellas de leche y viviese de mis ingresos? Él me decía que tampoco tocaba demasiado bien la flauta, pero a mí me sonaba de maravilla. Me imaginé sentada junto al fuego, tejiendo nieblas celtas y estanques sombríos en la ropa. Me imaginé a Jonathan levantándose de la máquina de escribir y saliendo a cortar leña como un hombre de una película de Ingmar Bergman, y al niño, con manoplas de lana aleteando en los puños de la camisa, bamboleándose tras él.

—Y no te creas que no me he dado cuenta de cómo mirabas a las chavalitas —dije desafiante. Jonathan se rio y me puso la mano izquierda en el muslo.

—Qué guapa era la rubia vestida de dril, ¿verdad?

—Lo que hay en el maletero es mi máquina de tricotar —dijo—. Soy la propietaria de los medios de producción, así que tenlo en cuenta.

## Cuarenta y nueve

La casa era bonita. Se recompuso como una chaqueta de arlequín gracias a la generosidad de los amigos. A cambio de una semana en el campo, un suelo donde dormir y comida caliente, Annie y sus compañeros de piso pintaron todas las paredes en Navidad. Un carpintero local muy bueno nos hizo algunas puertas y zócalos y una encimera para la cocina y también algunos asientos de ventana, que yo barnicé y proveí de cojines. Cubrimos los suelos con esterillas. Hice cortinas con retazos y sentí un inconfesable placer con lo que Jacob (el muy cabrón) llamó «el arte femenino de las tareas domésticas». Annie talló dibujos decorativos alrededor de la chimenea, sin ningún Roger a su espalda que la criticara, solo Mike, que le echó una mano. Como Jane había predicho, Jonathan no dejó de pescar ni de escribir a máquina, pero también nos cuidó y nos dio todo lo que necesitábamos. Hubo días en que creía que nos íbamos a morir de frío. Jonathan me compró un chaleco térmico y unos calzoncillos largos de hombre en Navidad. A través de Annie, Sally nos mandó el cochecito plegable del niño e innumerables trajecitos Baby-Gro. Roger le envió por correo a Jonathan algunas reseñas elogiosas que habían aparecido en la prensa. El bebé fue una niña y nació por cesárea, mamó por primera vez bajo una imagen de yeso de la Virgen María y más tarde, en casa, en un colchón en el suelo de nuestro dormitorio. Intenté leer la novela de Jonathan mientras le daba el pecho, pero la dejé por *Emma*, que sigue siendo mi favorita. Jonathan cumplió su palabra y me traía huevos pasados por agua a la cama y bañaba a la niña en un barreño de plástico a los pies de la cama donde yo convalecía. Era completamente distinta a mi otra niña: para comer era noctámbula, impredecible y codiciosa. La llamamos Stella, nombre que se nos ocurrió tras la alusión de Jane a Swift, que hizo que Jonathan recordara uno de sus poemas preferidos de su juventud: «Poema de cumpleaños para Stella», de Swift, que dice así:

*Stella en este día haces treinta y cuatro,  
(No discutiremos por uno o más años)  
y no debes Stella sentirte insegura,  
por tener el doble de edad y estatura,  
pues si a los dieciséis que por vez primera  
te vi, y la virgen más radiante eras,*

*es muy poco lo que tu forma ha declinado  
y obra de tu mente en muy alto grado*<sup>[17]</sup>.

Jane vino a visitarnos. Llegó con el abrigo de cachemira abrochado hasta arriba para protegerse del viento y con el pelo recogido en un moño de directora de colegio. Me llevó en coche hasta el vivero, donde nos eligió los mejores manzanos resistentes a las enfermedades, así como los matorrales y plantas trepadoras más apropiadas para que nuestro jardín tuviese lo que ella llamó «utilidad para el invierno». Nos compró utensilios para hacer fuego y otros para hacer abono, herramientas de trabajo y una segadora que parecía una nave espacial.

—Corre de mi cuenta —dijo cuando intentamos pagarle. Era increíble cómo hundía la pala en la tierra cuando tocó desenterrar piedras.

—Esto hay que volver a cortarlo en otoño —dijo—. Prestad atención o me volveréis a tener aquí en septiembre.

Jonathan no venía nunca a comprar con nosotras. Decía que ya había hecho bastantes compras con Jane en su infancia y que no podía soportar el tono clasista con el que regañaba a los dependientes.

—Odio mi forma de expresarme tanto como tú —dijo ella—, y si les hablo así es porque me dan miedo, Jonathan. No soy una persona desenvuelta y equilibrada como tu Katherine.

—¿Yo? —dije incrédula.

—¿Ella? —dijo Jonathan, con idéntica incredulidad.

—¿Por qué crees que tuve a todos mis maravillosos hijos? Era una forma de no tener que salir a trabajar. Tú me conoces, Jont. Habría sido incapaz de tener una floristería.

—Siempre tocaste muy bien el piano —dijo Jonathan.

—Sí, podría haberme dedicado a tocar en las clases de *ballet* de los sábados de algún centro municipal, ¿verdad?

—¿Por qué te rebajas tanto? —preguntó Jonathan.

—¿No es eso a lo que se dedican las mujeres? —preguntó a su vez Jane.

—Solo hasta que leen *Spare Rib* —Jonathan, al empezar a vivir juntos, había dado en leer algún que otro número de esa revista que yo llevaba de vez en cuando a casa, aunque no le interesase gran cosa.

—No está hecha para señoronas como yo, ¿no? —dijo Jane—. Es para mujeres jóvenes con ideas avanzadas.

—Es para lesbianas violadas. Iros las dos y compradme unos manzanos de una vez.

Lo hicimos, y él se quedó con la niña sujeta al pecho en una bolsa de lona (comprada a precio rebajado a través de las páginas de *Spare Rib*) y, claro, cuando volvimos nos la encontramos chupándole frenéticamente la lana del jersey alrededor de sus tetas sin leche.

—Me gusta esto —dijo Jane tomándose el té mientras yo le daba el pecho a la niña—. Qué equivocado estaba Jake. Os va muy bien. Yo podría vivir aquí siempre. Rosie se va a casar con aquel tipo, ¿sabéis? No me gusta un pelo. A eso es a lo que tengo que volver... a planificar una boda.

## Cincuenta

La última cosa de la que os hablaré será de la boda de Rosie. Fue una de esas bodas en que las familias del novio y de la novia se alinean como equipos de fútbol rivales, cada uno con sus colores. Toda la elegancia estaba en nuestro lado, gracias a Dios. Conseguimos llegar, tarde, a nuestro sitio, junto a Jane, después de haber viajado la mitad de la noche, y colocamos la cuna portátil a nuestros pies. Fue justo cuando empezaba a sonar el órgano.

—Este bebé es de los que respiran por la boca —me cuchicheó Jane esquivando a Jonathan. Rosie, de satén blanco, iniciaba ya su marcha por el pasillo del brazo de Jacob.

—Tomaos todo esto como una broma —susurró Jane con indisimulable amargura.

—Anda, cállate y pórtate bien —le cuchicheó Jonathan.

Me encontré a Rosie en casa de sus padres, después de la recepción de la boda, luchando por librarse del satén blanco en la habitación de Sylvia.

—Se ha atascado la cremallera —dijo—. Ayúdame.

Nos pusimos a ello, hasta que por fin se encontró de nuevo en bragas.

—Estabas deslumbrante —dije con sinceridad. Rosie se rio alegremente y con los nervios a flor de piel.

—¿A que ha sido genial? Joder, me pregunto si la madre de Jeremy tendrá la más remota idea de con cuántos hombres me he acostado.

—¿Qué vas a ponerte?

—Esto.

Sacó una prenda de seda marrón muy bonita que estaba debajo de una chaqueta que había sobre la cama.

—Jake se pasó el día conmigo en Regent Street firmando cheques.

Se enfundó el vestido y se miró en el espejo.

—Me alegro de que John Millet no esté aquí para verme. Una vez me dijo que yo tenía un destino. ¿A ti también te lo hizo? Me refiero al baño caliente y las sábanas negras y todo ese rollo.

Asentí.

—Algo parecido —dije—. Creo que tenía que ver con el poder.

—¿Crees que también se lo hizo a mi madre?

—Solo sé que Jake fue el que la consiguió —respondí. Rosie se miró en el espejo con el traje

marrón de seda.

—A algunas personas les toca toda la suerte, ¿verdad que sí? El único hombre que me interesó de verdad se suicidó. Se cortó las muñecas con uno de esos cuchillos que se usan para cortar alfombras. ¿Sabes a cuáles me refiero? Como los que tienen los carpinteros. Tú lo conociste. Estaba conmigo ese día que volví a verte, después de tu regreso. Cuando la operación de Jane, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo.

—No se lo cuentes a mis padres —dijo. Parecía decidida a estar sola—. ¿Para qué? Dile a Jonathan que siento haberle gritado aquella vez. Jonathan me cae bien. Una vez me ayudó a perder el violonchelo cuando era pequeña. Me libró de aquella carga. Yo no soy muy inteligente. No lo suficiente, al menos, para ninguna de las cosas que le interesan a mi madre. Tú y yo somos muy distintas. Solía irme a dormir con aquel vestido que me hiciste. Y me esforzaba por copiar tu letra. Hasta robé un dibujo tuyo una vez de casa de John, cuando tenía quince años. Aún lo tengo por algún sitio. Parece como si estuvieras a punto de echarte a llorar —se rio—. Estoy un poco borracha. Me acabo de quitar el vestido de novia, nada menos.

Roger estaba hablando con Jonathan al pie de la escalera. Oí cómo describía a la suegra de Rosie con su esnobismo trascendente: «Es como la mujer de un tendero a la que acabase de tocarle la lotería».

—¿Yo? —dije para ponerle en una situación embarazosa, porque la agresión es la manera que tengo de sobrevivir al dolor que me produce la presencia de Roger—. Vámonos Jon; coge la cuna y vámonos.

Jacob nos acompañó hasta la puerta.

—Has estado genial, Jacob —dije—. Has bordado el papel.

Jacob sonrió resueltamente.

—Es la última vez que entrego una hija —dijo—. La siguiente tengo pensado venderla.

Esa fue la última vez que vi a Jacob. Poco después murió de un infarto. Sucedió una mañana de domingo en su bonita cocina, mientras intentaba pronunciar unas palabras que Jane no pudo llegar a entender. Diré, para honrar su memoria, que ya no soy capaz de pensar en la dialéctica sin oclusiones glóticas; que no soy capaz de pensar en *Mujeres enamoradas* sin una buena dosis de respiración entrecortada entre la hierba. A veces he recordado aquel prefacio suyo que tanto me impresionó, porque después yo misma he aparecido en los de Jonathan. El de Jacob es a todas luces deshonesto. Como siempre, quiere estar en misa y repicando. Bajo el disfraz de un bonito cumplido, consigue lanzar dardos tanto contra sus colegas académicos como contra Jane. Lo que en realidad dice es que las esposas de sus colegas están por debajo de la suya. Mujeres aburridas que corrigen y anotan manuscritos mientras su esposa es una deidad que está por encima de todas esas pequeñeces. Lo que también dice es: «Joder, Janie, ¿por qué no eres una esposa como las de los demás?». La mayor falacia de todas es la afirmación de que nunca «se atrevió a esperar» la presencia continuada de ella. Claro que lo hizo. La dio por sentada, como daba por sentado que la leche y el *Guardian* llegarían con el desayuno. Por contraste, la mención que Jonathan me dedica apenas dice:

«Gracias a Kath, cuyos ingresos me han mantenido con calcetines».

## **Notas**

[1] Alusión a la obra de Shakespeare *A vuestro gusto*, I, 3. <<

[2] Las *brownies* son la sección infantil de las *girl scouts* o exploradoras. <<



[3] Karl Marx. <<

[4] *Go christall teares / Like to the morning showers / And sweetly weepe / Into thy Ladyes brest.*

<<

[5] *Bless us all our days of leisure, / Help us selfish lures to flee, / Sanctify our every pleasure, /  
Pure and spotless may it be. <<*

[6] *Macbeth*, I, 7. <<

[7] *Farewell thou art too dear for my possessing / And like enough thou knowest thy estimate.* <<

[8] Abreviatura utilizada habitualmente para referirse a las materias básicas de la educación primaria: lectura, escritura y aritmética (*reading, 'riting and 'rithmetic*). <<

[9] Prestigioso programa cultural de la BBC. <<

[10] En inglés, *cat soup*, que suena muy parecido a *ketchup* o *catchup*. <<



[11] Michele quiere decir *bitch* («perra, zorra»), pero lo que dice suena más bien como *beach* («playa»). <<

[12] Alusión al himno anglicano *For All the Saints, who from their Labor Rest.* <<

[13] Weetabix es una marca de cereales integrales para el desayuno. <<

[14] Thomas Morley, compositor y organista inglés de la segunda mitad del siglo XVI, el miembro más destacado de la Escuela Madrigalista inglesa. <<

[15] Del poema *A Birthday*. <<

[16] «Primero el comer, luego la moral». <<

[17] *Stella this Day is thirty four / (we shan't dispute a Year or more) / Have ses Stella, be not troubled, / Athroug thy size and Years are doubled, since first I saw thee at sixteen / The brightest Virgin on the Green / So little in thy form declin'd / Mape up su largely in thy Mind.*

<<